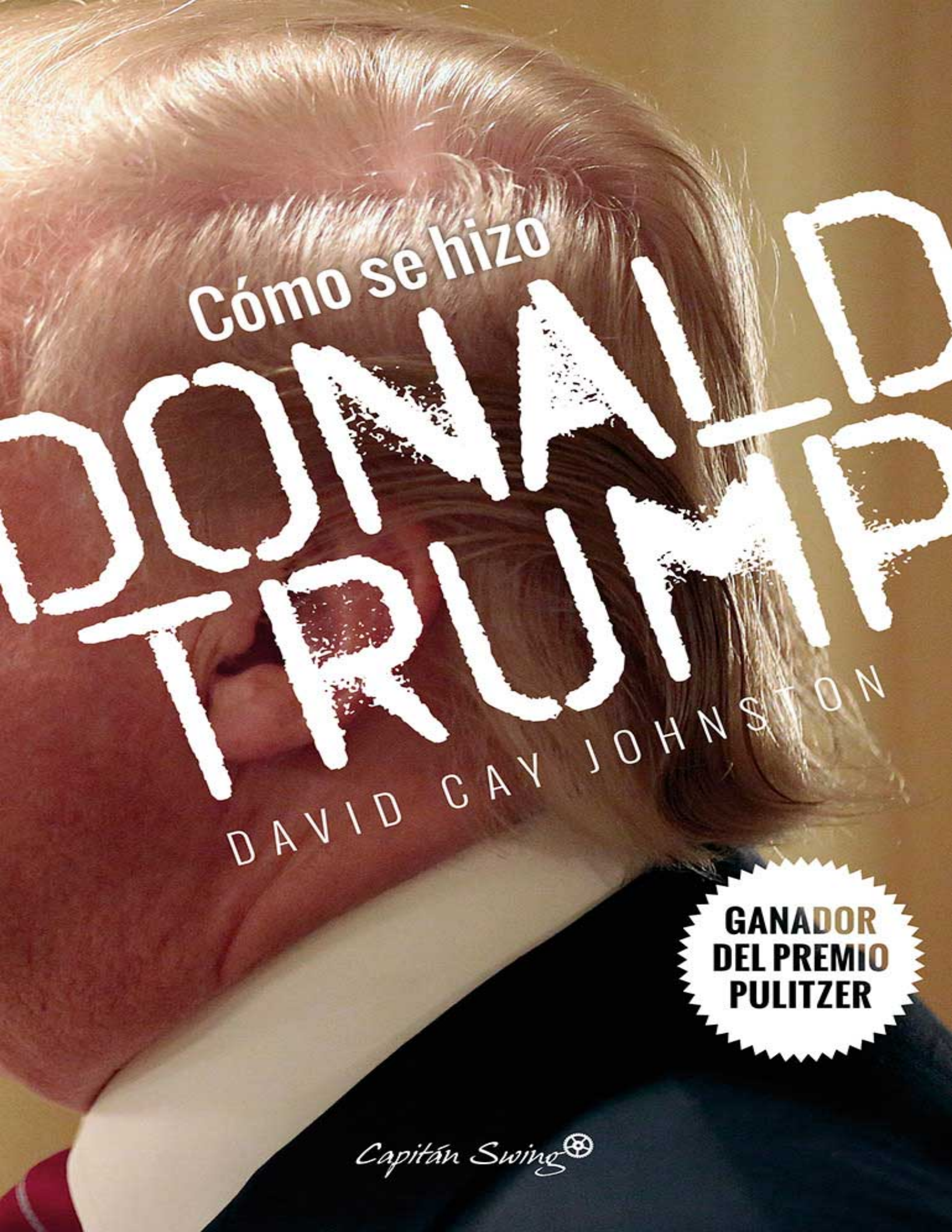
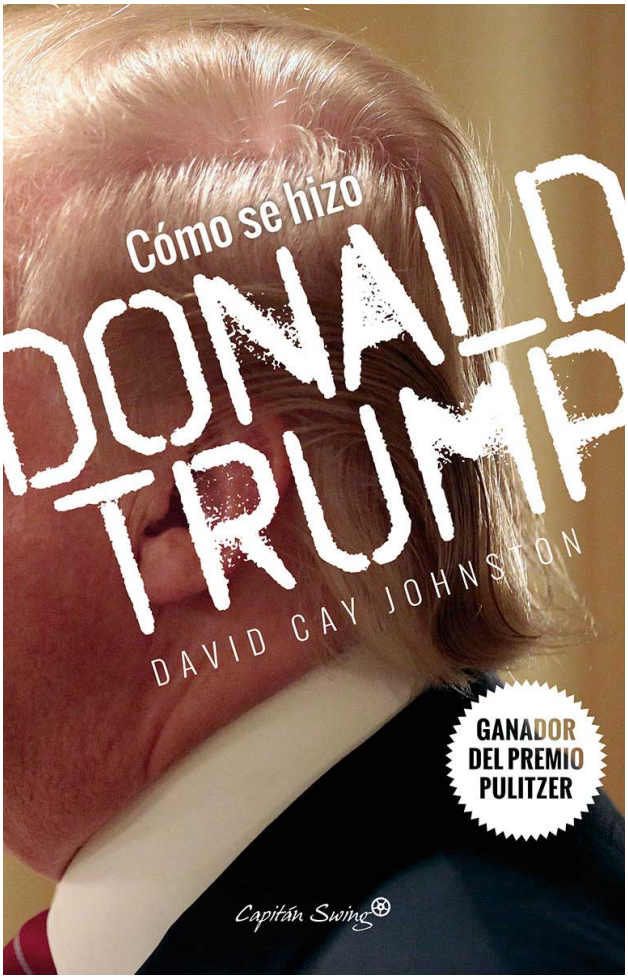

Cómo se hizo
DONALD TRUMP
DAVID CAY JOHNSTON
GANADOR DEL PREMIO PULITZER
Capitán Swing


Cómo se hizo
DONALD TRUMP
DAVID CAY JOHNSTON
GANADOR DEL PREMIO PULITZER
Capitán Swing

Cómo se hizo
DONALD TRUMP

David Cay Johnston

Traducido por Ricardo García Pérez

Capitán Swing

Título original: *The Making of Donald Trump* (2016)
© Del libro: David Cay Johnston
© De la traducción: Ricardo García Pérez
Edición en ebook: febrero de 2017

© De esta edición:
Capitán Swing Libros, S.L.
Rafael Finat 58, 2º4 - 28044 Madrid
Tlf: 630 022 531
www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-946452-7-3

© Diseño gráfico: Filo Estudio www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

David Cay Johnston

San Francisco, EE.UU. (1948)

Es un periodista de investigación y ganador del Premio Pulitzer de Periodismo en 2001, obtenido por su investigación sobre vacíos legales en el sistema fiscal estadounidense, lo que derivó en reformas. Johnston puso de manifiesto cómo grandes compañías como Colgate, Compaq o UPS se habían aprovechado de esos agujeros para cometer fraude fiscal. Tras su investigación, se descubrió que Merrill Lynch había ayudado a Honeywell a ahorrarse 180 millones de dólares. Sobre ese tema, impuestos, escribió durante años para el *Times*. También ha sido colaborador de Reuters y Al Jazeera, y actualmente escribe en *The Daily Beast*. Trabajó durante gran parte de su carrera para el *New York Times*, ha sido presidente de Reporteros y Editores de Investigación (IRE), y es también el autor de varios best sellers del *New York Times*, como *Perfectly Legal* y *Free Lunch*. Ha ganado la Medalla de IRE y el Premio George Polk por sus reportajes de investigación. También imparte clases de Periodismo en el Syracuse University College of Law. David Cay Johnston empezó a hacer la cobertura periodística de la figura de Donald Trump en los años ochenta, cuando trabajaba para el periódico *Philadelphia Inquirer*, como corresponsal en Atlantic City. En su nuevo libro sobre Trump analiza una vertiente rara vez presentada en la prensa: sus vínculos con la mafia, los traficantes de drogas y los delincuentes.

Contenido

Portadilla
Créditos
Autor

Introducción
Dedicatoria
01. Historia de la familia
02. Valores familiares
03. Valores personales
04. Un niño enfermo
05. Hacer amigos
06. Los acuerdos más importantes de Trump
07. «Un pleito magnífico»
08. Mostrar indulgencia
09. La brigada polaca
10. Los sentimientos y los ingresos netos
11. El gobierno rescata a Trump
12. El golf y los impuestos
13. Impuestos sobre la renta
14. Cajas vacías
15. «Mejor que Harvard»
16. Las organizaciones benéficas de Trump
17. Amigos imaginarios
18. Amantes imaginarias
19. Alimentar el mito

20. Recoger premios
21. ¿Quién es ese?
22. Por el camino a México
23. Trump hace varar a una ballena
24. El mayor perdedor
Epílogo
Agradecimientos
Cita

Introducción

Cuando en junio de 2015 Donald Trump bajó por la escalera mecánica del vestíbulo de la Trump Tower para anunciar que emprendería la carrera para presentarse a la presidencia, un acto retransmitido en directo por televisión de ámbito nacional, casi todos los periodistas consideraron que su candidatura era un proyecto nacido de la vanidad. Yo no.

Soy periodista de investigación desde los dieciocho años. Llevo desenterrando hechos, viendo cambiar las leyes y, en general, causando muchos problemas por informar haciéndolo para el *San Jose Mercury News*, el *Detroit Free Press*, *Los Angeles Times*, *The Philadelphia Inquirer* y, al final, *The New York Times*.

Desde el primer momento he actuado por iniciativa propia cuando he tenido que decidir sobre qué informar. Era un periodista solitario que en la sala de redacción se salía con la suya porque mis reportajes atrapaban a los lectores y tenían grandes consecuencias: una cadena de televisión a la que se prohíbe emitir por manipulación informativa, un hombre inocente que salva la vida en la cárcel cuando localizo al auténtico asesino, Jack Welch renuncia a su pensión de jubilación o sale a la luz el espionaje político y los delitos cometidos por el Departamento de Policía de Los Ángeles junto con agentes extranjeros que intervenían en secreto en la política estadounidense. Estando en el último periódico en el que trabajé gané un Premio Pulitzer por dar a conocer tantas evasiones y resquicios fiscales que un destacado profesor de derecho fiscal me llamó «el principal inspector fiscal *de facto* de Estados Unidos».

En 1987 me interesé por los casinos cuando el Tribunal Supremo resolvió que los indios norteamericanos tenían derecho a ser propietarios de ellos. Estaba seguro de que aquello supondría la proliferación de casinos por todo el país; casinos, en su mayoría, gestionados por grandes empresas estadounidenses. Fue la única vez en mi vida que solicité empleo. A *The*

Philadephia Inquirer le gustó mi idea, conque en junio de 1988 me trasladé a Atlantic City.

A los pocos días conocí a Donald Trump.

Me pareció una especie de P. T. Barnum contemporáneo que vendiera entradas para contemplar una variante moderna de la sirena de Fiji, uno de los muchos ejemplares de la colección de célebres falsificaciones de Barnum que la gente consideraba que merecía un poco de su dinero. Trump estaba poseído de sí mismo. Enseguida aprendí de otras personas de la ciudad que él apenas sabía nada de la industria de los casinos, incluidas las normas de los juegos. Como se expone en un par de capítulos próximos al final de este libro, ese detalle resultaría ser importante.

En los casi treinta años transcurridos desde entonces, he seguido a Trump con insistencia; he prestado mucha atención a sus negocios y le he entrevistado en muchas ocasiones. En 1990 publiqué la primicia de que en lugar de poseer miles de millones de dólares, como él aseguraba, Trump en realidad tenía un saldo patrimonial negativo y se libró de un caótico desplome que le habría sumido en la quiebra personal solo cuando el gobierno se puso de su parte en lugar de tomar partido por el banco, como se podrá leer más adelante.

Antes de que la tecnología me permitiera digitalizar archivos, acumulé un inmenso tesoro de documentos sobre Trump, como suelen hacer los periodistas de investigación con los temas que les interesan. Tenía tantas cajas archivadoras con documentos sobre Trump y otros estadounidenses destacados (entre ellos, Barron Hilton, Jack Welch y Daryl Gates, el jefe de la policía de Los Ángeles) que durante años tuve alquiladas dos taquillas archivadoras para almacenarlos.

Así que cuando Trump anunció que se iba a presentar a las primarias republicanas para ser nombrado candidato a las elecciones de 2016 sabía que iba en serio. Yo había dedicado décadas a informar sobre él y conservaba todos mis documentos. Además, el periodista Wayne Barrett puso a mi disposición los suyos con toda generosidad.

En primer lugar, sabía que Trump lleva hablando de ser presidente desde 1985. En 1988 se propuso como segundo del presidente George Bush padre, un cargo que recayó sobre el senador Dan Quayle. En julio de ese mismo año le vi llegar a Atlantic City en su yate, el *Trump Princess*, donde fue

recibido por los vítores de la multitud. Un grupo de jóvenes adolescentes femeninas dando saltos chillaba con entusiasmo como si hubiera visto a su estrella del *rock* favorita. Cuando Trump y su esposa, Ivana, subían por la escalera mecánica de su casino Trump's Castle, una muchedumbre le aclamaba. Un hombre gritó a pleno pulmón: «¡Donald, sé nuestro presidente!».

También he visto a Trump en el año 2000 presentarse por la lista del Partido de la Reforma de Estados Unidos, una agrupación alternativa cuyos integrantes se cuentan por decenas de miles (en contraposición a los millones que se autodenominan demócratas o republicanos). Fue durante esa breve campaña cuando Trump declaró que acabaría siendo la primera persona que se presentaría a la presidencia y obtendría beneficios con la campaña. Dijo que había llegado a un acuerdo para pronunciar a cambio de un millón de dólares diez discursos en actos de estímulo electoral presentados por Tony Robbins. Coordinó sus apariciones en torno a esos actos de tal modo que la campaña pagara el uso de su avión privado, un Boeing 727. Era el Trump clásico que veía beneficio en todas partes, incluso en la política. Poca gente lo sabía.

También en el año 2016 gran parte del dinero de la campaña de Trump se ha destinado a pagarse a sí mismo el uso de otro avión suyo más pequeño, un Boeing 757, así como su helicóptero, su espacio para oficinas en la Trump Tower y otros servicios provistos por empresas de Trump. Según la ley, Trump debía pagar alquiler por su avión y precios de mercado por los servicios prestados por sus empresas. Esta ley anticorrupción fue concebida para impedir que los proveedores reduzcan el precio de los servicios para obtener favores políticos: el legado de una época en la que nadie imaginaba que un hombre con las supuestas riquezas de Trump se comprara a sí mismo los servicios para campañas electorales. En el año 2016, la ley garantiza que Trump obtenga beneficios con su campaña.

Trump volvió a anunciar su candidatura en 2012. Casi todo el mundo lo trató como un aspirante serio, salvo Lawrence O'Donnell, de la cadena MSNBC, y yo. Por separado, O'Donnell y yo llegamos a la conclusión de que entonces la campaña de Trump no tenía otra finalidad que la de mudarse al 1600 de la avenida de Pensilvania. Su verdadero objetivo, conjeturábamos nosotros, era firmar un contrato más lucrativo con la

cadena de televisión NBC para su avejentado programa *Celebrity Apprentice*, cuya frase característica era: «Estás despedido».

De hecho, cuando Trump abandonó dijo que, en realidad, su programa le necesitaba a él tanto como el país le necesitaba en la Casa Blanca. Apoyándose en eso, los periodistas concluyeron que su campaña había sido una extraña broma. Por eso prestaron poca atención a su anuncio para las elecciones de 2016.

Pero en esta ocasión las cosas habían cambiado. Las cuota de pantalla de Trump estaba de capa caída. Su programa corría el riesgo de desaparecer. Yo sabía que para Trump, un hombre que lee religiosamente los tabloides de Nueva York, el peor destino que pudiera imaginar para sí mismo, cuando no la muerte, sería despertarse una mañana con la siguiente portada en *The Daily News* y el *Post*: «La NBC a Trump: "Estás despedido"».

En cuanto Trump lo anunció en el año 2015, me dispuse de inmediato a informar de lo que los medios de comunicación hegemónicos no iban a contar. Escribí un primer artículo donde planteaba veintiuna preguntas que, a mi juicio, los periodistas debían formular sobre la campaña y sus actos. Ni uno solo de ellos lo hizo. Con las primarias ya en curso, el senador Marco Rubio planteó mi pregunta sobre la Trump University y el senador Ted Cruz formuló mi pregunta sobre los negocios de Trump con las familias del crimen Genovese y Gambino, asunto que exploro en este libro. Siempre me quedará la duda de qué habría sucedido si los periodistas y alguno de los dieciséis candidatos que rivalizaba con Trump para convertirse en el candidato nominado por los republicanos hubieran empezado por formular mis preguntas varios meses antes.

Este libro es mi contribución para asegurar que los estadounidenses conocen de Trump una historia más completa que aquella a la que él ha sacado brillo y promocionado con una destreza y determinación tan excepcionales. Trump, que se presenta ante el mundo como un moderno rey Midas, aun cuando buena parte de lo que toque se convierta en escoria, se ha estudiado las convenciones periodísticas y hace gala de más talento explotándolas en su beneficio que cualquier otra persona que haya conocido.

Y lo que es más importante: Trump ha trabajado con idéntico tesón para asegurarse de que pocas personas conocen sus implicaciones de toda la vida

con un gran traficante de cocaína, gánsteres, socios de la mafia, estafadores y defraudadores. Lo han demandado miles de veces por negarse a pagar a empleados, proveedores y otros. Los inversores le han demandado por fraude en varias ciudades diferentes. Pero entre las habilidades más sofisticadas de Trump se encuentra su capacidad para desviar o bloquear investigaciones oficiales. También utiliza la amenaza de litigio para disuadir a organizaciones de prensa de buscar debajo de la alfombra del, en apariencia, omnisciente y todopoderoso hombre al que suelen referirse como «The Donald».

En una de las reuniones que mantuve con Trump hice algo que quizá muchos periodistas deberían haber hecho antes de las elecciones de noviembre de 2016. Planteé un asunto de un casino del que Trump no sabía mucho y dije deliberadamente algo que era falso, una técnica que tiene mucha utilidad en el periodismo de investigación. Trump aceptó de inmediato mi dato falso y moldeó su respuesta de acuerdo a él, de manera muy parecida a como los futurólogos de la televisión buscan pistas en lo que la gente dice para dar forma a sus adivinaciones.

Se pudo ver una exhibición completa de la costumbre de Trump de agarrarse a lo que dicen otros cuando Lester Holt, el presentador del programa *Nightly News* de la NBC, preguntó a Trump a finales de junio de 2016 por su afirmación de que Hillary Clinton había estado durmiendo durante todo el ataque al consulado estadounidense en Bengasi. Cuando Holt señaló que donde estaba Clinton en ese momento era media tarde, Trump trató de incorporar el dato a la respuesta y, a continuación, trató de salir airoso de la embarazosa situación de no conocer los hechos.

Ofreceré muchos ejemplos a quienes dudan que Trump carece de los conocimientos más elementales sobre cuestiones importantes. Veamos uno para abrir boca:

Durante el debate presidencial de los republicanos emitido por la CNN en diciembre de 2015, Hugh Hewitt, el presentador del programa de entrevistas de radio, un conservador, preguntó a Trump:

—¿Cuál es su prioridad en nuestra tríada nuclear?

«Bien, en primer lugar, creo que nos hace falta alguien en quien podamos confiar por completo, alguien que sea enteramente responsable, que sepa de verdad lo que está haciendo —respondió Trump—. Eso es muy

potente y muy importante. Y una de las cosas de las que, con toda sinceridad, estoy más orgulloso es de que en 2003, en 2004, yo estaba absolutamente en contra de invadir Iraq porque íbamos a desestabilizar Oriente Próximo. Lo avisé. Lo avisé con contundencia. Y aquello era muy importante. Pero tenemos que ser en extremo vigilantes y en extremo cuidadosos en lo que se refiere al armamento nuclear. El armamento nuclear cambia toda la historia. Con toda sinceridad, yo habría dicho que saliéramos de Siria; salgamos, si hoy no tenemos la fuerza del armamento. El poder es tan descomunal que no podemos limitarnos a abandonar áreas [por las que] hace cincuenta o setenta años no nos preocuparíamos. Era combate cuerpo a cuerpo...

A continuación, Hewitt preguntó:

—En todo caso, de las tres patas de la tríada, ¿tiene usted alguna prioridad?

Trump respondió:

—Creo…, creo que, a mi juicio, el armamento nuclear es simplemente el poder, la devastación es muy importante para mí.

Entonces, Hewitt se volvió hacia el senador Marco Rubio de Florida, de quien Trump solía burlarse diciendo que era un donnadie.

—¿Tiene usted respuesta?

—En primer lugar, expliquemos a la gente de nuestro país qué es la tríada —respondió Rubio—. La tríada es la capacidad de Estados Unidos de realizar ataques nucleares desde aviones, con misiles lanzados desde silos o desde tierra, o desde submarinos nucleares.

No era la primera vez que habían preguntado a Trump cómo distribuiría el dinero entre los tres métodos mediante los que Estados Unidos puede lanzar bombas nucleares. Cuatro meses antes, Hewitt había formulado a Trump la misma pregunta en su programa de radio. Trump dio una respuesta que indicaba que no tenía la menor idea de lo que Hewitt le estaba planteando. Por lo que se veía, en los meses transcurridos no había hecho el menor esfuerzo por enterarse.

«Creo que una de las cosas más importantes por las que tenemos que preocuparnos es, en términos generales, por lo nuclear —dijo Trump en el programa de radio de Hewitt—. El poder nuclear, el poder de las armas que tenemos hoy... y eso, dicho sea de paso, es el acuerdo con Irán... el concepto

mismo es tan importante que hay que alcanzar un buen acuerdo y lo que deberían haber hecho es duplicar o triplicar las sanciones...».

Este libro presenta hechos de los que he sido testigo y declaraciones que han quedado grabadas en programas públicos. Son hechos de los que se informa con la misma diligencia acerada con la que he escrito sobre todo lo demás en el último medio siglo.

Mucha gente me ha preguntado por qué mejor, o también, no escribo un libro sobre Hillary Clinton en lugar de sobre Donald Trump. La respuesta es que en 1988 acabé en Atlantic City en lugar de en Arkansas. Conozco a Trump; nunca he hablado con Hillary Clinton, ni con su esposo. Sin embargo, cuando Hillary Clinton era primera dama se enfadó porque mis artículos en *The New York Times* revelaban que ella y su esposo pagaban más del doble de los impuestos que exigía la ley porque, a pesar de pagar casi 10.000 dólares anuales para que les hicieran sus declaraciones de hacienda, estaban muy mal asesorados fiscalmente.

Hay una última cosa que no se debe olvidar mientras se lee este libro: esa multitud de jóvenes que aplaudía y llenaba el auditorio de la Trump Tower en junio de 2015 cuando Donald Trump anunció su campaña con denuncias despiadadas contra los mexicanos, los musulmanes y los medios de comunicación. En aquel momento pensé que era impropio del centro de Manhattan, un lugar que no es famoso precisamente por la xenofobia, ni por aplaudir andanadas racistas. De hecho, esa multitud no era fruto de la afluencia espontánea que los espectadores de televisión habrían creído razonable estar viendo. Muchos de quienes aplaudían eran actores que cobraron cincuenta dólares cada uno.

Para Gene Roberts y
Glenn Kramon, editores,
y John Wasserburger,
maestro.

01

Historia de la familia[1]

La profundidad de las raíces que la familia Trump hunde en Alemania se ahonda hasta el siglo xvii, devastado por la guerra, cuando el apellido familiar era Drumpf. En 1648 simplificaron la grafía convirtiéndolo en otro que demostraría ser una contundente marca para sus descendientes actuales.

Al volver la vista atrás desde el siglo xxi, resulta haber sido una decisión interesante. Donald goza sin duda de la definición que un jugador de *bridge* hace de *trump* [«triunfo»]: una mano ganadora gracias a una carta que por su palo supera a todas las demás. Pero también tiene otras acepciones, como «cosa de poco valor, baratija» y «engañar o hacer trampa», así como «soplar o tocar una trompeta». En su forma verbal, *trump* significa «concebir algo sin escrúpulos» y «falsificar, fabricar o inventar», como cuando se «falsean» acusaciones.

Donald Trump no conoció a su abuelo Friedrich, que murió cuando Fred, el padre de Donald, tenía solo doce años. Sin embargo, Friedrich proyecta sobre la familia Trump una sombra de emprendedor granuja de un siglo de larga debido a su pasión por el dinero y al desprecio por las sutilezas legales; como, por ejemplo, construyendo edificios en terrenos que no eran de su propiedad.

Friedrich Trump se crio en la región vinícola del suroeste de Alemania, en la ciudad de Kallstadt, donde trabajar duro reportaba tener techo, pero no ser rico. Su padre murió cuando Friedrich tenía solo ocho años. En 1885, momento en que con dieciséis años le correspondía cumplir con el servicio militar obligatorio, Friedrich dejó una nota a su madre e hizo lo que hacían millones de europeos que no tenían grandes perspectivas en su país: huir de Alemania y marcharse a Estados Unidos.

Tras cruzar el Atlántico Norte en una travesía que seguro fue penosa en un vapor abarrotado, Friedrich desembarcó por fin en Nueva York, donde se mudó con una hermana mayor, Katherine, y su esposo, que habían emigrado antes que él.

No pasó mucho tiempo hasta que el joven decidió partir hacia el oeste e instalarse en última instancia en Seattle, donde abrió The Dairy Restaurant. En este había una zona reservada que, según Gwenda Blair, que contó con la cooperación de la familia para referir su historia de los Trump, muy probablemente ejercía de prostíbulo barato.

En 1892, Friedrich adquirió la nacionalidad mintiendo sobre su edad y diciendo que había desembarcado en Nueva York dos años antes de lo que en realidad lo hizo.[2] Dos amigos lo acompañaron en los trámites para dar testimonio de su buen carácter. Uno era un trabajador, el otro un hombre entre cuyas ocupaciones se encontraba ofrecer alojamiento a lo que Blair llamaba cortésmente «huéspedes femeninas».

En Friedrich está la génesis de muchas de las tradiciones de la familia Trump en Estados Unidos, entre las cuales no se encontraba votar.[3] De hecho, su nieto Donald acabaría presentándose a la presidencia después de no haber votado en las elecciones generales de 2002 y, según indican los archivos, en ningunas elecciones primarias republicanas desde 1989 hasta que votó por sí mismo en 2016. Los bisnietos de Friedrich eran aún menos diligentes con sus deberes ciudadanos. Cuando en 2016 apareció el nombre de Donald Trump en las papeletas de las elecciones primarias del estado de Nueva York, su hija Ivanka y su hijo Eric, ambos mayores de treinta años, no pudieron votar porque se habían negado a registrarse como republicanos. Culparon al gobierno diciendo que se les tendría que haber permitido cambiarse de la lista de independientes a la de republicanos en el último momento. Pero, por anticuadas que sean las normas de las elecciones primarias, llevaban muchos años siendo ley en el Empire State. Los dos hermanos tuvieron meses para cambiar sus datos en el registro y poder votar por su padre.

No obstante, la tradición familiar que Friedrich Trump sí inauguró en Estados Unidos fue el arte de prosperar y ambicionar.[4] Friedrich vendió su restaurante-burdel y fundó un nuevo negocio unos cincuenta kilómetros más al norte. Los rumores decían que los Rockefeller, magnates del

petróleo, tenían previsto construir en la zona una gran planta de extracción. En un terreno que no era de su propiedad, justo al otro lado de la estación de ferrocarril, Friedrich construyó una especie de hotel; una instalación destinada sobre todo a, digamos, pequeñas estancias, no a visitas para pasar la noche. El hecho de construir en un terreno que no le pertenecía fue un presagio de las condiciones bajo las que su nieto Donald adquiriría en Florida la mansión Mar-a-Lago: con una hipoteca en la que el Chase Bank consintió por escrito no inscribirla en los registros judiciales.

Al final, el proyecto de extracción se desinfló y solo unos cuantos acabaron mejor de lo que estaban cuando llegaron. Entre ellos se encontraba Friedrich Trump, quien en ese momento había transformado su nombre en Frederick para darle un aire norteamericano. Lo llamaban Fred.

Al tener noticia de la fiebre del oro en Klondike, Frederick se dirigió al territorio del Yukón de Canadá. No tenía el menor interés por realizar el duro trabajo físico de emplearse con la batea en busca de oro en unos arroyos de aguas gélidas; así que Frederick explotó a los mineros. Construyó una especie de bar con asador, un tugurio al que llamó The Arctic. Servía licores fuertes y «damas razonables», que era como se llamaba a las prostitutas. Una vez más, el don de la oportunidad fue impecable. Llegó en el momento culminante de la fiebre del oro. Cuando el oro empezó a agotarse y llegó a la zona la Real Policía Montada del Canadá, Fred Trump había amasado una pequeña fortuna que se llevó consigo al poner pies en polvorosa de regreso a Estados Unidos.

En 1901, a sus treinta y dos años, Frederick Trump regresó a Alemania, donde su madre presentó a su hijo, ahora rico, a jóvenes casaderas. Sin embargo, Frederick se encaprichó con una mujer que no agradaba a su madre, una rubia llamada Elizabeth Christ. Elizabeth, que solo tenía seis años en la época en que su futuro esposo huyó a Estados Unidos para evitar ser reclutado en Alemania, se había convertido en una acaudalada mujer adulta. El gusto de los varones Trump por las mujeres rubias de pechos grandes se convertiría en un patrón de la familia.

Frederick llevó a su nueva esposa a Estados Unidos y exploró las posibilidades de acrecentar su fortuna, que para entonces se valoraba aproximadamente en medio millón de dólares de nuestros días. Pero a Elizabeth no le gustó demasiado la bulliciosa Nueva York y sus marcados

contrastes entre la riqueza y la necesidad. Quería regresar a casa a toda costa. En 1904, acompañado de su joven esposa y su hija pequeña, Frederick embarcó de regreso a Alemania.

Sin embargo, una vez allí tuvo que convencer a las autoridades de que pasaran por alto haber eludido el reclutamiento. Con la confianza de que la fortuna que introducía en el país epatara a las autoridades, en el mes de septiembre de 1904 explicó por escrito su ausencia al gobierno: «No emigré a Estados Unidos con el ánimo de evitar el servicio militar, sino para establecer un medio de vida productivo que me permitiera ayudar a mi madre» en Kallstadt.[5] Las autoridades alemanas no se lo creyeron; le pidieron que se marchara.

A Donald Trump todavía no le han preguntado si este episodio de su historia familiar desempeña algún papel en sus propuestas anticonstitucionales de deportar a una cifra estimada de once millones de inmigrantes que entraron en el país de forma ilegal, incluidos aquellos que tienen hijos que son ciudadanos estadounidenses, o si piensa en él cuando propone que Estados Unidos impida regresar al país a los soldados y marineros musulmanes.

Una vez de vuelta en Nueva York, Frederick siguió prosperando.[6] En su profusa y detallada biografía, Gwenda Blair sugiere que Frederick trabajó de barbero, un empleo poco remunerado que resulta extraño para un hombre tan centrado en ganar dinero. Apunta que en aquella época en las barberías también se vendía tabaco, pero no dejaba de ser una ocupación poco remunerada. Sin embargo, las barberías también solían ser una tapadera de negocios ilegales y, como allí acudían a diario para afeitarse o, simplemente, para pasar el rato, hombres de dudosa reputación, también eran lugares oportunos para concitar astucia empresarial y entregarse a negocios clandestinos con los muchos elementos delictivos de otras etnias de la gran ciudad.

Con independencia de los que tramara, la fortuna de Frederick no sirvió para proporcionarle más tiempo: se convirtió en uno de los más de veinte millones de personas de todo el mundo que murieron durante la pandemia de gripe de 1918. Le sucedió otro industrioso Trump: Fred, el padre de Donald.

1 Si algún lector o lectora detecta algún enlace de internet que no conduce a la fuente donde revisar algún documento original de los citados en estas notas, puede dirigirme un correo electrónico a davidcayjohnston@me.com. Haré todo lo posible por proporcionarle enseguida un enlace útil o una copia del documento.

2 Julie Muhlstein. «Trump's Grandfather Won an Election Too—In Monte Cristo». Heraldnet.com. www.heraldnet.com/article/2016030309/BLOG60/160309162.

3 Blair LoBianco, «Trump Children Unable to Vote for Dad in NY Primary». CNN, 12 de abril de 2016. www.cnn.com/2016/04/11/politics/donald -trump-ivanka-vice-president/.

4 Tracie Rozhon, «Fred C. Trump, Postwar Master Builder of Housing for Middle Class. Dies at 93».*The New York Times*, 26 de junio de 1999. Véase también Gwenda Blair, «The Man Who Made Trump Who He Is». *Politico*, 24 de agosto de 2015, www.politico.com/magazine/story/2015/08/the-man-who-made-trump-who-he-is-121647.

5 Gwenda Blair, *The Trumps: Three Generations of Builders and a Presidential Candidate*. Digital, LOC 1677.

6 Blair, LOC, 1924.

02

Valores familiares

Aunque solo contaba doce años cuando murió su padre en 1918, tan solo dos años después, Frederick Christ Trump siguió los pasos de su padre fundando con su madre una empresa de construcción de cocheras para viviendas: Elizabeth Trump & Son.[7] Elizabeth tenía que firmar todos los cheques y documentos porque su ambicioso hijo todavía era un adolescente no autorizado a suscribir contratos.

Fred Trump ingresó en su mayoría de edad haciéndose detener a los veintiún años por participar en una batalla campal entre unos cien oficiales de la policía de Nueva York y un millar de miembros y partidarios del Ku Klux Klan, muchos de ellos ataviados con la túnica blanca.[8] Los disturbios se produjeron en Jamaica, el barrio de Queens donde vivía Fred Trump. La policía le multó por negarse a disolverse, pero la fiscalía declinó poco después juzgarle a él y a muchos otros de los detenidos aquel día. Fue el primero de los innumerables indicadores del odio racial de Fred Trump.

Casi nueve décadas más tarde, su hijo Donald, que se presentaba a la presidencia, trató de negar toda aquella historia afirmando que su padre jamás vivió en la dirección postal que la prensa extrajo de los archivos policiales.[9] Otros registros públicos demuestran que ese era realmente el domicilio de su padre. También muestran que en aquella época solo vivía en todo Queens un único Fred Trump.

Arrinconado en una entrevista realizada en 2015 con *The New York Times*, Donald Trump se balanceaba de un lado a otro, zigzagueaba y trataba de persuadir al periódico de que ignorara aquella detención, sobre la que había escrito la página web *boingboing.net* tras desenterrar un artículo

sobre el episodio publicado en 1927 por *The New York Times*. Los comentarios de Trump fueron los siguientes:

> Aquello no sucedió. Y dijeron que no había ningún cargo, nada de nada. Si le digo la verdad, es injusto que lo mencione porque no hubo ninguna acusación. Dijeron que se acusó a otros, pero no hubo en modo alguno ninguna acusación, es absolutamente falso... Alguien me enseñó esa página web..., era una página web de poca cosa y alguien la hizo para eso. A propósito, ¿se fijó en que no hubo ninguna acusación? Bueno, si no hubo ninguna acusación quiere decir que no se debería mencionar... Porque mi padre, no hubo ninguna acusación contra él, no sé nada de las otras personas implicadas. Pero hubo cero acusaciones contra él. Así que, aun suponiendo que fuera él, que ni siquiera creo que lo fuera, jamás oí siquiera hablar de ello. Así que no es justo mencionarlo. No sucedió jamás..., si no hay ninguna acusación, quiere decir que no se debe mencionar.

Esta última frase es importante para comprender la brecha existente entre lo que se dice de Trump en todas partes y lo que las declaraciones públicas muestran de manera fehaciente: que la línea argumental de la meticulosa y concienzuda labor de Donald Trump para limitar las indagaciones sobre su conducta es que los sucesos que no se traducen en cargos delictivos no se deben mencionar en las noticias. Su riqueza y relieve público están estrechamente vinculados al éxito para dirigir la atención de los periodistas hacia donde él quiere y a su habilidad para distraer las investigaciones sobre el cumplimiento de la ley y las demandas interpuestas contra él por, como veremos, presunto fraude civil o impago.

En todo caso, cuando los tumultuosos años veinte llegaron a su fin, Fred Trump estaba construyendo viviendas unifamiliares en Queens. Cuando, en 1929, se desató la Gran Depresión, abrió un autoservicio de alimentación. Fue un precursor de la reducción de costes de los supermercados modernos, pues la gente tomaba los artículos de las estanterías y eliminaba la necesidad de la mayor parte de los empleados. El negocio fue un éxito apabullante y Trump lo vendió al cabo de un año y obtuvo un beneficio sustancioso.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Fred Trump fue adjudicatario de contratos del gobierno para construir apartamentos y barracones cerca de los astilleros de la Marina en Pensilvania y Virginia.[10] De aquí aprendió los pormenores de los procedimientos de concesión oficiales, una habilidad a la que daría un lucrativo uso una vez terminada la guerra. Cuando el gobierno federal empezó a financiar la construcción de viviendas en la posguerra para los soldados estadounidenses que regresaban, se decía que Fred Trump fue el primer constructor que presentó su documentación en el mostrador de préstamos de la Administración Federal de Vivienda en Washington (FHA, Federal Housing Administration). En los años posteriores, construiría muchos miles de apartamentos en Brooklyn y Queens y compraría otros nada menos que en Ohio.

Fred Trump no era famoso por construir edificios de calidad, ni por ser un gran arrendador. Adquiría los materiales más baratos para construir más de 27.000 apartamentos y viviendas unifamiliares subvencionados, por muchos de los cuales su familia sigue cobrando alquileres décadas después.

También era una especie de artista y hombre del espectáculo que hacía gala del garbo y el estilo que con posterioridad su hijo llevaría a unos extremos deslumbrantes.[11] Fred, el Constructor de Brooklyn, sabía exactamente cómo urdir ese tipo de cuentos sencillos que los periódicos suelen aceptar sin preocuparse demasiado por verificar los hechos. En 1946, por ejemplo, contó a *The Brooklyn Eagle* que, como después de la guerra era tan difícil encontrar materiales de construcción, hacía que sus empleados acudieran a almacenes de construcción y ferreterías del otro lado de la ciudad y otros muchos lugares más lejanos para comprar todos los clavos que encontraran, aunque solo pudieran traerse un puñado. Después, adquirió fama por una costumbre austera: cuando aparecía en sus obras (vestido siempre con traje a medida y corbata), se agachaba para recoger clavos sueltos y se los entregaba a los carpinteros.

Años más tarde se le ocurrió una artimaña que parecería servir de inspiración directa para su hijo: como era objeto de acendradas críticas porque tenía previsto destruir un popular parque de atracciones de Coney Island, el Steeplechase, donde pretendía construir el primer bloque de apartamentos que llevara el apellido de la familia, Fred Trump desplazó el foco de atención de la prensa contratando a un grupo de modelos femeninos

con casco de obra y bikini de lunares que entregaba ladrillos a los vecinos y a personalidades de la ciudad.[12] A continuación, convocó a los fotógrafos de prensa para que los vieran a todos arrojar los ladrillos contra el logotipo del parque, una vidriera en la que se veía una cara sonriente llamada Funny Face. Varias décadas después, por supuesto, Donald Trump se rodearía de modelos para llamar la atención de las cámaras de televisión y haría posar casi desnuda para una revista masculina a su tercera esposa a bordo de su Boeing 757 mientras él asistía a la sesión fotográfica.[13]

Mucho antes de que aprendiera a fabricar noticias, Fred Trump se había convertido en uno de los blancos principales de los detectives federales que investigaban el lucro con los dólares de los impuestos que se debían destinar a ayudar a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Las consiguientes sesiones del senado de aquella investigación no se saldaron con la táctica disuasoria de mostrar jóvenes en bikini con ladrillos, sino con la fortuna amasada por Trump y otros constructores retorciendo la normativa de garantías hipotecarias de la Administración Federal de Vivienda. Cuando la FHA comprendió la jugada se la explicó al presidente Dwight D. Eisenhower, de quien se dice que salió disparado y furioso hacia el Despacho Oval. Muy pronto, la FHA tenía más de un centenar de investigadores revisando expedientes administrativos, comparando costes y beneficios y descubriendo grandes brechas entre las cifras.

El 13 de julio de 1954, *The Brooklyn Eagle* presentó un titular a toda página que decía: «Niega un beneficio de 4 millones de dólares» y, más arriba, la paradoja: «Pero Trump tiene ese saldo positivo en el banco». Trump ya era un apellido conocido, al menos en Brooklyn.

Cuando prestó testimonio ante el Comité del Senado sobre Banca y Moneda, Fred Trump insistió en que no había obtenido un beneficio excesivo de casi 4 millones de dólares, como señalaba el informe de la investigación.[14] Trump adujo que era un malentendido, pero su explicación recurría a una concepción de las finanzas que no existe en ningún manual universitario, ni de contabilidad. Declaró que el dinero estaba ahí, sin duda, depositado en la cuenta bancaria por los proyectos subvencionados por la FHA, pero que era un error calificarlo como fruto de la especulación; de hecho, ni siquiera era beneficio, decía, *porque no había sacado del banco nada de ese dinero*.

Para cualquiera que supiera un poco de finanzas, era una explicación absurda. Su hijo Donald también adoptaría enfoques creativos para producir la impresión de que había ganado miles de millones de dólares gracias a su habilidad para los negocios.

Fred Trump declaró ante el Congreso que las razones por las que tenía casi 4 millones de dólares en el banco eran una inesperada disminución de los costes de material, la finalización anticipada de la construcción y el hecho de que él era su propio contratista. Aquello encajaba con su fama de ser un constructor que lograba que las cosas se hicieran antes de lo previsto, aunque los calendarios solían incorporar infinidad de vaguedades, lo que facilitaba terminar antes. Acto seguido, Fred hizo todo lo posible por dar la vuelta a la tortilla atacando a los investigadores por, según decía, «causar perjuicios incalculables a mi prestigio y posición». Se habló de acusaciones de perjurio, pero la investigación de la FHA no terminó en nada.

Un mes después de que prestara declaración en Washington, los comerciantes de la zona de Fort Greene en Brooklyn se quejaban de que Fred Trump, respaldado por los fondos federales para la demolición de infraviviendas con el fin de apropiarse del barrio, las había explotado con alquileres. Los comerciantes contaron a *The Brooklyn Eagle* que estaba duplicando el precio de los alquileres, lo cual era «inmoral».

Adoptando la misma posición que en Capitol Hill, Fred Trump dijo que todo era un malentendido. Los comerciantes habían pagado alquileres muy diferentes por inmuebles semejantes (unos 40 dólares al mes por unas fachadas con escaparate y 200 dólares por otras), lo que Fred Trump decía que carecía de sentido. También dijo que esperaba que los comerciantes salieran de allí en menos de un par de años para que pudiera construir un nuevo bloque de apartamentos recurriendo a las competencias de demolición de viviendas que el gobierno había promulgado... y con las que él obtendría beneficio enseguida.

Los contribuyentes no eran la única fuente de capital para los proyectos de construcción de Fred Trump.[15] A los pocos años de concluida la guerra, se asoció con alguien conocido como Willie Tomasello. Cuando faltaba liquidez, Tomasello también suministraba a Trump capital líquido con poca antelación. Tomasello se ocupaba además de que los sindicatos no

plantearan ningún problema, ni con los albañiles, ni con los carpinteros, ni con los camioneros.

El Grupo Operativo contra el Delito Organizado del estado de Nueva York identificó a Tomasello como socio de las familias mafiosas Genovese y Gambino de Nueva York. Dicho de otro modo: igual que Friedrich Trump se había embarcado en negocios ilícitos para labrarse una fortuna a finales del siglo xix, su hijo Fred Trump recurrió a asociarse a largo plazo con una organización delictiva para forjar la suya. Transcurridas unas cuantas décadas, Donald Trump también haría negocios con los jefes de esas mismas familias, aunque, salvando las distancias, trabando infinidad de relaciones empresariales con todo un surtido de delincuentes, desde estafadores hasta grandes traficantes de drogas o, como veremos, los propios jefes de las dos grandes familias mafiosas de la ciudad de Nueva York.

No debería sorprendernos que Donald Trump siguiera los pasos de su progenitor. Fred Christ Trump fue un padre severo que esperaba que sus hijos aprendieran el negocio familiar.[16] Hizo que su hijo mayor, Fred hijo, y los pequeños, primero Donald y después Robert, aprendieran el negocio sobre el terreno, llevándoles de hecho regularmente a sus propiedades en su Cadillac azul. (Compraba uno nuevo cada dos años. Tenía lo que en aquella época era una novedad, una placa de matrícula personalizada con las letras «FCT»). A los chicos se les encomendaba barrer almacenes, sacar algunas monedas a los limpiadores de sótanos, realizar pequeñas reparaciones bajo la supervisión del personal de mantenimiento y, cuando crecieron un poco, cobrar alquileres.

No es que los chicos necesitaran aquellas pequeñas cantidades de dinero que papá les entregaba por su trabajo. Cuando Donald todavía estaba en pañales, él y sus hermanos ya tenían un fondo de inversión. Su parte eran unos 12.000 dólares anuales, lo que a finales de los años cuarenta representaba más o menos el cuádruple de los ingresos habituales de un matrimonio con hijos si el marido tenía un empleo a tiempo completo.

Fred gestionaba una austera oficina en la avenida Z de Brooklyn atendida por una secretaria que permaneció con él más de medio siglo. (Decía a los demás que lo mejor era contratar a una secretaria con sobrepeso y poco atractiva para que conservara el empleo).

He hablado con personas que se sentaban al otro lado del sencillo escritorio de Fred para proponerle hacer obras de fontanería, cristalería y electricidad. Describen un ritual que ciertamente no era exclusivo de aquella oficina. Primero, se presentaba un sobre sencillo. Fred se tomaba un instante para sopesarlo entre las manos antes de guardarlo en un cajón. Después escuchaba la propuesta de las condiciones contractuales para trabajar en sus edificios.

El coste de estos añadidos secretos se incorporaba al coste del contrato cuando se transmitía al Tío Sam o a los arrendatarios. Si no, reducía el beneficio que obtenía el contratista. Así era y así sigue siendo hoy día, una práctica generalizada pero ilegal, a menos que los pagos en efectivo se reflejen en los ingresos fiscales; cosa que, por supuesto, daría al traste con la finalidad de los incentivos. Es un delito de bajo riesgo: si quien entrega el sobre no es un agente del gobierno y los billetes no están marcados, ¿quién se va a enterar? Esa práctica también significaba que no había necesidad de retirar efectivo de las cuentas bancarias, con lo que no quedaba ningún registro con el que las autoridades fiscales pudieran descubrir nada durante una inspección.

Como primogénito que era, Fred hijo era el primero en la línea de descendencia para incorporarse al negocio de papá.[17] Al parecer, ni el trabajo, ni los métodos de su padre le atraían. Fred padre era un empresario sensato que miraba cada centavo, llevaba horarios fijos y, después de cenar en casa todas las noches, reanudaba los negocios por teléfono. Fred hijo era un espíritu más libre, si bien afligido. Se marchó en un Corvette a la Universidad de Lehigh en Bethlehem, Pensilvania, y aprendió a pilotar aviones. Aunque no era judío, dijo que lo era para afiliarse a la hermandad judía.

Cuando, enseguida, Fred hijo trató de trabajar por cuenta propia, padre e hijo no entendían el negocio de los alquileres del mismo modo. Cuando Fred hijo, por ejemplo, compró unas ventanas nuevas para uno de los edificios de apartamentos de Trump en lugar de mandar que repararan las viejas, su padre le reprendió por despilfarrar. Al referir este episodio transcurridos los años, Donald decía que su padre prodigaba las críticas con generosidad, pero raras veces los elogios. Donald decía que eso no

representaba ningún problema para él, pero no tanto para su hermano mayor.

Donald era lo que lo que un orientador académico calificaría como un «inadaptado». En su primer libro, *El arte de la negociación*, alardea de haber pegado un puñetazo a su profesor de música de segundo de primaria porque pensaba que este no conocía la materia, aunque tal vez se trate de una historia apócrifa. Con el paso de los años, los vecinos han ido contando anécdotas, también a mí, de un Donald niño que tiraba piedras a los niños más pequeños en los parques infantiles y provocaba peleas con otros. Según su propia versión, Donald se metía en infinidad de problemas; hasta el extremo de que cuando era adolescente su padre lo envió a la Academia Militar de Nueva York, al norte del estado, para que aprendiera disciplina.

Donald cumplió dieciocho años en 1964, cuando la cifra de bajas en Vietnam aumentaba con rapidez. Consiguió cuatro prórrogas por estudios y otra médica porque su médico certificó que le habían salido espolones en un pie. «¿En qué pie?», preguntó un periodista años después. Trump dijo que no recordaba. Fue aceptado en Fordham College, una escuela católica de la ciudad de Nueva York, pero se trasladó el primer año a otra de la Ivy League, la Universidad de Pensilvania en Filadelfia. Penn (que es como se la conoce) tiene una célebre y prestigiosa escuela universitaria de negocios a la que Trump invoca con frecuencia. En realidad, no estudió allí. Fue admitido cuando ya había iniciado los estudios y obtuvo algo equivalente a una diplomatura en economía.

Mientras estaba en la universidad, Donald también empezó a hacer negocios inmobiliarios, incluido uno con su padre en Cincinnati. Más adelante escribió que su patrimonio neto al licenciarse en la universidad era de 200.000 dólares, una cifra que parece modesta dada la cantidad de dinero que había afluido a su fondo de inversión desde antes de haber aprendido a andar.

Entretanto, Fred hijo se había hecho piloto de la TWA.[18] Se casó con una azafata a quien los miembros de la familia describen al mismo tiempo como un bombón en lo que se refiere a las apariencias y, sin embargo, alguien a quien Fred padre no podía soportar; exactamente igual que su abuela paterna no podía soportar a Elizabeth Christ Trump, la mujer con quien se casó Friedrich, su padre. Después, Fred hijo y su esposa, Linda, tuvieron

dos hijos y se divorciaron. Más adelante, Fred hijo dejó de volar porque no lograba controlar el alcoholismo.

Una vez despejado el camino para convertirse en el siguiente en la línea de descendencia de los negocios familiares, antes incluso de licenciarse en la universidad, Donald empezó a moldearse directamente a imagen y semejanza de su padre. Conducía un Cadillac con placa de matrícula «DJT». En una ocasión salió con una llamativa estudiante de Pensilvania, la actriz Candice Bergen, a quien invitó a una cena que terminó enseguida. Lo único que ella recordaba años después era que Trump llevaba un traje con chaleco de color burdeos con botas de piel a juego.[19]

Otros han declarado que no recuerdan haber visto mucho a Trump en el campus, un comentario interesante en vista de que Trump afirmaba años después que «nadie recuerda haber visto» al futuro presidente Barack Obama en la escuela primaria de Hawaii, ni en ningún otro sitio.[20] En realidad, muchos compañeros de Obama han escrito y hablado sobre él, como han hecho varios profesores suyos, el más destacado el especialista en derecho constitucional Laurence Tribe. Cuando Obama cursaba todavía primero de derecho, Tribe escribió una reseña de un artículo en cuya primera nota a pie de página citaba a Obama. Desde entonces, Tribe ha escrito que Obama se sentaba en la primera fila en todas sus clases, donde exponía matizados análisis jurídicos que Tribe recordaba gracias a la capacidad de su alumno para examinar un caso judicial muy sutil desde la perspectiva de todas las partes, concediendo igual peso a cada una de ellas.

Sin embargo, Trump alardea de su diplomatura en economía de 1968 y dice que aprendió «cosas de supergenio» en la Escuela de negocios Wharton de la Universidad de Pensilvania. «Yo era un muy buen estudiante en la mejor escuela —contó Trump a Barbara Walters en su programa *The View*—. Soy un chico inteligente».

Al igual que todas las demás escuelas de negocios, en Wharton se enseñan las herramientas fundamentales para evaluar las probabilidades de que una inversión sea provechosa. Uno de esos conceptos es el valor actual neto o VAN. Es el valor en efectivo que se espera obtener en el futuro por una inversión, al que se resta el coste destinado a mantener dicha inversión y, después, reducido a la suma total pagadera en la fecha presente. Los licenciados de las escuelas de negocios y finanzas de la Ivy League conocen

este concepto como un escolar de primaria sabe que dos más dos suman cuatro.

En una demanda que Trump interpuso contra el periodista Timothy L. O'Brien por escribir que el patrimonio neto de Trump podría ser muy inferior a los mil millones de dólares, un abogado formuló a Trump preguntas sobre sus conocimientos de finanzas y cómo había determinado sus ingresos netos.

—¿Está usted familiarizado con el concepto de valor actual neto?, —preguntó el abogado, Andrew Ceresney.

—Para mí el concepto de valor actual neto —respondió Trump— sería el valor actual del suelo descontando las deudas. Bueno, para mí la palabra «neto» es una palabra interesante. En realidad... la palabra «valor» es la importante. Si tienes un activo con el que puedes hacer otras cosas, pero decides no hacerlas... Yo no he escogido eso.

Tras escuchar ese galimatías, el abogado pidió a Trump que explicara otro concepto empresarial básico que se enseña a los estudiantes de finanzas: las normas de información financiera o, por sus siglas, NIF (en inglés, GAAP, Generally Accepted Accounting Principles). ¿Entendía él lo que eran las NIF?

—No —respondió Trump—. No soy contable.

Cuando abandonó la escuela, Donald Trump se entregó a la tarea no solo de encontrar a mujeres jóvenes necesitadas de un hombre con una fortuna, sino también a consolidar su nombre por todo el río Este de Manhattan, donde las luces brillantes eran el blanco de todas las atenciones. Menos de dieciséis años después erigiría en la Quinta Avenida el primer edificio que llevaría su apellido con grandes letras de bronce.

---

7 Tracie Rozhon, «Fred C. Trump, Postwar Master Builder of Housing for Middle Class. Dies at 93». *The New York Times*, 26 de junio de 1999.

8 Matt Blum, «1927 News Report: Donald Trump's Dad Arrested in KKK Brawl with Cops». *Boingboing*, 9 de septiembre de 2015. boingboing.net/2015/09/09/1927-news-report-donald-trump.html.

9 Jason Horowitz, «In Interview, Donald Trump Denies Report of Father's Arrest in 1927». *The New York Times*, 22 de septiembre de 2015.

10 Rozhon, «Fred C. Trump, Postwar Master Builder of Housing for Middle Class. Dies at 93».

11 *Ibid*.

12 «Ike Didn't Like Donald Trump's Dad», *Daily Beast*, 23 de noviembre de 2015. www.thedailybeast.com/articles/2015/11/23/ike-didn-t-like-trump-s-dad-at-all.html.

13 «10 Secrets of Fred Trump's Coney Island Revealed in History Project Exhibit», Coney Island History Project, 26 de mayo de 2016. www.coneyislandhistory.org/blog/history/10-secrets-fred -trumps-coney-island-revealed-history-project-exhibit.

14 Sesiones del Comité sobre Banca y Moneda, Senado de Estados Unidos, 83º Congreso, segunda sesión, de conformidad con la Resolución 229 del Senado.

15 Leonard Buder, «Two with Links to Crime Group Charged by U.S.», *The New York Times*, 11 de septiembre de 1986.

16 Rozhon, «Fred C. Trump, Postwar Master Builder of Housing for Middle Class. Dies at 93».

17 Jason Horowitz, «For Donald Trump, Lessons from a Brother's Suffering», *The New York Times*, 2 de enero de 2016.

18 *Ibid*.

19 Michael Rothman, «Actress Candice Bergen Opens Up About Past "Blind Date" With Donald Trump», Abcnews.go.com, 12 de febrero de 2016, abcnews.go.com/Entertainment/actress-candice-bergen-opens-past-blind-date-donald/story?id= 36892025.

20 Mark Dent, «Donald Trump, Penn Grad, Is (Barely) Remembered by His Alma Mater: "Who Wants to Be Associated with Him?"», Billypenn.com, 30 de julio de 2015. billypenn.com/2015/07/30/donaldtrump-penn-grad-is-barely-remembered-by-his -alma-mater- who-wants-to-be-associated-with-him/.

03

Valores personales

En el año 2005, Donald Trump tomó un vuelo a Colorado para pronunciar un discurso con el que infundir ánimos. Le acompañaban su esposa, Melania, y un estafador violento condenado en firme y llamado Felix Sater,[21] que ayudaba a Trump a cerrar dos importantes acuerdos de construcción en Denver.[22] Trump y Sater concedieron a *Rocky Mountain News* unas entrevistas que se revelarían significativas unos cuantos años después.[23] Los tres subieron a una limusina que les condujo durante una hora hacia el norte hasta llegar a Loveland, un territorio de sólido arraigo republicano donde más de un millar de personas había pagado para escuchar los consejos de Trump sobre cómo triunfar en la vida y los negocios.

Los oradores de este tipo de actos de estímulo como Zig Ziglar o Tony Robbins arengan a audiencias enteras con discursos meticulosamente elaborados. Hacen nobles llamamientos a los asistentes para que venzan a sus demonios interiores de tal modo que aflore su mejor yo y puedan hacer realidad sus sueños de éxito.

El discurso de Trump no se parecía en absoluto a eso.

Durante más de una hora, Trump dejó escapar una tras otra infinidad de palabras soeces. No tenía preparado ningún texto, ni mucho menos había ensayado la exposición. Criticó la ubicación y funcionalidad del Aeropuerto Internacional de Denver.[24] En sus comentarios inconexos abundaban las acusaciones contra exesposas y exsocios empresariales. Para vilipendiar a una antigua empleada, diciendo que había sido desleal, Trump la calificó gratuitamente de «fea como una perra».[25]

«Tengo que hablaros de los perdedores —dijo Trump al público—. Me encantan los perdedores porque me hacen sentir magníficamente satisfecho de mí mismo».[26] Aseguró a la multitud que si la Feria Bixpo de 2005 celebrada en Loveland hubiera invitado a hablar a un perdedor, les habrían cobrado tres dólares a cada uno, en lugar de la «inusual fortuna» que pagaron a Trump.[27] Por abultado que fuera el precio de la entrada, no sirvió para motivar a Trump para que mostrara el suficiente respeto por aquella audiencia de pago como para prepararse siquiera cuatro sencillas líneas. Al terminar, buena parte del público dijo que nada de su discurso era valioso y, sin duda, tampoco edificante.

Sin embargo, en el tosco veneno de Trump parte del público sí identificó dos recomendaciones para triunfar en la vida y los negocios.

En primer lugar, Trump les aconsejó que no confiaran en nadie, menos aún en los buenos empleados. «Sean un poco paranoicos —decía— porque van a tratar de desplumarles».[28] Era un consejo extraño, como refirió después a la prensa local alguien del público, pues la confianza es esencial para el capitalismo de mercado. Los empresarios famosos por ser fiables atraen a mejores trabajadores, quienes, a su vez, hacen que funcione mejor el negocio. Los emprendedores fiables añaden eficiencia a la economía reduciendo las fricciones en los acuerdos comerciales. Los propietarios de empresas prudentes a la hora de hacer promesas y famosos por cumplir su palabra suelen pasar por la vida sin ser objeto de una sola demanda. Trump se ha personado como parte en más de 3.500 demandas, algunas de las cuales le acusaban de fraude civil (una cuestión que examinaremos en otro capítulo).[29]

En segundo lugar, Trump recomendaba la venganza como política empresarial. «Iguale las cosas —dijo—. Si alguien le engaña, devuélvale el engaño multiplicado por diez. Al menos se sentirá bien. Chico, me siento bien».

Dos años después del discurso de Loveland, Trump publicó *El secreto del éxito: En el trabajo y en la vida*, su duodécimo libro. *El secreto del éxito* fue escrito en colaboración con Bill Zanker, fundador de The Learning Annex, que imparte enseñanzas sobre toda clase de cosas, desde baile en

barra americana hasta cómo fabricar tu propio jabón o cómo redactar planes de negocio. El capítulo 6 de *El secreto del éxito* se titula «Venganza».

«Yo siempre igualo las cosas», escribe Trump en la primera línea de ese capítulo. Después se dedica a criticar a la misma mujer a la que acusó en Colorado. Trump contrató a esa mujer anónima después de sacarla «de un puesto en la administración donde ganaba una miseria»; su carrera no tenía rumbo. «Decidí convertirla en alguien. Le ofrecí un magnífico empleo en la Trump Organization y, con el paso del tiempo, se volvió muy competente en cuestiones inmobiliarias. Se compró una casa muy bonita».

Cuando a principios de los años noventa Trump se vio en apuros económicos, «le pedí que llamara a un muy buen amigo suyo que ocupaba un cargo importante en un gran banco y que habría hecho lo que ella le pidiera. Ella respondió: "Donald, no puedo hacerlo"». En lugar de aceptar que la mujer consideraba impropia aquella llamada, Trump la despidió. Después, la mujer fundó su propio negocio. Trump escribe que su negocio fracasó. «Me alegré de verdad cuando me enteré de aquello», dice.[30]

En palabras de Trump, la historia de una empleada que decline hacer algo indecoroso es en realidad la historia de una rebelión que se debe aplastar.

> Se ha vuelto en mi contra después de todo lo que he hecho para ayudarle. Le pedí un favor a cambio y me rechazó de plano. Acabó perdiendo su casa. Su esposo, que solo estaba con ella por su dinero, la abandonó y yo me alegré. Con el paso de los años han venido muchas personas pidiendome referencias de ella. Solo di malas referencias. No soporto la deslealtad... Ahora me complico la vida para que la suya sea desgraciada.

Trump dedica otro puñado de páginas a la actriz Rosie O'Donnell, que en 2002 le calificó de «vendedor de crecepelo».[31] Unos cuantos meses más tarde, en la Learning Annex Real Estate & Wealth Expo de Zanker, Trump llamó a O'Donnell «cerda», «degenerada», «guarra» y, después (en televisión), «asquerosa del derecho y del revés».[32] Hizo comentarios despectivos sobre su aspecto, su peso y su sexualidad y dijo en un canal de televisión nacional que la salud emocional de O'Donnell mejoraría si no se mirara nunca en un espejo.[33]

En *El secreto del éxito*, Trump llama a O'Donnell «pendenciera»: «A una pendenciera hay que atizarle fuerte de verdad, muy fuerte, justo en el entrecejo [...] golpeé directamente a ese adefesio de mujer justo entre los ojos. Es verdad..., otros habrían ignorado sus insultos. ¡Yo decidí contraatacar y hacer que se arrepintiera del día que decidió arremeter contra mí!».[34]

Al final del capítulo, Trump escribe: «Me encanta igualar la cosa cuando alguien me engaña; sí, es verdad... Siempre igualo la cuestión. Cuando te dedicas a los negocios tienes que tratar igual a la gente que te engaña. Tienes que engañarlos quince veces más..., tirarte a la yugular, ¡atacarlos a lo bestia!».[35]

Las palabras de Trump adquieren más significado cuando se leen en el contexto de su declaración de campaña: «Nadie lee la Biblia más que yo».[36] Dice que *El arte de la negociación* es el mejor libro que se haya escrito nunca, con excepción de la Biblia.[37] Jamás ha sido capaz de recitar un versículo de la Biblia.[38]

Entre los muchos versículos bíblicos que advierten contra la venganza se encuentra el de la Epístola a los Romanos 12:19, que en traducción moderna afirma: «no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera [de Dios], pues dice la Escritura: *Mía es la venganza; yo daré el pago merecido*, dice el Señor».

Justo antes de las elecciones primarias del estado de Nueva York celebradas en abril de 2016, Trump declaró a Bob Lonsberry, locutor de radio en Rochester, Nueva York, que era religioso.

—¿Hay algún versículo bíblico o relato predilecto que haya conformado su pensamiento o su carácter? —preguntó Lonsberry.[39]

—Bueno, creo que hay muchos —respondió Trump—. Quiero decir, si nos adentramos en la Biblia, creo que muchos, muchísimos. Y algunas personas..., mire, ojo por ojo, casi se puede decir eso. No es algo demasiado agradable. Pero, bueno, si uno ve lo que está sucediendo en su país, quiero decir, cuando uno ve lo que está pasando en nuestro país, cómo la gente se aprovecha de nosotros..., tenemos que ser firmes y tenemos que ser muy fuertes. Y podemos aprender mucho de la Biblia, eso sí se lo digo».[40]

Su invocación del «ojo por ojo» alude al Éxodo 21:24. Pero Trump, que en una ocasión convirtió en un espectáculo de campaña su asistencia a una iglesia presbiteriana durante el servicio religioso, parecía no ser consciente de que en el Sermón de la Montaña Jesús rechazó ese versículo del antiguo testamento, diciendo:

> Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida, da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda.
> Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial... (Mateo 5: 39-45).

En *El secreto del éxito* hay dieciséis páginas dedicadas a la venganza. Todas ellas arremeten directamente contra esta enseñanza bíblica elemental. Trump no deja el menor resquicio para dudar de que la venganza sea un principio orientador de su vida («Mi lema es: iguala siempre las cosas. Cuando alguien te aprieta, devuélveselo a espuertas»),[41] pero ese principio orientador se opone de manera frontal tanto a la teología cristiana como a la judía.

En otra página de *El secreto del éxito* Trump reconoce que «este no es el consejo habitual, igualar las cosas, pero es un consejo para la vida real. Si no devuelves lo que te dan, ¡no eres más que un idiota! Lo digo en serio, además».[42] No sorprenderá que las opiniones de Trump sobre la venganza no se limiten a empleados que consideraba desleales, a personas con las que hubiera hecho negocios o, incluso, a los insultos infantiles de una actriz. De hecho, Trump dirigió su venganza contra su propia familia.

---

21 Charles V. Bagli, «Real Estate Executive with Hand in Trump Projects Rose from Tangled Past», *The New York Times*, 17 de diciembre de 2007. Consultado el 20 de junio de 2016, www.nytimes.com/2007/12/17/nyregion/17trump.html.

22 John Rebchook, «Trump Looks for Land to Build Hotel, Condos», *Rocky Mountain News*, 8 de julio de 2006. Consultado el 20 de junio de 2016. www.denverinfill.com/images/blog/2006-07/2006-07-08_trump_looks_for_land_to_build_hotel_condos.pdf.

23 John Rebchook, «Trump Thinking Big for Denver», *Rocky Mountain News*, 15 de septiembre de 2005. Consultado el 20 de junio de 2016. www.highbeam.com/doc/1G1-136190082.html.

24 Andy Vuong, «The World According to Trump», *Denver Post*, 15 de septiembre de 2005.

25 Christine Steele, «Trump Talks Frankly for Front Range», *Daily Reporter-Herald* (Loveland, Colorado), 15 de septiembre de 2005.

26 Tony Kindelspire, «"The Donald" Makes an Appearance at Loveland Bixpo», *Daily Times-Call* (Longmont, Colorado), 15 de septiembre de 2005.

27 Vuong, «The World According to Trump».

28 Tom Hacker, «Trump's Bixpo Show Offends—but It's Show Biz», *Biz West*, 30 de septiembre de 2005. Consultado el 20 de junio de 2016, bizwest.com/trumps-bixpo-show-offends-but -its-show- biz/.

29 Nick Panzenstadler y Susan Page, «Exclusive: Trump's 3,500 Lawsuits Unprecedented for a Presidential Nominee», *USA Today*, 2 de junio de 2016. Consultado el 5 de junio de 2016, www.usatoday.com/story/news/politics/elections/2016/06/01/donald-trump-lawsuits-legal-battles/84995854/.

30 Todas estas citas proceden de Hacker, «Trump's Bixpo Show Offends—but It's Show Biz».

31 Cady Drell, «A Brief History of Donald Trump and Rosie O'Donnell». *Newsweek*, 6 de agosto de 2015. Consultado el 8 de junio de 2016. www.newsweek.com/ behind-donald-trumps-sexist-debate-comment-rosie -odonnell-pigs- fat-view-360701.

32 Donald Trump y Bill Zanker, *Think Big: Make It Happen in Business and Life* (Nueva York: HarperCollins, 2009), p. 188. [Hay trad. cast.: *El secreto del éxito*. Trad. de Santiago Ochoa. Rayo, 2008].

33 *Ibid*., p. 189.

34 *Ibid*., p. 190.

35 *Ibid*., p. 194.

36 Jesse Byrnes, «Trump: Kerry Probably Hasn't Read the Bible», *The Hill*, 24 de febrero de 2016. Consultado el 6 de junio de 2016. thehill.com/blogs/blog-briefing-room/news/270610-trump-kerry-probably-hasnt-read-the-bible.

37 Blake Hounshell, «Trump Bungles Bible Reference at Liberty University», *Politico*, 18 de enero de 2016. Consultado el 20 de junio de 2016. www.politico.com/story/2016/01/trump-liberty-university-bible-217938.

38 Eugene Scott, «Trump Says Bible Is His Favorite Book but Declines to Share Favorite Verse», CNN, 27 de agosto de 2015. Consultado el 6 de junio de 2016. www.cnn.com/2015/08/27/politics/donald-trump-favorite-bible-verses/.

39 «Bob Lonsberry Talks with Donald Trump», WHAM1180.iheart.com, 14 de abril de 2016. Consultado el 26 de junio de 2016. wham1180.iheart.com/onair/bob-lonsberry-3440/bob-lonsberry-talks-with-donald-trump-14604930/.

40 *Ibid*.

41 Trump y Zanker, *Think Big*, p. 183.

42 *Ibid*., p. 190.

04

Un niño enfermo

Dos de los lemas de Donald Trump, «Iguala siempre las cosas» y «Devuelve un golpe más fuerte que el que recibiste», entraron en juego poco después de que en 1999 falleciera su padre a los noventa y tres años.[43] Más de seiscientas personas llenaron la Marble Collegiate Church de Manhattan, alejada de los barrios periféricos donde Fred padre había vivido y sido propietario de apartamentos. Entre quienes dijeron unas palabras se encontraba su nieto de idéntico nombre, Fred Trump III, sobrino de Donald, hijo de Fred hijo. Describió a su abuelo como un hombre generoso que siempre se preocupó por los demás. El día siguiente, la esposa de Fred III, Lisa, que estaba entre los dolientes, se puso de parto.

Menos de cuarenta y ocho horas después de nacer, William Trump empezó a sufrir convulsiones. En los meses posteriores dejó de respirar en dos ocasiones. Las facturas médicas que siguieron a estos sucesos ascendían a casi un tercio de un millón de dólares. Poco después de que aparecieran los problemas médicos, el hermano pequeño de Donald, Robert, llamó a su sobrino y dijo que no se preocupara, que se pagarían todas las facturas médicas. Durante décadas, Fred Trump padre cubrió a todos y cada uno de los miembros de su familia con un seguro médico a través de su empresa, Apartment Management Associates.

En una carta dirigida por un abogado de la familia Trump se daban instrucciones a Precise, el seguro médico familiar de los Trump que formaba parte del mismo emporio, que pagara «todos los gastos relacionados con los cuidados del bebé William, no obstante cualquier límite del seguro (porcentaje, número de visitas, o tope máximo de dólares) [...] tanto si Precise considera o no que son necesarios desde el punto de vista médico [...] Esta instrucción permanecerá vigente hasta que no se

comunique otra cosa».[44] La instrucción llevaba fecha de 19 de julio de 1999, tan solo veinticuatro días después de que falleciera Fred padre.

A los pocos días se daba lectura al testamento de Fred padre en el juzgado de sucesiones. El padre del niño William y los demás descendientes de Fred hijo descubrieron que no recibían lo que les correspondía de la herencia anticipada.

Algunos reportajes de prensa valoraban la herencia de Fred padre en una cifra situada entre los 100 y los 300 millones de dólares. Su cuantía real era sin duda superior. Cuando los ricos contemplan el fin de sus días suelen organizar la propiedad de sus bienes de tal modo que las autoridades fiscales acepten valores muy inferiores a los precios de mercado. Por lo general, se consigue mediante complejas reestructuraciones de la propiedad, lo que supuestamente dificulta que los herederos individuales reciban dinero en efectivo. De este modo se puede reducir el valor de las herencias con fines fiscales hasta en dos tercios.

Fred Trump padre había hecho un testamento en 1984 tras el fallecimiento de Fred hijo, el mayor de los suyos. Eso dejaba la gran masa de su fortuna a sus otros cuatro hijos: Donald, Maryanne, Robert y Elizabeth. Su testamento definitivo, dictado en 1991 (mucho antes de que en 1993 diagnosticaran a Fred padre la enfermedad de Alzheimer), también repartía la mayor parte del dinero entre los cuatro hijos.[45] Pero para la descendencia de Fred hijo quedó muy poco, si es que quedó algo en realidad, de la supuesta quinta parte de la fortuna del difunto; Fred III y su hermana Mary (a quien se bautizó con ese nombre por la esposa de Fred padre) recibieron solo 200.000 dólares, la misma suma entregada a todos los demás nietos.

El abogado de Fred padre llamó la atención sobre el litigio potencial por la herencia si la descendencia del hijo del mismo nombre quedaba apartada de la gran masa de la fortuna de Trump. «Dado el volumen de sus propiedades», escribió, legar una suma tan relativamente reducida a los descendientes de Fred hijo «equivale a desheredarlos. Tal vez desee incrementar la participación de estos en su herencia para evitar mala voluntad en el futuro».[46] El abogado pidió a Fred padre que cumplimentara un formulario de planificación patrimonial ordinario donde dejara claras sus

intenciones.[47] En él había dos casillas donde se indicaba si quería legar más dinero a los descendientes de Fred hijo: Fred III y Mary. Pero Fred padre no marcó esas casillas.

Cuando Fred III, Mary y Linda, la madre de ambos, conocieron el contenido del testamento, interpusieron una demanda, confirmando así el augurio de problemas señalado por el abogado. La demanda afirmaba que Fred padre no estaba en su sano juicio y que su firma en el testamento fechado el 18 de septiembre de 1991 había sido «obtenida de forma fraudulenta y por influencia indebida» de Donald y los demás hermanos vivos. Pedía que los descendientes de Fred hijo heredaran un quinto de la fortuna.

La reacción de Donald Tump fue rápida y vengativa. El 30 de marzo de 2000, una semana después de que se interpusiera la demanda, Fred III recibió una carta certificada donde se afirmaba que todas las prestaciones médicas se interrumpirían el día 1 de mayo. Aquello era una potencial sentencia de muerte para el pequeño William.

Lisa Trump contó a Heidi Evans, del *New York Daily News* que «se echó a llorar» al enterarse de que su hijo enfermo estaba en peligro.[48] Desolados, los padres interpusieron otra demanda. No recurrieron a los tribunales de Queens, donde la familia Trump ejercía una influencia importante, sino a los del condado de Nassau, en Long Island. Un juez dictó un auto donde establecía que se mantuviera la cobertura médica hasta que se resolviera el litigio.[49]

Fred III dijo: «En esta familia tienes que ser duro. Supongo que yo tuve lo que mi padre [Fred hijo] no tuvo. Seguiré en mis trece. Creo que, sencillamente, eso ha estado muy mal». También hablaba de sus tíos y tías paternos: «No son gente cálida pero despistada. Jamás han venido a visitar a William al hospital. Nuestra familia reserva la palabra "normal" para componer "anormalidad"».

Mary dijo que, como era natural, se trataba de una cuestión de dinero, que era fundamental para Fred padre y sus cuatro hijos vivos. «Tratándose de esta familia, sería una ingenuidad redomada afirmar que no tiene nada que ver con el dinero —añadía—. Pero tanto para mí como para mi hermano tiene mucho más que ver con que se reconozca a nuestro padre

[Fred hijo]. Existió, vivió, era su hijo mayor. Y William es el nieto de mi padre. Forma tanta parte de esta familia como cualquier otro. Necesita desesperadamente cuidados especiales».

Hablando también con Evans para el *New York Daily News*, Mary Trump declaró: «Mis tíos y tías deberían avergonzarse. Estoy seguro de que no se avergüenzan».

Evans preguntó por esto a Donald Trump. Él respondió que cuando tuvo conocimiento de la demanda por el testamento, su primera reacción fue: «¿Por qué tenemos que pagarle la cobertura médica?».

Cuando le presionaron preguntando si no le parecía desalmado retirar el seguro médico a un niño enfermo, Trump no titubeó. «Yo no puedo evitar eso. Es desalmado que alguien demande a mi padre», respondió. A continuación, añadió un comentario revelador sobre la posición de poder que él ocupaba en comparación con la de su sobrino y su sobrino nieto, enfermo de gravedad. Refiriéndose a Fred III, Donald replicó: «Si hubiera venido a verme, quizá las cosas habrían sido muy distintas para ellos [...] Es una especie de decepción. En esencia, han demandado a mi padre. No me entusiasma que alguien demande a mi padre».

Donald dijo que no estaba haciendo nada más que cumplir los deseos de su padre. «He ayudado a Fred [III] durante años —señalaba—. Esa fue la voluntad de mi padre. Tenía cuatro hijos más y así es como él quiso repartir su herencia».[50]

Trump no dijo nada acerca de si él o sus hermanos podrían tener algún tipo de obligación moral o familiar de advertir a su sobrino de los planes de Fred padre, sobre todo cuando él iba a sumar millones a su herencia si la fortuna se repartía en cuartos en lugar de en quintas partes.

Maryanne Trump Barry también intervino. Decía que los descendientes de Fred hijo, Mary y Fred III, eran «nietos ausentes» a quien los abuelos solo veían en vacaciones.[51]

En declaración hecha bajo juramento en el pleito que ponía en cuestión el testamento de Fred padre, Donald dejó claro que pensaba que los descendientes de Fred hijo ya se habían aprovechado más que suficiente de la fortuna familiar. «Viven como reyes y reinas —declaró bajo juramento —. No son dos personas a las que se haya abandonado bajo un puente».

Años después, cuando aspiraba a ser nominado candidato republicano a la presidencia, preguntaron a Trump por la disputa por el impuesto de sucesiones y la retirada de cobertura médica al pequeño William. Trump no mostró remordimiento y adoptó una posición congruente con su declaración de que jamás había tenido motivo alguno para pedir perdón a Dios y que nunca lo había hecho. «¿Por qué tengo que arrepentirme o pedir perdón a Dios si no cometo una equivocación?», preguntó Trump en 2015 a un público compuesto de cristianos evangélicos en Iowa. El reportaje publicado al respecto en *The Christian Post* citaba sus palabras y, a continuación, aludía a la «supuesta fe cristiana» de Trump.[52]

Trump dijo que su rencor ante el cuestionamiento del testamento de su padre había motivado la finalización de todas las prestaciones médicas para el niño enfermo. «Estaba furioso porque demandaron», declaró al periodista Jason Horowitz.[53]

La línea de descendencia de Fred hijo quedó apartada del testamento, dijo Donald, no porque él y los demás hermanos vivos hubieran ejercido alguna influencia sobre su padre, sino porque Fred padre sentía una «antipatía tremenda» por la azafata con la que se había casado su hijo. En ese sentido, Fred padre estaría dando cauce a los sentimientos de su propia abuela paterna, que no aprobaba la elección como esposa de Elizabeth Christ, de origen alemán, por parte de su padre, Friedrich.

Trump continuó diciendo que el caso se había resuelto «muy amistosamente». Ni Fred III ni su madre harían ningún comentario cuando se les preguntara por las declaraciones de Donald, lo cual sería congruente con un acuerdo que exigiera a ambas partes no hacer ninguna revelación al respecto. Las condiciones «muy amistosas» siguen siendo desconocidas porque el acuerdo era secreto. Se desconocen cuáles fueron las estipulaciones, si las hubo, para sufragar los gastos vitalicios de la atención médica de William, cuyas convulsiones evolucionaron en última instancia en parálisis cerebral.

La aplicación del lema de la venganza de Donald Trump a sus parientes consanguíneos, un principio que se opone de manera frontal a las enseñanzas más elementales de todo tipo de creencia cristiana, causó una profunda división en el seno de su familia. En contraste con ello, muchos años antes había trabado una relación muy estrecha con uno de los hombres

más feroces y despiadados que haya vivido jamás en Estados Unidos, un mentor que también creía que la venganza era la mejor política y que acabó convirtiéndose en una especie de segundo padre para Donald: el infame Roy Cohn.

---

43 Jason Horowitz, «For Donald Trump, Lessons From a Brother's Suffering», *The New York Times*, 2 de enero de 2016.

44 Heidi Evans, «Inside Trump's Bitter Battle; Nephew's Ailing Baby Caught in the Middle», *New York Daily News*, 19 de diciembre de 2000.

45 Tracie Rozhon, «Fred C. Trump, Postwar Master Builder of Housing for Middle Class. Dies at 93», *The New York Times*, 26 de junio de 1999.

46 Evans, «Inside Trump's Bitter Battle; Nephew's Ailing Baby Caught in the Middle».

47 *Ibid.*

48 *Ibid*.

49 Linda C. Trump, *et al.* v. Donald J. Trump, *et al.*, n.º 6795/00. Tribunal Supremo, Estado de Nueva York.

50 Evans, «Inside Trump's Bitter Battle; Nephew's Ailing Baby Caught in the Middle».

51 Linda C. Trump, *et al.* v. Donald J. Trump, *et al.*, n.º 6795/00. Tribunal Supremo, Estado de Nueva York.

52 Ray Nothstine, «Donald Trump: "I'm Not Sure If I Ever Asked God's Forgiveness"». *The Christian Post*, 20 de julio de 2015, www.christianpost.com/news/donaldtrump-im-not-sure-if-i-ever-asked-gods-forgiveness-141706/.

53 Jason Horowitz, «For Donald Trump, Lessons From a Brother's Suffering», *The New York Times*, 2 de enero de 2016.

05

Hacer amigos

En 1970, dos años después de obtener su título universitario en Pensilvania, Donald Trump todavía vivía en Queens. Era un tipo ajeno a Manhattan, miembro del grupo del que los estilosos y elitistas habitantes de Manhattan se burlaban llamándola «gentes del puente y el túnel». Trump quería unirse a ellos y finalmente capitaneó a esa tribu del momento.

Trump alardeaba a menudo de que «casi todas las noches» salía a la caza de «jóvenes bonitas», pero también trataba de establecer otros contactos importantes.[54] Uno de los primeros y más importantes contactos fue con el tristemente célebre fiscal Roy Cohn. Cohn fue el abogado y brazo derecho del senador Joseph McCarthy, cuya caza de brujas de comunistas solo terminó cuando arremetió contra el ejército de Estados Unidos.

Según la versión de Trump, Cohn se convirtió en un mentor empresarial y casi en un segundo padre para él.[55] Aquella relación que se estrechaba sin cesar conectaría a Trump con empresas de construcción propiedad de la mafia en una época en la que otros constructores suplicaban al FBI que tratara a la mafia con mano dura. El FBI también atrapó a Trump en un fraude relacionado con los impuestos de unas joyas y una demanda que le estalló en la cara.[56] En Cohn, Trump encontró a alguien capaz de ser «despiadado» en su nombre y que, si nos remontamos a 2005, decía que «maltrataría por ti».[57]

Aunque la cronología es confusa, Trump dice que para pasar a formar parte de la gente de Manhattan alquiló lo que él llamaba un apartamentito cutre con vistas a un depósito de agua de la Tercera Avenida y a la calle 75 del East Side. Entonces se dispuso a unirse a Le Club, al que consideraba «el club más animado de la ciudad y quizá el más exclusivo; como Studio

54 en su momento culminante. Entre sus miembros se encontraban algunos de los hombres con más éxito y las mujeres más hermosas del mundo. Era uno de esos lugares en los que resultaba muy fácil ver a un tipo rico de setenta y cinco años caminar con tres rubias recién venidas de Suecia».[58]

En Le Club, Trump conoció y examinó a infinidad de ricos de Nueva York y otros lugares, entre ellos Cohn, a quien conocía por su reputación.

«No me engaño con Roy —escribió Trump—. No era ningún *boy scout*. En una ocasión me contó que había pasado más de dos tercios de su vida adulta acusado de uno u otro cargo». Tal vez semejante revelación repeliera a algunos, pero la reacción de Trump fue la siguiente: «Aquello me asombró».[59]

Trump contrató por primera vez a Cohn para demandar al gobierno federal. El verano de 1972, el gobierno federal investigó unas denuncias de racismo en las que estaban implicados una serie de gestores de viviendas, entre ellos los Trump, que poseían 14.000 apartamentos en Brooklyn. No era la primera acusación contra Trump por prejuicios raciales. Dos décadas antes Fred Trump se había enfrentado ya a acusaciones similares, tanto por parte del gobierno como del legendario cantante de folk Woody Guthrie.[60]

En 1950 Guthrie se mudó a un apartamento en Beach Haven, la primera promoción de vivienda importante de Fred Trump, poco después de que estuviera concluido aquel proyecto de seis edificios con un total de 1.800 apartamentos.[61] Guthrie. reparó en que todo el mundo que le rodeaba era blanco y empezó a escribir sobre las políticas de alquiler en lo que llamó «refugio de zorras»:[62]

> Supongo que el viejo Trump sabe cuánto odio racial
> sembró en aquella marmita de corazones humanos
> cuando trazó la línea de color aquí
> en su proyecto de vivienda familiar de Beach Haven

Guthrie es más famoso por la canción *This Land Is Your Land,* una balada sobre el Dust Bowl [«Cuenco de Polvo» o largo periodo de sequía], que asestó a los agricultores de su Oklahoma natal un golpe adicional en la época de la Gran Depresión. Expuso sus ideas sobre las políticas de alquiler de Trump en una canción titulada *Old Man Trump*. Su letra prosigue así:

Beach Haven ain't my home!
No, I just can't pay this rent!
My money's down the drain,
And my soul is badly bent!
Beach Haven is Trump's Tower
Where no black folks come to roam,
No, no, Old Man Trump!
Old Beach Haven ain't my home![63]

Transcurridas más de dos décadas, en julio de 1972, el gobierno federal autorizó la realización de una serie de pruebas sobre el terreno para velar por el cumplimiento de la Ley de Vivienda Justa de 1968 (FHA, Fair Housing Act) que el Congreso hizo entrar en vigor una semana después del asesinato de Martin Luther King hijo. En el marco de esas pruebas de verificación se enviaba a una mujer u hombre negro, o a una pareja de ellos, a preguntar por el alquiler de un apartamento. Si se les decía que no había ninguno disponible, se dejaban caer por allí unos blancos con las mismas referencias de empleo e ingresos. En los apartamentos Shore Haven de Trump, el administrador dijo a una mujer blanca que podía darle a elegir entre dos apartamentos instantes después de haber indicado a una mujer negra que no quedaba ninguno libre.[64]

Los Trump sí alquilaban apartamentos a afroamericanos, puertorriqueños y otras personas no consideradas blancas, pero según indicaban los inspectores del gobierno solo en determinados edificios que constituían una minúscula minoría. Los archivos judiciales mostraron que se desviaba a esos solicitantes minoritarios a aquellos otros inmuebles.

El Departamento de Justicia demandó a Donald Trump, a su padre y a Trump Management «por negarse a alquilar viviendas y negociar el alquiler de viviendas de diferente modo en función de la raza o el color de piel de las personas».[65] El caso, archivado en octubre de 1973, fue uno de los que revistieron una discriminación más acusada de los muchos presentados en tribunales federales siguiendo la estela de la entrada en vigor de la Ley de Vivienda Justa.

La mayoría de los grandes arrendadores se apresuraron a evitar la publicidad indecente y acordaron llevar cierto control de la mezcla racial de

inquilinos, anunciarse entre la población no blanca y adoptar otras medidas para cumplir con la legislación federal. Pero Donald Trump buscó consejo en Cohn en la que dice que fue la primera conversación que mantuvieron (aun cuando declaró bajo juramento que conoció a Cohn tres años antes).[66]

Trump escribió que dijo a Cohn: «no me gustan los abogados» porque demoran la negociación, dicen que no y «siempre andan tratando de llegar a acuerdos en lugar de pelear».[67] Cohn le sorprendió manifestando que suscribía esa misma opinión. Cuando le pidió consejo acerca de qué hacer con la demanda por discriminación, sobre la que Trump dice que un gabinete de abogados no especificado de Wall Street le aconsejó llegar a un acuerdo, Cohn respondió: «Dígales que se vayan a la mierda y que peleen el asunto en los tribunales y que los otros demuestren que usted incurrió en discriminación», a lo que añadió que Trump no tenía ninguna obligación de «alquilar a inquilinos indeseables, ya se tratara de blancos o de negros». Cohn también aconsejó que la acusación de prácticas racistas iba a ser muy difícil de limpiar, de modo que el joven magnate del sector inmobiliario tenía que defender su buen nombre.

Dos meses después de esta supuesta primera conversación con Cohn, Trump convocó una rueda de prensa en el Hilton de Nueva York en la que acusó al Departamento de Justicia de inventarse un caso simplemente para obligar a su padre y a él a alquilar viviendas a personas que vivían de prestaciones públicas, aun cuando el caso era por discriminación racial, no por no ejercer la beneficencia.[68] Cohn presentó una demanda por la que reclamaba al gobierno federal 100 millones de dólares por daños y perjuicios.[69] Aquello marcó un hito en la carrera de Trump, que adoptó la táctica que se convertiría en doctrina central de su carrera presidencial en 2016: contraatacar con más fuerza cuando se siente atacado.

La demanda del gobierno y la contrademanda de Trump se vieron en un tribunal federal de Brooklyn a las pocas semanas.[70] Cohn se puso en guardia frente a una abogada del gobierno de veintiséis años en su primer caso importante, un enfrentamiento muy desigual en lo relativo a la experiencia que debería haber beneficiado al bando de Trump. En una declaración jurada, Trump afirmó que ni él, ni su empresa, «por lo que sé, ha discriminado, ni [ha] mostrado preferencias a la hora de alquilar nuestros

apartamentos». El juez tuvo las tablas suficientes para señalar la expresión fundamental de la declaración jurada: que era del conocimiento de Trump, no que hubiera habido alguna discriminación real por parte de la empresa y sus empleados.

Cohn sostenía que era innecesario que el gobierno realizara un censo de inquilinos de Trump porque los Trump habían visto a personas negras en varios de sus edificios. Añadió que él mismo había pasado por allí en coche y visto a personas negras entrando o saliendo de «algún» edificio de Trump, sin especificar si se trataba de los edificios donde la demanda indicaba que se desviaba a los negros o de los que el gobierno aseguraba que se ocupaban solo con gente blanca.

Había otros hechos que apuntaban a la mala conducta de Trump. Los empleados de Trump dijeron al gobierno que cuando los negros insistían en cumplimentar un formulario para uno de los edificios de Trump solo para blancos se añadía a la solicitud una clave: «N.º 9» o «C». Elyse Goldweber, la abogada novata del Departamento de Justicia, refirió al tribunal que no se citaba el nombre de un empleado que habló con los inspectores porque «tenía miedo de que los Trump le "largaran", o algo así» por revelar las técnicas utilizadas para denegar la solicitud de los negros y demás minorías. La respuesta de Cohn consistió en acusar a otro abogado del gobierno de comprar falsos testimonios y practicar con los empleados de Trump «un interrogatorio propio de la Gestapo».

El juez federal Edward R. Neaher desestimó la reclamación de Cohn de mala praxis por parte del gobierno por «carecer por completo de fundamento». El juez Neaher también desestimó la contrademanda de Trump y admitió a trámite la demanda e investigación originales, satisfecho de que hubiera evidencias suficientes para que el caso pudiera prosperar.

En *El arte de la negociación*, Trump refería que dijo a Cohn que «preferiría pelear antes que plegarme, porque en cuanto uno se pliega una vez, adquiere la reputación» de ser alguien que llega a acuerdos.[71] Pero ante un caso en el que no tenía de su parte a los hechos, ni la ley, Trump se plegó y llegó a un acuerdo. Una nota de prensa del gobierno hizo público el acuerdo diciendo que fue «uno de los de mayor alcance de la historia» para poner fin a la discriminación racial en la vivienda.[72] El acuerdo exigía la publicación de anuncios para buscar inquilinos de raza no blanca y poner

fin a toda práctica discriminatoria, incluida la codificación de las solicitudes de alquiler con claves secretas.

Trump gestionó la contrariedad de aquel acuerdo como su padre le había enseñado a hacer: dando la vuelta a la noticia y ofreciendo una versión ramplona y fácil de repetir que aprovechaba el hecho de que la mayoría de los periodistas cita con exactitud lo que la gente dice sin comprender la normativa, ni las prácticas reguladoras. El acuerdo fue una derrota absoluta para Trump, pero presentó el caso como una victoria aplastante y escribió: «Al final, el gobierno no pudo demostrar los cargos y acabamos llegando a un acuerdo menor sin reconocer ninguna culpabilidad».[73] El gobierno suele permitir que la gente que llega a un acuerdo se marche sin reconocer ninguna mala práctica, siempre que acepten poner fin a lo que no tienen la obligación de reconocer que estaban haciendo.[74]

Lo que Trump entresacó de esta primera derrota no fue que los tiempos habían cambiado y que había que cumplir la legislación sobre derechos civiles. Escribió que aprendió a asegurarse de que Cohn, y supuestamente otros abogados posteriores, estuviera absolutamente preparado cuando un caso llegaba a los tribunales. También aprendió a situar la lealtad por encima de cualquier otra cosa.

Aun cuando discrepara en privado, o aunque plantear un pleito no favoreciera a los intereses de Cohn, «puede uno contar con que él va a salir a batear para ti», escribió Trump.[75] La lealtad, proseguía, era mucho más importante que «todos los cientos de tipos "respetables" que se forjan una carrera a base de presumir de una integridad intransigente, pero no guardan en absoluto la menor lealtad». Ese, claro está, es el tipo de planteamiento que esperamos encontrar en mafiosos, dictadores y demás personajes que brindan su respeto fundamental al apoyo inquebrantable, no a la fidelidad a la verdad o a los hechos.

El acuerdo imponía dos años de supervisión federal. No se produjo ningún problema significativo, de modo que el periodo de supervisión llegó a su fin. El tercer año, el gobierno presentó una nueva reclamación que afirmaba que cuando concluyó el periodo de supervisión se había reanudado la discriminación en los alquileres.

Al cabo de pocos años, Trump aprendió que Cohn traía consigo otra ventaja. Contratarle garantizaría que sus proyectos de obra en Manhattan se desenvolvieran sin obstáculos. Entre los otros clientes de Cohn había dos de las figuras de la mafia más poderosas de Estados Unidos, que controlaban sindicatos clave ligados a las obras de demolición y construcción en la ciudad de Nueva York.[76]

---

54 Donald Trump y Tony Schwartz, *Trump: The Art of the Deal* (Nueva York: Ballantine, 2015), p. 97. [Hay trad. cast.: *Trump: el arte de la negociación*. Trad. de J. A. Bravo. Barcelona: Planeta DeAgostini, 1994].

55 Michael Kruse, «"He Brutalized For You"», *Politico*, sin lugar de publicación, 8 de abril de 2016. Página web, 16 de junio de 2016.

56 William Bastone, «The Bulgari Sales Tax Scam», *Village Voice*, 25 de noviembre de 1986. Consultado el 20 de junio de 2016.

57 Kruse, «"He Brutalized For You"».

58 Anthony Haden, «Donald Trump's Nights Out with Roy Cohn», *The Daily Beast* sin lugar de publicación, 30 de enero de 2016. Página web, 5 de junio de 2016.

59 Trump y Schwartz, *Trump: The Art of the Deal*, p. 99.

60 Michael D'Antonio, «Ike Didn't Like Donald Trump's Dad», *The Daily Beast* sin lugar de publicación, 23 de noviembre de 2015. Página web, 7 de junio de 2016.

61 William Kaufman, «Woody Guthrie, 'Old Man Trump' and a Real Estate Empire's Racist Foundations», *The Conversation*, 21 de enero de 2016. Consultado el 5 de junio de 2016. theconversation.com/woody-guthrie-old-man-trump-anda-real-estate-
empires-racist-foundations-53026.

629 Haciendo un juego de palabras intraducible, Guthrie la llamaba «Bitch Haven». (*N. del T.*)

63 ¡Beach Haven no es mi hogar! / No, ¡no puedo pagar este alquiler! / Mi dinero se echa a perder / ¡Y me acaban robando el alma! / Beach Haven es la Torre de Trump / donde ningún negro viene a deambular. / ¡No, no, viejo Trump! / ¡El viejo Beach Haven no es mi hogar! *(N. del T.)*

64 Gideon Resnick, «DOJ: Trump's Early Businesses Blocked Blacks», *The Daily Beast*, 15 de diciembre de 2015. Consultado el 8 de junio de 2016.

65 Morris Kaplan, «Major Landlord Accused of Antiblack Bias in City», *The New York Times*, 16 de octubre de 1973. Consultado el 8 de junio de 2016.

66 *Ibid.*

67 Trump y Schwartz, *Trump: The Art of the Deal*, pp. 98-99.

68 Michael Kranish y Robert O'Harrow Jr., «Inside the Government's Racial Bias Case Against Donald Trump's Company, and How He Fought It», *The Washington Post*, 13 de enero de 2016. Consultado el 9 de juno de 2016.

69 Barbara Campbell, «Realty Company Asks $100-Million "Bias" Damages», *The New York Times*, 15 de diciembre de 1973. Consultado el 7 de junio de 2016.

70 Kranish y O'Harrow Jr., «Inside the Government's Racial Bias Case Against Donald Trump's Company, and How He Fought It». Ver también Wayne Barrett, *Trump: The Deals and the Downfall*, pp. 86–88.

71 Trump y Schwartz, *Trump: The Art of the Deal*, p. 98.

72 Kruse, «"He Brutalized for You"».

73 Donald Trump y Tony Schwartz, *Trump: The Art of the Deal*, p. 99 y Wayne Barrett, *Trump: The Deals and the Downfall*, pp. 86-88.

74 Kruse, «"He Brutalized for You"».

75 Trump y Schwartz, *Trump: The Art of the Deal*, p. 100.

76 Albin Krebs, «Roy Cohn, Aide to McCarthy and Fiery Lawyer, Dies at 59», *The New York Times*, 3 de agosto de 1986: sin página web, 8 de junio de 2016.

06

Los acuerdos más importantes de Trump

En *El arte de la negociación*, Trump se jacta de que cuando, en 1981, solicitó la licencia para un casino convenció al fiscal general de Nueva Jersey de que limitara la investigación de sus antecedentes.[77] Tal vez se tratara de la negociación más lucrativa de la vida de Trump; una negociación que una década más tarde abochornaría a las autoridades del estado cuando quedó más clara la implicación de Trump con mafiosos, extorsionistas y defraudadores.

Nueva Jersey exigía que todos los solicitantes de licencias cumplimentaran un formulario muy detallado donde expusieran su historial de acuerdo con un sistema concebido para cumplir con la promesa hecha a los votantes de Nueva Jersey de que Atlantic City no se convertiría en un Las Vegas del este gestionado por la mafia. Los solicitantes tenían que rellenar unas cincuenta páginas con información que incluía todos y cada uno de los domicilios donde habían residido en el último decenio, las reclamaciones de seguros de más de 100.000 dólares, los pormenores de sus acuerdos empresariales y cualesquiera investigaciones civiles o penales a que hubieran sido sometidos por el gobierno. El estado llevaba a cabo la investigación de los posibles propietarios de casinos con tanta diligencia que enviaba a detectives al extranjero para que se entrevistaran con determinadas personas o examinaran documentos.

A Trump le dijeron de antemano que la investigación se prolongaría unos dieciocho meses. Como no estaba dispuesto a soportar una indagación tan extensa, se dispuso a concertar condiciones especiales para impedir que escudriñaran en su pasado, una práctica que ha mantenido hasta la fecha.[78]

En primer lugar, en vez de acudir a las oficinas del gobierno del estado en Trenton, Trump pidió a John Degnan, el fiscal general de Nueva Jersey, que acudiera él a visitarle.[79] Degnan y G. Michael Brown, jefe del Departamento de Regulación del Juego (DGE, Division of Gaming Enforcement), viajaron para presentarse en la oficina de Nick Ribis en Short Hills, un abogado de Nueva Jersey al que Trump había contratado por recomendación del editor multimillonario Si Newhouse.

Trump aseguró a Degnan que no había necesidad de llevar a cabo una investigación tan extensa de su conducta y sus acuerdos empresariales, pues estaba «limpio como una patena»; a sus treinta y cinco años era demasiado joven para haberse enredado en cualquier tipo de problemas. Trump le dijo entonces que si el fiscal general no aceleraba la concesión de la autorización, no construiría en Atlantic City, donde ya había adquirido una parcela excelente en la zona central del Boardwalk [Paseo Marítimo]. Al final, Trump apuntó que su hotel Grand Hyatt, próximo a la Grand Central Terminal del corazón de Manhattan, podría acoger su propio casino. Dado el famoso éxito de Trump a la hora de convencer a la ciudad de Nueva York de que le prestara favores muy lucrativos, aquello representaba una amenaza sutil pero contundente. Si los legisladores del estado de Nueva York autorizaban casinos en el Empire State, expulsarían a una catastrófica cantidad de empresas de Atlantic City, a más de 175 kilómetros al sur de Manhattan.

Degnan estaba a punto de emprender la carrera para convertirse en gobernador de Nueva Jersey. Sabía que una demanda de Trump, una campaña de Trump en favor de que se abrieran casinos en Nueva York, o las acusaciones de Trump contra el exceso de normativa gubernamental no le reportarían ningún voto. Aceptó sus condiciones. No prometió autorizarle, pero sí que, si Trump cooperaba, la investigación estaría concluida en un plazo de seis meses.[80] Trump devolvió el favor a Degnan convirtiéndose en un opositor firme de la idea de autorizar el juego en cualquier otro lugar del este que no fuera Atlantic City. En todo caso, Degnan perdió la carrera para ser gobernador.

Trump, por supuesto, no estaba limpio como una patena según los criterios de la Comisión de Control de Casinos de Nueva Jersey, aun cuando

jamás hubiera sido imputado, ni mucho menos condenado por ningún delito.[81]

El formulario de solicitud de licencia para el casino preguntaba si Trump «había sido alguna vez objeto de una investigación» por parte de alguna agencia gubernamental «por cualquier motivo». Sí lo había sido, pero el informe del DGE no hacía mención alguna de dos de esos casos y se ocupaba de otros dos en una nota a pie de página, donde dejaba claro que Trump no los incluyó cuando remitió su solicitud.

La primera investigación fue una a cargo del gran jurado federal realizada en 1979 acerca de cómo había conseguido una opción para adquirir la zona comercial de la Penn Central en el West Side de Manhattan. Los agentes del FBI se entrevistaron en dos ocasiones con Trump, la segunda de las cuales le dijeron que era blanco del gran jurado. El indicio que puso en marcha la investigación de Ed Korman (por aquel entonces, fiscal de Estados Unidos en Brooklyn) apareció justo antes de que se cumplieran los cinco años de prescripción que establecía la normativa. Las investigaciones de Korman no habían concluido en el momento en que se acabó el plazo. No se presentó ningún cargo.

En 1980, John Martin, fiscal de Estados Unidos de Manhattan, investigó someramente el acuerdo de Trump para adquirir el viejo hotel Commodore, que se remodeló para convertirse en el Grand Hyatt del centro de Manhattan.[82] Una vez más, el asunto afectaba a los terrenos de la Penn Central, que (junto con el hotel Commodore) eran propiedad de lo que quedaba de la quiebra de la vieja Penn Central Transportation Company. Lo que se dirimía era si el acuerdo del Commodore engañó a los deudores en el caso de la quiebra. No se presentó ningún cargo.

El cuarto caso era la demanda de 1973 del Departamento de Justicia por la que se acusaba a Trump de discriminación racial en el alquiler de apartamentos Trump, que desencadenó la contrademanda fallida presentada por el abogado Roy Cohn.[83] A los solicitantes de licencias de propietario de casino se les preguntaba si habían sido acusados de alguna mala praxis civil, entre las que se encuentran la discriminación racial en el ámbito de la vivienda. Trump cumplimentó la casilla del «no».

Trump tenía que saber que no revelar estas cuestiones le cerraría el paso a la aspiración de ser propietario de un casino si los investigadores averiguaban que no había sido sincero. La portada de la solicitud afirmaba en grandes letras mayúsculas:

> No responder a alguna pregunta con toda la información o faltando a la verdad supone la denegación de la solicitud de licencia.

Este criterio se había aplicado con rigor a otras personas. El contencioso más habitual, el que marcaba la firmeza con la que se podía llegar a aplicar el criterio, guardaba relación con la solicitud de licencia de crupier de *blackjack* o veintiuno (una de las más bajas) de una solicitante anterior. A aquella mujer se le denegó por considerársela moralmente inadecuada. ¿Cuál había sido su delito? Cuando era adolescente y trabajaba de cajera reconoció una falta por haber aplicado descuentos a amigos, un delito que supuso la denegación de solicitud de licencia de crupier.

Tras concluir su investigación de Trump en un tiempo récord de cinco meses, el informe del Departamento de Regulación del Juego (DGE), no hacía al organismo regulador, la Comisión de Control de Casinos, la menor insinuación de que Trump hubiera sido centro de atención de varias investigaciones penales federales.[84] Dos de estos casos habían aparecido en la prensa. Wayne Barrett, el periodista que publicó el reportaje, fue interrogado por el DGE en el marco de la investigación de la solicitud de Trump.[85] Es un misterio por qué el informe final omitía estos hechos.

El DGE dio a Trump el visto bueno pese a no responder a las preguntas con toda la información.[86] En una nota al pie de una de las 119 páginas del informe, el DGE decía que justo antes de concluir la investigación, Trump había ofrecido «voluntariamente» la información que no incluyó en la documentación. Era una señal anticipada de lo que dos comisionados del organismo regulador de los casinos dirían con posterioridad que era una actitud de favoritismo hacia Trump por parte del DGE.[87]

Pero había muchas más cosas que ignoraban los comisionados que tenían que pronunciarse sobre cada una de las licencias.

Hacía ya tres años, desde 1978, que Trump tenía contratadas para erigir la Trump Tower a empresas de construcción vinculadas a la mafia. En lugar

de construir un esqueleto de vigas de acero muy alto, Trump escogió construir con hormigón de planta. Lo hizo en una época en la que otros constructores de Nueva York, principalmente las familias LeFrak y Resnik, rogaban al FBI que los liberara de un cartel de plantas de producción de hormigón gestionado por la mafia que inflaba los precios.

El hormigón representaba una curiosa elección en aquella época. Había que llevar la masa a toda prisa a la zona de obra y verterla enseguida para evitar problemas que acababan saliendo carísimos, como que pudiera endurecerse mientras giraba en las hormigoneras o que no estuviera lo bastante húmeda para ofrecer la resistencia adecuada cuando fraguara. El uso de hormigón de planta volvía a los constructores vulnerables a las interrupciones que pudieran plantear los trabajadores sindicados, como reconocería Trump más adelante. Los camioneros controlaban las hormigoneras que transportaban la masa. Los sindicatos de la construcción controlaban la entrada a la zona de obras. Los encofradores y los carpinteros controlaban el vertido y el moldeado de las formas. En lo más alto, la mafia controlaba a los sindicatos y amañaba las elecciones sindicales, como demostraría con posterioridad un juicio federal por extorsión en el trabajo interpuesto por el fiscal federal Rudy Giuliani.[88]

Trump daba preferencia al hormigón. El material tiene sus ventajas, como evitar el costoso material a prueba de incendios que exigen las vigas de acero. Trump utilizó el hormigón de planta no solo para los cincuenta y ocho pisos de la Trump Tower, sino también para el edificio de apartamentos Trump Plaza de treinta y nueve plantas de la calle 61 Este, el hotel y casino Trump Plaza de Atlantic City y otros edificios.

Trump compraba su hormigón de planta de Manhattan a una empresa llamada S & A Concrete. Los mandamases de la mafia Anthony «Fat Tony» Salerno y Paul Castellano eran los propietarios ocultos de la empresa. S & A facturaba los precios inflados de los que las familias LeFrak y Resnik se quejaban, la primera de ellas también a las autoridades y a *The New York Times*.[89]

Como señaló Barrett, al escoger construir con hormigón de planta en lugar de con otros materiales, Trump se puso «a la merced de toda una legión de extorsionistas del hormigón». Pero tener como aliado a Roy Cohn aliviaba las preocupaciones de Trump. Si Cohn era quien le arreglaba los

asuntos, Trump no tenía por qué preocuparse de que los jefes de la mafia pudieran hacer que los sindicatos pararan la obra de la Trump Tower; Salerno y Castellano eran clientes de Cohn.[90] De hecho, cuando los productores de cemento hicieron huelga en el verano de 1982, el hormigón no dejó de afluir a la Trump Tower.

Años más tarde, Barrett, el primer periodista que examinó a fondo las prácticas empresariales de Trump, logró dejar al descubierto algunos de sus negocios. Barrett gozaba de la profunda confianza de infinidad de fuentes entre las autoridades locales, estatales y federales. Informó de que dos testigos presenciaron en la mansión de Cohn la reunión de Trump con Salerno, una asociación que por sí sola ya habría costado a Trump su licencia de propietario de casino. Cuando fue de conocimiento público la reunión con Salerno, el DGE no trató de localizar a los testigos, a los que cualquier detective podría haber identificado con facilidad pese a que no se les nombrara. O, si trataron de localizarlos, el informe no daba ninguna muestra de que se hubiera investigado al respecto. En su lugar, el DGE tomó declaración a Trump bajo juramento. Trump negó la reunión con Salerno. Caso cerrado.[91]

Exactamente igual de reveladora fue la asociación de Trump con John Cody, el jefe corrupto del sindicato de camioneros Teamsters Local 282.[92] Cody, que ya estaba imputado cuando ordenó la huelga de 1982 en toda la ciudad, ordenó también que siguieran llegando entregas de hormigón a la Trump Tower. Cody dijo a Barrett que «a Donald le gustaba hacer negocios conmigo a través de Roy Cohn».

Michael, el hijo de Cody, me contó que su padre era las dos cosas, un padre adorable y el infame extorsionista por quien la gente le tenía. Decía que, siendo niño, escuchó cuando Trump llamó a su padre para implorar a Cody que se asegurara de que el hormigón no dejaba de afluir de forma constante a la Trump Tower para que no entrara en quiebra antes de que estuviera terminada.

Aunque Cody no recibió un apartamento en la Trump Tower, como sospechaba el FBI, sí lo obtuvo una amiga suya particularmente bonita. No tenía ningún trabajo conocido y atribuía su ostentoso estilo de vida a la amabilidad de sus amigos. Compró tres apartamentos de la Trump Tower situados exactamente debajo del tríplex donde vivían Donald e Ivana, su

esposa en aquel entonces. John Cody invirtió 100.000 dólares en los apartamentos de la mujer y se quedaba allí con frecuencia. Trump la ayudó a que le concedieran una hipoteca de tres millones de dólares para pagar los tres apartamentos, uno de los cuales reformó para que tuviera la única piscina cubierta de la Trump Tower. Ella dijo que le concedió la hipoteca un banco al que Trump le recomendó que recurriera, sin cumplimentar ninguna solicitud de préstamo ni aportar documentación sobre sus finanzas.

Cuando Cody fue condenado por extorsión, encarcelado y ya no controlaba el sindicato, Trump demandó a la mujer por 250.000 dólares por reformas no autorizadas. Ella contraatacó con otra demanda por 20 millones de dólares. Los documentos judiciales de ella acusaban a Trump de cobrar comisiones de los contratistas. Además postulaban que aquello podría «constituir el fundamento de una actuación penal» contra Trump si el fiscal general del estado quisiera investigar.

Trump, que en su campaña presidencial insistía en que jamás llega a acuerdos en las demandas que ponen contra él porque eso solo sirve para animar a la gente a que interponga más demandas, llegó a un acuerdo enseguida.[93] Pagó 500.000 dólares a la mujer. Declaró que no sabía bien lo que aquello suponía y que no había nada inapropiado en sus acuerdos con la mujer, ni con John Cody.

Los fiscales federales enseguida abrieron una causa importante contra ocho mafiosos. Entre los cargos había acusaciones de hinchar el precio del hormigón para el edificio de apartamentos de Trump de la calle 61 Este. En 1986, Salerno y otras siete personas, entre ellas el jefe del sindicato de trabajadores del hormigón, fueron condenados en un juicio por extorsión por delitos como asesinatos, sobornos y alteración del precio del hormigón. Michael Chertoff, el fiscal jefe del juicio, dijo al juez que los demandados «dirigían el negocio criminal más grande y más atroz de la historia de Estados Unidos».[94]

Aun después de obtener su licencia para el casino, Trump siguió manteniendo relaciones que deberían haber desencadenado investigaciones de los inspectores de casinos.

En 1988, Trump llegó a un acuerdo para poner su nombre en las limusinas Trump Golden Series y Trump Executive Series, como reveló por

primera vez el periodista Bill Bastone.[95] Además de televisor con reproductor de vídeo y fax, las limusinas tenían dos teléfonos. En unos armarios de palisandro había unas copas de cristal y un práctico dispensador de licor. Una tapadera decorativa llevaba impresas juntas las marcas Trump y Cadillac. Las limusinas fueron modificadas en Dillinger Coach Works, propiedad de un par de delincuentes convictos.

El primero de ellos era el extorsionista condenado Jack Schwartz; el otro era el ladrón condenado John Staluppi, un multimillonario vendedor de coches de Long Island identificado en informes del FBI y otros cuerpos de seguridad como miembro de la familia criminal de los Colombo. Los organismos reguladores de casinos de Nueva Jersey (que afirmaban supervisar el sector más regulado de la historia de Estados Unidos) no hicieron nada cuando Trump llegó al acuerdo con Staluppi y Schwartz para vender los Cadillac de marca Trump.

Los organismos reguladores del alcohol de Nueva York demostraron ser mucho más severos. Negaron la solicitud de Staluppi para obtener una licencia de venta de alcohol por sus antecedentes y sus numerosos negocios con mafiosos, entre ellos algunos amigos comunes que, como veremos, suministraron a Trump sus helicópteros. Pero primero echemos un vistazo al equipo de fútbol americano de Trump.

---

77 Donald Trump y Tony Schwartz, *Trump: The Art of the Deal* (Nueva York: Ballantine, 2015), p. 210.

78 *Ibid.*, p. 208.

79 *Ibid.,* p. 208.

80 *Ibid*., p. 207.

81 «Trump Thought A.C. Venture Could Tarnish Name», *The Smoking Gun*, 30 de marzo de 2004. Consultado el 9 de junio de 2016. www.thesmokinggun.com/documents/crime/trump-thought-ac-venture-could -tarnish-name.

82 Tim Robbins, «The Truth About Trump and the Mob». *Newsweek*, 1 de mayo de 2016. Ver también David Cay Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob», *Politico*, 22 de mayo de 2016. Consultado el 8

de junio de 2016. www.politico.com/magazine/story/2016/05/donald-trump-2016-mob-organized-crime-213910.

83 Morris Kaplan, «Major Landlord Accused of Antilock Bias in City», *The New York Times*, 16 de octubre de 1973. Consultado el 8 de junio de 2016.

84 David Cay Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob», *Politico,*, 22 de mayo de 2016. Ver también David Cay Johnston, «Book Alleges Trump Did Business with Mob», *The Philadelphia Inquirer*, 7 de enero de 1992. Consultado el 6 de junio de 2016.

85 Marcus Baram, «State Investigation Report on Trump Shows Complexity of Alleged Mob Ties», *Fast Company*, 7 de marzo de 2016. Consultado el 9 de junio de 2016. www.fastcompany.com/3057495/state-investigative-report-on-trump-shows-complexity-of-alleged-mob-ties.

86 Wayne Barrett, *Trump: The Deals and the Downfall*. Ver también Johnston, *Temples of Chance*, p. 83.

87 Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob».

88 Arnold H. Lubasch, «U.S. Jury Convicts Eight as Members of Mob Commission», *The New York Times*, 20 de noviembre de 1986. Consultado el 8 de junio de 2016.

89 Selwyn Raab, «Irregularities in Concrete Industry Inflate Building Costs, Experts Say», *The New York Times*, 26 de abril de 1982. Consultado el 7 de junio de 2016.

90 Albin Krebs, «Roy Cohn, Aide to McCarthy and Fiery Lawyer, Dies at 59», *The New York Times*, 3 de agosto de 1986: página web. 8 de junio de 2016. www.nytimes.com/library/national/science/aids/080386sci-aids.html.

91 Johnston, «Book Alleges Trump Did Business with Mob».

92 Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob».

93 Tim Robbins, «The Truth About Trump and the Mob», *Newsweek*, 1 de mayo de 2016.

94 Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob».

95 William Bastone, «Trump Limos Were Built With a Hood Ornament», *Smoking Gun*, 22 de septiembre de 2015. Consultado el 8 de junio de 2016. www.thesmokinggun.com/documents/celebrity/trump-and-staluppi-092157.

07

«Un pleito magnífico»

Erigir edificios llamativos no reportó a Donald Trump la atención nacional que ansiaba. Fue el fútbol americano lo que le hizo famoso. Contratar a un nuevo director general para su empresa inmobiliaria le granjeó poca atención de los medios de comunicación, pero «contrato a un entrenador para un equipo de fútbol americano y hay sesenta o setenta periodistas que me llaman para hacerme una entrevista».[96]

La incursión de Trump en el fútbol americano profesional nos brinda un ejemplo temprano de una carrera empresarial forjada sobre el quebrantamiento, el desconocimiento o la manipulación de las normas.

En agosto de 1983, Trump compró los Nueva Jersey Generals, uno de la docena de equipos de la incipiente Liga de Fútbol Americano de Estados Unidos (USFL, United States Football League). La liga celebró su primer partido en marzo de 1983, cinco semanas después de la XVI Super Bowl. La USFL atraía a unas multitudes considerables, pero nada comparable con la Liga Nacional de Fútbol Americano (NFL, National Football League), que aquel año recaudó en taquilla unos 1.000 millones de dólares y otros 2.100 de las retransmisiones por televisión.

Por aquel entonces, los equipos de la NFL se valoraban en decenas de millones de dólares. El compulsivo empresario deportivo David Dixon y otros fundadores de la USFL crearon la liga para que la gente que no es lo bastante rica para comprar un equipo de la NFL (como Trump) invirtiera en deporte comercial. En un principio, Trump dijo que pagó nueve millones de dólares por los Generals; después dijo que fueron cinco millones de dólares (lo que enojó a los demás propietarios por reducir implícitamente el valor de sus inversiones).

La estrategia de Dixon era barata y presentaba pocos riesgos. Requería paciencia y una ejecución minuciosa para hacer crecer el negocio hasta que pudiera mirar cara a cara a la NFL. Una faceta esencial de esa estrategia consistía en que se jugara en primavera, en lugar de tener que competir con la riqueza, las siete décadas de aficionados y el monopolio de la temporada de otoño de la NFL.

La asistencia a los partidos de la USFL alcanzaba una media de 25.000 espectadores por partido, una cifra respetable tratándose de una liga nueva. Tanto la cadena ABC como la recién creada televisión llamada ESPN firmaron contratos para retransmitir los partidos de la USFL. Aquello reportó unos ingresos en efectivo adicionales que, en última instancia, convertirían las pérdidas en beneficios si la estrategia empresarial se llevaba a cabo con inteligencia.

La nueva liga introdujo innovaciones que agradaron a los aficionados, parte de las cuales adoptó después la circunspecta NFL. Por ejemplo, cuando los jugadores de la USFL anotaban un ensayo (*touchdown*) podían bailar, gritar y celebrarlo como quisieran, en marcado contraste con las reglas de la NFL, que en aquella época prohibían ese tipo de conductas. La nueva liga también se aprovechó de los beneficios que reportaba el vídeo. Años antes, la NFL se planteó la posibilidad de utilizar repeticiones para que los aficionados extrajeran sus propias conclusiones acerca de las decisiones más controvertidas de los árbitros, pero desestimó la idea. La USFL adoptó la práctica de mostrar la repetición al instante, cosa que los aficionados agradecieron. Por supuesto, ahora es un elemento fundamental de la retransmisión de todos los deportes profesionales.

Trump no tenía demasiado interés en la estrategia de Dixon. Más bien, dotó a la USFL de la teatralidad y las elevadas apuestas que en última instancia la destruirían. Empleando sus habilidades para llamar la atención, más propias de P. T. Barnum, Trump celebró unas pruebas de selección de animadoras en la planta baja de la Trump Tower justo antes de la Navidad de 1983.[97] Allí se presentó un enjambre de cámaras de televisión para grabar a las más de cuatrocientas candidatas saltarinas que se apretujaban para convertirse en «Brig-A-Dears», que es como se llamaba a las animadoras de los Generals. La ecléctica selección de jueces de Trump también garantizaba la cobertura informativa. Entre ellos se encontraba

Cindy Adams, la columnista de cotilleos del *New York Post*, los artistas pop LeRoy Neiman y Andy Warhol, e Ivana Trump, que diseñó el escote del atuendo que resaltaba el pecho de las Brig-A-Dears.

Para promocionar el equipo, Trump envió a las Brig-A-Dears a los bares. No gastó dinero en seguridad para que se ocupara de los ineludibles babosos y borrachos que tomaron por prostitutas a aquellas jóvenes escasas de ropa. Aunque era menor de edad y no podía participar de aquel acto, la Brig-A-Dear Lisa Edelstein de dieciséis años organizó una huelga de las animadoras adultas para protestar contra la falta de protección en los «tugurios». En una entrevista realizada en 2015, Edelstein (que había protagonizado las series de televisión *House* y *Girlfriends' Guide to Divorce*) declaró que, si bien tuvo tratos con él posteriormente, «Trump no recuerda esa» huelga.[98]

Contratar a jugadores universitarios de primera línea y echar el anzuelo a varios profesionales de la NFL también contribuyó a forjar una afición de los Generals. A pesar de que el techo salarial de la liga estaba fijado en menos de dos millones de dólares, Trump contrató a una estrella del deporte, Doug Flutie, el famoso *quarterback* del Boston College y ganador del Trofeo Heisman, por una cifra muy superior al salario máximo autorizado por la USFL.[99] Nada de aquello era congruente con el plan de bajo riesgo y poco coste de Dixon para consolidar el negocio de forma lenta y paulatina.[100]

Cuando concluyó su primera temporada como propietario de un equipo, Trump decidió tirarse a la yugular de la NFL: un bebé en mantillas comerciales compitiendo con un adulto triunfante y poderoso en la flor de la vida. En 1984, Trump convenció a los demás propietarios de equipos de la USFL de demandar a la NFL al amparo de la Ley Sherman Antimonopolio (Sherman Antitrust Act) que criminaliza el acto de «monopolizar, o tratar de monopolizar» cualquier sector económico.[101] La demanda fue presentada en el mes de octubre. El texto decía que la NFL no debería haber firmado contratos con más de dos o tres cadenas de televisión. La teoría de Trump era que, como la NFL tenía contratos de televisión con las tres cadenas principales, la USFL no podía conseguir que se emitieran sus partidos si desplazaba el calendario al otoño, de modo que la NFL debía de tener un monopolio ilegítimo sobre el fútbol americano en

otoño. «Si Dios quisiera que hubiera fútbol americano en primavera —declaró a un reportero de televisión de la ABC—, no habría creado el béisbol».

Los litigios antimonopolio son una especialidad jurídica tan arcana como la normativa fiscal. Dominar la ley antimonopolio requiere años de experiencia y conocimientos de las sutilezas económicas de la conducta anticompetitiva, así como una comprensión minuciosa de las sentencias judiciales precedentes. Semejante demanda exigiría la participación de un abogado antimonopolio de primer orden con un historial de éxito ante el jurado. Eso no iba a suceder.

La demanda iba firmada por Roy Cohn, el mentor y perro de ataque de Trump. Cuando los dos hombres anunciaron la interposición de la demanda el 18 de octubre de 1984, Cohn dijo que tenía una lista de propietarios de equipos de la NFL que formaban parte de un comité secreto «creado con la finalidad exclusiva de combatir a la USFL».[102] Los periodistas reclamaron pruebas. «Tenemos razones fundadas para creer que sabemos quiénes son y qué están haciendo», respondió Cohn. Ante la insistencia de los periodistas, Cohn dio cauce a las prácticas de su patrón, el senador Joseph McCarthy, que agitaba un papel en el que decía tener apuntados los nombres de los agentes comunistas que ocupaban cargos de alto nivel en el gobierno federal, pero a los que jamás identificó. Al igual que McCarthy, Cohn declinó citar nombres.

Para el juicio, Trump convenció a los demás propietarios de equipos de la USFL de que contrataran a Harvey D. Myerson, un extravagante abogado sin especialización alguna en litigios antimonopolio.[103] El juicio ante un tribunal federal se prolongó cuarenta y ocho días y estuvo lleno de declaraciones tediosas sobre legislación y economía, así como de testimonios del propio Trump, que afirmaba que el comisionado de la NFL Pete Rozelle había tratado de comprarle, acusación que podría perfectamente ser una ofensa penal. A uno de los jueces que llevaba el caso no parecía impresionarle nada de aquello, pues escribió sin realizar ningún comentario adicional que Trump «declaró que el comisionado Rozelle le ofreció una franquicia de la NFL a cambio de que bloqueara la medida propuesta por la USFL hasta el otoño e impidiera que la liga presentara la

demanda de inmediato. Rozelle negó haber hecho semejante oferta a Trump».

Al cabo de cinco días de deliberación, el jurado resolvió que la NFL había incurrido de hecho en una conducta penal cuando, como señaló posteriormente un tribunal de apelación, «adquirió o mantuvo a propósito un poder monopolístico sobre el mercado consistente en el fútbol americano profesional de las grandes ligas de Estados Unidos».[104] Condenó a la NFL por los daños y perjuicios causados a la USFL a pagar la suma de un dólar.[105]

Debido a la Ley Sherman Antimonopolio, la indemnización se triplicó de forma automática hasta alcanzar los tres dólares.

Los diminutos perjuicios enviaron un mensaje contundente, que en aquella época muchos interpretaron al mismo tiempo como un reconocimiento del monopolio ilegal y de que la USFL no debería haber hecho perder dos meses de la vida de los miembros del jurado tratando de enriquecerse con rapidez y facilidad mediante una demanda.

Años después, cuando el Tribunal Supremo declinó admitir a trámite un recurso, la NFL envió a la USFL un cheque al que añadió a los tres dólares los intereses legales: setenta y seis centavos. El cheque aún sin cobrar continúa guardado en la caja fuerte de Memphis del director ejecutivo de la USFL, Steve Ehrhart, donde sin duda tiene más valor como recuerdo que por su valor nominal.

La estrategia legal de Trump había fracasado. Las cadenas de televisión no tendrían que preocuparse por la retransmisión de una temporada de otoño de la USFL. Por si fuera poco, la demanda les irritó. Ellos no eran los acusados, pero formaban una parte tan esencial del plan sobre el que el jurado deliberó que se vieron obligados a gastar dinero para proteger sus intereses. A los pocos minutos de la publicación del veredicto del jurado, los propietarios de equipos de la USFL contaban a los periodistas que todo había terminado. La USFL abandonó de inmediato y lo que podía haber sido una exitosa empresa a largo plazo quedó hecho añicos; la inteligente estrategia de negocio de David Dixon se había visto entorpecida por una catastrófica apuesta judicial de Trump. Myerson (que después pasó setenta meses en prisión por evasión fiscal y varios años de aumento excesivo de precios en lo que los abogados de la acusación llamaron «una oleada

delictiva formada por un único hombre») se sintió desconcertado por el veredicto y prometió recurrir.[106]

En 1988, el Segundo Circuito de Tribunales de Apelación de Estados Unidos rechazó de forma explícita la teoría que Trump había expuesto a los demás propietarios: que una demanda era un modo apropiado de obligar a la NFL a fusionarse con la USFL. El tribunal, en la jerga formal de las opiniones jurídicas, reprendía tanto a Trump como a los propietarios que le acompañaron. El juez Ralph K. Winter hijo escribió que «lo que la USFL pretende es, en esencia, provocar por vía judicial una reestructuración de las grandes ligas de fútbol americano que le permita ingresar» en una fusión con la NFL.

Al calificar a la NFL de «un producto de entretenimiento con un éxito inmenso», el juez Winter señalaba que «las nuevas ligas deportivas deben estar dispuestas a realizar la inversión de tiempo, esfuerzo y dinero que convierta el interés, la lealtad de los aficionados y los resultados económicos en un producto atractivo para los medios de comunicación. En el caso que nos ocupa, el jurado obviamente detectó la ausencia de un apoyo paciente de seguidores fieles entre los aficionados, e igualmente la no adhesión a un plan original que ofreciera beneficios a largo plazo [...] El jurado determinó que el fracaso de la USFL no era consecuencia de los contratos televisivos de la NFL, sino de su propia decisión de tratar de ingresar en la NFL sin gastar dinero».[107]

La sentencia del tribunal de apelación, que el Tribunal Supremo de Estados Unidos confirmó, era una punzante reprimenda de los afanes de Trump por emplear el litigio para obtener lo que no estaba dispuesto a tener que conseguir en el mercado mediante la paciente dedicación de tiempo, dinero y esfuerzo.

Pasados algunos años, Trump aparecería en un documental de la cadena ESPN, realizado por Mike Tollin y titulado *Small Potatoes: Who Killed the USFL?* [Insignificancias: ¿quién acabó con la USFL?]. El título provenía de la respuesta que dio el propio Trump cuando Tollin le sugirió que la USFL podría haber sobrevivido si se hubiera ceñido a un formato de temporada de primavera.

El documental contiene una secuencia de la época de la USFL en que Trump exhibía una sonrisa mientras miraba a la cámara y manifestaba su

apoyo a Tollin con la expectativa de que este no fuera honesto en la realización de la película, sino que confeccionara un material sesgado en favor de Trump. «Mike solo va a utilizar lo bueno —dice Trump—. Mike es un creador de estrellas.»

En aquel momento Tollin dirigía la compañía que grababa los partidos de la USFL y montaba las imágenes más destacadas, un trabajo que consideraba de ensueño. Cuando Tollin entrevistó a Trump un cuarto de siglo después para su documental de la ESPN, Trump se enfadó ante las preguntas de si la demanda fue una estrategia inteligente o si podría haber prosperado una liga de fútbol americano de primavera. «Eso habría sido una insignificancia, lo de menos», dice Trump mientras se quita de encima el micrófono y se aleja.[108] En el documental también aparece Trump resumiendo sus ideas años después de la retirada de la USFL: «Fue una experiencia bonita —dice—. Fue divertida. Fue un pleito magnífico».

Tollin tuvo con Trump la gentileza de enviarle en 2009 un primer montaje de la película antes de su emisión en la cadena ESPN.[109] A Trump no le agradó lo que vio. En lo que desde hacía mucho se había convertido en una pauta habitual cuando se sentía disconforme, Trump tomó un rotulador de punta gruesa para escribir una nota a Tollin e incluirla en el paquete con la copia antes de devolvérsela: «Como ya sabe, es un documental de tercera categoría y extremadamente deshonesto. Con mis mejores deseos —escribió Trump, a lo que añadió su característica firma con forma de dentadura—. P.S.: Es usted un perdedor». Trump subrayó la última palabra.

Discrepar de Trump significa estar equivocado. Presentar a Trump de un modo que no se ajuste a la imagen que él tiene de sí mismo es ser un perdedor. Es un enfoque de la existencia que tal vez funcione en el mundo de los negocios (donde Trump puede darse media vuelta y no tratar con las personas a quienes no gusta), pero los dirigentes gubernamentales no pueden permitirse ese lujo, menos aún el presidente de Estados Unidos.

Si las iniciativas del Congreso y el Senado no se ajustan a los deseos del presidente, no puede darlos de lado. La Constitución le equipara a la Cámara de Representantes. Lo mismo se puede decir del Tribunal Supremo. A los dirigentes de las naciones soberanas (tanto si se trata de políticos democráticamente elegidos como los de Canadá, Europa o México, de

herederos al trono como buena parte de los de Oriente Próximo, o de autócratas autonombrados como los de China, Cuba o Corea del Norte) tampoco se les puede dar de lado como Trump dio la espalda a Tollin o a todos los demás que llevan años sin aceptar la imagen que él tiene de sí mismo. No se puede esperar que todo el mundo «utilice solo lo bueno».

La ruinosa estrategia legal que Trump vendió a los demás propietarios de equipos de la USFL no representó la única ocasión que se saltó las normas de conducta convencionales. Una vez que la USFL fracasó, Trump escribió una carta en papel con membrete de la Trump Organization. Esa carta buscaba la indulgencia de un importante traficante de cocaína y marihuana con múltiples conexiones con Trump, un hombre cuyo caso judicial se presentaría pronto ante una jueza federal de Nueva Jersey... una jueza que, casualmente, era la hermana mayor de Trump y tres semanas más tarde se apartó de ese caso.

---

96 Ira Berkow, «Trump Building the Generals in His Own Style». *The New York Times*, 1 de enero de 1984.

97 Drew Jubera, «How Donald Trump Destroyed a Football League», *Esquire*, 13 de enero de 2016.

98 Emily Tess Katz, «Lisa Edelstein On Being a Cheerleader for Trump's Football Team: He Treated Them "Like Hookers"», *The Huffington Post*, 3 de diciembre de 2015. www.huffingtonpost.com/entry/lisa-edelstein-onbeing-a-cheerleader-for-trumps-football-team-he-treated-them-like-hookers_us_56609e3de4b079b2818db65d.

99 UPI, «Trump Asks Help in Paying Flutie», *The New York Times*, 2 de abril de 1985.

100 Ben Terris, «And Then There Was the Time Donald Trump Bought a Football Team . . .», *The Washington Post*, 9 de octubre de 2015.

101 Lois Romano, «Donald Trump, Holding All the Cards The Tower! The Team! The Money! The Future!», *The Washington Post*, 15 de noviembre de 1984.

102 Michael Janofsky, «Charges Fly from U.S.F.L.», *The New York Times*, 19 de octubre de 1984.

103 Drew Jubera, «How Donald Trump Destroyed a Football League», *Esquire*, 13 de enero de 2016.

104 *Ibid.*

105 *Ibid*.

106 Arnold H. Lubasch, «70 Months for Lawyer in Tax Fraud», *The New York Times*, 14 de noviembre de 1992.

107 Joe Nocera, «Donald Trump's Less-Than-Artful Failure in Pro Football», *The New York Times*, 19 de febrero de 2016.

108 Jubera, «How Donald Trump Destroyed a Football League».

109 *Ibid*.

08

Mostrar indulgencia

Entre el repertorio de delincuentes con quienes Trump hizo negocios durante más de tres décadas, e involucrado en sus más misteriosos acuerdos, se halla un traficante de droga llamado Joseph Weichselbaum. Trump prestó inusuales favores en tres ocasiones a este malhechor, lo que suponía poner en peligro una y otra vez su lucrativa licencia de propietario de casino para ayudar a un destacado traficante de cocaína y marihuana por motivos que siguen siendo insondables.

Weichselbaum, nacido en Brooklyn y cuatro años mayor que Trump, era famoso en los círculos de carreras de lanchas rápidas de Miami, donde suelen entremezclarse traficantes de estupefacientes y delincuentes de guante blanco. Pilotaba embarcaciones llamadas *Mighty Mouse* y *Nuts 'n Bolts* en carreras celebradas frente a las costas de Florida.[110] En una competición de 1973 quedó tercero, por detrás de Charles F. Keating, un abogado de Cincinnati que posteriormente fue a la cárcel por el fraude de la Lincoln Savings and Loan Association, que costó 2.000 millones de dólares a los contribuyentes.

Trump conoció a Joey Weichselbaum a través de Steve Hyde, el corpulento anciano mormón que en 1986 dirigía los casinos de Trump en Atlantic City. En aquella época, Weichselbaum ya había sido condenado en dos ocasiones.[111] Su primer delito fue el robo de vehículos en 1965. El segundo fue malversación de fondos, en 1979. Un juez ordenó a Weichselbaum devolver 135.000 dólares a S&S Corrugates Paper Machinery, una empresa de Brooklyn en la que había trabajado diez años.

Weichselbaum y su hermano menor, Franklin (que jamás ha sido acusado de un delito), pusieron en marcha en 1982 un servicio de helicópteros

radicado en Nueva Jersey.[112] Había otras empresas mucho más experimentadas que ofrecían traslados en helicóptero, pero en 1984 los hermanos Weichselbaum consiguieron un magnífico contrato para llevar y traer a los grandes apostadores a los casinos de Trump. Su flota de helicópteros prestaba servicio también a otros casinos, pero Trump era su principal cliente. La empresa de los dos hermanos también se ocupaba del mantenimiento del helicóptero personal de Trump, un Eurocopter AS332 Super Puma negro al que bautizó con el nombre de *Ivana* (por la que en aquel momento era su esposa) y al que Trump valoró en 10 millones de dólares.

Y Joey Weichselbaum no era el único delincuente al que Trump seleccionó para que ofreciera traslados en helicóptero a grandes apostadores. También mantuvo el contrato con Dillinger Charter Services, entre cuyos propietarios se encontraba John Staluppi, identificado en informes de las autoridades como uno de los miembros de la familia de delincuentes Gambino.

Los hermanos Weichselbaum llamaron a su empresa Damin Aviation. Joey ocupaba el cargo de director general. Damin Aviation formaba parte de un enrevesado acuerdo financiero que incluía a Alan Turtletaub, fundador de una empresa de segundas hipotecas con elevados tipos de interés llamada The Money Store. Una empresa de Turtletaub compró los helicópteros y, a continuación, se los revendió a una compañía intermediaria que, a su vez, se los alquiló a Damin Aviation. El acuerdo requirió poco dinero en efectivo, si es que llegó a exigirlo, gracias a la combinación de financiación libre de impuestos y bonos de exenciones fiscales que ofrecía la Administración para el Desarrollo Económico de Nueva Jersey (NJEDA, New Jersey Economic Development Administration).

Damin se declaró en quiebra enseguida y se reestructuró con el nombre de Nimad (*Damin* al revés). La nueva empresa continuó a cargo de los negocios de Trump, cosa no inusual en sí misma; cuando un moroso mantiene la titularidad de una empresa, como les sucedía a los Weichselbaum, muchas veces conserva los contratos con los clientes. Pero la empresa volvió a quebrar y, una vez más, volvió a reestructurarse, en esta ocasión con el nombre de American Business Aviation.

¿Por qué el Trump Plaza sigue pagando 100.000 dólares mensuales y Trump's Castle 80.000 dólares mensuales por los servicios de helicóptero de una empresa que era tan inestable desde el punto de vista económico cuando Trump podía haber contratado a otras empresas competidoras, mejor financiadas y más experimentadas?[113] Una pregunta obvia sería si acaso Weichselbaum no estaría prestando algún otro valioso servicio de forma clandestina.

Trump no consumía drogas. Ni siquiera bebía, ni fumaba. Pero todo el mundo sabía en Atlantic City que los grandes apostadores podían conseguir lo que quisieran siempre que lo hicieran con discreción. Para quienes portaban montones de dinero en efectivo, solicitaban marcadores abultados o tenían asignadas *suites* de cortesía, era bien sabido que determinado personal suministraba, a cambio de una buena suma, lo que quiera que se le antojara al cliente, ya se tratara de sexo ilegal, drogas o cualquier otra cosa. Como me contó un abogado de casinos del estado poco después de que yo hubiera llegado a Atlantic City en 1998: «nosotros regulamos todo lo que comporta o guarda relación con el juego, no lo que la gente hace en la intimidad de las habitaciones de los hoteles».

Otra pregunta evidente es si Trump financiaba alguna de las actividades de Weichselbaum. Todo el mundo sabía que Trump era un inversor ávido de grandes beneficios, ya fuera a través de una OPA hostil contra empresas de casinos rivales (adquirir acciones mayoritarias de empresas de casinos rivales y revenderlas a un precio superior), o utilizando la influencia de Roy Cohn en empresas y sindicatos en poder de la mafia.

El sueldo y los privilegios de Joey Weichselbaum eran inusuales. Aun cuando hubiera abandonado oficialmente la empresa de helicópteros que había quebrado en dos ocasiones, siguió recibiendo su salario anual de 100.000 dólares.[114] Según los cargos de que fue acusado en 1985 por un gran jurado federal de Cincinnati, durante todo ese tiempo estuvo profundamente implicado en el tráfico de drogas de Florida, Ohio, Kentucky y Tennessee. Solo un envío suponía la carga de tres cuartos de tonelada de marihuana.

Además de ser propietario de una empresa de helicópteros, Joey Weichselbaum era directivo de una empresa de compra-venta de automóviles usados de Miami, Bradford Motors, de la que también era

copropietario su hermano.[115] Los mensajeros llegados de Colombia enviaban allí la droga, que a veces se vendía *in situ*. Según la acusación, Weichselbaum depositaba la cocaína en persona en los vehículos o se la entregaba a los mensajeros para que la entregaran a los compradores. Aquel concesionario de automóviles, que en esencia era una tapadera para el tráfico de drogas, pagaba falsas comisiones por la venta de automóviles con la intención de ocultar el verdadero negocio, como muestran los archivos judiciales.

Como propietario de un casino en Atlantic City no le faltaban motivos para evitar los negocios con criminales declarados, cosa que era Weichselbaum incluso antes de las condenas por tráfico de drogas y evasión fiscal en Cincinnati. La Ley de Control de Casinos de Nueva Jersey (New Jersey Casino Control Act), exigía a Trump y a todos los propietarios de casinos «establecer mediante evidencias claras y convincentes» su «buen carácter, honradez e integridad. Esa acreditación incluirá, sin limitaciones, información relativa a la familia, las costumbres, el temperamento, la reputación, los antecedentes delictivos y de detenciones, las actividades empresariales, los asuntos financieros y los socios empresariales, profesionales y personales».

Sin embargo, en lugar de deshacerse del servicio de helicópteros, Trump conservó American Business Aviation para el traslado de sus clientes y el mantenimiento de su helicóptero personal. Trump adquirió más adelante tres helicópteros cuando dividió la empresa propietaria del casino Resorts International mediante un acuerdo con el artista Merv Griffin. Se quedó con el hotel-casino inacabado Taj Mahal y Merv con el avejentado hotel Resort (originalmente el casino Atlantic City). Pese a tener estos tres aparatos, Trump siguió pagando más de 2 millones de dólares anuales por los helicópteros de Weichselbaum.

Dos meses después de que Weichselbaum fuera acusado, los hermanos Weichselbaum alquilaron el apartamento 32-C del bloque Trump Plaza, en la calle 61 Este de Manhattan. El propietario del apartamento 32-C era Trump. Las condiciones del alquiler eran infrecuentes. La renta ascendía a 7.000 dólares mensuales, que era el extremo más bajo de un alquiler razonable. Los hermanos pagaban 3.000 dólares al mes en efectivo (mediante cheques a nombre del propio Donald J. Trump) y pagaban el

resto en servicios de helicóptero. A falta de una auditoría forense, que saldría carísima, sería imposible que cualquier agencia gubernamental de la autoridad, incluidos los organismos reguladores de los casinos, determinara si los hermanos pagaban en realidad algo más que la cantidad en efectivo del alquiler. Nunca se ha explicado qué fue lo que llevó a Trump a aceptar este acuerdo.

Cuando Weichselbaum llegó a un acuerdo con los abogados de la acusación para declararse culpable de uno de los dieciocho delitos del caso de Cincinnati, sucedió algo muy sospechoso. Se transfirió su caso desde el estado de Ohio para el trámite de la declaración de culpabilidad y la sentencia. Lo lógico habría sido que el caso se hubiera traspasado a Florida del Sur, donde tenía la sede Bradford Motors, o a Nueva York, donde vivía Weichselbaum. En realidad, eso es precisamente lo que Arnold Morelli, el abogado de Weichselbaum en Ohio, pretendía hacer mediante una petición a día 30 de enero de 1986, en la que solicitaba que su caso se tranfiriera a Manhattan o a Miami por «conveniencia de seres humanos como el acusado y los testigos».[116] En cambio, el caso Weichselbaum fue traspasado a Nueva Jersey. Allí se asignó a la jueza Maryanne Trump Barry: la hermana mayor de Donald Trump.

Tres semanas más tarde, la jueza Barry se apartó del caso como exigía la ética jurídica, pero el mero acto transmitía un mensaje contundente: un juez federal de oficio, así como su esposo (el abogado John Barry) y la familia volaban continuamente en helicópteros vinculados a un traficante de droga de primer orden. Cualquiera que fuese el nuevo juez a quien se asignara el caso, incluido el juez titular del distrito, quedaba sobre aviso de que este caso tenía potencial para abochornar a la magistratura.

Cuando el juez Harold A. Ackerman sustituyó a la hermana de Trump, el propio Trump le escribió una carta en la que pedía para Weichselbaum indulgencia ante la acusación de tráfico de drogas. Trump caracterizó al acusado como «un motivo de orgullo para la comunidad» y describía a Weichselbaum como una persona «escrupulosa, sincera y diligente» en sus acuerdos con Trump Plaza y los casinos de Trump's Castle.[117] Cuando en 1990 se le preguntó bajo juramento por esta carta en una reunión privada celebrada con los abogados del Departamento de Regulación del Juego de Nueva Jersey (DGE), Trump declaró que no recordaba «si había escrito

alguna carta de referencia al juez federal que dictó sentencia sobre Weichselbaum». Poco después, el departamento consiguió la carta y Trump reconoció que llevaba su firma.

Dos años más tarde, el DGE tuvo que explicarse en público cuando la biografía no autorizada de Trump publicada en 1992 por el periodista Wayne Barrett dio a conocer la carta.[118] Citando mi reportaje sobre la cuestión, el DGE publicó un informe sobre las catorce cuestiones planteadas por Barrett. En ese informe no decía nada acerca de lo que habría podido impulsar a Trump a escribir semejante carta, ni si creía de verdad lo que escribió, ni cuál era su propósito al redactarla. Los abogados del DGE se limitaron a recoger la negación de Trump y su posterior reconocimiento de que sí había firmado la carta. Era algo típico de los abogados del DGE, que una y otra vez declinaban plantear preguntas inquisitivas que plantearan asuntos más espinosos sobre la idoneidad de Trump para ser titular de una licencia de casino.

Asimismo, la respuesta del DGE al libro de Barrett no buscaba explicación de las insólitas condiciones bajo las que Trump alquilaba a los hermanos Weichselbaum un apartamento del que él mismo era propietario. Al igual que sucedía con otras cuestiones (como las acusaciones formuladas por el gran apostador Bob Libutti) el DGE aceptó al pie de la letra la declaración de Trump y evitó plantear preguntas que exigieran realizar más investigaciones.

El juez Ackerman brindó a Weichselbaum una sentencia que contrastaba de forma muy llamativa con las sentencias dictadas para otros implicados en la acusación de Cincinnati. Sobre los peces menos gordos recaían sentencias de hasta veinte años; a Weichselbaum, el cabecilla, le cayeron tres. Solo cumplió dieciocho meses. Cuando estaba a punto de ser puesto en libertad, Weichselbaum dijo a su oficial de libertad condicional que ya le esperaba un empleo.[119] Era el nuevo asesor de helicópteros de Donald Trump. Mientras estuvo entre rejas, la novia de Wechselbaum compró dos apartamentos adyacentes en la planta treinta y nueve de la Trump Tower (con los números 49-A y 49-B, pues Trump se saltó la numeración de la décima a la decimonovena planta para que pareciera que su emblemático edificio erigido pocos años antes era más alto de lo que en realidad era). El precio fue de 2,4 millones de dólares. Trump confirmó al DGE que él creía

que Weichselbaum se mudó a la Trump Tower y vivía allí con su novia cuando fue puesto en libertad, pero dijo que no tenía ningún contacto con él, más allá de que le veía por el edificio.

Weichselbaum también dijo a su agente de la condicional que había sabido de lo de Marla Maples, la amante de Trump, mucho antes de que la relación acabara siendo de conocimiento público.[120] Dijo que trató de convencer a Trump para que pusiera fin a la aventura. Dijo que Trump le pidió que dejara que Marla se quedara en el apartamento del rascacielos del Trump Plaza que los hermanos Weichselbaum le habían alquilado, a tan solo unas cuantas manzanas de la Trump Tower. El DGE despachó estos hechos diciendo, sencillamente, que «no estaba en posesión de ninguna información fiable que hiciera pensar que DJT pidió a Weichselbaum que permitiera a su amiga Marla Maples residir en el bloque de apartamentos de Weichselbaum. DJT ha negado rotundamente esta acusación».

El informe no daba ninguna muestra de que el DGE hubiera entrevistado a Weichselbaum, a su hermano, a Maples, al agente de la condicional, ni a nadie que pudiera haber contradicho la negación de Trump. Una vez más, no formular preguntas era la clave para que el DGE preservara su propia reputación y, al mismo tiempo, protegiera a los propietarios de casinos de sí mismos.

Como propietario de casino, Trump podría haber perdido su licencia por asociarse con Weichselbaum. Pero, según se desprende de los informes que hizo públicos, el DGE nunca preguntó si tenía algún implicación financiera, obviamente no revelada, con Weichselbaum o con alguien vinculado a él, ni tampoco si había estado involucrado en alguna actividad de tráfico de drogas. Como el DGE no recogió en el documento público las preguntas obvias, con las correspondientes respuestas, acerca de lo que motivó a Trump a realizar movimientos tan arriesgados (incluido negar que escribió la carta que redactó para tratar de suavizar el trato dispensado a Weichselbaum) solo podemos especular sobre lo que pudo haber influido en el comportamiento de Trump hacia el traficante de droga.

Trump me llamó a casa en la primavera de 2016, cuando yo trabajaba en un extenso artículo para la revista *Politico* sobre sus vínculos con diversos delincuentes. Tras formular algunas preguntas para averiguar lo que me proponía hacer, me preguntó qué era lo que yo quería saber, aun cuando él

ya disponía de mis veintiuna preguntas por escrito. Le pregunté qué le llevó a escribir la carta en favor de Weichselbaum. Trump dijo que «apenas conocía» a ese hombre y que no recordaba nada de él. Cuando recordé a Trump lo que dijo en una cadena de televisión nacional tan solo unos meses antes de que tuviera «la mejor memoria del mundo», solo dijo que «aquello sucedió hace mucho tiempo».

Como suele hacer Trump cuando llama a periodistas, me dijo que le gustaban algunos de mis trabajos y que en ocasiones yo había sido justo. Después de una pausa, añadió que si no le gustaba lo que yo iba a publicar me demandaría. Ese último comentario me sorprendió un poco. Trump sabe que no me dejo intimidar. Le recordé que él era un personaje público. Según la ley, eso quiere decir que una demanda por difamación le obligaría a demostrar que yo había escrito algo con temeraria falta de respeto a la verdad..., algo de lo que nadie me ha acusado jamás en casi cincuenta años de periodismo de investigación.

«Sé que soy un personaje público, pero de todas formas le demandaré», dijo antes de colgar.

Weichselbaum no fue el último personaje despreciable de quien Trump anduvo rodeado. Hace mucho menos tiempo decidió trabajar con un ladrón de obras de arte condenado que se hace llamar «Joey No Socks», así como con el hijo de un capo de la mafia rusa, un hombre con historial de violencia... y hay vídeos para demostrarlo.

---

110 William Bastone, «Trump Vouched for Cocaine Dealer». *The Smoking Gun*, 16 de febrero de 2016. Consultado el 7 de junio de 2016. www.thesmokinggun.com/documents/celebrity/the-donald-and-the-dealer-173892.

111 *Ibid*.

112 John Connolly, «Pal Joey», *Spy Magazine*, junio de 1991.

113 David Cay Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob», *Politico*, 22 de mayo de 2016. Consultado el 27 de mayo de 2016. www.politico.com/magazine/story/2016/05/donald-trump-2016-mob-organized-crime-213910.

114 Tom Robbins, «Ex-Con Tied to Aycee Firm», The Marshall Project, 27 de abril de 2016. Consultado el 12 de junio de 2016. www.themarshallproject.org/documents/2815164-Ex-con-tied-to-Aycee-firm#.Bef4Al4iK.

115 William Bastone, «Trump Vouched for Cocaine Dealer».

116 Estados Unidos vs. Joseph Weichselbaum. Caso n.º CR 1. Solicitud de traslado del acusado 85-108.

117 Wayne Barrett, *Trump: The Deals and the Downfall* (NuevaYork: HarperCollins, 1992), p. 204.

118 Del Departamento de Regulación del Juego de Nueva Jersey a la Comisión de Control de Casinos complementario sobre la cualificación de Donald J. Trump. 1 de diciembre de 1992.

119 Wayne Barrett, *Trump: The Deals and the Downfall*, p. 204.

120 David Cay Johnston, «Book Alleges Trump Did Business with Mob», *The Philadelphia Inquirer*, 7 de enero de 1992.

09

La brigada polaca

Antes de que Donald Trump erigiera en la Quinta Avenida la Trump Tower, su edificio emblemático, tuvo que demoler los grandes almacenes Bonwit Teller, que llevaban abasteciendo de moda a las mujeres desde 1929.

La fachada de doce plantas de Bonwit estaba adornada con un par de bajorrelieves gigantescos a los que se consideraba ejemplos de incalculable valor del periodo del art déco: dos mujeres desnudas con pañuelos al viento, tal vez unas bailarinas, talladas en piedra caliza.[121] La entrada del edificio exhibía un inmenso enrejado hecho de níquel benedictino, aluminio martillado y otros materiales, lo que daba la impresión de ser una obra de orfebrería llamativamente monumental cuando por la noche se veía iluminada desde atrás. La valoración que en 1929 hacía del edificio la revista *American Architect* lo calificaba como «una joya deslumbrante, en consonancia con la personalidad de la tienda».

Refiriéndose a los tesoros arquitectónicos, Trump aseguró a quienes se preocupaban por ellos que los donaría al Metropolitan Museum of Art si el coste de retirarlos no era prohibitivo..., una promesa que no cumpliría.[122]

En lugar de contratar a una compañía especializada en demoliciones, Trump escogió a Kaszycki & Sons Contractors, una empresa dedicada a la limpieza de cristales que era propiedad de un emigrado polaco.[123] Más de doscientos hombres empezaron a demoler el edificio a mediados del invierno de 1980. Trabajaban sin casco. Carecían de mascarillas, aun cuando a su alrededor flotaran partículas de amianto, famoso por producir cánceres incurables.[124] No tenían gafas protectoras de los ojos para evitar el impacto de los fragmentos de hormigón y acero que a veces saltaban por los

aires como balas. No tenían tampoco herramientas eléctricas; demolieron el edificio de doce plantas con mazas.

Trump supervisaba el proyecto no solo cuando acudía de visita al lugar (de lo cual hay fotografías en las que se le ve sonriente protegido por un casco), sino desde una oficina que alquiló directamente al otro lado de la Quinta Avenida, lo que le proporcionaba unas vistas expeditas.[125]

Los trabajadores que llevaron a cabo la demolición no eran ciudadanos estadounidenses, sino que «habían llegado hacía poco desde Polonia», según determinó más adelante un tribunal federal.[126] Ese mismo tribunal también reveló que «estaban indocumentados y trabajaban "en negro". No había nóminas de personal, ni tampoco se les retenían gastos de Seguridad Social, ni otros impuestos, ni se les pagaba de acuerdo con la normativa salarial. Se les dijo que cobrarían 4 dólares o, en algunos casos, 5 dólares por hora a cambio de trabajar en turnos de 12 horas los siete días de la semana. En realidad, se les pagaba de forma irregular e incompleta».

Muchos integrantes del personal de demolición, a quienes se acabó conociendo como «la brigada polaca»,[127] vivían en el propio lugar de trabajo y dormían sobre el frío y duro suelo de hormigón desnudo.[128] La cifra de trabajadores ascendía a treinta o cuarenta por el día, pero se incrementaba a nada menos que dos centenares por la noche, cuando había poca gente que merodeara por el elegante barrio empresarial y pudiera contemplar las labores de demolición.

Hartos de que se les retuviera la paga, algunos trabajadores acorralaron a Thomas Macari, el representante personal de Trump. Le asomaron al borde de una de las plantas más altas y le preguntaron si le gustaría que le colgaran de la fachada. Los trabajadores, seguramente hambrientos, reclamaban cobrar. De lo contrario, no trabajarían.

Cuando Macari contó a su jefe lo sucedido, Trump, atemorizado, hizo una llamada a Daniel Sullivan, un negociador laboral, informante del FBI, sospechoso de la desaparición de Jimmy Hoffa y negociador personal de Trump con el sindicato de trabajadores de hoteles para el contrato del Grand Hyatt.

«Donald me dijo que estaba encontrando algunas dificultades —declaró Sullivan con posterioridad— y, para pedirme consejo, me reconoció que

tenía contratados en la obra a algunos trabajadores polacos ilegales. Respondí diciendo a Donald: "creo que te has vuelto loco". Le dije que los despidiera de inmediato si le quedaban dos dedos de frente».[129]

Según me contó Sullivan más adelante, y a los periodistas Wayne Barrett y otros, contratar a trabajadores polacos que se encontraban ilegalmente en el país y, a continuación, ponerlos a trabajar sin equipos de seguridad al uso no solo era estúpido, sino también temerario. Pese a todos sus negocios con Trump, Sullivan se iba quedando una y otra vez asombrado por la falta de prudencia del empresario. Dijo que cada vez que Trump veía una oportunidad de acumular más dinero o de reducir costes a base de no pagar a las personas lo que ganaban, lo hacía. «Sencillamente, nunca arraigaba el sentido común» cuando Trump tenía el dinero en mente, me dijo Sullivan en varias ocasiones.

A juicio de Sullivan, solo la codicia y una manifiesta falta de consideración por la vida humana permitirían que Trump dejara que la brigada polaca trabajara sin casco o sin las mascarillas necesarias para impedir que les entrara amianto en los pulmones. «Los hombres arrancaban cable eléctrico sin llevar guantes», testificó después Sullivan.[130]

No hay ningún documento que acredite que algún inspector de seguridad laboral federal, estatal o local hubiera redactado ningún informe durante la demolición. En una entrevista realizada en 1990 en el restaurante Trenton pregunté a Sullivan cómo se podía haber llevado a cabo un proyecto de semejante envergadura en el corazón de Manhattan sin que atrajera de algún modo a los inspectores de seguridad laboral del gobierno. Sullivan se limitó a mirarme. Cuando le mostré los ojos abiertos de par en par con la intención de dejar claro que quería una respuesta explícita me respondió: «ya sabe por qué». Cuando insistí, en previsión de que tal vez Sullivan especificara que se había sobornado a los inspectores, dijo que el de los sindicatos y los proveedores de hormigón no eran los únicos sectores sobre los que ejercía influencia Roy Cohn, el abogado de Trump.

Poco después de que Trump llamara a Sullivan, llegó a la obra una nueva cuadrilla de demolición.[131] Oficialmente eran miembros del sindicato Housewreckers Local 95, pero entre ellos solo había unos quince trabajadores sindicados. Por lo general, dar empleo a trabajadores no sindicados (en este caso, Kaszycki & Sons) en una obra sindicada

desencadenaría el precinto inmediato de la zona de construcción. Pero, como mostrarían con posterioridad documentos del tribunal federal, el Housewreckers Union estaba sometido al férreo control de las mafias cuyo *consigliere* era Roy Cohn, el mentor y abogado de Trump. Así que el sindicato consintió el plan de emplear a trabajadores no sindicados, engañarlos con la paga y escamotearles los fondos sindicales de cotización de pensiones y atención sanitaria.

Algunas técnicas sencillas pero inteligentes para cumplimentar documentos garantizaban que el sindicato no recibiera ninguna notificación escrita de los trabajadores no sindicados. No por casualidad, se exigía en todo caso a aquellos trabajadores que pagaran cuotas de afiliación sindical y que se dedujera de su paga las cuotas mensuales, aun cuando (como concluyó después un juez federal) en realidad no pertenecieran nunca al sindicato. Macari, el supervisor de Trump, declaró que había visado y autorizado esos documentos antes de pagar a Kaszycki.

Seis trabajadores polacos recurrieron a un abogado llamado John Szabo en busca de ayuda para cobrar. A principios del mes de abril, Macari se ocupó de que la empresa de limpieza de cristales que Trump había contratado para las tareas de demolición entregara a los seis hombres un total de casi 5.000 dólares como pago atrasado. Entonces, otros trabajadores recurrieron a Szabo. En el mes de julio, cuando subían las temperaturas, los salarios no pagados ascendieron a casi 104.000 dólares, aun cuando la paga era inferior a cinco dólares a la hora sin horas extras y pese a las ochenta y cuatro horas de una semana laboral de exigente trabajo manual.

Un día, para que los trabajadores siguieran blandiendo las mazas, Macari se presentó por allí con una cartera llena de dinero.[132] En lugar de pagar directamente a los hombres, los documentos judiciales indican que Macari entregó el dinero al capataz. Según mostraban las declaraciones, el que quisiera su dinero tendría que retornar cincuenta pavos al capataz. Después de aquello, Macari testificó que, al menos en dos ocasiones, entregó el dinero directamente a los miembros de la brigada polaca.

Una vez demolido el edificio, Harry Diduck, un disidente del Housewreckers Union, dio el valiente paso de demandar al sindicato corrupto, a Trump y a una filial de Metropolitan Life Insurance (el socio financiero de Trump para la construcción de la Trump Tower) por los

salarios y prestaciones que los miembros de la brigada polaca debían haber recibido.[133] Trump insistía en que no debía nada y presentó uno tras otro varios recursos para dilatar el procedimiento, que sus abogados calificaban de infundado e injusto.

Cuando por fin se celebró la vista en el tribunal federal, Trump declaró que no tenía el menor conocimiento de que hubiera algún trabajador que cobrara menos de lo correspondiente, ni que los trabajadores polacos carecieran de casco y demás equipos de seguridad laboral. En un extenso dictamen, el juez Stewart señaló que el testimonio de Trump carecía de credibilidad y dijo que habría sido muy fácil identificar a los trabajadores polacos: eran los únicos que no llevaban casco donde se llevaban a cabo las labores de demolición.[134]

El juez Stewart sentenció que Trump había participado en una conspiración para estafar su paga a los trabajadores.[135] El núcleo de esta conspiración era la violación de Trump de su deber de lealtad (también conocido como deber fiduciario) hacia los trabajadores y el sindicato. Este «quebrantamiento comportaba un fraude y los acusados en el caso de Trump participaron a sabiendas en dicha violación de la ley», sostenía el juez Stewart.

El juez fijó la cuantía de los daños en 325.000 dólares más intereses. Trump, que sostenía con insistencia que actuó de conformidad con la ley, recurrió. Después, pactó. Se firmó un acuerdo, de modo que no se sabe la cantidad que pagó Trump. El compromiso de Diduck con sus compañeros trabajadores hacía gala de una asombrosa perseverancia: el acuerdo firmado se hizo efectivo más de dieciocho años después de que comenzara la demolición.

No hubo pleito por la destrucción de los bajorrelieves de la fachada y del valioso enrejado que Trump había prometido donar al Metropolitan Museum of Art.[136] Un portavoz de Trump que se identificó como John Baron declaró a *The New York Times* que Trump había ordenado que se destruyeran. Baron señaló que tres tasadores dijeron a Trump que los relieves art déco «carecían de valor artístico». Conservadores de museos, el arquitecto del edificio e infinidad de expertos en arquitectura manifestaron todos que aquello era una barbaridad.

Baron dijo que extraer la obra habría supuesto a Trump más de medio millón de dólares por el retraso de la demolición, otros gastos no especificados e impuestos adicionales (sin dar más explicaciones). Este último detalle quizá sorprendiera a quienes siguieron la disputa como una curiosidad; al donar la obra de arte, Trump habría cumplido con algunos requisitos para obtener una deducción fiscal. Por supuesto, esa deducción no tendría valor alguno si Trump no había realizado ninguna declaración de la renta en 1980, como indican los expedientes públicos que sucedió en 1978 y 1979, como tampoco sucedería de nuevo en 1984, 1992, 1994 y, probablemente, todos los demás años desde 1978.

El enrejado de la entrada que la revista *American Architect* tanto había elogiado medio siglo antes simplemente desapareció. Baron dijo que si se hubieran conservado, la reja y los relieves de piedra caliza no se podrían haber vendido por más de 9.000 dólares. Los expertos en arte descalificaron aquella valoración diciendo que también era una barbaridad. El Metropolitan Museum of Art indicó que sus comisarios de arte del siglo xx jamás habrían solicitado la donación de objetos que carecieran de mérito artístico o no tuvieran ningún valor en el mercado. El museo dijo que un tasador había estimado el valor de la obra en varios cientos de miles de dólares. Otros aseguraban que los objetos destruidos no tenían precio y los comparaban con el célebre mural del Rockefeller Center.

Otto J. Teegan, que diseñó la reja en 1929, todavía vivía en 1980. Baron había dicho que la reja simplemente desapareció. Teegan no se lo creía. Teegan y otros contaron al periódico que estaban estupefactos. Teegan comentó que «para extraer [la reja] habría sido necesario emplear grúas y camiones y que no se podía haber perdido sin más, ni tampoco ser robada con facilidad. No es una cosa que pueda uno esconder debajo del abrigo y salir corriendo con ella» porque la pesada reja de metal medía cuatro metros y medio por ocho.

Trump tomó la palabra unos cuantos días después y dijo que lo que de verdad le preocupaban eran las cuestiones de seguridad, sobre todo el temor de que la pesada piedra caliza pudiera haberse precipitado al vacío, sobre la acera o al asfalto. «Mi mayor preocupación fue la seguridad de la gente que paseaba por la calle —dijo—. Si una de esas piedras se hubiera escapado

podría haber matado a alguien. Para mí no merecía la pena correr ese riesgo».[137]

Robert Miller, el afamado tratante de arte que contempló la destrucción de las esculturas de piedra caliza desde su galería del otro lado de la calle, describió cómo las inmensas piezas de piedra se estrellaron de hecho contra la acera de la Quinta Avenida. «Fueron despegadas con un martillo neumático partiéndolas por la mitad sin mayor reparo y arrancadas de tal modo que simplemente quedaron hechas pedazos [...] Fue una tragedia. Eran de un estilo art déco muy limpio, muy hermosas y muy elegantes».

Trump insistía en que quiso ser austero al destruir la obra en lugar de conservarla para ahorrarse lo que podrían haber sido unos 32.000 dólares. «Todos los meses aporto una cantidad semejante para pintores y artistas; eso no es nada», dijo Trump. Como veremos, transcurridos los años, cuando se presentaba como candidato republicano a la presidencia, Trump encontraría pocas pruebas para sustentar su afirmación de que era un «ferviente filántropo».

Junto con el caso judicial de la brigada polaca, la destrucción de la obra de los Bonwit Teller pone de relieve parte de las poco escrupulosas prácticas empresariales de Trump, pero también sacaba a la luz otra inquietante faceta de su conducta que plantea preguntas muy relevantes sobre la falta de criterio y sentido común que preocupaba a Daniel Sullivan. Durante años, Trump utilizó identidades falsas para engañar a los periodistas... y al menos en una ocasión para amenazar a alguien que se limitaba a cumplir con su obligación. Examinaremos estas cuestiones después de echar un vistazo a otros aspectos de la vida de Trump, incluido cómo influyen las emociones en sus manifestaciones acerca de a cuánto asciende su riqueza patrimonial.

---

121 Christopher Gray, «The Store That Slipped Through the Cracks», *The New York Times*, 3 de octubre de 2014.

122 Robert D. McFadden, «Developer Scraps Bonwit Sculptures», *The New York Times*, 6 de junio de 1980.

123 Constance L. Hayes, «Judge Says Trump Tower Builders Cheated Union on Pension Funds», *The New York Times*, 27 de abril de 1991.

124 Selwyn Raab, «After 15 Years in Court, Workers' Lawsuit Against Trump Faces Yet Another Delay», *The New York Times*, 14 de junio de 1998.

125 Dunstan Prial, «Before Running for President, Donald Trump's First Gamble Was Building Trump Tower», *The Hollywood Reporter*, 6 de abril de 2016. Consultado el 8 de junio de 2016. www.hollywoodreporter.com/features/before-running-president-donald-trumps-880084.

126 Michael Daly, «Trump Tower Was Built on Undocumented Immigrants' Backs», *The Daily Beast*, 7 de agosto de 2015. Consultado el 10 de junio de 2016. www.thedailybeast.com/articles/2015/07/08/trump-tower-was-built-on-undocumented-immigrants-backs.html.

127 Constance L. Hayes, «Judge Says Trump Tower Builders Cheated Union on Pension Funds».

128 Daly, «Trump Tower Was Built on Undocumented Immigrants' Backs».

129 David Cay Johnston, «Just What Were Donald Trump's Ties to the Mob», *Politico*.

130 *Trump: What's the Deal?* Dirigida por Libby Handross. trumpthemovie.com.

131 Selwyn Raab, «After 15 Years in Court, Workers' Lawsuit Against Trump Faces Yet Another Delay».

132 Hardy v. Kaszycki & Sons Contractors, Inc.

133 Raab, «After 15 Years in Court, Workers' Lawsuit Against Trump Faces Yet Another Delay».

134 Hayes, «Judge Says Trump Tower Builders Cheated Union on Pension Funds».

135 Wayne Barrett, *Trump: The Deals and the Downfall*, p. 192.

136 Robert D. McFadden, «Developer Scraps Bonwit Sculptures», *The New York Times*, 6 de junio de 1980.

137 Robert D. McFadden, «Builder Says Costs Forced Scrapping of Bonwit Art; Three-Week Delay», *The New York Times*, 9 de junio de 1980.

10

Los sentimientos y los ingresos netos

Durante más de cuatro décadas en las que se ha dedicado a promocionarse en público, Donald Trump ha declarado cifras enormemente dispares para cuantificar sus ingresos netos. Las cifras difieren en ocasiones en miles de millones de dólares, a veces en cuestión de días.

En 1990, cuando su emporio estaba al borde del colapso, Trump declaró ante muchos periodistas, incluido yo, que su valor financiero ascendía a 3.000 millones de dólares.[138] A otros dijo que eran 5.000 millones. Aquella primavera cayó en mis manos una copia de su declaración personal de ingresos netos que revelaba una cifra muy inferior. Dos meses más tarde, un informe encargado por sus banqueros y presentado en las sesiones de la agencia reguladora de los casinos situaba a Trump con unos números rojos de casi 300 millones de dólares.

En primavera de 2015, cuando se preparaba para presentarse a las elecciones primarias republicanas, Trump declaró en distintos días que sus ingresos netos ascendían a 8.700 millones de dólares, 10.000 millones de dólares y, en un caso, 11.000 millones de dólares. ¿Como obtiene Trump esas cifras tan dispares?[139] En ellas no parece tenerse en cuenta factores tan elementales como el precio de las acciones, las fluctuaciones del valor de las propiedades inmobiliarias o los tipos de interés.

Los ingresos netos de Trump ocupan un papel central en su perfil público de una especie de rey Midas moderno. Son tan importantes para él que demandó al veterano periodista Tim O'Brien por presentar una estimación de sus ingresos netos en su libro de 2005, *TrumpNation*. O'Brien, que ha

publicado mi trabajo en *The New York Times*, cifraba el valor económico de Trump en una cantidad situada entre los 150 y los 250 millones de dólares basándose en documentos que el propio Trump le había mostrado y en declaraciones de tres fuentes no reveladas. La demanda de Trump señalaba que la cifra correcta se situaba entre los 5.000 y los 6.000 millones de dólares. La demanda acusaba a O'Brien de infravalorar deliberadamente los ingresos netos de Trump para vender más libros y causar así un daño irreparable en la reputación de Trump como millonario.

Para sostener la demanda, Trump declaró bajo juramento cuáles eran sus ingresos netos reales. Pero las respuestas no eran la árida recitación del valor de sus activos menos las deudas que se suele encontrar en las investigaciones financieras. El testimonio era prototípico de Trump.

—Señor Trump, ¿ha dicho siempre toda la verdad en sus declaraciones públicas sobre el valor neto de sus bienes? —preguntó el abogado de O'Brien.

—Lo intento —respondió Trump.

—¿Alguna vez no ha dicho la verdad?

—Mis ingresos netos fluctúan y aumentan o disminuyen en consonancia con los mercados y con las actitudes y los sentimientos, incluso con mis propios sentimientos..., pero lo intento.

En aquella declaración, el abogado Andrew C. Ceresney, de Debevoise & Plimpton, que representaba tanto a O'Brien como a su editor, encontró exactamente la grieta que estaba buscando.

—Permítame ver si lo entiendo un poco —dijo Ceresney—. Hablemos un instante de los ingresos netos. Usted ha dicho que los ingresos netos aumentan y disminuyen en función de sus propios sentimientos.

—Sí —respondió Trump—. Incluso de mis propios sentimientos, cuando reflexiono sobre adónde se dirige el mundo, adónde va el mundo, lo cual puede variar con rapidez de un día para otro. Tiene usted un 11 de septiembre y no se siente tan satisfecho de sí mismo, ni tan a gusto con el mundo, ni tan bien por la ciudad de Nueva York. Entonces, pasa un año y la ciudad es atractiva y salvaje. Incluso meses después de aquello había un sentimiento distinto. Pero sí, hasta mis propios sentimientos afectan al valor que tengo para mí mismo.

—Cuando usted afirma públicamente a cuánto asciende su valor económico —preguntó el abogado—, ¿en qué basa la cifra?

—Diría que es mi actitud general en el momento en que se me plantea la pregunta. Y, como digo, varía —respondió Trump.[140]

Las respuestas de Trump constituían una explicación llamativamente ingenua de su conducta, que modula en público para sacar lustre a la meditada imagen de que tiene mucha capacidad para ganar dinero mediante el arte de la negociación. No podemos saber si declarar bajo juramento desató su candor o si, sencillamente, estaba relajado después de décadas de demandas. En la sentencia que desestima la demanda de Trump, un tribunal de apelación del estado de Nueva Jersey concluía que el testimonio de Trump «no lograba ofrecer una medida fiable» de sus ingresos netos que se pudiera utilizar para impugnar la información de O'Brien. En resumen, el núcleo central de la demanda de Trump no eran datos puros y duros, ni cifras, sino los sentimientos de Trump. En realidad, la demanda carecía de fundamento alguno.

La sentencia citaba un documento que O'Brien declaró que Trump le mostró en tres ocasiones para ponderar la fortuna del magnate, la «Statement of Financial Condition prepared by Weiser L.L.P., Certified Public Accountants» [Declaración Económica elaborada por Weiser L.L.P., Contables Públicos Acreditados]. El juez escribió algo sobre ese problemático documento:

> El prefacio de esa declaración manifiesta su limitado valor como representación fiel del patrimonio neto de Trump. Los contables advierten que «no han auditado, ni revisado la declaración adjunta de la situación financiera y, en consecuencia, no expresan una opinión, ni ninguna otra forma de garantía sobre ella.
>
> Además, los contables señalaron desviaciones significativas de los principios contables comúnmente aceptados y afirmaban que «[n]o se han determinado las consecuencias de las desviaciones de los principios contables comúnmente aceptados que se exponen más arriba».

Para explicar la ausencia de auditorías o controles, el juez citaba a Gerald Rosenblum, uno de los contables que contribuyeron a confeccionar la declaración. Rosenblum declaró que no trató de valorar de forma independiente la situación financiera de Trump: «Pedí al cliente que me proporcionara una lista de deudas a fecha de 30 de junio de 2005 —dijo Rosenblum—. El cliente me facilitó una lista esquemática. A fecha de hoy no estoy seguro de que se me hubiera informado de todas las cargas del señor Trump en ese preciso momento y no solicité confirmación alguna».[141]

La sentencia decía que el derecho de Trump a recaudar ingresos en el futuro se presentaba como una certidumbre sin tener en cuenta el hecho de que, según las condiciones de sus contratos, la afluencia de dinero podría verse reducida o, incluso, interrumpida.

Y lo que era más importante, el juez escribió que Trump no había revelado datos necesarios para determinar su patrimonio neto: «El valor de las empresas directamente controladas por Trump no se expresaba en términos de activos, ni de valor neto de las deudas —redactó el juez antes de añadir dos aportaciones fundamentales... que hablan de cómo lograba Trump que su valor neto pareciera ser inmensamente superior de lo que es según toda medida objetiva—. No se revelaron los porcentajes de propiedad de todos y cada uno de los negocios directamente participados por Trump. Además, no se describían las consecuencias fiscales para las propiedades de Trump».

El tribunal también adquirió un renovado interés por la participación de Trump en los terrenos del West Side Yard de Manhattan, que más de tres décadas antes habían sido centro de atención de una investigación del gran jurado federal del que Trump fue blanco. No se presentaron cargos. La orden por la que el juez de Nueva Jersey desestimaba la demanda sostenía que los terrenos del West Side Yard, la mayor parcela disponible para la construcción en Manhattan, no eran «propiedad» de Trump, como él solía afirmar. Más bien, según informaba *TrumpNation*, Trump era miembro de un consorcio de colaboración según unas condiciones que tal vez no le reportaran un solo dólar. Bajo juramento, Trump reconoció que, en palabras del juez, «según ese acuerdo de colaboración, los socios principales tendrían que recuperar la totalidad de su inversión antes de que Trump recibiera beneficio alguno. En consecuencia, sus futuros beneficios seguían

siendo especulativos». Cualquier posible beneficio es incierto «porque Trump no reveló las cargas que pesaban sobre esa propiedad».

Además de la frecuencia con la que Trump exagera el valor de sus propiedades, la sentencia del juez también señala cómo también subestima o, incluso, oculta deudas y otras cargas o responsabilidades, como las hipotecas. En 1985, Trump convirtió en un espectáculo la compra en Palm Beach, Florida, de Mar-a-Lago, la propiedad de Marjorie Merriweather Post, la heredera del negocio de los cereales que pasó a dirigir su propia empresa del ramo y se convirtió supuestamente en la mujer más rica de Estados Unidos. En 1973, Post legó la propiedad de la mansión al gobierno federal para que fuera residencia de invierno del presidente, pero Washington decidió que los gastos de mantenimiento de más de 33.000 metros cuadrados con 126 habitaciones y unos terrenos espléndidos representaban más de lo que los contribuyentes deberían soportar. Lo pusieron a la venta.

Trump dijo que pagó en efectivo por aquella propiedad, a la que describió en ruinas y necesitada del toque Trump para restablecer su grandeza.[142] No hubo ninguna hipoteca, dijo, solo dinero en efectivo. «Hice una oferta de cinco millones de dólares en efectivo, más otros tres millones por el mobiliario de la casa», escribió Trump en su primer libro.

No era del todo cierto. En un testimonio prestado cinco años después, Trump confirmó que su principal banco, Chase Manhattan, le había prestado la totalidad del precio de compra.

—Ellos pusieron los ocho millones de dólares, creo que fueron ocho millones el precio de compra —declaró Trump.

—¿Se ofreció por aquello alguna garantía a Chase Manhattan? —preguntó el abogado, deseoso de saber si se había suscrito una hipoteca para financiar la compra y proteger el interés del banco.

—Es una hipoteca, una hipoteca no registrada —respondió Trump—. Y como no está registrada, la avalo yo a título personal.

En diciembre de 1985, Trump escribió a Janet VB Pena, vicepresidenta segunda de Chase Manhattan, solicitando la realización de algunas modificaciones en el compromiso hipotecario que el banco había adquirido dos años antes.[143] La hipoteca «no se va a registrar» a menos que Trump no

pudiera realizar los oportunos pagos en su momento, una condición aceptada por el banco.

El banco prestó a Trump 2 millones más del precio de compra, un total de 10 millones de dólares, contra su garantía personal.[144] Trump solo aportó 2.800 dólares en efectivo. Alardeaba de haber adquirido Mar-a-Lago por cuatro perras, una ganga que demostraba sus extraordinarias habilidades para la negociación. «Me han dicho que solo el mobiliario de Mar-a-Lago vale más de lo que pagué por la casa», decía en su libro.[145]

Trump presentó la situación de otra forma a las autoridades fiscales de la propiedad inmobiliaria. Ellos cifraban en 11,5 millones de dólares el valor del terreno y las edificaciones. Trump contraatacó diciendo que era demasiado. El mantenimiento de la propiedad le costaría dos o dos millones y medio de dólares anuales, decía, de modo que quizá tuviera que parcelarla y construir en esos terrenos. Propuso construir diez pequeñas mansiones en aquel lugar. El gobierno municipal rechazó el proyecto. Después propuso que fueran siete mansiones. De nuevo rechazado. Tendría que negociar para construir por allí unos cuantos bloques de apartamentos.

Cinco años después de que Trump adquiriera Mar-a-Lago con aquella hipoteca no registrada, las sesiones del organismo regulador de casinos revelaron que había avalado personalmente más de un cuarto de su deuda de más de 3.000 millones de dólares. Muchos bancos se quejaban de que no estaban al tanto de que otros bancos hubieran prestado dinero a Trump con su solo aval personal, sin ningún registro público de la obligación.

Adoptar posiciones radicalmente distintas sobre el valor de los activos y utilizar su estado emocional para justificarlas contribuye a explicar otra cosa que Trump ha hecho en reiteradas ocasiones. El Congreso exige a todos los candidatos a la presidencia cumplimentar una autorización para revelar su situación económica donde se relacionen sus activos, cargas e ingresos. Las noventa y dos páginas del informe de datos económicos de Trump valoraban una de sus propiedades más afamadas en más de 50 millones de dólares. Pero él declaró a las autoridades fiscales que esa misma propiedad valía tan solo un millón de dólares, más o menos. Valoró otra emblemática propiedad de Trump en cero dólares... y reclamó la devolución de los impuestos sobre la propiedad inmobiliaria que ya había pagado.

138 David Cay Johnston, «Bankers Say Trump May Be Worth Less Than Zero», *The Philadelphia Inquirer*, 16 de agosto de 1990. articles.philly.com/1990-08-16/news/25932770_1_donald-trump-trump-assets-trump-princess.

139 Peter S. Goodman, «Trump Suit Claiming Defamation Is Dismissed», *The New York Times*, 15 de julio de 2009.

140 Trump vs. Timothy L. O'Brien *et al*. N.º CAM-L-545-06. Tribunal Superior de Nueva Jersey.

141 Donald Trump v. Timothy L. O'Brien. Tribunal Superior de Justicia de Nueva Jersey, Sección de Apelaciones. N.º A-6141-08T3. Sentencia del 07/09/2001.

142 Donald Trump y Tony Schwartz, *Trump: The Art of the Deal* (Nueva York: Ballantine, 2015), p. 26.

143 De Donald J. Trump a Janet V. B. Pena, Chase Manhattan Bank. 9 de diciembre de 1985. Nueva York, Nueva York.

144 Del Chase Manhattan Bank a Donald J. Trump. 26 de noviembre de 1985. Nueva York, Nueva York.

145 Trump y Schwartz, *Trump: The Art of the Deal*, p. 26.

11

El Gobierno rescata a Trump

En los años transcurridos entre 1986 y la primavera de 1990, Donald Trump recibió al menos 375,2 millones de dólares por sus iniciativas empresariales. Recibió dinero en efectivo de acuerdos inmobiliarios. Obtuvo beneficios a través de chantajes. Extrajo 90,5 millones de dólares de Atlantic City a base de sacar efectivo de sus casinos Trump's Castle y Trump Plaza. El flujo de caja registrado ascendió a un promedio de 1,6 millones de dólares por semana durante 233 semanas.[146] Esa cifra equivale a 230.000 dólares diarios, casi 10.000 por hora, 160 por minuto o 2,66 por segundo.

Sin embargo, en la primavera de 1990 Donald Trump no podía pagar sus facturas. ¿Cómo era posible que un hombre que había convencido al mundo entero de que era multimillonario no pudiera pagar a los contratistas de su nuevo Trump Taj Mahal, inaugurado el 5 de abril de 1990, hasta unos cuantos meses después de que hubieran terminado su trabajo?[147] ¿Cómo podía carecer de los recursos para realizar un pago de 73 millones de dólares de una hipoteca del Trump's Castle Casino Resort, junto a la bahía?

Los 375,2 millones de dólares no eran en modo alguno beneficios netos. De ellos había que descontar las tarifas de los abogados y los bancos de inversión y los intereses del dinero prestado para adquirir acciones. Pero la cifra tampoco incluye el dinero efectivo generado por el resto de sus inversiones, de las que no existe ninguna cifra pública fiable. Por ejemplo, observadores independientes decían en 1990 que Trump había recibido millones de dólares en comisiones de constructores y beneficios de explotación de tres edificios de Manhattan (el hotel Grand Hyatt, la Trump Tower y el Trump Parc), pero nadie sabía cuánto exactamente. Lo único de

lo que podemos partir son las múltiples y a menudo contradictorias afirmaciones de Trump.

A pesar del inmenso flujo de caja de esos cuatro años, los banqueros de Manhattan ocuparon una sala de reuniones de la Trump Tower durante mucho más de un mes en 1990 mientras él negociaba con ellos más préstamos para mantener a flote su imperio. La incapacidad de Trump para pagar sus deudas le situó ante el peligro de perder sus casinos.[148] La Ley de Control de Casinos de Nueva Jersey (New Jersey Casino Control Act) exigía que el propietario de un casino pagara las facturas cuando vencían. Si el propietario no podía pagar una de ellas, estaba perdido. Si el propietario no podía pagar en efectivo, pero convencía a una entidad de crédito de que ampliara la fecha de vencimiento, estaba bien. Los préstamos antiguos se podían amortizar con los ingresos procedentes de préstamos nuevos. Pero los impagos eran motivo para que la Comisión de Control de Casinos cancelara la licencia de propiedad de las instalaciones, tomara el control del casino y lo pusiera en manos de administradores hasta que un comprador obtuviera autorización para adquirirlo.

La ley depositaba sobre Trump la responsabilidad de acreditar su estabilidad económica mediante «pruebas claras y convincentes». Casi dos décadas antes de que el Congreso decidiera que los principales bancos eran demasiado grandes para quebrar, Nueva Jersey debatía si ese mismo principio se podía aplicar a alguien que se declaraba multimillonario. Si la respuesta era afirmativa, entonces el gobierno tenía que rescatar a Donald Trump para mantener intacto su imperio.

En aquel momento, Trump me contó a mí y a todo el mundo que su patrimonio neto ascendía a 3.000 millones de dólares.[149] Era una afirmación dudosa por una sencilla razón: en febrero de 1990, Trump había dejado de pagar buena parte de sus facturas personales.

A las pocas semanas cayó en mis manos la declaración económica personal de Trump, donde se apreciaba que esperaba que sus ingresos descendieran hasta los 748.000 dólares en 1992 y a 296.000 dólares en 1993.[150] Es mucho dinero para la mayor parte de la gente, pero no para un «multimillonario» que tiene que mantener un avión privado.

Mi artículo de *The Philadelphia Inquirer* daba a conocer la noticia de que, con independencia de cuál fuera el patrimonio neto de Trump, no era ningún millonario, ni mucho menos el multimillonario que una y otra vez afirmaba ser. Poco después de la publicación de ese reportaje, los organismos reguladores de casinos hicieron público un documento que mostraba que a Trump solo le quedaban 1,6 millones de dólares.[151] Sin embargo, los pagos por unas obligaciones por valor de más de 1.000 millones por sus tres casinos de Atlantic City vencían cada noventa días.

Aproximadamente un centenar de comerciantes del recién abierto casino Trump Taj Mahal emprendieron acciones judiciales para proteger sus intereses reclamando aplicación de retenciones y otros documentos para salvaguardar sus deudas. La aerolínea Trump Shuttle que transportaba pasajeros entre Boston, la ciudad de Nueva York y Washington despilfarraba dinero a un ritmo frenético. Trump decía que los lavabos y las hebillas de los cinturones de seguridad de los aviones eran de oro, pero al servicio de enlace le quedaba un millón de dólares en efectivo. Eso no bastaba para pagar a los empleados, llenar de combustible la flota de Boeing 727, ni pagar las continuas reparaciones (que eran necesarias, pues todos menos uno de los veintitrés aparatos tenían más de veinte años).

Las obvias dificultades de Trump para cumplir con las exigencias de estabilidad financiera de la Ley de Control de Casinos planteaban una pregunta evidente: ¿había supervisado el organismo regulador las finanzas de Trump desde que este obtuvo su licencia de casino en 1982? La respuesta era no.[152]

El organismo regulador había estado demasiado ocupado con trabajos que consideraba más importantes. Por ejemplo, en la detención antes del amanecer de una camarera llamada Diane Pussehl, que fue sacada de la cama y acusada del delito de llevarse una ficha de 500 dólares de la zona de juego del casino de Harrah's. Un juez desestimó el caso, así que el organismo regulador de los casinos formuló una acusación por una falta. También fue desestimada. Después, reclamó la retirada de la licencia de Pussehl, argumentando que no era moralmente apta para trabajar en un casino. Pussehl conservó su licencia.

El Departamento de Regulación del Juego de Nueva Jersey (DGE) caía como un muro de ladrillos sobre personas poco relevantes como Pussehl,

pero cuando se trataba de regular las actividades al más alto nivel (supervisar a propietarios de casinos que realizaban juegos financieros con clientes vinculados al cartel del narcotráfico de Medellín, o inspeccionar las acusaciones formuladas por Bob Libutti, el cliente más importante de Trump, de manipulación de informes financieros sobre la compra de fichas para el juego), el organismo regulador hacía la vista gorda con obstinación. Era el entorno perfecto para un Trump.

Pero las facturas impagadas de Trump y la presencia de todos aquellos banqueros en la Trump Tower impidieron que el Departamento de Regulación del Juego siguiera manteniéndose al margen.[153] Cuando cada vez más informaciones periodísticas apuntaban la presión financiera a la que Trump estaba sometido, el DGE dijo que investigaría.

Los setenta bancos cuyos descomunales préstamos estaban a punto de echarse a perder insistían en que Trump instalara en sus oficinas centrales a un hombre de su confianza: Steven F. Bollenbach, que posteriormente dirigiría los hoteles Hilton y se convertiría en jefe de finanzas de Disney.[154] Bollenbach tenía experiencia con Trump. En 1987, su primer día como jefe de finanzas en Holiday Corporation (propietaria de la marca Holiday Inn y socio original de Trump en el casino Trump Plaza), Trump intentó chantajear a esa empresa. Bollenbach encabezó el exitoso esfuerzo de Holiday por frenar a Trump.

Bollenbach paso varios días en un despacho de Trump examinando contratos, escritos de préstamo y demás documentación. Por utilizar expresiones que Trump emplearía un cuarto de siglo después durante su campaña, la obligación de Bollenbach era «averiguar qué demonios está pasando».

En el mes de marzo, Trump presentó una declaración jurada ante la Comisión de Control de Casinos donde desglosaba su patrimonio cifrándolo en 1.500 millones de dólares, la mitad de lo que anteriormente había proclamado en público. Mientras tanto, los setenta bancos contrataron a la empresa auditora Kenneth Leventhal & Co para que revisara los libros de Trump. Era fundamental realizar una evaluación independiente de las finanzas de Trump. Aunque los grandes bancos de Nueva York aceptaron adelantar a Trump 60 millones de dólares para evitar la liquidación inminente de sus activos, no todos los bancos se sumaron a esa acción. Tres

bancos japoneses (Sumitomo, Mitsubishi y Dai-Ichi Kangyo), más el alemán Dresdner Bank se negaban, como también hicieron otros dos bancos de Nueva Jersey más pequeños: First Fidelity y Midlantic. El acuerdo exigía que todos los bancos participaran de él para que no se viniera abajo el plan. En última instancia, todos participaron menos Dresdner. Como ninguna de las entidades confiaba en Trump, la evaluación objetiva de Leventhal era fundamental para comprender cuál era el estado real de las finanzas de Trump.

El informe Leventhal mostraba que Trump no era ningún multimillonario: su patrimonio neto era inferior a 295 millones de dólares. Mi reportaje sobre ese informe ocupaba la portada de *The Philadelphia Inquirer* con el titular «Bankers Say Trump May Be Worth Less Than Zero» [La banca afirma que Trump vale menos que cero]. La entradilla decía: «Usted podría ser más rico que Donald Trump».[155]

Trump detestaba ese titular y la atracción que despertó. El reportaje se publicó en un momento crítico de la liza de Trump para mantener sus casinos. Si el DGE procesaba a los infractores de alto nivel con el mismo rigor con el que había tratado a la Diane Pussehl del sector, Trump podría haber sido barrido a la papelera de la historia. En cambio, la Comisión de Control de Casinos escuchó con una atención muy poco concentrada el cuestionamiento de la estabilidad financiera de Trump.[156] Thomas Auriemma, el agobado del DGE, planteó a los representantes de Trump preguntas fáciles e irrelevantes para disimular la creciente brecha entre los ingresos que Trump recaudaba y las facturas que debía. El informe de la auditora de Leventhal mostraba que la situación económica de Trump se deterioraba a marchas forzadas. En lugar de terminar el año con 24 millones en efectivo, se esperaba que Trump se quedara sin blanca antes de que concluyera.

El DGE elaboró un informe propio de 111 páginas.[157] Ahí apuntaba que Trump debía (no poseía, sino debía) 3.200 millones de dólares. De ellos, había garantizado personalmente 833,5 millones de dólares. Si no había acuerdo entre todas las entidades de crédito, Trump tendría que hacer frente a un efecto dominó descontrolado que produciría una cadena de quiebras. Si un solo acreedor actuaba contra una propiedad de Trump, le seguirían los demás y provocarían el caos.

Más de un millar de abogados trabajando para Trump y sus acreedores sacaron adelante un acuerdo «frágil» para mantenerlo a flote con la confianza de minimizar las pérdidas de los préstamos que habían concedido sin examinar sus finanzas con meticulosidad. Los abogados ya habían facturado casi 11 millones de dólares por sus servicios.

Parte del acuerdo concedía a Trump una asignación. Tendría que arreglarse con 450.000 dólares mensuales, por debajo del gasto de 583.000 dólares de mayo de 1990 (el equivalente a más de un millón de dólares de 2016). La asignación era tan asombrosamente inmensa que *The New York Times* citó a un millonario que decía: «No se me ocurriría cómo gastar 450.000 dólares al mes. Es sencillamente fabuloso».[158]

Con el fin de evitar el caos legal que produciría el colapso absoluto del imperio endeudado de Trump, el acuerdo requería la aprobación inmediata de al menos cuatro de los cinco miembros de la Comisión de Control de Casinos. Cuando dos comisionados empezaron a formular preguntas escépticas, Nick Ribis, abogado de Trump, pidió un receso. Perplejos, la docena de reporteros de la primera fila se pusieron de pie cuando la comisión suspendió temporalmente el acto. ¿Por qué hacían un receso ahora en lugar de terminar?

«Están ensayando la respuesta a la próxima pregunta —advertí a mis colegas—. Cuando regresen, van a pedir al testigo que diga que los banqueros van a hacer trizas a Trump a menos que la comisión apruebe de inmediato el acuerdo al que ha llegado con ellos».

La única palabra que sabía que no se podría pronunciar era *quiebra*. Esa es la razón por la que tenían que ensayar: para transmitir la idea de quiebra sin pronunciar la palabra, cosa que Trump había prohibido. La habilidad de Trump con la prensa le indicaba que la palabra *quiebra* brindaría titulares fáciles a sus dos periódicos favoritos (el *Post* y el *Daily News*), pero la mayoría de los periodistas ignoraría una redacción más sutil. Enseguida se demostró que Trump tenía razón.

Tras el receso, Thomas Cerabino, un abogado de Trump que ocupó una posición central en las negociaciones de la quiebra privada, ocupó el estrado.

—¿Qué sucedería si la comisión demorara la autorización del acuerdo entre Trump y sus banqueros? —preguntó el abogado del DGE, Thomas

Auriemma.

—Creo que habría un riesgo inminente de colapso [del acuerdo] —respondió Cerabino.

Uno de los dos comisionados escépticos pidió una aclaración: ¿Qué sucedería si la comisión retrasara la autorización inmediata?

Cerabino respondió pronunciando muy despacio unas palabras muy pensadas:

—Los bancos se apartarán y emprenderán las medidas que consideren oportunas para proteger sus intereses, lo que constituye una situación dañina para las organizaciones de Trump.

Con las sutilezas del lenguaje de los abogados, Trump evitó la palabra que empezaba por «q», pero dejó claro a los comisionados que estaban a un paso de una quiebra descontrolada. *The Philadelphia Inquirer* volvió a abanderar la historia, en esta ocasión con el titular «Trump Empire Could Tumble Today, Casino Panel Told» [El imperio Trump podría caer hoy, según la Comisión de Casinos].[159]

Menos a dos, a todos los periodistas a quienes se había dicho qué testimonio podían esperar oír se les pasó por alto el tema. Como no se pronunció la palabra *quiebra*, esos periodistas no la mencionaron.

Muchos reporteros reproducen exactamente las palabras que les dicen, pero no saben gran cosa sobre las cuestiones subyacentes. Para Trump y para otros como Trump, esto facilita manipular a la mayoría de la prensa. Quienes ven más allá de la manipulación y establecen relaciones por sí solos obtienen una respuesta distinta: quejas a los directores de periódico, amenazas de litigio y, de vez en cuando, denuncias públicas. Esta última estrategia se exhibió la siguiente víspera de la reanudación de la sesión.

Cuando llegué, algunos periodistas corrieron hacia mí, uno de ellos blandiendo el gran titular de portada de mi reportaje y preguntando cuándo iba a retractarme. Dicen que Ribis, el abogado del casino de Trump, les acababa de contar que mi reportaje estaba equivocado, de todo punto equivocado. Pasé por delante de Ribis, planteé una serie de preguntas cortas cuya respuesta dejaba claro que mi reportaje era correcto y le pedí que confirmara a mis colegas que no se solicitaría retractación alguna, ni siquiera una corrección.

Cuando los comisionados entraron en la sala tenían que tomar una decisión. Podían aprobar el «acuerdo frágil» con los bancos o salir de allí con las evidencias que mostraban que Trump era inestable desde el punto de vista económico y rescindirle la licencia.

Cuatro de los cinco comisionados, todos ellos por designación política, emplearon su poder para ponerse del lado de Trump. La comisión contó a los banqueros que eran libres de ejecutar acciones contra Trump. Sin embargo, las licencias de casino no prosperaban con un embargo. Sin los casinos, los bancos embargarían unos hoteles gigantescos que no tenían ningún fundamento para mantenerse en activo, lo que les dejaría en una situación mucho peor que si continuaban adelante con el acuerdo. Ese acuerdo 1) permitiría a Trump devolverles menos de lo que debía y 2) le adelantaría 60 millones de dólares para mantener la actividad.

Donald Trump se había salvado de recibir su merecido por despilfarro imprudente (le había rescatado el gobierno, pues lo consideraba demasiado grande para dejarlo caer). El estado de Nueva Jersey ha favorecido los intereses de Trump frente a los de sus banqueros y las personas que invirtieron en esos bancos.

Años después, cuando se presentaba a la presidencia del país, Trump haría comentarios que parecían aludir a aquel día, aunque no lo mencionara explícitamente. En la primavera de 2016, Trump declaró lo siguiente a la CNBC: «He suscrito préstamos sabiendo que se puede devolver con descuentos. Y he tenido éxito con la deuda. Ahora bien, por supuesto, fui un aventurero y me fue bien, y fue bueno para mí y para todo aquello».[160]

Aun con el favoritismo oficial que perdonó muchas de las deudas de Trump, seguía atravesando apuros económicos. Cuando se aproximaba la Navidad de 1990, Trump volvía a estar quedándose sin efectivo. Muchos contratistas del Taj Mahal seguían sin cobrar; y así se quedarían durante años o, en algunos casos, para siempre. Era el principio de que Trump se viera obligado a renunciar a sus acciones en un puñado de empresas.

En 1991, el Trump Taj Mahal se acogió al capítulo 11 de la Ley de Quiebras, la primera de sus quiebras empresariales. Después vendió acciones de sus casinos, donde los inversores perdieron todo su dinero (mientras Trump seguía recibiendo millones de dólares para pagar salarios, incentivos y dinero para liquidar sus mal gestionadas deudas). En el cuarto

caso de quiebra, los acreedores lograron reclamar que se dejara caer a Trump.

Hoy, Trump se encoge de hombros ante las cuatro quiebras en las que los inversores perdieron más de 1.500 millones de dólares y dice que reestructurar la deuda es una táctica empresarial corriente. A decir verdad, hubo en realidad seis quiebras. La última se produjo en 2014, cuando Trump era un inversor muy minoritario en el Trump Taj; ya había sido apartado de toda función activa en el último casino que llevaba su nombre.

En 1990 Trump temía a la palabra *quiebra* como ahora teme las preguntas incriminatorias de Hugh Hewitt o Megyn Kelly, la presentadora de Fox News. Si el gobierno no le hubiera salvado poniendose de su parte frente a sus banqueros, casi con toda seguridad no estaríamos imaginándonos la perspectiva de que Donald Trump va a vivir en el 1600 de la avenida Pensilvania. En lugar de esto, se habría ahogado en un océano de tinta roja.

---

146 David Cay Johnston, *Temples of Chance: How America Inc. Bought out Murder Inc. to Win Control of the Casino Business* (Nueva York: Doubleday, 1992), p. 231.

147 David Cay Johnston, «Donald Trump's Bankruptcy Dodge: This Is How Lawyers and Regulators Helped Him Fudge Solvency and Avoid Collapse», *Salon*, 30 de abril de 2016.

148 David Cay Johnston, *Temples of Chance: How America Inc. Bought out Murder Inc. to Win Control of the Casino Business*, pág 233.

149 David Cay Johnston, «The Art of the Inside Deal», *The Washington Spectator*, 25 de abril de 2016. washingtonspectator.org/trump-finance-regulators/.

150 David Cay Johnston, «Bankers Say Trump May Be Worth Less Than Zero», *The Philadelphia Inquirer*, 16 de agosto de 1990.

151 Johnston, *Temples of Chance: How America Inc. Bought out Murder Inc. to Win Control of the Casino Business*, p. 232.

152 *Ibid*., pp. 231 y 234.

153 David Cay Johnston, «The Art of the Inside Deal».

154 Johnston, *Temples of Chance: How America Inc. Bought out Murder Inc. to Win Control of the Casino Business*, p. 230.

155 Johnston, «Bankers Say Trump May Be Worth Less Than Zero».

156 Johnston, *Temples of Chance: How America Inc. Bought out Murder Inc. to Win Control of the Casino Business*, p. 232.

157 Ibid., p. 231.

158 Kurt Eichenwald, «Quick: Who'd Have Trouble Living on $450,000 a Month?», *The New York Times*, 26 de junio de 1990.

159 David Cay Johnston, «Trump Empire Could Tumble Today, Casino Panel Told», *The Philadelphia Inquirer*, 17 de agosto de 1990.

160 Binyamin Appelbaum, «Donald Trump's Idea to Cut National Debt: Get Creditors to Accept Less», CNBC.COM. 6 de mayo de 2016. www.cnbc.com/2016/05/06/donald-trumps-idea-to-cut-national-debt-get-creditors-to-accept-less.html.

12

El golf y los impuestos

Al igual que hiciera su padre antes que él, Trump ha atribuido con frecuencia un valor extremadamente dispar a sus propiedades en documentos oficiales, en los cuales manifestaba que tenían un precio muy alto a banqueros, inversores y opinión pública (también cuando dona bienes a organizaciones benéficas) y muy bajo a las autoridades fiscales y los contratistas y proveedores que pretendían cobrar por su trabajo. Los auditores del gobierno, los banqueros y los inversores han puesto en cuestión estas discordancias en múltiples ocasiones. En todos y cada uno de los casos que han pasado por los juzgados, Trump ha negociado algún acuerdo civil cuyas condiciones no se han dado a conocer casi nunca.

De los quince campos de golf de Trump, su formulario de declaración de bienes a la Comisión Electoral Federal (Federal Election Commission) atribuye a nueve de ellos un valor superior a 50 millones de dólares.[161] «El golf representa una pequeña parte de mis negocios —contó Trump en 2011 a Michael Bamberger, un cronista de este deporte—. El uno o dos por ciento. Pero ¿sabe por qué le dedico tanto tiempo? Porque hago lo que quiero y me gusta».

Entre las propiedades más valoradas de Trump se encuentra el National Golf Club Westchester, a unos cincuenta kilómetros de la Trump Tower en la próspera ciudad de Briarcliff Manor.[162] En Briarcliff Manor se suelen vender casas de tres cuartos de millón de dólares. En los años noventa, Trump compró allí un campo de golf venido a menos. Lo embelleció y lo mejoró. Construyó la sede de un club de cinco mil metros de superficie que decía que le había costado 20 millones de dólares. Trump presumió de que «no se escatimaron gastos» para crear un campo de golf «de primera».

Construyó una majestuosa cascada de 31 metros de altura e incorporó muchos estanques artificiales.

Bill Clinton, que tiene una casa a unos diez kilómetros del lugar, es uno de los que ha pagado la cuota de afiliación al club, cuyo precio se dice que asciende a unos 300.000 dólares. Trump ha declarado bajo juramento que los ingresos anuales procedentes del golf, las bodas y otros eventos celebrados en el Trump National Golf Club Westchester ascienden a un total de 9,5 millones de dólares.[163]

Aunque Trump declaraba (también bajo juramento) que el valor «cierto, total y correcto» de este campo de golf es superior a 50 millones de dólares, dijo otra cosa a Fernando Gonzalez cuando puso en cuestión formalmente su factura fiscal inmobiliaria.[164] Gonzalez es el tasador fiscal inmobiliario para Briarcliff Manor. En ese caso, Trump redujo su valoración del club de golf a menos de 1,4 millones de dólares. En Briarcliff Manor dos casas normales cuestan aproximadamente eso.

Es habitual que haya pequeñas diferencias en el valor de las propiedades. Los tasadores suelen asistir a sesiones de apelación sobre la valoración fiscal inmobiliaria que realizan. En las apelaciones sobre la fiscalidad inmobiliaria, la diferencia entre una valoración inicial y un recurso no suele superar unos pocos puntos porcentuales. La diferencia entre lo que Trump reveló bajo juramento en sus declaraciones para la comisión electoral federal y el correspondiente recurso fiscal era de un 97 por ciento.[165]

Cuando David McKay Wilson, un incisivo reportero del periódico local *Gannett* y Brian Ross, de ABC News, informaron del abismo existente entre las declaraciones, Trump elevó su valoración del campo de golf a unos 9 millones, todavía menos de la quinta parte de lo que juró que era su valor real como candidato a la presidencia.

El recurso de Trump irritó a la población local, que tendría que compensar la reducción fiscal de la que Trump sería objeto.[166] Richard Wishnie, exlegislador del condado de Westchester que vive en Briarcliff Manor, dijo que «para mí es absurdo que alguno de nosotros subvencionemos a un millonario para que disfrute de aún más beneficios en esa propiedad».

Recortar la factura fiscal inmobiliaria no era lo único que indignaba a los habitantes del lugar. Trump también se ha negado a pagar a la ciudad los daños que esta declara causados por las inundaciones venidas del campo de golf después de que una serie de tormentas anegaran la zona en junio de 2011. El agua inundó la piscina municipal y dejó una gruesa capa de cieno. La ciudad dijo que Trump había realizado «modificaciones no autorizadas» en los desagües de cinco estanques del campo de golf, que elevaron el nivel del agua nada menos que dos metros para que fueran más atractivos y no dejaban margen para recoger caudal procedente de grandes aguaceros.

Según los documentos judiciales presentados por Briarcliff Manor cuando Trump no quiso pagar el estropicio, «la incapacidad de las instalaciones de Trump de recogida de agua pluvial para actuar tal como fueron concebidas fue la única causa directa de los daños a la comunidad».[167] Alan Garten, asesor general de Trump Organization, negó toda responsabilidad y dijo a Wilson que «los contribuyentes locales acabarán padeciendo por esta batalla legal». Garten culpó de la inundación principalmente a una tubería de desagüe que «estaba obstruida porque la ciudad era demasiado agarrada para instalar una rejilla que impidiera que entraran rocas y piedras». Garten acusó después a las autoridades de la ciudad de «permitir que su ego se interpusiera en el camino. No es el mejor uso posible de los dólares del contribuyente». El litigio seguía aún sin resolver cuando este libro fue concluido en julio de 2016.

***

El campo de golf de Westchester no es el único sobre el que se contradicen los expedientes fiscales de patrimonio inmobiliario y las declaraciones de bienes para la comisión electoral de Trump.

En las onduladas colinas de Bedminster, Nueva Jersey, Trump adquirió la antigua granja de John Z. DeLorean, creador del coche epónimo con carrocería de acero inoxidable y acusado en un juicio por tráfico de drogas muy publicitado que acabó en absolución.[168] Trump adquirió las 230 hectáreas en situación de quiebra por lo que decía que fueron «mucho menos» que los 34 millones de dólares que se gastaron comprando el

terreno y empezando las obras del campo de golf, un descuento que incrementó sus futuros beneficios por la inversión.

Lo bautizó con el nombre de Trump National Golf Club Bedminster. Diseñaron el campo Tom Fazio y su hijo, arquitectos de campos de golf de primera categoría. Ivanka, la hija de Trump, se casó allí en el año 2009 y podría ser el lugar de descanso último de Trump. Pidió permiso para construir un cementerio para diez personas, pero un acuerdo especial destinó 40.000 metros cuadrados de la propiedad a un futuro cementerio para casi trescientas almas, eximiéndolos de impuestos sobre la propiedad.

En sus declaraciones de bienes para la campaña electoral, Trump valoraba su National Golf Club Bedminster en más de 50 millones de dólares y decía que tenía unos ingresos anuales superiores a 16 millones de dólares. Para que la valoración fuera ajustada tendría que haberse calculado después de que Trump cediera los derechos para construir en el terreno (por ejemplo, viviendas o parcelas). Para este fin, Trump firmó lo que se denomina una servidumbre ecológica. No se produjo ningún intercambio de dinero, pero el valor de la propiedad se redujo a cambio de que se preservara como espacio natural; en este caso, en forma de campo de golf. Los documentos públicos indican que ese documento otorgaba a Trump el derecho a una deducción fiscal de 39,1 millones de dólares.

A efectos fiscales, los tasadores determinaron el valor de las parcelas de lo que constituía la vieja finca de DeLorean de forma independiente.[169] Los documentos fiscales del municipio de Bedminster muestran que el terreno del club de golf y los edificios están valorados (a fines de fiscalidad inmobiliaria) en 32,3 millones de dólares. El impuesto patrimonial de 2015 era solo de algo menos de 440.000 dólares, a una tasa del 1,4 por ciento, muy inferior a la media del 2,2 por ciento vigente en todo el estado. Por parte de la propiedad, Trump casi liquida su cuenta fiscal encerrando allí a un pequeño rebaño de cabras. Sin las cabras, el impuesto sería de 80.000 dólares anuales, pero como las cabras lo acreditan como terreno de uso agrícola, el impuesto se queda en menos de 1.100 dólares.[170]

Trump también ha ofrecido cifras enormemente dispares de su campo de golf de California. En 2006 se inauguró el Trump National Golf Club Los Angeles, situado en la península de Palos Verdes, con vistas al océano Pacífico.[171] Trump y sus publicistas dijeron que las instalaciones para jugar

al golf estaban valoradas en más de 250 millones de dólares. Las informaciones periodísticas daban por buena esa cifra a ciegas, pese a que los documentos públicos muestran que cuando, en 1990, un deslizamiento de tierras acabó con el hoyo dieciocho en el océano, Trump solo había pagado 27 millones de dólares por la adquisición del Ocean Trails Golf Course. La declaración de bienes de 2015 para la campaña presidencial recoge que el valor es solo de «algo más» de 50 millones de dólares.

Pero a pesar de esta exorbitante valoración, Trump cumplimentó con el tasador del condado de Los Ángeles documentos donde se valoraba el campo de golf en la modesta cifra de 10 millones de dólares, menos de cuatro centavos por cada dólar de las declaraciones públicas más altas.

Trump se benefició de exenciones fiscales patrimoniales y por los ingresos de la propiedad de Palos Verdes renunciando a su derecho a construir viviendas de lujo en el terreno; otra servidumbre ecológica como la del municipio de Bedminster.[172] Sus declaraciones de bienes para la campaña electoral valoran la servidumbre de Palos Verdes en 26 millones de dólares.

Se trata de un valor excepcionalmente elevado para tratarse de un terreno donde nunca se puede construir.

Los habitantes del lugar sabían, como también sabía Trump, y cualquiera que tuviera un mínimo conocimiento de geología, que el terreno en esta zona de la península de Palos Verdes es inestable y, por tanto, inadecuado para la construcción. Las hectáreas que Trump identificó en la servidumbre sufren deslizamientos con frecuencia debido a las líneas de falla y a la inestabilidad del suelo. Los continuos movimientos de tierra obligan en ocasiones a cerrar Palos Verdes Drive, la sinuosa carretera que discurre al borde del agua. Aun cuando la carretera esté abierta al tráfico, la inestabilidad del terreno obliga a los conductores en algunos tramos de carretera a abrirse paso entre montones de asfalto levantado.

Trump trató de construir de todas formas, hasta que las autoridades de Palos Verdes le dijeron que no.[173] En 2008 demandó a la ciudad por 100 millones de dólares, más de cinco veces el presupuesto anual de la ciudad. Haciendo gala de su gusto por litigar, Trump declaró lo siguiente a *Los Angeles Times*: «Llevaba mucho tiempo esperando hacer esto».[174] El caso

se zanjó cuatro años más tarde con un acuerdo cuyas condiciones quedaron lacradas por un juez.

Por lo general, los terrenos inadecuados para construir tienen poco o ningún valor. En este caso, el supuesto derecho a la construcción que Trump cedió cuando firmó la servidumbre ecológica sobre el terreno casi igualaba el precio que pagó por ellos. Si se les hubiera preguntado por ello, los auditores fiscales federales y del estado seguramente no habrían autorizado a aplicar ninguna deducción por el derecho a la construcción porque el terreno no soportaría estructuras de sustentación. Pero la renuncia de Trump al derecho a la construcción incluía un poderoso componente de interés personal: el emplazamiento no se mantiene como espacio natural para preservar las extensas vistas del océano y de la isla de Catalina, a unos 40 kilómetros mar adentro. El terreno se utiliza como campo de prácticas anexo al campo de golf.

Trump adoptó una visión aún más contundente de lo poco que valía su propiedad en una serie de inspecciones fiscales llevadas a cabo en Chicago. En este caso, recurrió a la ayuda de Edward M. Burke, una influyente personalidad local del Partido Demócrata que había sido edil de Chicago desde 1969. El gabinete de abogados de Burke también interpone recursos contra declaraciones fiscales inmobiliarias. Tener amigos en lugares poderosos (en lugar de luchar contra las autoridades locales, como hizo Trump en Palos Verdes) puede salir rentable.

***

El Trump International Hotel & Tower se alza más de 390 metros por encima de la orilla norte del río Chicago y es el segundo edificio más alto de la llamada Ciudad de los Vientos y el cuarto más alto de Estados Unidos. A Trump le costó 847 millones de dólares comprar el terreno, demoler el viejo edificio del *Chicago Sun-Times* y erigir este rascacielos de hormigón. Trump declaró en una demanda ajena a su construcción que él es propietario de todo, salvo de los apartamentos individuales que ha vendido.

En representación de Trump, Alderman Burke obtuvo exenciones fiscales que redujeron los impuestos inmobiliarios de la Trump

Organization en casi 12 millones de dólares, una reducción del 39 por ciento.[175] Los reporteros Tim Novak y Chris Fusco del *Chicago Sun-Times* calcularon el descuento después de examinar más de 1.500 liquidaciones fiscales inmobiliarias enviadas al edificio y discriminando las que eran responsabilidad de Trump de las que correspondían a propietarios individuales de apartamentos. Es más, Trump hizo que Alderman Burke demandara a las escuelas públicas, a la ciudad, al condado y a otras autoridades fiscales por la devolución de impuestos «erróneos, excesivos e ilegales». La demanda afirmaba que los impuestos eran tan ofensivamente altos que deberían haber sido declarados nulos y devueltas en su totalidad las cantidades ya pagadas.

También resulta inquietante el valor aplicado a los locales de la Trump International: 75 millones de dólares una vez que la torre fue inaugurada en 2009. Kelly Keeling Hahn, uno de los abogados del gabinete de Alderman Burke, escribió que «el hotel NO se encuentra en la principal zona hotelera de la avenida Michigan», a lo que añadía que «la totalidad del espacio comercial del edificio es imposible de arrendar».[176] De hecho, esos locales comerciales están vacíos, ocupados solo por una mezcla de escombros y suciedad y que jamás fueron acabados porque violan las tres normas básicas de la inversión inmobiliaria: ubicación, ubicación y ubicación. No solo el espacio comercial se encuentra a un buen paseo de Miracle Mile, sino que también está en la orilla equivocada del río Chicago; la ciudad había decidido ya que se concentraría en la orilla sur antes incluso de que apareciera por allí Trump.

Suponiendo que la carta de Hahn sea una declaración fiel a los hechos, ¿cómo pudo haber acabado implicado Trump en semejante inversión, más propia de un absoluto perdedor, sobre todo si pensamos que repetía hasta la saciedad que tenía una destreza excepcional como empresario e inversor inmobiliario? ¿Cómo pudo no haberse dado cuenta de que la torre que llevaba su nombre en inmensas letras no estaba en la Milla Magnífica de la avenida Michigan, donde proliferan los comercios de lujo?

El tasador recortó la valoración fiscal inmobiliaria del espacio comercial en casi 49 millones de dólares, una reducción del 65 por ciento. No está claro si la carta de Hahn consiguió persuadir a alguien para conseguir un valor más bajo. Trump ha presumido a menudo (antes y durante la campaña

electoral) de que compra la amistad de políticos para que «hagan lo que yo quiero». El esperanzado candidato republicano a la presidencia se aseguró de tener amigos en instancias poderosas de Chicago realizando aportaciones de campaña por valor de casi 100.000 dólares a políticos locales..., todos ellos demócratas.

Un nuevo tasador del condado de Cook ha tratado de elevar la valoración fiscal de los inmuebles de la Trump Tower para el hotel y otros espacios en uso. Trump ha seguido tratando de rebajar las valoraciones, lo que tal vez sea consecuencia de que le resulta imposible cobrar tarifas altas por las habitaciones de hotel debido a lo apartado de su ubicación y a los remilgos que algunas grandes empresas y minoristas han mostrado a la hora de asociar su marca con Trump desde que presentó su candidatura a la presidencia.

Pero afirmar que las propiedades que en un foro él califica como de primera categoría carecen prácticamente de valor en otros foros no es la única estrategia de Trump para eludir impuestos. También se esfuerza por evitar impuestos sobre la renta e incluso ha denunciado la existencia de ilimitadas directrices en un negocio que no tenía ningún ingreso.

---

161 Michael Bamberger, «Donald Trump Details His Golfing Ambitions, Dustups with Jack Nicklaus, the USGA and Golf Digest», Golf.com, 19 de agosto de 2011.

162 Trump National Golf Club Westchester. 7 de junio de 2016. www.trumpnationalwestchester.com/Default.aspx?p=dynamicmodule&pageid=100119&ssid=100132&vnf=1.

163 Shawn Tully, «Trump Once Said Some Amazing Things About His Net Worth Under Oath», *Forbes*, 3 de marzo de 2016.

164 David Cay Johnston, «Donald Trump's Worthless Real Estate Math», *The Daily Beast*, 24 de mayo de 2016. www.thedailybeast.com/articles/2016/05/24/donald-trump-s-worthless-real-estate-math.html.

165 Mathew Mosk, Brian Ross y Randy Kreider, «Trump Team Revises Golf Course Value Amid Tax Controversy», abcnews.Go.com. 16 de mayo

de 2016. abcnews.go.com/Politics/trump-team-revises-golf-amid-tax-controversy/story?id=39155939.

166 David McKay Wilson, «Trump Seeks 90% Tax Cut at New York Golf Club», *USA Today*, 3 de septiembre de 2015.

167 David McKay Wilson, «Trump at War with Briarcliff Manor Over $238k Flood Bill», Lohud.com, 11 de septiembre de 2015. www.lohud.com/story/money/personal-finance/taxes/david-mckay-wilson/2015/09/10/trump-war-briarcliff-manor-over-238k-flood-damage-bill/71950004/.

168 Walter O'Brien, «Donald Trump Loves NYC, But Will Spend Eternity in Bedminster», Nj.com. 26 de septiembre de 2013. www.nj.com/somerset/index.ssf/2013/09/donald_trump_may_love_new_york_but_hell_spend_eternity_in_bedminster.html.

169 Jon Swaine, «How Trump's $50m Golf Club Became $1.4m When It Came Time to Pay Tax», *The Guardian*, 12 de marzo de 2016. www.theguardian.com/us-news/2016/mar/12/donald-trump-briarcliff-manor-golf-course-tax.

170 Richard Rubin, «Goat Herd Helps Trump Lower Tax Bite», *The Wall Street Journal*, 20 de abril de 2016.

171 Gene Maddaus, «Donald Trump's Palos Verdes Golf Course Has Holes in It», *Variety*, 9 de junio de 2016.

172 *Ibid*.

173 Victoria Kim, «Trump Sues City for $100 Million», *Los Angeles Times*, 20 de diciembre de 2008.

174 *Ibid*.

175 Tim Novak y Chris Fusco, «Watchdogs: The Donald & the Democrat; Burke Saved Trump $11.7 Million», *Chicago Sun-Times*, 30 de abril de 2016.

176 *Ibid.*

13

Impuestos sobre la renta

Desde principios de los años setenta y durante más de dos decenios, Jack Mitnick confeccionó las declaraciones de la renta de Donald Trump. Mitnick, abogado formado en la Universidad de Nueva York y contable público acreditado, también gestionó los recursos cuando a Trump le pareció que sus impuestos sobre la renta eran injustos. Aquello supuso dos reclamaciones en 1984, año en el que Trump recibió muchos millones de dólares, pero no pagó el impuesto federal sobre la renta.

Mitnick ha declarado que está «absolutamente familiarizado» con todos y cada uno de los aspectos de las finanzas de Trump.[177] En *El arte de la negociación*, Trump refiere una conversación habitual con Mitnick sobre las consecuencias fiscales de un acuerdo en el que estaba trabajando en relación con la Ley de Reforma Fiscal (Tax Reform Act) de 1986 que el presidente Reagan acababa de instaurar y que eliminaba una serie de exenciones tributarias.[178] Trump escribió que esperaba que la nueva ley fiscal fuera una catástrofe para el país, sobre todo para los inversores inmobiliarios. «Para mi sorpresa, Mitnick me dice que piensa que la ley representa para mí una ventaja general», escribió Trump.

Trump y Mitnick eran íntimos y Trump había hecho muy bien siguiendo el consejo de su contable.[179] En 1978, el recién casado Donald Trump vivía en el derroche, pero no pagó el impuesto federal sobre la renta. Tampoco lo pagó en 1979 gracias a la interpretación que hizo Mitnick de la normativa de impuestos especiales para grandes inversores inmobiliarios.

El hecho de que Trump no pagaba impuestos salió a la luz cuando el organismo regulador de los casinos emitió un informe público sobre su idoneidad como propietario de uno de estos establecimientos. Las

declaraciones fiscales de Trump mostraban pérdidas. Se debía a que el Congreso permite a los grandes inversores inmobiliarios compensar sus rentas por salarios, beneficios bursátiles, asesorías y demás ingresos con pérdidas derivadas de la depreciación del valor de sus edificios. Si estas pérdidas nominales por el descenso del valor de los edificios son mayores que sus ingresos netos por otras fuentes, los inversores inmobiliarios pueden decir con toda legalidad a la hacienda pública que sus ingresos son inferiores a cero y no deben pagar impuesto federal sobre la renta.

La declaración de hacienda de Trump de 1978 indicaba un saldo negativo de 406.379 dólares.[180] En 1979, su saldo era negativo por más de 3,4 millones de dólares. En una entrevista concedida durante un almuerzo un día de 1990 insinué a Trump que podría hacerse un poco más rico reorganizando sus diversas sociedades de tal modo que su renta fuera negativa solo por un dólar. Eso bastaba para eximirle del pago de impuestos sobre la renta; las pérdidas superiores eran puro despilfarro. Trump parecía desconcertado ante el hecho de que un periodista comprendiera la ley fiscal, pero me dio las gracias.

Dos años después, en 1992, Mitnick representó a Trump cuando al fin se celebraron las sesiones de inspección fiscal de hacía dos ejercicios anteriores. Tanto la ciudad como el estado de Nueva York habían auditado las declaraciones de la renta de Trump de 1984. Ambos concluían que Trump debía más impuestos. Trump indicó a Mitnick que litigara.

El año célebre por la novela de George Orwell fue el mejor de Trump hasta ese momento. A sus cuentas afluyeron millones de dólares, un aluvión de billetes. A principios de ese año, Trump y otros se mudaron a los apartamentos de la Trump Tower, lo que supuso millones de dólares por la venta de apartamentos de las cuarenta y cuatro plantas. Trump también recibió el importe de alquileres de oficinas y locales comerciales de las nueve plantas más bajas de la Trump Tower, que eran caras incluso para la Quinta Avenida. En el mes de mayo se inauguró su primer casino de Atlantic City, lo que llegó a tiempo de toda la temporada veraniega de juego. Los jugadores perdieron millones de dólares en sus mesas y máquinas tragaperras.

Nueva York es famoso por ser un estado «estrictamente federal» desde el punto de vista fiscal, lo que significaba que, excepto por algunos ingresos

que los ancianos puedan recibir libres de impuestos estatales, las cifras de las casillas de un impuesto de la renta federal individual deben coincidir con la declaración estatal del contribuyente. La declaración federal de la renta de Trump incluía un Impreso C (Schedule C), el formulario empleado por los autónomos y otros propietarios exclusivos cuyos negocios no son grandes empresas, ni sociedades.[181] También incluía una declaración de propietario exclusivo del estado de Nueva York y un impreso local por una empresa no societaria. Trump no registró su titularidad de la declaración como constructor inmobiliario, ni siquiera como propietario de un casino, sino como asesor.

La declaración de la renta de Trump indicaba cero ingresos por su negocio de consultoría. En condiciones normales, nadie cumplimentaría un Impreso C sin tener ingresos, pero el formulario de Trump incluía deducciones muy abultadas. En su declaración federal se deducían 626.400 dólares de gastos. El formulario de la ciudad recogía una cantidad ligeramente inferior: deducciones de 619.227 dólares frente a cero ingresos. Eso impulsó por separado a los inspectores de la ciudad y del estado de Nueva York a señalar la declaración de Trump para inspeccionarla. La ciudad pidió pruebas de que las deducciones como propietario exclusivo eran legítimas.

Los contribuyentes no tienen que acreditar las deducciones cuando presentan sus declaraciones. Esa es la razón por la que en ellas se incluye una declaración jurada, a la que se conoce como certificado notarial. El certificado notarial federal afirma lo siguiente: «Declaro bajo pena de perjurio que he examinado esta declaración fiscal, así como los impresos y declaraciones adjuntos y que, a mi leal saber y entender, son ciertos, correctos y completos». Por el contrario, los inspectores sí exigen justificación.

Los inspectores pidieron a Trump que documentara sus grandes deducciones. Trump no aportó ningún documento. Ni un solo recibo, factura, ni pago mediante cheque. En ese caso, señalaron los inspectores, se denegaban las deducciones. Cargaron a Trump los impuestos que había eludido por las enormes deducciones que no pudiera justificar. También se le cargaban intereses. Así como multas, una técnica civil empleada para

evitar la evasión fiscal. Los recargos ascendían al 35 por ciento en el ámbito estatal y al 25 por ciento en el ámbito local.

Trump recurrió. Mitnick defendió su caso.[182] Durante una apelación local que se prolongó durante dos días de 1992, Mitnick no aportó ninguna documentación para justificar las deducciones. H. Gregory Tillman, el juez formado en Harvard que se hizo cargo de la vista, señaló este extraordinario testimonio en su sentencia. También señaló que «el expediente no explica que el demandante [Trump] tuviera gastos importantes sin tener ningún ingreso concomitante por su negocio de consultoría».

Exhibieron a Mitnick las declaraciones de Trump. Verificó que su firma aparecía en el documento que tenía delante, pero después añadió una declaración muy extraña sobre sí mismo y su gabinete:

«Nosotros no» hemos confeccionado esta declaración, testificó Mitnick.[183]

Si Mitnick (que tiene un historial impecable en los tribunales del estado) decía la verdad, ¿quién confeccionó entonces esa declaración? La única persona que se habría beneficiado de haber presentado ese documento sería Donald J. Trump. Con una fotocopiadora, el nombre de una persona se puede trasladar a un documento que esa persona no haya elaborado. Hacía décadas, mi primer premio por un reportaje de investigación de ámbito nacional fue por revelar precisamente un engaño parecido.

La sentencia judicial no aborda la cuestión de cómo acabó la firma de Mitnick en la fotocopia de una declaración fiscal que él declaró no haber confeccionado. Con excepción de la sentencia de Tillman, los expedientes del recurso fueron destruidos hace años, un procedimiento rutinario. En 2016 pregunté a Mitnick por su testimonio. Dijo que no lo recordaba. Es probable que siga siendo un misterio cómo llegó a estamparse sobre la declaración lo que parecía ser la firma de Mitnick.

Tillman no encontró ningún fundamento de hecho para las deducciones no justificadas de Trump.[184] También señaló que la queja de Trump, sin explicación, se debía a que se había visto sometido a una doble imposición de sus ingresos. Recurriendo a la letra en negrita, algo raro en las opiniones judiciales, Tillman escribió que «el problema que se dirime no es un asunto de doble imposición, sino de cero imposición».

Tillman falló en contra de Trump. Sin embargo, no aplicó el 25 por ciento de recargo por ausencia de declaración de ingresos porque no se pudo localizar ningún documento original de la misma, sino solo la fotocopia de los expedientes de la ciudad con la firma en apariencia falsificada de Mitnick.

Después se celebró la vista por los impuestos del estado. Aquí Trump tampoco pudo presentar ninguna documentación que respaldara su forma de explicar los beneficios obtenidos por los apartamentos que vendió en el Trump Plaza del número 167 de la calle 61 Este en Manhattan. Frank W. Barrie, un juez de lo contencioso-administrativo, escribió en su opinion de veintitrés páginas que Trump «no logró justificar el privilegio» [de Trump] de ahorro fiscal al que aspiraba. El juez, que subrayaba la palabra *no*, resolvió que Trump no había demostrado los hechos más elementales requeridos para justificar el pago de menos impuestos.

También se dirimía si Trump había presentado la documentación del recurso antes del plazo legal establecido. El juez dijo que «la mera alegación [de Trump] de que su incumplimiento se debía a una causa razonable y no a una negligencia voluntaria es inadecuada para asumir semejante carga».

Entonces, el juez Barrie volvió a imponer el recargo del 35 por ciento recomendado por el inspector fiscal del estado, del que se decía que era obligatorio de acuerdo con la legislación del estado para el caso de la conducta de Trump. «No hay nada en el expediente ajeno al hecho de que el demandante recurrió a un abogado/contable acreditado para obtener asesoramiento fiscal [lo que se desprende del testimonio del señor Mitnick] relevante en relación con la multa —redactó el juez Barrie—. En consecuencia, se ratifica la multa».

Mitnick, de nuevo el único testigo de Trump, «declaró que el señor Trump no tenía ningún ingreso contra el que "se pudiera haber aplicado" el cargo».[185] Barrie resolvió que Trump debía el impuesto, así como los intereses y un 35 por ciento de recargo.

Cuando le pregunté por estos casos en 2016, Mitnick me dijo que no recordaba nada de ellos.

El año 1984 no fue la última vez que Trump no pagó impuestos sobre la renta.[186] En informes realizados en 1991 y 1993 sobre la estabilidad

financiera de Trump, el DGE demostró que no tenía ninguna obligación fiscal en esos años. Los informes también señalaban que había tenido unas perdidas tan abultadas que podría deducirlas en futuros ejercicios fiscales. Este tipo de pérdidas, conocidas como pérdidas netas por la actividad (NOL, Net Operating Losses), significaban que era probable que no debiera ningún impuesto durante una serie indeterminada de años futuros.

A principios de los años noventa, el Congreso anuló una de las estipulaciones de la Ley de Reforma Fiscal de 1986 (Tax Reform Act), la que molestaba a Trump. El Congreso restableció una normativa fiscal que permitía que los profesionales del sector inmobiliario que gestionaban sus bienes se aplicaran deducciones ilimitadas contra otros ingresos. Eso significaba que la pérdida nominal por el supuesto decremento del valor de un edificio con el paso de los años podía compensar otros ingresos, como un salario, los beneficios procedentes de campos de golf o los derechos recaudados por la venta de corbatas fabricadas en China. Sin embargo, el Congreso mantenía una norma que denegaba estas ventajas a todo aquel que ganara más de 150.000 dólares anuales y permitía a quienes ganaran menos compensar una cifra de un máximo de 25.000 dólares de sus ingresos mediante pérdidas nominales derivadas de la depreciación de sus edificios.

La norma fiscal reinstaurada, que beneficiaba a Trump porque solo se aplicaba a inversores inmobiliarios a tiempo completo que gestionaran sus propiedades, significaba que legalmente Trump no pagaría impuestos, siempre que padeciera una depreciación suficiente para compensar el resto de sus ingresos. Seguramente, Trump contaría cada año con esa depreciación, suponiendo que el valor de sus edificios fuera en realidad tan alto como se especifica en la declaración de bienes que presentó como candidato a la presidencia.

Fiémonos de la palabra de Trump para ilustrar cómo opera el sistema fiscal con los grandes constructores inmobiliarios.[187] Trump dice que la NBC le pagó 65 millones de dólares por *Celebrity Apprentice* tanto en 2011 como en 2012 (en una declaración escrita, la NBC afirmaba que esa cifra estaba muy hinchada). Si Trump hubiera cobrado de hecho esa cantidad, su liquidación fiscal federal habría sido de casi 23 millones de dólares. Sin embargo, si Trump había sufrido una depreciación de 65 millones de dólares o más en sus edificios, podía contabilizar cero ingresos en su

declaración fiscal. Eso quiere decir que no pagaría millones en impuestos, sino nada.

En todo caso, la liquidación fiscal no se anula. Según las normas establecidas por el Congreso, la declaración se pospone a un futuro. Por tanto, los 23 millones son el equivalente económico de un préstamo del Tío Sam con interés cero. Algún día, ese préstamo se debe devolver. Habitualmente, las sociedades inmobiliarias duran dos décadas, así que supongamos que Trump invierte los beneficios de ese préstamo durante veinte años y obtiene un beneficio neto anual de un 10 por ciento (beneficio que Trump consideraría modesto y por debajo de sus habilidades como inversor). Cuando llegara el momento de devolver el préstamo, Trump extendería al Tesoro un cheque por una cantidad aproximada a los 23 millones y se quedaría con los beneficios de su inversión: 130 millones de dólares. De este modo, el Congreso enriquece más a personas como Trump, a las personas que disponen del capital para ingresar en el sector inmobiliario y optar a exenciones fiscales según normas que excluyen a casi el resto de sus compatriotas estadounidenses.

Esta no fue en modo alguno la última vez que las autoridades fiscales lidiarían con Trump. Estos casos afectaban a sus actividades empresariales, pero otra faceta de sus esfuerzos activos por eludir impuestos comparecería pronto ante un gran jurado. Fue el caso que pudo haberle costado su licencia de casino más lucrativa.

---

177 Tribunal Fiscal de Apelación del Estado de Nueva York. Petición de resolución de la empresa de la calle 61 este. Resolución n.º 811470 de la DTA (Division of Tax Appeals).

178 Donald Trump y Tony Schwartz, *Trump: The Art of the Deal* (Nueva York: Ballantine Books, 2015), p. 14.

179 Chris Good y Ryan Struyk, «Donald Trump Twice Paid No Federal Taxes, Government Report Shows», ABC News, 20 de mayo de 2016. abcnews.go.com/Politics/donald-trump-paid-federal-taxes-government-report-shows/story?id=39259669.

180 Associated Press. «Here's What Might Be Hiding in Donald Trump's Tax Returns», *Fortune*, 12 de mayo de 2016.

181 David Cay Johnston, «New Evidence Donald Trump Didn't Pay Taxes», *The Daily Beast*, 15 de junio de 2016. www.thedailybeast.com/articles/2016/06/15/new-evidence-donald-trump-didn-t-pay-taxes.html.

182 Tribunal Fiscal de Apelación del Estado de Nueva York. Petición de resolución de la empresa de la calle 61 este. Resolución n.º 811470 de la DTA (Division of Tax Appeals).

183 *Ibid*.

184 *Ibid.*

185 *Ibid.*

186 Shane Goldmacher, «Trump Appears to Have Paid No Taxes for Two Years in Early 1990s», *Politico*, 17 de junio de 2016. www.politico.com/story/2016/06/donald-trump-no-taxes-224498.

187 Kim Masters, «NBC Calls Donald Trump "Apprentice" Salary Report "Grossly Inaccurate"», *The Hollywood Reporter*, 22 de junio de 2011. www.hollywoodreporter.com/news/nbc-calls-donald-trump-apprentice-204698.

14

Cajas vacías

En 1983, después de comprar en Bulgari, la joyería de lujo de la sofisticada Quinta Avenida de Manhattan, Donald Trump pidió que le enviaran por correo un collar de 50.000 dólares a una dirección de fuera del estado de Nueva York. Otro día, compró joyas por valor de 15.000 dólares. Estas también fueron remitidas por correo postal fuera del estado, a la casa de Connecticut de su mentor y abogado, el infame Roy Cohn.[188]

Las dos cajas estaban vacías.

Enviar por correo postal cajas vacías es una forma de evadir el IVA de joyas, pieles y otros artículos caros que se pueden enviar fácilmente por correo. Según la legislación de Nueva York, como en la mayoría de estados, un turista que adquiere artículos y pide que se los envíen al estado en que reside no tiene que pagar el IVA de Nueva York. En teoría, los compradores adeudan en el estado donde viven un impuesto equivalente, conocido como «impuesto de uso», pero se trata de una tasa que raras veces se reclama. En 1983 casi nunca fue reclamada.

Una vez que los inspectores fiscales del IVA de Nueva York tuvieron conocimiento de este fraude, resultó fácil encontrar a los evasores fiscales. No tuvieron que examinar uno por uno todos los recibos individuales del periodo de veintiocho meses que abarcaba la investigación, hasta marzo de 1983. En su registro de envíos, Bulgari había puesto un asterisco junto al nombre de cada cliente que recibía una caja vacía.[189] Después, para ahorrar un poco de dinero, Bulgari pagaba solo el franqueo justo para cubrir el coste de remitir la caja vacía, sin el peso de la joya. La joya no habría hecho más que añadir unos cuantos gramos a la mayoría de las cajas, pero, como

averiguó el gran jurado, algunas sí habrían llegado a pesar más de medio kilo.

Trump no fue el único cliente cuyo nombre apareció en la investigación.[190] Entre los destinatarios de cajas vacías se encontraba el cantante Frank Sinatra, el ex secretario de Estado Henry Kissinger, el empresario multimillonario especialista en grandes adquisiciones Ronald Perelman, el miembro de la alta sociedad C. Z. Guest, la actriz Mary Tyler Moore y el productor de concursos de televisión Mark Goodson. Al igual que muchas otras investigaciones en las que estaban implicadas personas ricas o políticamente poderosas, esta fue llevada a cabo con discreción, sin grandes proclamaciones públicas, amplia cobertura de medios de información, ni revelaciones de los nombres de los clientes investigados.[191] La primicia apareció en el reportaje de William Bastone, que entonces era un joven reportero del semanario *Village Voice*, que aprendía el oficio al amparo de Wayne Barrett, el futuro biógrafo de Trump.[192]

Bastone identificó a un comprador más: Adnan Khashoggi, el traficante de armas saudí a quien en aquella época se calificaba como tal vez el hombre más rico del mundo. Khashoggi solía acudir a fiestas con Trump, tanto en Nueva York como en Atlantic City. Eludió 17.000 dólares en impuestos sobre ventas haciéndose enviar cajas vacías a Ginebra, en Suiza. Las joyas se remitían a su apartamento en Olympic Tower, a pocas manzanas de la tienda de Bulgari. En aquella época, la Olympic Tower era uno de los dos únicos edificios de Manhattan que permitían que la propiedad de los apartamentos estuviera a nombre de empresas imposibles de rastrear, una modalidad de riqueza anónima. El otro edificio así era la Trump Tower. No fue la única vez que Trump y Khashoggi aparecerían vinculados en público como hombres supuestamente muy ricos que afanaban lo que habría sido calderilla para un multimillonario.

El gran jurado tomó declaración sobre 202 casos en los que el establecimiento mundial de joyería remitió cajas vacías a clientes.[193] Los clientes habían evitado pagar un total de un millón y medio de dólares en impuestos sobre ventas. Trump sobresalía entre los clientes porque llegó a un acuerdo para declarar sin ser acusado por el tribunal.

El escándalo del IVA planteaba una amenaza mucho mayor para las riquezas de Trump que la propia acumulación de impuestos eludidos. Como propietario de dos casinos en Atlantic City, cualquier acusación penal habría puesto en peligro la licencia de casino de Trump. Evadir mas de 15.000 dólares de impuestos sobre ventas en los dos únicos casos que el gran jurado revisó podría haber significado que Trump fuera acusado de un delito. De hecho, el organismo regulador de los casinos de Nueva Jersey quiso conferir más importancia a su mera participación en la trama aun cuando no hubiera acusación penal formal, lo que podría haber justificado la revocación de su licencia. Trump contrató a Howard Rubenstein, el experto en relaciones públicas y situaciones de crisis de neoyorquinos ricos en apuros, para que lidiara con Bastone y otros periodistas. Rubenstein dijo que Trump solo había participado en «transacciones fiables»; no había hecho nada malo.[194]

Robert Abrams, que entonces era fiscal general del estado de Nueva York, no acusó a Trump, ni a los demás compradores.[195] En cambio (como el organismo regulador del juego en Nueva Jersey que descargaba todo el peso de la ley sobre camareras y crupieres), sí arremetió contra los blancos más fáciles. Pidió al gran jurado que acusara al propietario de una empresa local, además de a Nicola Bulgari, un ciudadano italiano que era propietario parcial de la tienda que llevaba su apellido. El gran jurado admitió las peticiones de Abrams y acusó a los dos hombres de 213 delitos. Durante algún tiempo, Nicola Bulgari fue tratado como un fugitivo porque no regresó de inmediato a Nueva York desde Italia. Abrams pedía que los dos hombres pasaran una temporada entre rejas.

Poco antes de la Navidad de 1986, el alcalde Ed Koch anunció que Nicola Bulgari y el director de la otra tienda se habían declarado culpables, pero que no tendrían que cumplir prisión. Koch estaba indignado por la levedad de las sentencias. También creía que las «personas destacadas» que eran clientes debían haber sido acusadas de un delito penal.

«Deberíamos abochornarlos —decía Koch—. Para una persona destacada, hasta quince días de cárcel es una sentencia destacada».[196] Cualquier condena de cárcel le habría costado a Trump, sin duda, su licencia de casino.

En 1987, Khashoggi y Trump volvieron a aparecer en público juntos. Khashoggi había encargado la construcción de un lujoso yate de 85 metros de eslora, uno de los más grandes del mundo, con un lustroso revestimiento generalizado de madera de arce y un cuarto de baño de la *suite* principal sobre el que un turista bromeó diciendo que era lo bastante grande para alojar un helicóptero. Bautizó a la flamante embarcación blanca con el nombre de *Nabila* en honor a su hija. La embarcación fue apodada «The Flying Saucer» [el platillo volador] por el taquillazo de James Bond de 1983 *Nunca digas nunca jamás*.

Khashoggi perdió la embarcación cuando no pudo pagar a sus acreedores.[197] En 1987 pasó a manos de Trump, que la rebautizó con el nombre de *Trump Princess*. (Se considera que cambiar el nombre de una embarcación trae mala suerte, detalle que escapó a algunos de sus competidores y grandes apostadores de su casino). Junto con la embarcación llegaron las enormes facturas para mantenerla y llenarla de combustible. Trump (que, por lo que yo sé, solo viajó en una ocasión en el barco y se quejó de haberse mareado en el trayecto nocturno desde Nueva York a los muelles del puerto deportivo de su casino de Atlantic City) eludió los 1,7 millones de dólares de impuestos de Nueva Jersey que habría supuesto la venta de la embarcación. Lo consiguió comprando el barco a través de una empresa de su exclusiva propiedad radicada en un paraíso fiscal. Después se alquiló el barco a sí mismo de modo que solo tuviera que pagar los impuestos de los plazos mensuales del arriendo, igual que la gente que adquiere un vehículo mediante *leasing*.[198] Las autoridades fiscales del estado examinaron el acuerdo, pero concluyeron que la elusión fiscal era legal.

En 1990, cuando el imperio de Trump estaba a punto de venirse abajo porque no podía devolver más de tres mil millones de dólares prestados, unos aliados de Trump refirieron a *The New York Times* que iba a vender el yate por 110 millones de dólares, más del triple de los aproximadamente 30 millones que dijo que había pagado por él tres años antes.[199] Era un esfuerzo en apariencia absurdo para dar bombo a su riqueza. El periódico ironizaba diciendo que «la Trump Organization se negaba a hacer comentarios públicos», lo que en clave significaba que no respaldaba abiertamente un reportaje para cuya difusión se había servido de personas

de su confianza. El yate se vendió por fin (por varios millones menos de lo que Trump dijo que pagó) al príncipe saudí Al-Waleed bin Talal bin Abdulaziz al Saud, que enseguida adquiriría otro trofeo inmobiliario de Trump: el hotel Plaza del otro lado de Central Park, en Manhattan.

También en 1990, Trump y Khashoggi volvieron a estar vinculados a través de una chanza concebida para averiguar quién era el rico más tacaño de Nueva York. La revista satírica *Spy* creó una empresa falsa y envió cheques de 1,11 dólares a cincuenta y ocho neoyorquinos ricos. Quienes cobraron los cheques recibieron después otro ingreso de la empresa falsa por la mitad de esa cantidad. La broma acabó cuando solo quedaron dos de los autoproclamados multimillonarios ruines. Donald Trump y Adnan Khashoggi tuvieron el dudoso honor de endosar y depositar en sus cuentas bancarias unos cheques falsos por valor de trece centavos cada uno.

---

188 William Bastone, «The Bulgari Sales Tax Scam». *Village Voice*, 25 de noviembre de 1986. Consultado el 20 de junio de 2016.

189 Kirk Johnson, «Bulgari Pleads Guilty in a Sales-Tax Scheme», *The New York Times*, 6 de diciembre de 1986.

190 UPI. «Celebrities Listed as Buyers in Sales Tax Evasion Case», *Los Angeles Times*, 20 de noviembre de 1986. Consultado el 16 de junio de 2016.

191 Kirk Johnson, «Bulgari Pleads Guilty in a Sales-Tax Scheme», *The New York Times*, 6 de diciembre de 1986.

192 William Bastone, «The Bulgari Sales Tax Scam», *Village Voice*, 25 de noviembre de 1986. Consultado el 20 de junio de 2016.

193 «THE CITY; Bulgari Official Listed as Fugitive», *The New York Times*, 9 de agosto de 1985: sin n.º de p. en *The New York Times*. Página web. 8 de junio de 2016.

194 William Bastone, «The Bulgari Sales Tax Scam», *Village Voice*, 25 de noviembre de 1986. Consultado el 20 de junio de 2016.

195 «THE CITY; Bulgari Official Listed as Fugitive», *The New York Times*, 9 de agosto de 1985: sin n.º de p. en *The New York Times*. Página web. 8 de junio de 2016.

196 Kirk Johnson, «Bulgari Pleads Guilty in a Sales-Tax Scheme», *The New York Times*, 6 de diciembre de 1986.

197 William C. Rempel, «Latest Financial Setback for Billionaire Saudi Arms Dealer: Sultan of Brunei Seizes Khashoggi Yacht», *Los Angeles Times*, 15 de mayo de 1987: sin n.º de p. En página web. 12 de junio de 2016.

198 AP, «Jersey Exempts Trump From Yacht Sales Tax», *The New York Times*, 21 de septiembre de 1988: si n.º de p. En página web. 12 de junio de 2016.

199 Richard D. Hylton, «Trump Is Reportedly Selling Yacht», *The New York Times*, 11 de mayo de 1990: sin n.º de p. En página web. 6 de junio de 2016.

15

«Mejor que Harvard»

Michael Sexton, asesor de dirección de empresas y empresario de la educación privada, mantuvo una breve disputa con Donald Trump en el año 2004.[200] Sexton proponía crear una franquicia con el apellido Trump para unos cursos de gestión inmobiliaria a través de Internet parecidos a los que periódicamente se exige cursar a los agentes inmobiliarios para renovar su licencia profesional. Trump suscribía la idea. De hecho, a Trump le gustó tanto que cuando Sexton y sus socios regresaron a la Trump Tower para cerrar el acuerdo, Trump anunció que, en lugar de cederle el uso de su apellido, adquiriría la empresa. Sexton tendría una participación accionarial del 5 por ciento y un salario de un cuarto de millón de dólares al año para dirigir su funcionamiento.

«En la Trump University enseñamos a tener éxito —decía Trump, mirando a la cámara en un vídeo promocional de 2005—. De eso es de lo que se ocupa…, del éxito. Te va a suceder a ti. Va a haber profesores titulares y adjuntos absolutamente fantásticos: gente fantástica, cerebros fantásticos, triunfadores. Vamos a contar con lo mejor de lo mejor. Todas son personas seleccionadas cuidadosa y personalmente por mí».

Ninguna de esas afirmaciones era cierta.

En primer lugar, no había ninguna «universidad», ni en el sentido habitual de la palabra (una institución donde se dan cita muchas ramas de conocimiento avanzado), ni en el de la legislación de Nueva York, que prohíbe que una empresa lleve la palabra *universidad* en su nombre a menos que haya sido autorizada por el departamento de educación del estado.[201]

En lugar de ser algún tipo de campus, el cuartel general de la Trump University se encontraba en un edificio del n.º 40 de Wall Street, propiedad de Trump. En julio de 2016, la revista *Bloomberg Businessweek* informaba de que también era el domicilio escogido por estafadores del mercado de valores, mecánicos de cuartos de calderas y timadores con acciones baratas. Según las listas del servicio de alerta pública, que difunde la Comisión de Seguridad e Intercambio (SEC, Securities and Exchange Commision), un organismo federal que previene a la gente de las estafas, ningún otro domicilio alberga tantas empresas de agentes de bolsa no registradas.[202]

Una semana después de que se presentara la Trump University, las autoridades de Nueva York ordenaron a Trump que dejara de emplear la palabra *universidad*.[203] En esencia, Trump y Sexton ignoraron los requerimientos durante cinco años, aunque en el año 2010 sí cambiaron el nombre por el de Trump Entrepreneur Initiative. Trump declaró que no sabía casi nada al respecto y remitió las preguntas a Sexton.

La falsa universidad tampoco tenía profesores, ni siquiera adjuntos a tiempo parcial, y la «plantilla» (según se le llamaba) no se componía sin duda de «lo mejor de lo mejor».[204] Eran agentes de ventas a comisión, muchos de ellos sin ninguna experiencia en cuestiones inmobiliarias. Uno regentaba un restaurante de comida rápida, como señalaría el senador Marco Rubio durante el debate de las primarias republicanas celebrado el 3 de marzo de 2016. Otros dos instructores estaban en quiebra personal cuando recaudaban tasas de matrícula de potenciales licenciados por la Trump University ansiosos de aprender a enriquecerse.

Trump ni siquiera cumplió su compromiso de escoger cuidadosamente la plantilla.[205] En el año 2012, cuando Trump fue demandado por fraude civil en California, la fiscal Rachel Jensen leyó los nombres de todos y cada uno de los miembros de la plantilla docente, exhibió fotografías y presentó imágenes de vídeo de «actos» de la Trump University. Trump, que protestó por esta línea de investigación a la que calificó de una pérdida de tiempo, no fue capaz de identificar a una sola persona. «Hace demasiados años…, demasiados años…, es historia antigua», dijo. Algunos de esos actos se habían celebrado menos de dos años antes. Una vez, y otra, y otra, Trump declaró que no recordaba.

Vale la pena señalar que la memoria de Trump parecía bastante aguda tres años más tarde, en 2001, cuando insistió en que había visto en la televisión que miles de musulmanes de Nueva Jersey jaleaban las llamas de las Torres Gemelas.[206] Nunca se ha encontrado ninguna cinta de vídeo, ninguna fotografía, ni ningún informe policial que sustente este recuerdo. Pero Trump sostiene que su recuerdo era fiel. Después de todo, como dijo en Iowa en el año 2015 ante el público de su campaña, él había sido agraciado con «la mejor memoria del mundo».

En todo caso, cuando Jensen preguntó finalmente si Trump podía citar «el nombre de un buen instructor de aquellos actos» de la Trump University, Trump respondió lo siguiente: «No conozco a los instructores», con lo que contradecía por completo su promesa de que los seleccionaría a todos.[207]

Trump hacía otra promesa vana en el vídeo promocional de la Trump University: «Vamos a enseñarte más que de lo que te van a enseñar en las escuelas de negocios, y yo asistí a la mejor escuela de negocios —decía—. Vamos a enseñarte mejor. Creo que va a ser una educación mejor y va a enseñarte todo lo que te hace falta saber».

Nada de esto era cierto tampoco.[208] Lo único que se aproximaba un poco a la verdad era que él asistió a «la mejor escuela de negocios». Trump jamás asistió a la señalada Escuela Wharton de Pensilvania, pero sí estuvo matriculado dos años en un grado de cuatro años.

Basándose en el testimonio que Trump prestó a Rachel Jensen en 2012, es ridículo sostener que la Trump University ofrecía mejor educación que cualquier escuela de negocios de primera línea. El propio Trump reconoció que Sexton, a quien había otorgado la responsabilidad de gestionar la Trump University, «no tenía muchos conocimientos de asuntos inmobiliarios». Trump también dijo que Sexton jamás había dirigido una escuela hasta ese momento. «Hace demasiado tiempo», dijo.

Trump también negó saber cuánto costaba un seminario de tres días. «Fue hace mucho tiempo —declaró—. No lo sé».

Cuando Jensen le preguntó si «alguien que no tenía ninguna experiencia en la compra-venta de inmuebles» podría estar «cualificado para cobrar decenas de miles de dólares por un programa tutorizado de tres días»,

Trump respondió: «De verdad…, realmente no puedo contestar… No sé cuál es su formación. No lo sé en realidad. Tal vez sea un genio en muchísimos aspectos, no lo sé. Quiero decir, no puedo decirle. Sencillamente no puedo decirle».

Trump también reconoció que nunca había revisado los guiones que se suministraban a los instructores de los actos: «No lo creo, no», declaró. Con certeza, Trump no podía dar fe del valor de las conferencias, que tanto los investigadores del gobierno como los alumnos que reclamaban la devolución del dinero calificaron de guiones de tácticas de venta refinadas y agresivas que contenían entre muy poco y ningún valor formativo.

Todos los testimonios anteriores proceden de una demanda de 2012, pero otras dos demandas afirmaban que la empresa de la Trump University en su totalidad era un fraude; una estafa en la que los desesperados y los ingenuos pagaron a Trump unos 40 millones de dólares por lo que resultaron ser técnicas de venta agresivas.[209] En un caso del año 2013, el fiscal general de Nueva York, Eric Schneiderman, dijo que el seminario de tres días de la Trump University (que costaba 1.497 dólares) ofrecía acceso a una «base de datos» especial de prestamistas. Lo que en realidad entregó fue una lista que remitía a la *Scotsman Guide*, una revista mensual a la que yo accedí gratuitamente en Internet.[210]

Nueva York no era el único estado donde las autoridades sospechaban que la Trump University era una estafa. En Texas, agentes estatales de la lucha contra el fraude en el consumo camuflados asistieron a muchos de los cincuenta y siete seminarios gratuitos de la Trump University celebrados a lo largo de siete meses. Después, elaboraron un informe.

Entre los hallazgos de los investigadores se encontraba que «se enseña» a los alumnos que asistieron a un seminario de «nivel intermedio» a «asediar a propietarios de viviendas en estado de tormenta financiera y a buscar ejecuciones hipotecarias».[211] La primera mañana de ese curso de tres días también se les enseñaba a «llamar a compañías de tarjetas de crédito, bancos y agencias hipotecarias y pedir un incremento o una ampliación del crédito para que financiaran la compra del paquete "Élite Dorada". La acusada, Trump U., pedirá incluso a los asistentes que llamen a su banco durante estas sesiones individuales mientras el representante espera. El objetivo principal de los seminarios de tres días parece ser más tácticas de

venta agresivas con la intención de inducir en ellos la compra por 35.000 dólares del paquete "Élite Dorada" de la acusada, la Trump U.».

Los inspectores de defensa del consumidor también informaron de que lo que la Trump University enseñaba «está anticuado, es inaplicable al mercado inmobiliario de Texas y, en general, reviste muy poco valor práctico. Además, las denominadas estrategias que se enseñan son altamente especulativas y pueden equivaler a fomentar que los asistentes vendan propiedades inmobiliarias sin licencia, lo cual es ilegal en Texas».[212]

El informe oficial también señalaba que los supuestos agentes de ventas que pasaban por ser la plantilla «afirman en falso en estos "talleres gratuitos" que las clases otorgan créditos homologados de formación continua para agentes inmobiliarios», aun cuando no estaban en absoluto homologados. Por último, denominar a toda esta actividad una «universidad» quebrantaba una ley texana semejante a la de Nueva York. La Trump University ni siquiera había obtenido la licencia obligatoria en Texas y había sido registrada para el pago de impuestos por las ventas, como establecía la ley del estado. (Sexton declaró más adelante que, en última instancia, se pagaban los impuestos).

Para los expertos inspectores contra el fraude que confeccionaron el informe, la acusación contra Trump parecía estar blindada. Los inspectores concluían con la insinuación de que se citara personalmente a Trump (quien, para los clientes que lo solicitaban, firmaba tarjetas que decían: «Yo puedo convertir en inversor inmobiliario de éxito a cualquiera, incluido usted») en una demanda civil que denunciaba prácticas comerciales engañosas.

Sabemos todo esto porque John Owens, que se jubiló en el año 2011 de su cargo de subdirector del departamento de defensa del consumidor del fiscal general de Texas, hizo público el informe interno en el año 2016.[213] La oficina del fiscal general de Texas, el antiguo jefe de Owens, respondió con una carta donde citaba seis leyes que Owens podría haber quebrantado al hacer público el informe e insinuaba que se le podría retirar su carnet de abogado.

Entre los documentos que Owens hizo públicos había un análisis de los argumentos que se podría suponer que Trump esgrimiría si el asunto llegaba

a los tribunales y por qué el personal tenía la sensación de que lo perdería. Owens también hizo pública una carta de enero de 2010 firmada por Rick Berlin, uno de los ayudantes del fiscal general de Texas, donde proponía que el estado reclamara la indemnización de los texanos que se sintieron estafados, así como penas adicionales por conducta engañosa e ilegal. En total, Berlin recomendaba reclamar 5,4 millones de dólares y una orden permanente por la que en adelante se prohibiera a Trump y a su falsa universidad que volvieran a hacer negocios en Texas.

Greg Abbott, el fiscal general de Texas, no emprendió ninguna acción de oficio.

Una vez que Owens hizo público el informe interno, las autoridades del estado sacaron partido de la decisión de no reclamar la indemnización, ni emprender alguna medida legal de oficio. Insistían en que, en realidad, Abbott había cosechado una victoria para Texas al no seguir el consejo de su equipo. Después de aquello, Abbott ha sido elegido gobernador. Respaldó a Trump en 2016. La oficina de Abbott dijo que había cumplido con su deber al forzar lo que él describió como la marcha de Texas de un mal negocio.

Abbott no ha expuesto las razones por las que él apoyaría en su carrera presidencial a alguien que dirigiera un negocio tan tortuoso como el que pretendía dirigir a costa del estado. No se podía determinar si Trump actuó bajo la amenaza de acción de Abbott o, sencillamente, porque decidió que el mercado de Texas se había agotado para las ofertas de la Trump University. No se aportó ninguna documentación para avalar ninguno de los dos extremos.

En el año 2013, tres años después de que Berlin no lograra convencer a Abbott de que adoptara su recomendación de recuperar el dinero de los consumidores texanos, Trump donó 35.000 dólares a la campaña de Abbott para gobernador.[214] En Florida transcurrió un periodo de tiempo mucho más reducido entre la donación de la campaña y la pasividad oficial.

El 13 de septiembre de ese mismo año, la fiscal general de Florida, Pam Bondi, anunció que su oficina estaba examinando la posibilidad de sumarse a la investigación de presunto fraude de la Trump University llevada a cabo

por el fiscal general de Nueva York. Esa semana, la organización And Justice for All, encargada de la campaña de reelección de Pam Bondi para fiscal general, recibió un cheque de 25.000 dólares de la Fundación Donald J. Trump. Ivanka Trump también remitió un cheque personal con el que donaba 500 dólares para apoyar la reelección de Bondi. El 17 de septiembre, Bondi anunció que su oficina no se sumaría a la investigación por fraude de Nueva York, aduciendo falta de pruebas y afirmando que su oficina solo había recibido una única queja.

Tanto Bondi (abogada) como Trump sabrían seguramente que muchos considerarían inadecuado que un fiscal general aceptara dinero de campaña procedente de alguien sometido a una posible investigación por fraude.[215] En realidad, el último día de junio de 2016, el propio Trump denunció a Loretta Lynch, la fiscal general de Estados Unidos, por mantener una conversación de media hora con el expresidente Bill Clinton durante un encuentro fortuito sobre el pavimento de la pista del aeropuerto de Phoenix.[216] No deberían haber hablado siquiera, decía Trump, porque el Federal Bureau of Investigation (FBI) todavía estaba investigando el uso que había hecho Hillary Clinton de un servidor de correo electrónico privado cuando era secretaria de Estado.

«¿Quién haría una cosa así? —reclamaba Trump—. Creo sencillamente que es espantoso, absolutamente espantoso».[217]

Trump señalaba que él estaba haciendo campaña contra un sistema amañado. El encuentro de Phoenix «evidenciaba que el sistema estaba amañado», decía. No hizo ningún comentario sobre su propia investigación en Florida, ni sobre su sustanciosa donación para la campaña de Bondi.

Contrariamente a la afirmación de Bondi, en Florida había habido más de una queja sobre el negocio educativo de Trump. Cuando el periodista Scott Maxwell pidió a la oficina del fiscal general de Florida todos los expedientes de quejas relacionadas con las empresas educativas de Trump en 2013, recibió 8.491 páginas de documentos. En ellos se mostraba que Bondi, al igual que Bill McCollum, su predecesor, había desestimado muchas solicitudes de ayuda. Se respondió a los ciudadanos, algunos de ellos bastante ancianos, que se quejaran a alguna otra agencia gubernamental o presentaran su propia demanda judicial. Un hombre decía que los 26.000 dólares que había pagado por una actividad educativa de

Trump le llevaron a la bancarrota. También había quejas de que no existía ningún mecanismo práctico para recuperar el dinero porque las oficinas de Trump en Boca Ratón habían cerrado.

La actividad de Trump en Florida estaba dirigida por Michael e Irene Millin. A los Millin les había ido bastante bien; al igual que Donald Trump, en una ocasión aparecieron en el programa de televisión vendido a cadenas locales *Lifestyles of the Rich and Famous*. También eran una pareja célebre para los inspectores antifraude de todo el país porque comercializaban planes de enriquecimiento rápido. Eran objeto de quejas por oficinas que habían cerrado de repente, dejando sin cobrar a empleados y proveedores. En los carísimos seminarios que impartían, decían que las personas podían tomar prestadas sumas inmensas sin ningún interés y solicitar grandes ayudas oficiales, lo que impulsó la acción de fiscales generales de treinta y cuatro estados. Entre ellos estaba nada menos que Greg Abbott cuando ocupaba el puesto de principal autoridad para hacer cumplir la ley en Texas.

La pregunta de por qué Trump se asoció con los Millin todavía no ha sido respondida en los debates presidenciales y los actos de campaña, aunque enterarse del dudoso historial de antecedentes empresariales de la pareja no habría requerido una investigación muy extensa, ni muy cara. Una simple búsqueda en Internet habría obrado el milagro.

Además, el Congreso prohíbe que las organizaciones benéficas, incluida la fundación privada de Trump, realicen ninguna aportación política como la efectuada en favor de la campaña de Bondi. Tanto para Trump como para Bondi, el cobro de ese cheque abre la posibilidad de perseguirlos por un delito.[218] En junio de 2016, un abogado de Boston llamado Whitfield Larrabee pidió a los ayudantes del fiscal federal que formularan acusaciones contra Bondi y Trump por soborno. «Si parece un soborno y grazna como un soborno, creo que es un soborno», decía Larrabee.

La explicación ofrecida por la fundación de Trump seguramente inducirá a la incredulidad manifiesta hacia las personas que dirigen fundaciones o asociaciones benéficas o trabajan en sus departamentos de solicitud de ayudas. También dejará boquiabierto a cualquier fiscal ducho en corrupción pública. Se exige a las fundaciones que recaban ayudas que revelen los nombres de sus receptores en un informe anual dirigido a la hacienda pública y conocido como Formulario 990. Ese documento va firmado,

exactamente igual que la declaración de la renta individual, so pena de perjurio.

El Formulario 990 de la Fundación Trump del año 2013 no menciona ninguna donación a la asociación And Justice for All, el organismo encargado de la campaña de Bondi. Sin embargo, sí refleja una donación de 25.000 dólares a una organización benéfica con un nombre ligeramente distinto, Justice for All, ubicada en Wichita, Kansas. Esa organización, cuya misión benéfica es formar a activistas antiabortistas, declaró no haber recibido un solo centavo de la fundación de Trump.

Allen Weisselberg, que es al mismo tiempo el jefe de finanzas de la Trump Organization y tesorero de la fundación benéfica de Donald Trump, culpó de la omisión de la donación a un error tipográfico; una acusación muy gruesa como para que la soporten un par de letras no tecleadas, sobre todo cuando resultaba que el cheque real de 25.000 dólares se extendió a un grupo que tenía el mismo nombre que el organizador de la campaña de Bondi, en esta ocasión con domicilio en Utah.[219] La organización benéfica de Utah tampoco ha recibido ningún dinero de Trump.

Según Weisselberg, en la empresa de Trump y en su fundación trabaja el mismo personal. Trump declaró a *The Washington Post* que un empleado anónimo recibió una solicitud de pago de And Justice for All, la organización de Bondi. Si el detalle es cierto, quiere decir que Bondi solicitó dinero a Trump cuando él y su falsa institución educativa estaban siendo investigados por fraude.

Aun más sorprendente resultó la declaración que la tesorera de And Justice for All, Nancy Watkins, hizo al *Tampa Bay Times* en el año 2013. Dijo que la campaña de Bondi estaba «cómoda con la titularidad de la aportación de la Fundación Trump».

Aunque ninguno de los implicados tenía la sensación de que pasara nada anormal en Florida, Trump tenía una opinión muy diferente de lo que sucedió en la argumentación de un caso del tribunal federal en California, donde la gente le demandó a él y a la Trump University por fraude.

Sus respuestas a las preguntas de la abogada Jensen se hicieron públicas a petición de numerosas organizaciones informativas. Esas peticiones

fueron presentadas al juez Gonzalo Curiel, el juez federal que supervisó dos de los casos de fraude en San Diego. El día que el juez Curiel hizo público su testimonio, Trump pasó al ataque.

«Tengo a un juez que es de los que odia a Donald Trump, quien odia [...] no hace lo que debe», dijo Trump, con lo que sin querer provocó un debate acerca de si él respetaría la independencia del poder judicial en el caso de que fuera presidente. Trump no hizo mención alguna de la decisión del juez de hacer pública parte del material del caso de fraude, un aspecto que muchos reportajes no relacionaban. En cambio, Trump propuso que se realizara una investigación «del juez, que resulta que es mexicano». El juez Curiel, antes fiscal federal, había nacido en Indiana y se había licenciado en la facultad de derecho de allí.

El día siguiente, Trump prosiguió su ataque contra la procedencia del juez.[220] «Estoy construyendo el muro, estoy construyendo el muro —dijo Trump aludiendo a la barrera que proponía levantar entre Estados Unidos y México—. Tengo un juez mexicano. Es de origen mexicano. Debería haberse apartado del caso no solo por eso, sino también por otras cosas».

Los comentarios desencadenaron la mofa de la *National Review*, una influyente revista política conservadora que se opone a Trump: «Parece que, por lo que se ve, la filosofía del derecho de Donald Trump es como la filosofía de todo lo demás: a Donald Trump le agradan los jueces a quienes Donald Trump agrada».[221]

En julio de 2016, Trump trató de ocultar a la luz pública el resto del expediente judicial solicitado por las organizaciones informativas, en especial el vídeo de la abogada Jensen interrogándole bajo juramento. Al mismo tiempo, Trump se burla de las acusaciones de fraude calificándolas de absurdas y afirma que iba ganando los tres casos judiciales. Sin embargo, teme el vídeo de su declaración. Los abogados de Trump han argumentado que hacer público el vídeo de su testimonio «no sirve a ningún propósito legítimo en el litigio y no servirá más que para contaminar» a los futuros jurados en caso de que se juzguen los hechos. La publicación del vídeo causaría «perjuicios extremos» que «pondrán en peligro» el derecho de Trump a ser objeto de un juicio civil justo. «Este Tribunal no debe permitir que el proceso judicial se vea violentado de semejante modo».

Mientras tanto, Trump estaba enredado en problemas nuevos que se había creado a sí mismo y a su fundación; unos problemas que hacían que una serie de organizaciones de ayuda a los veteranos del ejército corrieran el riesgo de perder sus exenciones fiscales.

---

200 «Sonny Low J. R. Everett, *et al. vs.* Trump University», 22 de junio de 2016. www.documentcloud.org/documents/2895623-Declaration-of-Jason-Forge-With-Exhibits.html.

201 Nick Gass, «New York AG: Trump U "Really a Fraud from Beginning to End"», *Politico*, 2 de junio de 2016. www.politico.com/story/2016/06/eric-schneiderman-trump-university-fraud-223812.

202 Zeke Faux y Max Abelson, «Inside Trump's Most Valuable Tower: Felons, Dictators and Girl Scouts», *Bloomberg*, 22 de junio de 2016. www.bloomberg.com/graphics/2016-trump-40-wall-street/.

203 «Sonny Low J.R. Everett, *et al. vs*. Trump University, *et al*.», 22 de junio de 2016. www.documentcloud.org/documents/2895623-Declaration-of-Jason-Forge-With-Exhibits.html.

204 Steven Brill, «What the Legal Battle Over Trump University Reveals About Its Founder», *Time*, 5 de noviembre de 2015.

205 «Sonny Low J.R. Everett, *et al. vs.* Trump University, *et al.*».

206 Katy Tur y Ali Vitali, «Amid Latest Controversy, Trump Claims "World's Greatest Memory"», NBC News, 24 de noviembre de 2015. www.nbcnews.com/politics/2016-election/amid-latest-controversytrump-claims-worlds-greatest-memory-n468621.

207 «Sonny Low J.R. Everett, *et al. vs*. Trump University, *et al.*».

208 Lynn Walsh y J. W. August, «Transcripts of Donald Trump Depositions in Trump University Lawsuits Released», NBC San Diego. www.nbcsandiego.com/news/local/Transcripts-Of-Donald-Trump-Depositions-in-Trump-University-Lawsuits-Released-384157741.html.

209 «Sonny Low J.R. Everett, *et al. vs.* Trump University, *et al*.».

210 «A. G. Schneiderman Sues Donald Trump, Trump University & Michael Sexton For Defrauding Consumers Out of $40 Million with Sham "University"», Oficina del Fiscal General del Estado de Nueva York, 25 de agosto de 2013. www.ag.ny.gov/press-release/ag-schneiderman-sues-donald-trump-trump-university-michael-sexton-defrauding-consumers.

211 Bill Chappell, «"Trump University" Documents Put on Display Aggressive Sales Techniques», NPR, 31 de mayo de 2016. www.npr.org/sections/thetwo-way/2016/05/31/480214102/trump-university-playbooks-released-by-court-advise-being-courteous-to-media.

212 Patrick Svitek, «In Texas, Trump U Shut Down After State Scrutiny», *The Texas Tribune*, 2 de junio de 2016.

213 Tom LoBianco y David Fitzpatrick, «Was Trump University Run Out of Texas or Let Go?». CNN, 6 de junio de 2016. www.cnn.com/2016/06/06/politics/texas-trump-university/.

214 Brian M. Rosenthal y Gabrielle Banks, «Inside the Probe into Trump University That Abbott's Office Launched and Then Ended», *The Houston Chronicle*, 2 de junio de 2016.

215 Fred Grimm, «Donald Trump Buys Himself an Attorney General for $25,000», *Miami Herald*, 8 de junio de 2016.

216 David Willman, «FBI Interviews Hillary Clinton over Her Email Use While Secretary of State», *Los Angeles Times*, 6 de julio de 2016.

217 Louis Nelson, «Trump: Bill Clinton Meeting with Loretta Lynch "So Horrible"» *Politico*, 30 de junio de 2016. www.politico.com/story/2016/06/trump-bill-clinton-loretta-lynch-meeting-224983.

218 Greg Rohrer, «Lawyer Seeks Federal Bribery Charges against Bondi over Trump Donation», *Orlando Sentinel*, 29 de junio de 2016.

219 David A. Fahrenthold y Rosiland S. Helderman, «Trump Camp Says $25,000 Charity Contribution to Florida AG Was a Mistake», *The Washington Post*, 22 de marzo de 2016.

220 Alan Rappeport, «That Judge Attacked by Donald Trump? He's Faced a Lot Worse», *The New York Times*, 3 de junio de 2016.

221 Ian Tuttle, «Trump's Outrageous Attack on Judge Curiel», *National Review*, 6 de junio de 2016.

16

Las organizaciones benéficas de Trump

Liberty House, una pequeña organización benéfica de veteranos en New Hampshire, recibió una llamada del equipo de campaña de Trump el 5 de febrero de 2016, la víspera de la primera votación de primarias de la nación para las elecciones presidenciales de 2016. Keith Howard, un veterano del ejército que dirige la organización, dijo que le pidieron que asistiera a una concentración en apoyo de Trump en Londonderry el lunes, la víspera de la votación, para recoger una donación de 100.000 dólares de Donald Trump.

Howard declinó la oferta. No era porque su grupo de apoyo a los veteranos no pudiera dar uso al dinero, que equivalía a un tercio de su presupuesto anual. Y tampoco porque les desagradara Trump, ni porque prefirieran a otro candidato. Howard declinó porque no es legal que las organizaciones benéficas participen en la política de partidos.

«Les dije que eso pondría en peligro nuestra condición de organización benéfica —me contó Howard—. Le dije que no podíamos aceptarlo.»[222]

Tenía razón, pero mientras él dejó pasar la oportunidad de ceder el nombre de su organización en apoyo de Trump, otros no lo hacían.[223] La campaña pasó a involucrar a organizaciones benéficas que prestaban apoyo a Trump, pero ponían en peligro la capacidad de las organizaciones de recibir donaciones exentas de impuestos, un aspecto rigurosamente regulado por el Congreso.

En última instancia, Liberty House sí recibió el dinero prometido, que no provino de Trump, sino de un acaudalado residente de la Trump Tower.[224]

Durante otro acto de campaña en Iowa, menos de dos semanas antes de la llamada a Keith Howard, Trump anunció un acto para «recaudar dinero para los veteranos».[225] Trump y su equipo de campaña dijeron que se recaudaron más de 6 millones de dólares sobre la marcha, pero cuando los periodistas de una serie de organizaciones preguntaron qué grupos de veteranos iban a beneficiarse de la recaudación, no recibieron ninguna respuesta.

Pasaron cuatro meses sin que se aportara ninguna prueba de que se había repartido algún dinero.[226] Justo antes de que *The Washington Post* publicara un reportaje sobre adónde había ido (o no) a parar el dinero, Trump pidió que se enviaran cheques a asociaciones de veteranos mediante entregas de mensajería inmediata. A los pocos días, anunció que había entregado a los veteranos 5,6 millones de dólares, incluido un millón de su propiedad, y su equipo de campaña facilitó una relación de perceptores.

Trump utilizó las preguntas sobre el reparto para arremeter contra los periodistas en general, a uno de los cuales llegó a llamar sinvergüenza.

«La prensa debería estar avergonzada», dijo Trump.[227] En lugar de recibir un baño de elogios indiscriminados, Trump se quejó de que le pidieran pruebas de que el dinero donado se destinaba realmente a organizaciones de veteranos. También se le preguntó por qué la cantidad recaudada era aproximadamente un millón y medio inferior a los 6 millones de dólares que el director de campaña, Corey Lewandowski, había señalado en su momento. La respuesta fue que no todo el mundo cumplía las promesas que hacía, una perspectiva interesante si pensamos que una promesa a la beneficencia es una obligación legalmente exigible si se hace por escrito y que es práctica habitual que las organizaciones benéficas reciban promesas de donación por escrito.

Dada la larga trayectoria de Trump de prometer donaciones sin que quedara ningún documento público de haberlas hecho en realidad, los periodistas tenían buenas razones para preguntar dónde estaban los dólares de la donación benéfica.

Donald Trump, por ejemplo, alardea a menudo de haberse formado en la Universidad de Pensilvania. Pero a pesar de su tendencia a poner su apellido en edificios y de hacer ostentación de lo que él afirma que es una

riqueza inmensa, en el campus de Filadelfia no hay ningún edificio que lleve el apellido de Trump. No hay ningún salón de conferencias, ningún aula, ninguna colección de libros en los estantes de una biblioteca, ni siquiera una cátedra con el apellido de Trump. Su apellido ni siquiera aparece en los listados anuales de donantes que Penn, como casi todas las universidades, publica en folletos y demás materiales que se envían a licenciados y simpatizantes.

Por supuesto que, como el propio Trump ha dicho, podría ser que prefiriera realizar donaciones en privado, sin vincularlas a su apellido.

Cuando, en 1987, se publicó *El arte de la negociación*, Trump prometió públicamente que todos los ingresos por derechos de autor se destinarían a ayudar a las personas sin hogar, los veteranos de Vietnam y las personas con sida y esclerosis múltiple. El libro cosechó tantas ventas (fue número uno de la lista de libros más vendidos de *The New York Times*) que Trump dijo que esperaba donar al menos 4 millones de dólares.

Hace algún tiempo le pregunté por aquello. La Trump Organization no devolvió ninguna de mis llamadas para responderme. Desde entonces, Trump ha dicho que al final entregó el dinero a su fundación, aunque el total de las donaciones que ha realizado desde su creación (en el mismo año que apareció el libro) ha resultado ser inferior a 2 millones de dólares.

Después tenemos ese juego de mesa suyo parecido al *Monopoly*. Cuando Trump y los directivos de Milton-Bradley presentaron en 1989 *Trump: The Game*, el constructor sorprendió a todo el mundo declarando que el dinero obtenido por derechos de autor también se destinaría a la beneficencia.

Milton-Bradley creyó en la palabra de Trump. También imaginó que tal vez lograra aumentar las ventas, que eran muy flojas, si la gente reparaba en que el dinero de su compra no serviría para enriquecer a un supuesto multimillonario, sino que se destinaría a la beneficencia. En su publicidad televisiva decía a los potenciales compradores: «los beneficios del señor Trump por *Trump: The Game* serán donados a organizaciones benéficas».

Trump ha dicho que ganó 808.000 dólares y que el dinero se donó a su Fundación Donald J. Trump.

Un año después de que creara el juego de mesa, Trump llegó a un acuerdo con los bancos para evitar la quiebra personal. El acuerdo incluía una cláusula que fijaba una asignación para él. Era una asignación muy

generosa: 5,4 millones de dólares anuales para apoyar su estilo de vida, incluido un límite de 100.000 dólares en donaciones a organizaciones benéficas el primer año.

En aquel momento pasé un día llamando a organizaciones benéficas de Nueva York y Nueva Jersey para tratar de obtener alguna revelación de donaciones realizadas por Trump. Años antes yo mismo había creado la primera instancia informativa seria de Estados Unidos dedicada a las organizaciones benéficas y formé al personal periodístico del *The Chronicle of Philanthropy* original, de modo que conocía a muchas personas de este sector. Pero, una tras otras, ninguna de las llamadas arrojaba resultado alguno. Después de todo, un recaudador profesional me dijo que en un comedor benéfico pidieron a Trump que comprara una mesa y que este solicitó un descuento, que fue rechazado.

Hoy día Trump se califica a sí mismo de «fervoroso filántropo», pero no hay casi ningún registro público de que haya hecho gran cosa que se parezca a las donaciones benéficas, y sin duda ninguna donación en sintonía con la fortuna de más de 10.000 millones de dólares que afirma poseer. En el año 2016, el periodista David A. Farenthold adoptó el mismo enfoque que yo traté de adoptar un cuarto de siglo antes y llamó a más de doscientas organizaciones benéficas en busca de las donaciones realizadas por Trump. Solo localizó una única donación personal realizada por Trump en los siete años anteriores a que se convirtiera en el candidato republicano a la presidencia. Fue una donación de menos de 10.000 dólares declarada en el año 2009 por la Athletic League de la policía de la ciudad de Nueva York y quizá fuera registrada como donación personal por error, apuntaba Fahrenthold.

***

Trump ni siquiera es el mayor donante de su propia fundación. La familia propietaria de la World Wrestling Federation ha donado cantidades superiores. Desde el año 2006, los registros fiscales de la Fundación Donald J. Trump muestran una única donación de quien le da su nombre. Fue de 30.000 dólares. En los últimos años, los principales donantes han sido

proveedores o vendedores que hacen negocios con Trump; aportan donaciones que es razonable considerar una especie de soborno legal por parte de vendedores de corbatas y otros artículos y servicios que llevan el apellido de Trump.

Recibir aportaciones de este modo también sería inteligente desde el punto de vista fiscal si, como se expone en otros lugares de este libro, Trump paga pocos o ningún impuesto sobre la renta, gracias en parte a la normativa especial que permite que los grandes propietarios inmobiliarios declaren ingresos cero a efectos fiscales. Aunque las donaciones benéficas son fiscalmente deducibles para quien paga impuestos, para quien no tenga ingresos susceptibles de ser declarados esa deducción no vale nada.

Trump ha animado a los demás a donar en muchas ocasiones, sobre todo durante su campaña, donde mezcla la política partidista con la beneficencia, a pesar de que el Congreso ha rechazado esa práctica con rotundidad cuando participan las organizaciones benéficas.

Los documentos muestran que Trump no hace ningún esfuerzo, o mínimo, por investigar a las organizaciones de veteranos con las que se vincula, exactamente igual que raras veces ha conseguido realizar siquiera una mínima indagación sobre algunos de sus socios y colaboradores empresariales.

En septiembre de 2015, Trump boicoteó uno de los debates de las primarias republicanas porque Megyn Kelly, una personalidad de Fox News, sería la moderadora de aquel acto retransmitido en directo. En cambio, Trump acudió al acorazado *Iowa*, que ahora es un buque museo anclado en Long Beach, California, para ofrecer lo que su equipo de campaña decía que sería un discurso importante sobre la defensa nacional.

Trump elogió a Veterans for a Strong America, organización patrocinadora del acto, y dijo al público que había «centenares de miles» de personas que pertenecían a ella. Al parecer, había dos organizaciones afines, ambas sin ánimo de lucro, aunque Trump y la presentadora nunca se lo dejaron claro al público asistente al acto en la propia embarcación, ni al que veía la televisión. Una era una organización benéfica, la otra una de esas organizaciones políticas que recibían donaciones opacas y que han proliferado desde la sentencia del Tribunal Supremo de 2010 sobre Citizens

United que permitía que el dinero procedente de fuentes no reveladas influyera en las elecciones.

Una búsqueda rápida en Internet habría revelado al equipo de campaña de Trump que la hacienda pública estadounidense había revocado la condición de organización no lucrativa a Veterans for a Strong America debido a que no presentaba los informes y declaraciones de divulgación que se les exigía. Guidestar, otra organización benéfica dedicada a la transparencia en este tipo de declaraciones, informaba de que no contaba con ningún registro de que hubiera en ella ninguna junta directiva. Todos los indicios apuntaban a que Veterans for a Strong America era una iniciativa unipersonal dirigida por un abogado de Dakota del Sur llamado Joel Arends, cuya actividad estaba siendo sometida a investigación por ser sospechosa de conductas electorales ilícitas en Arizona y Texas. Poco después, los periodistas averiguaron que la organización tenía en el banco 30 dólares y deudas por una cantidad diez veces superior. Nada de esto sintonizaba con la promoción que hacía Trump del inmenso alcance, volumen, influencia y buena labor de la asociación.

Pero la naturaleza de gran parte de las donaciones benéficas declaradas por Trump dista mucho de ser el único aspecto ficticio de la vida de Trump. También tiene empleados imaginarios.

---

222 David Cay Johnston, entrevista telefónica a Keith Howard, 10 de junio de 2016.

223 Tim Mak, «Exclusive: Trump Tried to Pay Vets to Be Props», *The Daily Beast*, 6 de febrero de 2016. www.thedailybeast.com/articles/2016/02/06/nh-vets-pass-on-being-trump-s-paid-props.html.

224 Johnston, entrevista telefónica a Howard. 10 de junio de 2016.

225 Tim Mak, «Trump Vets Chair: Charity Money? Not My Problem», *The Daily Beast*, 22 de abril de 2016. www.thedailybeast.com/articles/2016/04/22/trump-vets-chair-charity-money-not-my-problem.html.

226 Michael Bisecker, Jill Colvin y Steven Peoples, «Big Trump Checks to Vets Groups Sent on Day of Media Report», Associated Press, 31 de mayo

de 2016. bigstory.ap.org/article/44c48343f6244ea58768180a94d09429/trump-detail-fund-raising-veterans-charities.

227 Jeremy Diamond, «Trump Launches All-out Attack on the Press», CNN, 1 de junio de 2016. www.cnn.com/2016/05/31/politics/donald-trump-veterans-
announcement/.

17

Amigos imaginarios

Tras la demolición del edificio de Bonwit Teller, un coro de neoyorquinos incrédulos criticó la decisión de Trump de destruir con él los relieves de la fachada.[228] Un reportaje en la portada de *The New York Times* informaba de los infructuosos intentos de ponerse en contacto con Trump. En cambio, el periódico sí recibió una llamada de «John Baron, vicepresidente de Trump Organization». Baron se identificaba como portavoz de Trump. Decía que bajar de allí los relieves habría costado 32.000 dólares, retrasado tres semanas la construcción de la Trump Tower y hecho correr el riesgo de matar a alguien si la piedra se estrellaba contra el suelo. En cuanto a la reja desaparecida, Baron dijo: «No sabemos lo que ha pasado».

Pero no existía ningún John baron. Quien llamaba era Donald Trump.

Durante años, Trump telefoneó a periodistas utilizando el nombre de John Baron (o Barron).[229] Se hacía pasar por publicista y sembraba historias como que tal o cual mujer estaba impresionada con él, o hablaba de algún acuerdo empresarial en ciernes.[230] Funcionó con el periodista del *Times* que cubrió la demolición del Bonwit Teller porque en 1980 todavía se podía no estar familiarizado con la cadencia característica, los patrones discursivos y el tono de Trump. Pero columnistas de cotilleos como Liz Smith sabían que Trump sembraba historias sobre sí mismo, pidiendo que se atribuyeran sus palabras al ficticio John Baron, o al maestro de la publicidad Howard Rubenstein.

Esta técnica concedió credibilidad a las historias a base de engañar a periodistas (cuya conducta ha dicho Trump que examinaba con meticulosidad). Cinco años después de engañar a *The New York Times* con el escándalo de Bonwit, Trump (haciéndose pasar por John Baron) dejó caer

un fundamental asunto relacionado con su advenedizo equipo de fútbol americano de los Generals de Nueva Jersey. Entonces, utilizando su propio nombre, Trump confirmó lo que había dicho Baron, y consiguió que se publicara su historia.[231]

El engaño comenzó cuando Barron (en esta ocasión con «doble *r*») contó al reportero de una agencia de noticias que los propietarios de todos los equipos de la Liga de Fútbol Americano de Estados Unidos (USFL) habían acordado verbalmente asumir una cuota del coste de contratación del *quarterback* de los Generals.[232] Parecía una extraña forma de socialismo corporativo, no de competitividad. Trump había fichado al *quarterback* Dough Flutie por un periodo de seis años y 8,25 millones de dólares, una cifra que hacía salir los ojos de sus órbitas a todo el mundo. La incipiente liga jugó una temporada de primavera y de verano empezando en 1982 con la esperanza de competir por los aficionados y amasar las sumas de dinero de que gozaba la Liga Nacional de Fútbol Americano (NFL) durante sus temporadas de otoño e invierno. Ser propietario de un equipo deportivo en Jersey del Norte también brindó a Trump oportunidades de entrar en contacto con políticos de Garden State (en la misma época en que estaba construyendo su primer casino en la costa de Jersey del Sur).

Barron se identificó como vicepresidente de la Trump Organization, portavoz de Trump. Dijo que Trump esperaba que los demás propietarios de equipos hicieran honor a su compromiso verbal de compartir el gasto del enorme fichaje de Flutie. «Cuando un tipo va y gasta más dinero del que vale un jugador, espera recibir un reembolso parcial de los propietarios [de otros equipos]», declaró Barron en una jerga sospechosamente propia de Trump.

A las pocas horas, Trump hablaba para los mismos servicios informativos. Confirmaba lo que Barron había dicho y añadía que ciertamente había pagado demasiado por los servicios de Flutie, pero que los demás propietarios compartirían el gasto porque él había invertido esa cantidad «por el bien de la liga». Como es natural, los demás propietarios no tenían ningún interés en pagar las facturas de Trump (un asunto sobre el que volveremos más adelante).

Durante años, Trump sembró diversas historias utilizando el nombre de John Baron, incluidos muchos asuntos que no aparecían entre los chismes del *New York Post*.[233] Pero no limitó su uso de nombres falsos a la autopromoción. También utilizó a su *alter ego* para amenazar a enemigos.

John Szabo, el abogado de inmigración que representaba a la brigada polaca que no cobraba en las labores de demolición de los Bonwit Teller, presentó reclamaciones contra los activos de Trump con la esperanza de pronto pago. Aunque eso no servía para que los trabajadores cobraran, Szabo sabía que el derecho a exigir que depositara las cantidades adeudadas a los obreros les protegerían en la consiguiente demanda judicial. Cierto día, un hombre llamado John Baron llamó a Szabo exigiendo que retirara la acusación.

«El señor Baron me ha dicho en una conversación telefónica que mantuve con él que Donald Trump estaba molesto porque estaba echando a perder su prestigio financiero obligándolo a depositar la cantidad reclamada —contó el señor Szabo a la documentalista Libby Handros—. Y el señor Trump estaba pensando en presentar una demanda personal contra mí por valor de 100 millones de dólares por difamar su..., bueno..., su reputación».

Durante el juicio de 1990 del tribunal federal presidido por el juez Charles E. Stewart hijo para hacer cumplir el pago de las cantidades adeudadas a la brigada polaca, Trump reconoció haber utilizado el nombre de John Baron, pero dijo que no empezó a hacerlo hasta «años más tarde», después de la llamada amenazante de 1980 que Szabo describió.

La mordaz película de 1990 de la cineasta Handros, *Trump: What's the Deal?*, solo se exhibió dos veces.[234] Debido a las amenazas de litigio de Trump ninguna cadena de televisión, ni distribuidora quería correr el riesgo de presentar la película, según decían en aquella época Handros y otros titulares del proyecto. Transcurrido un cuarto de siglo, cuando Trump emprendió su campaña presidencial de 2016, Handros descubrió que el persistente miedo a las demandas de Trump todavía hacía imposible que su película se exhibiera en público.

Pero Handros no se dejaría intimidar. Difundió el tráiler de la película en la red. Después de que lo viera más de un millón de personas, actualizó las secuencias iniciales para los votantes. A continuación, Handros subió la película entera a YouTube, donde medio millón de personas vio los ochenta

minutos de película. Después, la puso a disposición de los interesados mediante alquiler o compra en iTunes con la esperanza de que la gente organizara reuniones para mostrar a sus amigos lo que Trump no quería que supieran.

Trump dejó de hacerse pasar por John Baron cuando la declaración judicial de la brigada polaca y una emisión del documental eliminado dejaron al descubierto su identidad alternativa ante algunos periodistas de Nueva York. Se cambió al nombre de John Miller. Este engaño también quedó al descubierto, pero eso no le impidió resucitar a John Miller durante la campaña presidencial de 2016.

---

228 Robert D. McFadden, «Designer Astonished by Loss of Bonwit Grillwork», *The New York Times*, 8 de junio de 1980.

229 David Cay Johnston, «Trump Used His Aliases for Much More—And Worse—Than Gossip», *The National Memo*, 14 de mayo de 2016. Consultado el 14 de mayo de 2016. www.nationalmemo.com/trump-used-aliases-much-more-worse-gossip/.

230 Tierney McAfee, «Donald Trump Denies He Masqueraded as His Own Publicist About Models, Madonna and Marla Maples», *People*, 13 de mayo de 2016.

231 UPI. «Trump Asks Help in Paying Flutie», *The New York Times*, 2 de abril de 1985.

232 *Ibid*.

233 http://vimeo.com/ondemand/trumpwhatsthedeal. Ver también Johnston, «Trump Used His Aliases For Much More—And Worse—Than Gossip».

234 David Cay Johnston, «Trump: Documentary the Donald Suppressed, Free at Last», *The National Memo*, 1 de agosto de 2015. Consultado el 5 de junio de 2016. www.nationalmemo.com/trump-documentary-the-donald-suppressed-free-at-last/. Ver también trumpthemovie.com/menu/#about.

18

Amantes imaginarias

El esclarecimiento del engaño de Trump con John Miller comenzó con una información de *Today Show*, el programa de la NBC, a finales de junio de 1991.[235] El programa matutino televisado para todo el país informó de que Donald Trump acababa de dejar a su novia de siempre, Marla Maples (una rubia voluptuosa a quien los tabloides llamaban «el melocotón de Georgia de Trump»), y había iniciado relación con Carla Bruni, una elegante cantante y modelo italiana. La historia apareció en la portada de del *New York Post* (un tabloide en el que Trump solía sembrar detalles de sus éxitos empresariales), así como en el tabloide *Newsday*.

El hecho de que instancias informativas de primera línea dieran cuenta de los romances de un constructor inmobiliario atestigua el éxito de Trump para despertar interés público por su vida o, al menos, por aquellos aspectos de su vida que él quería que aparecieran allí reflejados: Trump, el moderno rey Midas, y Trump, el gran Don Juan.

Sue Carswell, reportera de la revista *People* y recién llegada a la cobertura de noticias de Trump, llamó a la Trump Organization para pedir una entrevista con Trump.[236] A los pocos minutos le devolvieron la llamada y encendió la grabadora.

Quien llamó se identificó como John Miller. Dijo que acababan de contratarle para gestionar las relaciones públicas de Donald Trump porque The Donald estaba demasiado ocupado para devolver las llamadas en persona, dado que «le llaman sin parar mujeres hermosas e importantes». Nombró concretamente a la cantante Madonna, a la actriz Kim Basinger y a Carla Bruni. Para ser un publicista recién contratado por Trump, Miller parecía estar excepcionalmente bien informado sobre su jefe. Realizó

comentarios extensos, detallados y matizados sobre el estado emocional en que se encontraba Trump, sobre sus relaciones con diversas mujeres y sobre sus ganas de volver a casarse.

Refutando la información ofrecida por *Newsday* según la cual Trump había abandonado a su esposa Ivana por su amante de hacía mucho tiempo, Miller dijo que Trump «no se marchó para irse con Marla. En realidad, se marchó para irse consigo mismo. No se marchó por Marla. Jamás se marchó por Marla. Iba a marcharse de todas formas. Marla estaba allí, pero él iba a marcharse en todo caso. Así que ahora tiene a alguien que se llama Carla y es hermosa [...] Carla es una mujer de Italia muy hermosa cuyo padre es uno de los hombres más ricos de Europa».

Carswell le preguntó el nombre de su padre. «Su padre se llama...» Miller hizo una pausa, a todas luces porque reparaba en que no sabía cómo se llamaba su padre. «Ella se llama Carla Bruni Fredesh —dijo—. No sé cómo se escribe el segundo apellido». Se escribía Tedeschi. El padre al que Trump se refería (Alberto Bruni Tedeschi) es un compositor de música clásica y retoño de una vieja familia de la industria; la madre de Carla Bruni es concertista de piano.

Miller contó a Carswell que Bruni tuvo una aventura con el guitarrista Eric Clapton antes de empezar «algo grande» con Mick Jagger y que «después dejó a Mick Jagger por Donald, y así es como están las cosas ahora mismo. Y, le repito, no tiene ningún compromiso serio con Carla, solo para que usted lo sepa».

Bruni dijo más adelante que Trump ciertamente le había llamado unos cuantos días antes de la entrevista de *People*. Dijo a Trump que su hermana iría a visitarla a Nueva York y (según señala el autor Harry Hurt III en su libro *Lost Tycoon*) Trump ofreció a Bruni y a su hermana una habitación gratis en su hotel Plaza, al otro lado de Central Park.[237] Bruni aceptó la oferta, aun cuando, como dijo con posterioridad, no tenía el menor interés en entablar una relación con un hombre al que llamaba «el rey de la chabacanería».

«Está viviendo con Marla y tiene otras tres novias —proseguía Miller describiendo una feroz competitividad por convertirse en la segunda señora

de Donald J. Trump—. Cuando se decida, será un hombre muy afortunado [...] En términos competitivos, es duro. Lo fue para Marla y lo será para Carla».[238]

Carswell no se dejó engañar. Supo casi de inmediato que John Miller era en realidad Trump. Pero antes de escribir su reportaje, reprodujo su grabación a la columnista de cotilleos Cindy Adams. «Así es Donald», concluyó Adams.

El reportaje de Carswell en la revista *People* empezaba de un modo en extremo inusual: «Hay reportajes interesantes, hay reportajes conmovedores y hay reportajes divertidos. Y después hay reportajes que son sencillamente estrafalarios».

Tras escuchar la cinta, Maples contó a *People* que estaba «impresionada y desolada [...] me he sentido traicionada al máximo». A continuación, añadía que dudaba de que Trump estuviera con Bruni. «Creo que está inventando todo esto para labrarse una imagen de *playboy*», decía.

Tan solo unos días antes, Maples había acompañado a Trump a su fiesta de cumpleaños en Atlantic City. Llevaba años siendo apartada de la opinión pública. A veces aparecía en actos públicos, pero siempre con un barbudo (un hombre que pasaba por ser su novio) para no despertar sospechas de que Trump y ella tuvieran una aventura. Aquella iba a ser una noche de triunfo para una amante que sufría desde hacía mucho, el primer acto público como pareja de Trump, aun cuando él todavía estuviera casado con Ivana.

De camino al acto, a unos tres kilómetros del casino Trump Taj Mahal, Maples y Trump discutieron sobre si la camisa que él llevaba estaba a la altura de la formalidad. Aparecieron felices en la fiesta, pero todo debió de cambiar a partir de ese momento. La mañana siguiente, las puertas de la *suite* que ocupaban en la planta veintiséis de Trump's Castle estaban desencajadas. Tom Fitzsimmons, un antiguo novio que solía acompañar a Maples a los actos de Trump y que había acudido para acompañarlos al aeródromo, pues iban a viajar de regreso a Nueva York, encontró a Maples llorando y a Trump a punto de salir por la puerta. Cuando Hurt informó del incidente, consulté mis propias fuentes, quienes confirmaron la pelea y dijeron que ya había habido otras discusiones que habían dejado evidencias físicas.

Pocos días después de la fiesta de cumpleaños del Taj Mahal, el programa *Today Show* de la cadena NBC y los tabloides referían (sin revelar sus fuentes) que Trump había discutido con Maples e iniciado una relación con Carla Bruni. Aquello desencadenó los acontecimientos que acabaron dos semanas después (el 8 de julio de 1991), cuando la revista *People* desenmascaró que John Miller era Trump. Carswell descubrió a «Donald Trump haciéndose pasar por un encargado de relaciones públicas ficticio» que trabajaba para él. Poco después de la publicación del artículo, Trump llamó a Carswell y lo reconoció.

Pasados tres meses, Marla Maples apareció en la serie *Designing Women*, una comedia de situación que llevaba emitiendo mucho tiempo la CBS, donde a menudo se recurría al humor para explorar asuntos serios, en un episodio titulado «Marriage Most Foul». La trama consistía en que dos hombres poco honrados en los negocios eran infieles a sus esposas y acababan despreciados. Maples aparecía en la pantalla haciendo de sí misma y los personajes habituales de la serie le planteaban unas cuantas preguntas obvias. Una era si era verdad lo que se decía que Maples había declarado al *New York Post*. El 16 de febrero de 1990, la cara sonriente de Trump llenaba la portada del *Post* junto a lo que Maples le había dicho supuestamente a sus novias de la vida real: «Los mejores polvos que he echado». No es verdad y jamás había dicho eso, respondió Maples, mirando a la cámara mientras las actrices discutían y se burlaban de que un periódico diera bombo a una historia inventada. Como *Designing Women* era una revista de ocio, y no informativa, quizá Maples solo estuviera bromeando.

El episodio acababa cuando el personaje que representaba la actriz Dixie Carter llamaba por teléfono a Trump: «¿Sí? ¿El señor Trump? Espero no molestarle. Solo llamo para decirle, en nombre del público estadounidense, señor Trump, que ya no nos importa *con quién* sale usted, de verdad que no. Ya no está usted obligado a alertar a los medios informativos cada vez que le arda la entrepierna porque *no nos importa*».

Más de dos años después de la emisión de ese episodio, la competencia para escoger a la siguiente señora de Donald J. Trump terminó. La ganadora fue Marla Maples, la amante sufridora a quien Trump había humillado en público en más de una ocasión y la única mujer de la lista de John Miller

que realmente había dormido con Trump. Dos meses antes de la boda, dio a luz a la segunda hija de Trump, sobre cuya futura talla de sujetador especularía Trump en un canal de televisión nacional antes de que el bebé cumpliera un año.

Transcurridos unos cuantos años más, Trump encontró una oportunidad para esclarecer la cuestión. En cambio, resucitó el mito de que había tenido una aventura con Bruni. Sucedió durante una de las muchas apariciones estelares de Trump en el programa de radio de Howard Stern. Stern, sus copresentadores y sus invitados se enzarzan en una cháchara de tinte sexual descarnado, tratan de animar a las invitadas a que enseñen los pechos y discuten si diversas mujeres que aparecen en las noticias les excitan o les quitan las ganas.

En el año 2008, poco después de que el presidente francés Nikolai Sarkozy se separara de su esposa para casarse con Carla Bruni y la convirtiera en la primera dama de Francia, Stern preguntó a Trump en antena por qué ya no estaba con Bruni. En lugar de reconocer que nunca habían estado juntos, respondió que Bruni era una «mujer con muy poco pecho, no es tu tipo de mujer, Howard». Trump menospreció la talla de sujetador de Bruni diciendo que era «más pequeña que la A..., la copa era menos A».

Stern preguntó si era verdad que Bruni había puesto fin a su romance con Marla Maples.

—No es verdad —respondió Trump.

Stern insistió:

—¿Salió usted con ella?

—Será mejor evitar los comentarios —respondió entre carcajadas.

Stern siguió insistiendo:

—¿Pero salió usted con ella?

—¿Puedo decir que no hay comentarios? Permítame que diga que no hay nada que comentar, estoy tratando de ser un poco diplomático por el bien de este país. Como magnífico diplomático, Howard, como gran diplomático que soy para este país, permítame que diga que no hay comentarios.

—Hay una cosa que no entiendo —prosiguió Stern, refiriéndose a una fotografía que estaba viendo en la que aparecía Bruni en bikini. Stern la

llamó «gloriosa» y preguntó a Trump—: ¿No es así de excitante?

—Bueno, digamos que las hay mejores..., las hay mejores por amplio margen —respondió Trump.

Stern continuó:

—¿Por qué iba Donald Trump a rechazar a Carla Bruni? En esta fotografía parece gloriosa.

—Bueno, uno lo deja cuando conoce a alguien mejor..., es complejo. Pero conozco a Carla y..., hum, pero no quiero hacer ningún comentario...

—¿No era buena en la cama? —preguntó Stern.

—No puedo hacer comentarios al respecto —respondió Trumpm.

Stern preguntó por qué, con lo que brindó a Trump la oportunidad perfecta para sincerarse y, al mismo tiempo, comportarse con diplomacia. En cambio, Trump dijo: «Va a casarse con el presidente de Francia. Quiero tener buenas relaciones con Francia, ¿de acuerdo? No quiero criticar a la primera dama de Francia».

Cuando Stern insinuó que quizá aquello guardara relación con algún plan que tuviera Trump de erigir algún edificio en Francia, Trump, como suele hacer en las entrevistas, tomó lo que dijo el entrevistador y dejó entrever que tenía algo que ver con eso.

Stern siguió preguntando cómo era el sexo con Bruni.

«La conozco, la conozco bien —señaló Trump, volviendo a dar a entender que habían sido amantes—, pero no puedo hablar de ello porque quiero tener buenas relaciones con el maravilloso país de Francia».

Trump jamás confesó la verdad pura y dura de que jamás había hecho nada más que hablar con Bruni. No reveló que ella le había repudiado delante de sus narices, como informaban Hurt y otros, por sembrar historias sobre su inexistente relación.

«Evidentemente, Trump es un lunático —declaró a los pocos meses Bruni a *The Daily Mail*, un periódico londinense—. Es absolutamente falso y estoy profundamente abochornada por todo esto».[239]

En última instancia, solo Trump conoce las razones por las que Trump no era franco y honesto. Pero *The Howard Stern Show* no fue su última oportunidad para decir la verdad sobre su utilización de identidades falsas para producir la impresión de que las mujeres más deseables del mundo se

agolpaban en la puerta de su dormitorio. La siguiente ocasión en que se le presentó una oportunidad para enmendar las cosas, Trump optó por contar una trola en una cadena de televisión de ámbito nacional. En esta ocasión servía a un propósito muy específico: promover su carrera hacia el Despacho Oval.

---

235 Eun Kyung Kim, «Donald Trump Denies Posing as Spokesman in Recordings *Washington Post* Uncovered», *Today News*, 13 de mayo de 2016. Consultado el 6 de junio de 2016. www.today.com/news/donald-trump-deniesposing-spokesman-recordings-washington-post-uncovered-t92421.

236 Sue Carswell, «Trump Says Goodbye Marla, Hello Carla and a Mysterious PR Man Who Sounds Just like Donald Calls to Spread the Story», *People*, 8 de agosto de 1991.

237 Harry Hurt, *The Lost Tycoon: The Many Lives of Donald J. Trump* (Nueva York: W. W. Norton, 1993), p. 386.

238 Sue Carswell, «Trump Says Goodbye Marla, Hello Carla and a Mysterious PR Man Who Sounds Just like Donald Calls to Spread the Story», *People*, 8 de agosto de 1991.

239 Michael Qazvini, «Former French First Lady and Fake Ex-Lover: "Trump Is Obviously a Lunatic"». *The Daily Wire*, 5 de abril de 2016. Consultado el 8 de junio de 2016. www.dailywire.com/news/4690/former-frenchfirst-lady-and-fake-ex-lover-trump-michael-qazvini.

19

Alimentar el mito

Donald Trump recurre a dos estrategias principales para gestionar la imagen pública que ha dedicado décadas a crear, sacar lustre y vender.

Según la primera, se aprovecha de una debilidad común en la información periodística: que los periodistas repiten «hechos» sin analizar en modo alguno lo que no se dice. Trump suele amenazar con demandar a periodistas, con lo que garantiza la cautela de los editores y los productores de radio y televisión que pretenden evitar una costosa demanda judicial... aun cuando Trump no pueda ganarla. Esto suele sembrar el desaliento para investigar más allá de los objetos de conversación oficiales.

Trump dedicó dos años a demandar al redactor Tim O'Brien y a su editor por escribir que su patrimonio neto seguramente no se cifraba en miles de millones, sino más bien en centenares de millones. Después de que un tribunal desestimara el caso, Trump dejó claro que solo quería hostigar a O'Brien, no necesariamente ser indemnizado por daños y perjuicios. «Dediqué un par de pavos a costes judiciales, pero ellos gastaron mucho más. Lo hice para que su vida fuera desgraciada, de lo cual me alegro», fanfarroneaba Trump.[240] Era un comentario que encajaba sin fisuras en el marco de su filosofía de la venganza.

De acuerdo con su segunda estrategia principal, Trump distorsiona la información, se contradice y obstaculiza las indagaciones sobre su conducta que llevan a cabo periodistas, autoridades, organismos reguladores y demás abogados ajenos. Una vez más, el historial hace gala de décadas de destreza de Trump en la práctica exitosa de esta estrategia.

Trump puso en marcha ambas estrategias en los días inmediatamente posteriores a convertirse en el futuro candidato republicano a la presidencia,

una vez que sus dos últimos adversarios de las primarias, Ted Cruz y John Kasich, abandonaron la carrera a principios de mayo de 2016.

Un viernes por la mañana, Trump llamó al programa *Today Show* de la NBC.[241] Un cuarto de siglo antes, *Today Show* había informado de manera fehaciente de la aventura imaginaria de Trump con Carla Bruni, basada en un relato que el propio Trump había sembrado utilizando otro nombre. Una vez que Trump era futuro candidato, la táctica reaparecía en los informativos. El día anterior a la llamada de *Today Show*, *The Washington Post* había publicado un reportaje sobre la práctica de Trump de hacerse pasar por personas llamadas John Baron y John Miller. En su página web, el periódico incluyó una grabación de 1991 en la que Miller hablaba a Sue Carswell, de la revista *People*.

—¿Es usted [quien aparece en la grabación]? —preguntaba Savannah Guthrie, la presentadora de *Today*.

—No, no sé nada al respecto. Lo que usted me dice es la primera noticia que tengo —respondió Trump.[242]

Ninguna de las dos partes de la respuesta era verdadera.

En primer lugar, hacía mucho que Trump había confirmado a la revista *People* que se había hecho pasar por John Miller cuando sembró la historia de Bruni. En segundo lugar, aun cuando la acusación fuera falsa, sencillamente no era creíble que Trump se enterara de la existencia de la cinta por primera vez gracias a Guthrie. De hecho, *The Washington Post* le había preguntado por ello el día anterior, antes de publicar el reportaje. Otras instancias informativas se abalanzaron sobre aquello de inmediato.

Trump sigue con meticulosidad las noticias que se publican sobre sí mismo, e incluso a veces reconoce la firma de periodistas de ciudades lejanas. Cuando John Rebchook, del *Rocky Mountain News*, se presentó a Trump tras el discurso que este pronunció en Colorado recomendando la venganza como estrategia empresarial central, por ejemplo, Trump elogió parte de los artículos anteriores de Rebchook sobre las propuestas de construcción de Trump en Denver. El artículo de *The Washington Post* sobre la invención de noticias no era una novedad para Trump.

Tras su declaración falsa a Guthrie, Trump prosiguió: «Ni siquiera parece mi voz. Hay muchas personas, muchísimas, que tratan de imitar mi voz, se puede usted imaginar. Y esto suena a uno de esos fraudes, uno de los tantos fraudes que hay».

Guthrie no tiró del hilo de lo que Trump quería decir con «muchos fraudes». En cambio, sí preguntó si utilizar un nombre falso «es algo que hacía usted de forma habitual, como llamar a reporteros y dejarles caer historias inventadas y decir que era usted John Miller, o John Baron, pero en realidad era usted quien estaba al otro lado del teléfono. ¿Es algo que hiciera con regularidad?».

«*No*, y no era yo quien estaba al teléfono en esos casos; no era yo quien estaba al teléfono. Y no se parece a la mía la voz que suena en el teléfono, se lo diré con claridad, y no era yo quien estaba al teléfono», respondió Trump.[243]

Pasadas unas cuantas horas, Katrina Pierson, una portavoz de la campaña de Trump, apareció en la CNN. «Parece una imitación fantástica —decía Pierson—, pero definitivamente no se trata del señor Trump».[244]

Este engaño en particular encaja con el extenso patrón de conducta de Trump. Reveló incluso parte de esa finalidad cuando habló con Guthrie, aunque ella no se dio cuenta de ello, como estamos a punto de comprobar.

***

Algunos discuten la pregunta que se les plantea, como hizo Bill Clinton con toda infamia cuando declaró bajo juramento: «Depende de cuál sea su definición de *es*». Otros se van por las ramas con verborrea tangencial con la esperanza de llevar la conversación en otra dirección. Otros personajes famosos acuerdan hablar ante las cámaras a la salida de un juzgado justo cuando el principal testigo de su acusación está a punto de hablar. Otros dicen que tienen que consultar sus archivos antes de responder. Y muchos utilizan la única expresión multiusos que, por lo general, no se puede desautorizar: *No recuerdo*. Esta última alternativa no parecía estar a

disposición de Trump, puesto que en octubre afirmó que gozaba de «la mejor memoria del mundo».[245]

La negación enfática de Trump en *Today Show* no dejaba ninguna salida de emergencia.[246] No hubo equívoco alguno, ni se pidió un poco de tiempo para verificar el dato, ni ningún indicio de que la memoria se hubiera desvanecido. Sus rotundas negaciones contradecían lo que la revista *People* publicó en 1991, así como su testimonio en el juicio de 1990 con la brigada polaca, donde, cuando le preguntaron si se había hecho pasar por John Baron, Trump declaró: «Creo que utilicé ese nombre de vez en cuando».

Entonces, ¿qué es lo que impulsó a Trump a negar la acusación sobre la llamada de *Today Show*? Seguramente se dio cuenta de que le habían pillado. Este no era el mismo caso que el de los comentarios que hizo en 2008 a Howard Stern, entre cuyos sectores de audiencia no suele encontrarse el típico verificador de hechos. Trump mintió a Guthrie cuando estaba a punto de convertirse en el candidato del partido republicano a la presidencia de su país, cuando todas y cada una de sus palabras públicas serían recogidas y examinadas con minuciosidad.

Una estrategia promocional clásica consiste en confrontar de plano la información nociva y huir a toda prisa para dejarla atrás cuanto antes. Para este fin, los abogados defensores suelen filtrar a los periodistas informaciones perniciosas sobre sus clientes varios meses antes de que un jurado celebre vista sobre la acusación, lo que, mientras tanto, siembra en los posibles miembros del jurado la incertidumbre acerca del veredicto de culpabilidad.

El éxito de la estrategia de Trump quedó bien ejemplificado ese mismo día en el programa *CBS Evening News*, con Scott Pelley.[247] «Hoy han aparecido algunas grabaciones misteriosas —dijo el presentador, mostrando recortes de prensa sobre el hecho de que Trump viviera con Marla Maples y, al mismo tiempo, estuviera con otras tres mujeres—. ¿Acaso ese Donald Trump está haciéndose pasar por otra persona?». Aunque el periodista Chip Reid, de la CBS, señalaba que Trump había reconocido ser John Miller en 1991, Pelley hizo a Trump el favor de convertir un asunto de hechos evidentes en una cuestión sembrada de dudas. Convertir hechos contundentes en *¿quién sabe?* es una de las estrategias más eficaces para

despuntar las malas noticias, como los directivos de relaciones públicas llevan aconsejando a sus clientes desde hace décadas.

En *Today Show*, Trump empleó otra de sus estrategias para desviar las indagaciones sobre su pasado, basada en reprender a Guthrie por preguntar siquiera por la grabación.[248] «¿Y cuándo fue eso, hace veinticinco años?», preguntó Trump. Aquí es donde Guthrie no comprendió lo que Trump se proponía hacer. «¿Quiere usted decir que anda usted tan retrasada como para hablar de algo que sucedió hace veinticinco años, si hice una llamada telefónica...? Pasemos a temas más actuales».

Trump no quiere que los periodistas digan a la gente, y menos aún a los votantes, nada de su pasado que no aporte lustre a su imagen de *marketing*. Durante la campaña, Trump ha rechazado preguntas sobre su pasado aduciendo que están por debajo de la dignidad de los periodistas, aun cuando él haya planteado cuestiones de varias décadas de antigüedad sobre la conducta del esposo de su adversaria demócrata.

Unas cuantas semanas antes de la llamada de *Today Show*, Trump me llamó a casa. Dijo que mis preguntas sobre sus peticiones de indulgencia para el traficante de drogas que gestionaba sus helicópteros estaban tan anticuadas que no recordaba nada. Después amenazó con demandarme si no le gustaba lo que yo escribía.

En conjunto, estas estrategias (enfangar los hechos y desviar las indagaciones sobre conductas pasadas) contribuyen a garantizar que no se desmorone el personaje público de Trump, tan cuidadosamente inventado. No sufrirá las consecuencias de que se descorra el telón para dejar al descubierto a un hombre que engañó a la sociedad para hacerle creer que era omnisciente y todopoderoso.

Los comentarios que Trump hizo a Guthrie también plantean otra pregunta: ¿quién entregó a *The Washington Post* esa grabación de 1991? El periódico dijo que una condición para obtener la cinta fue prometer no revelar jamás la fuente.

Sue Carswell, la única voz que se oye en la cinta además de la de Trump, dijo a Megyn Kelly, de la Fox, que la fuente tenía que ser Trump. Si Carswell hubiera querido fabricar noticias, podría haber vendido un artículo firmado por ella misma sobre la entrevista de 1991 y la posterior confesión de Trump de que él mismo era Miller.[249] Kelly preguntó a Carswell qué

explicación le había dado Trump cuando confesó que era John Miller. «No dio ninguna explicación —respondió Carswell—. Solo cambió de tema». Añadió que Trump propuso entonces que ambos salieran a almorzar con Maples y un redactor jefe de *People*, cosa que hicieron.

A muchos les puede parecer increíble que Trump difundiera una grabación y, después, negara que era su propia voz; o, al menos, que fuera algo cuya invención pudiera beneficiar a un reportero. Pero encaja a la perfeccion para los periodistas acostumbrados a los relaciones públicas que cotillean sobre clientes o abogados defensores para revelar información alarmante sobre los acusados. En eso consiste la estrategia: saca la mala noticia, enfángala y confía en que la gente no llegue a hacerse una idea clara de los hechos para valorarlos.

Un detalle más elocuente muestra que Trump no era honesto cuando habló con Guthrie en *Today Show*. *The Washington Post* preguntó explícitamente a Trump por el episodio de John Miller justo antes de publicar el reportaje. «El teléfono se quedó en silencio, después colgaron —informaba el periódico—. Cuando los periodistas volvieron a llamar y contactaron con la secretaria de Trump, esta les dijo: "He oído que se ha cortado la comunicación. Ahora no puede atender la llamada. No sé qué ha pasado"».

A lo largo de su carrera, Trump ha puesto obstáculos a muchos periodistas (y a algunas investigaciones de las autoridades), pero sembrar dudas y amenazar con litigios no son sus únicas estrategias para gestionar su imagen y engrandecer sus méritos. Trump también ha aceptado premios, muchos premios, que él mismo se ha concedido con la ayuda de un amigo con un pasado delictivo.

---

240 Paul Farhi, «What Really Gets Under Trump's Skin? Questioning His Net Worth», *The Washington Post*, 8 de marzo de 2016. www.washingtonpost.com/lifestyle/style/that-time-trump-sued-over-the-size-of-hiswallet/2016/03/08/785dee3e-e4c2-11e5-b0fd-073d5930a7b7_story.html.

241 Marc Fisher, «In 1991 Interview, Trump Spokesman Sounds a Lot Like Trump», *The Washington Post*, 12 de mayo de 2016.

242 Eun Kyung Kim, «Donald Trump Denies Posing as Spokesman in Recordings *Washington Post* Uncovered», *Today News*, 13 de mayo de 2016. www.today.com/news/donald-trump-denies-posing-spokesman-recordings-washington-post-uncovered-t92421.

243 *Ibid*.

244 Transcripción de la sala de situaciones, «Trump Denies Posing as His Own Spokesman». CNN, 13 de mayo de 2016. www.cnn.com/TRANSCRIPTS/1605/13/sitroom.01.html.

245 Katy Tur y Ali Vitali, «Amid Latest Controversy, Trump Claims "World's Greatest Memory"», nbcnews.com, 24 de noviembre de 2015. www.nbcnews.com/politics/2016-election/amid-latest-controversy-trump-claims-worlds-greatest-memory-n468621.

246 Callum Borchers, «Trump Claims He Didn't Regularly Use a Fake Name. That's Not What He Said Under Oath», *The Washington Post*, 13 de mayo de 2016.

247 «Donald Trump Denies Posing as His Spokesman», CBS Evening News, 13 de mayo de 2016. www.cbsnews.com/videos/donald-trump-denies-posing-as-his-own-spokesperson/.

248 Kim, «Donald Trump Denies Posing as Spokesman in Recordings *Washington Post* Uncovered».

249 «Big News? Trump Posed as PR Man; Plus, Megyn Kelly's Trump Truce», FoxNews.com, 15 de mayo de 2016. www.foxnews.com/transcript/2016/05/15/big-news-trump-posed-as-pr-man-plus-megyn-kelly-trump-truce/.

20

Recoger premios

El Trump International Golf Links, un impresionante campo de golf situado junto a la costa de Aberdeen, en Escocia, se anuncia como «el mejor campo de golf del mundo».[250] Esa jactanciosa descripción no es invención de Trump. No exactamente, en todo caso. Cuando en el año 2013 se inauguró el campo en las dunas desnudas de árboles, la American Academy of Hospitality Sciences le concedió ese honor en una ceremonia celebrada cerca del lugar de salida de un hoyo, azotado por el viento. Ataviado con una gorra de béisbol roja, un pantalón caqui y un anorak, sonreía mientras posaba con Joseph Cinque, el presidente de la academia, que llevaba un traje azul para la ocasión. Los dos hombres sostenían una placa chillona donde se decía que el campo de golf de Trump era el único en el país de origen de ese deporte que había sido galardonado con el codiciado Premio Six Star Diamond.

La American Academy of Hospitality Sciences tiene en muy alta estima sus galardones, pues califica a su Premio Star Diamond como «el símbolo más prestigioso del logro y la auténtica calidad del mundo actual».[251] En la fiesta de Mar-a-Lago de la Nochevieja de 2014, Cinque ofreció a Trump el premio de toda una vida de la academia, al parecer la única vez que ha escogido a alguien para concederle semejante distinción.[252] En total, la academia ha concedido al menos diecinueve de sus Premios Diamond de cinco y seis estrellas a los campos de golf de Trump, la Trump Tower, un restaurante de Trump, el hotel-casino Trump Taj Mahal y el centro turístico Mar-a-Lago de Trump en Florida. Cuando Trump los cita como garantía de la máxima calidad, utiliza estos «muy prestigiosos y codiciados» premios para animar a la gente a gastar el dinero en sus lujosas instalaciones.

Pero estos premios no son en modo alguno tan difíciles de ganar como una única estrella de las guías Michelin, o una buena calificación de la revista gastronómica Zagat. Michelin, la empresa francesa de neumáticos, cuenta con equipos de inspectores de restaurantes de paisano, cuya identidad se oculta incluso a los altos directivos de la compañía. Los premios Michelin son tan codiciados que se dice que los chefs que consiguen obtener tres estrellas han pensado alguna vez en suicidarse ante la perspectiva de ser degradados a solo dos. Una sola estrella puede significar que un restaurante tenga todas sus mesas reservadas con varios meses de antelación. Por su parte, las guías American Zagat recopilan las impresiones de miles de comensales para evaluar la calidad de restaurantes, hoteles, cabarés e, incluso, campos de golf.

La American Academy of Hospitality Sciences no tiene ni investigadores secretos de restauración, ni cuenta con la opinión popular. En su lugar, los premios de la American Academy of Hospitality Sciences los otorga, según la propia academia, su consejo de administración. Durante años, entre los administradores no había nadie más que Donald J. Trump, quien ostentaba el título de «embajador extraordinario».[253] En las placas de la academia aparece la firma distintiva de Trump junto con la del presidente, Joseph Cinque. En Aberdeen, Trump estaba recogiendo un premio otorgado por un consejo de administración del que él era miembro.

Los vínculos entre la organización de Trump y la academia para la que sus bienes y su persona son tan merecedores de elogios tienen historia. La mayoría de los consejeros que concedió estos premios a Trump y sus propiedades eran empleados, amigos o sirvientes de Trump.[254] Entre los consejeros más recientes se encuentran Ivanka, la hija mayor de Trump, y su hijo Donald. También está el director ejecutivo de la Trump Organization, Matthew Calamari, y el director general del campo de golf de Trump en Bedminster, Nueva Jersey..., que a su vez recibió de la academia un Premio Diamond de cinco estrellas.

Otro consejero era Anthony Senecal, lacayo de Trump desde hace mucho tiempo y reciente historiador en Mar-a-Lago, quien en 2016 escribió en su página de Facebook que el presidente Obama, ese hombre con «la cabeza llena de pus», «debería ser ahorcado por traición» y que el presidente Trump «¡¡¡acabará con la corrupción en el gobierno!!!».[255] Engalanado con

un atuendo informal de mayordomo, incluido el bombín, Senecal posaba orgulloso para una fotografía en la que se le veía señalar con el paraguas a uno de los Premios Diamond otorgado al complejo turístico de Florida en el que trabaja.[256]

En su papel de embajador extraordinario, Trump también concedía premios.[257] En el año 2010, en la Oak Room del hotel Plaza y acompañado de Cinque, Trump entregó a Amar'e Stoudemire, el alero de baloncesto de los Knicks, una placa dorada enmarcada. El premio exhibía las firmas grabadas de Trump y Cinque. En un vídeo de homenaje del año 2009, Trump elogiaba a Cinque diciendo que «no hay nadie como él; es un tipo especial». El año anterior, Cinque fue uno de los jueces del concurso de Miss Universo propiedad de Trump.

Aparte de tener un consejo plagado de consejeros a los que nadie puede calificar de objetivos, otro aspecto inusual de la American Academy de Hospitality Sciences es la trayectoria de su presidente en el sector de la restauración y la hostelería. No tiene ninguna.

***

A Cinque se le conoce por otros nombres.[258] Uno de ellos es «Joey No Socks» [Joey sin calcetines]. Otro es «The Preppy Don» [el catedrático de los pijos]. Si parecen nombres que podrían asociarse a un personaje implicado en el delito organizado... es porque lo son. En 1989 llamó a la puerta del apartamento de Cinque en el sur de Park Avenue la policía de Nueva York con una orden de registro. Cinque se negó a permitirles entrar. La policía empleó un ariete. En el interior del apartamento encontraron un tesoro de obras de arte robadas entre las que había dos grabados de Marc Chagall valorados en 40.000 dólares. Habían sido sustraídos en un robo a una galería de arte. Cinque llegó a un acuerdo para declararse culpable de una falta, pero los abogados de la acusación se negaron a aceptarlo cuando se vio a Cinque hablando con John Gotti, el «padrino elegante» que se convirtió en jefe de la familia criminal Gambino tras organizar el asesinato

de su predecesor, Paul Castellano, uno de los propietarios secretos de la compañía que suministró hormigón para muchos edificios de Trump.

Gotti contó a Cinque que él «se ocuparía de la fiscal del distrito», lo que parecía una alusión a Anne Heyman, la fiscal que había ofrecido el acuerdo de culpabilidad.[259] El escritor John Connolly, un exdetective de la policía de Nueva York que escribió muchos artículos reveladores sobre Trump, la mafia y la corrupción en altas instancias, publicó este reportaje en la *New York Magazine* en 1995.

Heyman ordenó realizar una investigación más minuciosa de Cinque. Alegó que la investigación inicial mostraba que Cinque «traficaba con drogas en su apartamento y alojaba obras de arte robadas». Heyman también dijo que el apartamento de Cinque en al sur de Central Park parecía ser un comercio de venta al por menor de ropa robada, entre la que había trajes de Armani y camisas de seda. En 1992, Cinque se declaró culpable de un delito: haber recibido propiedades robadas.

Cinque se describía a sí mismo de un modo muy distinto en una entrevista concedida a Connolly en la que Trump parecía hablar por él.[260] Fanfarroneaba de su éxito con las mujeres y describía a sus nuevos amigos ricos. Reconocía que se había asociado con «tipos listos» en sus años mozos para lo que él llamaba «el negocio al por mayor de coches de segunda mano», pero decía que abandonó aquello porque recibió tres balas cuando fue víctima de un robo. Se levantaba la camisa para mostrar las cicatrices. La policía sospechaba que las cicatrices procedían de un ajuste de cuentas. Cinque decía que aquella experiencia transformó su vida. Decidió trasladarse a la parte alta de la ciudad y alternar con «Muffy, Buffy, and Biff [...] Esos niños pijos y forrados de dinero necesitan a alguien como yo para no meterse en líos». De ahí el apodo del «Catedrático de los pijos».

Además de los objetos robados que almacenara o del tráfico de drogas en el que Cinque pudiera estar implicado en Manhattan, estableció una conexión con el Medio Oeste cuando, en torno a 1985, se convirtió en director ejecutivo de la American Academy of Restaurant & Hospitality Sciences en Milwaukee.[261] El grupo describía sus galardones como «los premios de la academia del sector de la restauración». Una serie de restaurantes famosos declinó colgar en sus paredes uno de estos honores, sobre todo cuando se corrió la voz de que la forma de recibir un premio

podría comportar una cuota de afiliación de 1.000 dólares y cuotas anuales de 495 dólares. Después, el cuartel general de la organización se trasladó al apartamento de Cinque al sur de Central Park y fue rebautizada como American Academy of Hospitality Sciences.

Cuando Trump anunció que emprendería la campaña para ser presidente, volvieron a plantearse preguntas sobre su vinculación con Cinque. Cinque se negó a atender llamadas de periodistas. El abogado de la academia amenazó con demandar a todo aquel que mencionara los antecedentes delictivos de Cinque.

Trump empleó una táctica distinta. Declaró a Associated Press que apenas conocía a Cinque.[262] Habían posado juntos en muchas ocasiones en infinidad de lugares. El antiguo «Joey sin calcetines» dice que ha asistido a la fiesta de Nochevieja de Mar-a-Lago de Trump, en Palm Beach, catorce años consecutivos. ¿Y cómo se explicaba el hecho de que Trump apareciera en la página web de la academia como «embajador extraordinario» y consejero tan solo tres semanas antes de anunciar su carrera presidencial? Trump dijo que eso carecía de sentido, que jamás había asistido a una reunión de su consejo. Por lo que se refería al hecho de que sus hijos y sus empleados fueran consejeros, Trump declaró «no tengo noticia de que ninguno vaya allí».[263] Cuando el periodista Hunter Walker de *Yahoo News* preguntó por esa vinculación, la academia eliminó esa parte de su página web.

¿Y qué pasaba con todos esos premios? ¿Le preocupa en alguna medida a Trump que su firma aparezca grabada junto a la de un delincuente condenado? ¿Cuáles son los criterios que aplica Trump para aceptar premios, sobre todo si se tiene en cuenta que famosos restaurantes de Manhattan como Le Cirque o Le Bernardin declinan colocar esos galardones en sus paredes?

«Cuando alguien va a entregarte un premio, uno lo acepta», dijo Trump.[264] En cuanto al historial delictivo de Cinque, dijo: «uno no suele mirar toda la historia de su vida».

«Joey sin calcetines» no era el único hombre con un pasado delictivo y prácticas empresariales turbias con quien Trump se asoció una y otra vez en los años inmediatamente anteriores a su carrera para la Casa Blanca de

2016. Había también una persona condenada por fraude en bolsa que en una ocasión cumplió condena en la cárcel por clavar el pie de una copa de un cóctel margarita en el rostro de otro hombre en un bar del Bajo Manhattan.

---

250 Trump Golf Scotland. Consultado el 8 de junio de 2016. www.trumpgolfscotland.com/awards.

251 «Trump Acquaintance "Joey No Socks" Helms Firm That Lavished Awards on Trump Businesses», *Tribune News Service*, 20 de mayo de 2016.

252 Hunter Walker, «How a Convicted Felon Nicknamed "Joey No Socks" Covered Donald Trump in Stars», *Yahoo News*, 20 de mayo de 2016.

253 *Ibid*.

254 *Ibid*.

255 David Corn, «On Facebook, Trump's Longtime Butler Calls for Obama to Be Killed», *Mother Jones*, 12 de mayo de 2016. www.motherjones.com/politics/2016/05/trump-butler-anthony-senecal-facebook-kill-obama.

256 Walker, «How a Convicted Felon Nicknamed "Joey No Socks" Covered Donald Trump in Stars».

257 *Tribune News Service*, «Trump Acquaintance "Joey No Socks" Helms Firm That Lavished Awards on Trump Businesses».

258 John Connolly, «The Preppy Don», *New York Magazine*, 17 de abril de 1995.

259 *Ibid*.

260 *Ibid.*

261 Walker, «How a Convicted Felon Nicknamed "Joey No Socks" Covered Donald Trump in Stars».

262 *Tribune News Service*, «Trump Acquaintance "Joey No Socks" Helms Firm That Lavished Awards on Trump Businesses».

263 Walker, «How a Convicted Felon Nicknamed "Joey No Socks" Covered Donald Trump in Stars».

264 *Tribune News Service*, «Trump Acquaintance "Joey No Socks" Helms Firm That Lavished Awards on Trump Businesses».

21

¿Quién es ese?

Instantes después de que en el año 2005 Donald Trump dispensara en Loveland, Colorado, sus comentarios ribeteados de blasfemias sobre las virtudes de la venganza, John Rebchook, periodista inmobiliario de *Rocky Mountain News*, le entrevistó unos minutos para preguntarle por proyectos que se sabía que estaba pensando acometer en Denver.

Rebchook también preguntó al compañero de viaje de Trump, un hombre bien vestido y muy acicalado que permaneció entre bambalinas durante la invectiva.[265] Dijo que se llamaba Felix H. Satter e insistió en aclarar que se escribía con sus dos «t».

Antes de que Trump, su esposa y Satter se metieran en una limusina para emprender el viaje de una hora a Denver, Satter dijo que Trump iba a visitar la zona de reurbanización de Denver Union Station. Obviamente, Satter estaba muy al tanto de las intenciones de Trump; tan solo el día antes, Trump había dicho que no tenía ningún plan para inspeccionar el lugar. En aquel momento, Rebchook no pensó nada acerca del modo en que aquel hombre deletreó su apellido. Lo único que sabía era que Satter estaba muy vinculado a los proyectos de Trump en Denver.

El nombre de «Satter» aparece con una sola *t* en infinidad de lugares.[266] Está en las escrituras de su casa, por ejemplo. También aparece con una sola *t* en los documentos judiciales del estado de Nueva York de su condena de 1991 por el delito de haber rajado el rostro de un hombre con el pie de la copa de un cóctel margarita.

El nombre de Sater, con una sola *t*, también aparece en los documentos judiciales de una estafa relacionada con acciones perpetrada por una organización delictiva organizada por valor de 40 millones de dólares que

confesó en 1998, una argucia que le benefició a él y a las familias del crimen Genovese y Gambino.[267] La estafa implicó a falsas agencias de bolsa que utilizaban tácticas agresivas para que gente ingenua adquiriera acciones sin valor de Sater y sus amigos mafiosos.

La *t* adicional, explicó Sater con posterioridad, fue un intento de ocultar su pasado a las personas que hacían simples búsquedas en Internet por las que se pudiera encontrar con facilidad su historial delictivo. Sin duda, Sater también tenía muy pocas ganas de que gente del mundo de la banca y la inversión inmobiliaria averiguara que su padre era un reputado jefe de la mafia rusa de Brooklyn.

Todos los afanes por ocultar su pasado concluyeron en 2007, cuando el periodista inmobiliario Charles V. Bagli escribió un largo artículo en *The New York Times* donde detallaba el historial delictivo y demás negocios de Sater. Donald Trump, la Trump Organization y Alan Garten (el asesor general) habían dicho todos que comprobaban los antecedentes de las personas antes de hacer negocios con ellas, una práctica habitual en los negocios y esencial para los acuerdos que comportan préstamos de grandes sumas de dinero de bancos e inversores particulares.[268] Sin embargo, hasta que apareció el artículo de Bagli, Trump y su abogado dijeron que no tenían conocimiento del historial delictivo de Sater.

En todo caso, en lugar de romper los lazos con Sater, Trump siguió asociado con él.

Sater trabajó para Bayrock, una empresa de inversión relacionada con Trump SoHo, un rascacielos de lujo en el bajo Manhattan, así como con otros rascacielos de lujo de la costa atlántica de Florida que se iban a llamar Trump International Tower y Tower Fort Lauderdale. El proyecto de Florida no salió adelante.

Por curioso que resulte, Sater no tenía ningún cargo definido en Bayrock, cuyas oficinas se encontraban en la Trump Tower.

Cuando Sater abandonó Bayrock, se mudó al conjunto de oficinas de la Trump Organization, ubicadas también en la Trump Tower.[269] En 2010, tres años después de que apareciera el artículo de Bagli, se imprimieron tarjetas profesionales de Sater de la Trump Organization. Su cargo era «asesor de Donald Trump».

Cuando, en 2009, las personas que habían hecho compras de apartamentos sobre plano en los rascacielos conocieron el pasado de Sater, presentaron una demanda contra Trump y otros. Una de las cuestiones en juego era la supuesta imposibilidad de ser ingenuo y querer averiguar quién era Sater. Los compradores afirmaban que no revelar las conexiones delictivas de Sater de antemano representaba una violación del deber de informarles acerca de todos los datos materiales que pudieran influir en su decisión de invertir o retirarse.

La demanda (una de las dos que pesaron sobre ese proyecto) también aducía que el empeño de construir los rascacielos era la clásica estafa de ventas promovida mediante publicidad engañosa. Los inversores afirmaban que habían participado en ella solo porque Trump era el constructor. Se suponía que iba a ser una construcción con la calidad típica de Trump y estaban dispuestos a pagar un extra para invertir en un edificio que llevara la marca Trump. Después averiguaron que Trump no había hecho más que ceder su nombre.

La demanda civil por crimen organizado también acusaba a Sater de malversar millones de dólares del proyecto, lo que causaba perjuicios a los compradores al tiempo que ocultaba los beneficios a las autoridades fiscales. Era una acusación con más de un indicio de estafa en la que Sater había participado, de la que el FBI decía que le había beneficiado a él, a las familias Genovese y Gambino y a otros.

Joe Altschul, un abogado de Fort Lauderdale que representaba a setenta y cinco de los primeros compradores de Fort Lauderdale, dijo que sus clientes jamás habrían depositado millones de dólares por sus apartamentos de haber conocido el historial delictivo de Sater. «Los compradores tenían derecho a saber con quién estaban tratando —señalaba Altschul—. Ya es malo que se apoyen en un Donald Trump como constructor, pero después uno averigua que ni siquiera es Trump, sino un delincuente condenado que ya había sido acusado de travesuras financieras».[270] Según Altschul, si se hubiera revelado el pasado de Sater, sus clientes «ni siquiera se habrían acercado a este negocio».

Trump manifestó tener otra opinión cuando en el pleito de Fort Lauderdale declaró bajo juramento que el fracaso del proyecto fue en realidad un estímulo para los compradores. «Con este tuvieron la

grandísima suerte de que no depositaron su dinero, que no llegaron a comprar los apartamentos y que habrían valido ahora una pequeña parte de lo que [valían] cuando firmaron, en un momento en que el mercado estaba siempre al alza», explicó Trump.[271]

Los abogados de los compradores señalaron que en aquel momento se habían concluido otros proyectos de apartamentos en la zona de Fort Lauderdale y que habían salido muy bien.

La demanda de 2009 contra Trump International Hotel y Tower Fort Lauderdale coincidieron por casualidad con la sentencia de la estafa financiera de Sater. Sater se declaró culpable en secreto en 1998. Muchos de los documentos judiciales de ese caso siguen siendo secretos y están custodiados por el tribunal federal de Brooklyn. El hecho de que un expediente siguiera siendo secreto después de casi dos décadas era tan inusual que un juez retirado, *Miami Herald* y otros recurrieron a un tribunal superior para solicitar que se desclasificaran los expedientes. Fue necesario solicitar una orden del Tribunal Supremo de Estados Unidos para poner al descubierto por fin una parte de los archivos de Brooklyn en 2012.

Entre los expedientes que se hicieron públicos se encontraba la declaración de culpabilidad por una acusación penal en 1998. Los documentos también incluían su sentencia de 2009... sin pena de cárcel. A pesar del pasado delictivo y violento de Sater, salió en libertad bajo fianza y con una multa de 25.000 dólares. Aparte de ser una multa relativamente insignificante, no había ninguna exigencia de que Sater devolviera ni un centavo de sus beneficios ilícitos.

Hay toda clase de indicios de que aquel trato extraordinariamente indulgente se debía a que Sater utilizó una especie de carta de «salga de la cárcel». Poco antes de su declaración secreta de culpabilidad, Sater se convirtió en agente *freelance* de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, Central Intelligence Agency). Uno de sus compinches de la estafa, Salvatore Lauria, escribió un libro al respecto. *The Scorpion and the Frog* es calificado en su cubierta como «la verdadera historia del fraudulento ascenso y caída de un hombre en el Wall Street de la década de 1990». Según Lauria (y según los archivos judiciales sobre los que ya no pesa el secreto judicial), Sater ayudó a la CIA a comprar pequeños misiles para que no cayeran en manos de terroristas.[272] También prestó otros supuestos

servicios para la seguridad nacional a cambio de una presunta suma de 300.000 dólares. Abundan las historias acerca de qué más pudo haber hecho o dejado de hacer Sater en el ámbito de la seguridad nacional.

Sin duda, Trump siguió implicado en negocios con Sater. En el año 2009, cuando se inauguró Trump SoHo en el Bajo Manhattan, las cámaras de vídeo captaron a Trump, micrófono en mano, cantando las alabanzas del proyecto. Había dos hombres junto a él. Uno de ellos era Felix Sater.

Sin embargo, cuando Associated Press le preguntó por Sater en 2015, Trump dijo: «Felix Sater, chico, tengo incluso que pensarlo».[273] Anteriormente, bajo juramento en una declaración grabada en vídeo en el juicio de Florida, Trump dijo que no reconocería a Sater si estuviera en la sala.

Otras declaraciones que Trump ha hecho bajo juramento dejan patente que estaba al tanto de la implicación de Sater con la CIA. El auténtico problema para Trump (y lo que le llevó a distanciarse de Sater) era la responsabilidad por el fraude civil en el litigio inmobiliario de Fort Lauderdale. Cuanto más sólida fuera la conexión que los compradores del proyecto fallido pudieran establecer entre Trump y Sater, mayores serían los daños que podrían reclamar a Trump.

Para ver a Trump ganando dinero con negocios y, después, distanciándose de individuos con los que había participado en ellos, no había que circunscribirse a la demanda del proyecto fallido de Fort Lauderdale. Como veremos, también se podía ver en litigios sobre otros negocios desarrollados en Hawái, México y Tampa.

---

265 Charles V. Bagli, «Real Estate Executive with Hand in Trump Projects Rose from Tangled Past», *The New York Times*, 17 de diciembre de 2007.

266 Ben Mathis-Lilley, «Oh Look, Another Violent Psycho With Close Ties to Donald Trump», *Slate*, 6 de abril de 2016. www.slate.com/blogs/the_slatest/2016/04/06/donald_trump_and_felix_sater_felon.html.

267 Bagli, «Real Estate Executive with Hand in Trump Projects Rose from Tangled Past».

268 *Ibid.*

269 Jeff Horwitz, Associated Press. «Donald Trump Picked Stock Fraud Felon as Senior Advisor», *The Washington Times*, 4 de diciembre de 2015. www.washingtontimes.com/news/2015/dec/4/donald-trump-picked-felix-sater-stock-fraud-felon-/.

270 Michael Sallah, «High Court Reveals Secret Deal of Trump Developer's Crimes», *Miami Herald*, 31 de julio de 2012.

271 Michael Sallah y Michael Vasquez, «Failed Donald Trump Tower Thrust into GOP Campaign for Presidency», *Miami Herald*, 12 de marzo de 2016.

272 Michael Sallah, «Strange Bedfellows: Swindler, Stiger-missile Brokers, the CIA», *The Miami Herald*, 10 de septiembre de 2012.

273 Rosalind S. Helderman y Tom Hamburger, «Former Mafia-Linked Figure Describes Association with Trump».

22

Por el camino a méxico

Las charlas promocionales instaban a los inversores a participar enseguida para cosechar los mayores beneficios. La Trump Organization, el propio Donald y dos de sus hijos adultos anunciaron que, junto con una empresa llamada Irongate y otros socios de la costa oeste, transformarían muy pronto un lugar aletargado situado en la costa del Pacífico (a menos de 20 kilómetros de la frontera con California) en el atractivo lugar de vacaciones de próxima construcción: el Trump Ocean Resort.

En la página web *trump.com* aparecía Punta Bandera como una propiedad inmobiliaria de la «Cartera Trump», uno de los treinta y tres proyectos de «construcción» de la Trump Organization en todo el mundo. Un vídeo y unos folletos promocionaban las dos torres gemelas frente al mar que se construirían muy pronto. Dos niños de Trump volaron a San Diego para mezclarse con los potenciales compradores.

«Estamos construyendo un complejo turístico de primera categoría acorde con la marca Trump —decía Ivanka en un vídeo entre imágenes del océano Pacífico, la playa y reproducciones de los apartamentos previstos frente al mar—. En realidad vamos a convertir el territorio norte de Baja California en un nuevo Cabo, en un nuevo destino de complejos vacacionales de lujo». Se refería a Cabo San Lucas, la otrora apacible aldea de pescadores mexicana situada en el extremo meridional de la península de Baja California, que tras la construcción de los hoteles en primera línea de playa sería un hervidero de turistas estadounidenses.

«Este es un negocio hecho con mi hermano y, por supuesto, con nuestro padre, con todo el potencial de la Trump Organization, con el que somos extraordinariamente optimistas —proseguía Ivanka—. La cercanía a San Diego la convierte en una inversión fantástica».

El propio Trump aparecía en el vídeo en calidad de autoridad en construcciones de lujo, diciendo: «Estoy muy muy orgulloso del hecho de que cuando yo construyo, hay inversores que me siguen por todas partes. Invierten en mí, invierten en lo que construyo, y esa es la razón por la que me entusiasma tanto Trump Ocean Resort».

A los posibles compradores se les entregaba una hoja con información sobre las preguntas más frecuentes. Una de ellas era: «¿Quiere saber más sobre los Constructores, la Trump Organizatoin y Irongate?».[274]

Ivanka Trump contó a los asistentes a la charla de ventas que estaba tan impresionada con el proyecto que ella misma se iba a comprar un apartamento.[275] Departió con los posibles compradores y les dijo que cuando fueran vecinos quizá se pasara por su casa para pedirles un poco de azúcar. Su hermano, Donald hijo, también decía a los compradores en ciernes que se iba a comprar su propio apartamento.

El nombre de Donald Trump y la garantía de sus hijos atrajo gran abundancia de compradores potenciales. Muchos realizaron un depósito de 5.000 dólares para optar a un «Contrato de Reserva con Prioridad Exclusiva», imprescindible tan solo para asistir a una charla de ventas en el Grand Hyatt, en el centro de San Diego. Ese pago se devolvería en su totalidad a quien decidiera no aprovechar la oportunidad.

La perspectiva de incorporarse pronto a un proyecto transformador en el que los compradores pudieran integrarse con la siguiente generación de Trump era tan atractiva para algunos que no sintieron rechazo ni dudas ante unas tácticas de venta tan agresivas. Mucho después, tres personas que habían hecho el depósito de reserva para obtener la prioridad exclusiva se quejaron de que les dieron cinco minutos para decidir. Eso ni siquiera les concedía tiempo suficiente para leer las condiciones del contrato de compra, y menos aún consultar a un abogado. Firmaron y extendieron cheques por un total de más de 200.000 dólares. Algunos compradores dijeron después que pusieron los ahorros de su vida en aquellas casas nuevas junto al mar, anunciadas con tanta antelación. Acabaron arrepintiéndose de ser tan rápidos y confiados.

Firmaron la compra casi doscientas personas, que en el año 2006 depositaron más de 22 millones de dólares con la confianza en que el proyecto estaba a punto de iniciarse y en que, al cabo de poco tiempo, se

mudarían a su casita en la playa y disfrutarían de la seguridad de haber hecho una inversión inteligente en un complejo turístico construido por Trump.[276]

Una circular informativa de junio de 2007 notificaba a los compradores que las obras estaban en marcha.[277] El mes siguiente, el *Trump Baja News* informaba de que «nuestros nuevos y emocionados propietarios forman parte ya de un grupo de élite de propietarios de residencias de vacaciones que poseen un inmueble construido por uno de los nombres más respetados del mundo inmobiliario, Donald J. Trump».

Tres meses más tarde, en octubre, cuando Wall Street se desplomó bajo el peso de las hipotecas tóxicas y otros proyectos inmobiliarios de Baja también se tambalearon, aquella misma circular periódica transmitía un mensaje «Desde el escritorio de Ivanka Trump».[278] Ivanka tranquilizaba a los compradores, diciendo que su inversión era sólida. «Aunque puede ser cierto que parte de las construcciones de Baja podrían retrasarse, estas condiciones de mercado sencillamente no son de aplicación al Trump Ocean Resort, ni a cualquier otra construcción de Trump», escribió.

Al cabo de dos meses más, en diciembre de 2007, la circular advertía a los compradores de que unos problemas geológicos recién descubiertos afectaban al terreno de construcción. Transcurridos otros pocos meses, en marzo de 2008, los compradores angustiados recibieron llamadas telefónicas o cartas. Los préstamos para la construcción habían sido autorizados, serían efectivos en breve y las obras estarían en marcha. Esto sucedía nueve meses después de que se hubiera dicho a los compradores por escrito que la construcción ya había comenzado. Aun así, la construcción no prosperó.

Todos estos actos promocionales, charlas de ventas y actualizaciones mediante circulares produjeron la impresión de que Trump era el promotor y el constructor, palabras que empleó. Los compradores dijeron con posterioridad que realizaron la compra porque Trump era el promotor o el constructor. Después, esa percepción cambió bruscamente.

La peor noticia llegó dos días antes de la Navidad de 2008. Lo que antes se describía como una sociedad formada por «la Trump Organization, Donald J. Trump» y las demás personas y empresas implicadas se describía

ahora de una manera nueva. Ni Trump, ni la Trump Organization eran socios inversores del Trump Ocean Resort. Tampoco eran los constructores. Simplemente habían autorizado el uso del nombre de Trump.

Según se reveló más adelante, los verdaderos constructores de Baja habían «recabado la autoridad» de Trump para utilizar su nombre comercial a cambio de una cantidad por adelantado.[279] Como muestran las declaraciones y documentos judiciales, en virtud del contrato de autorización Trump otorgaba al verdadero constructor autoridad para decir a los compradores potenciales que Donald Trump estaba «construyendo» el complejo turístico de México, aun cuando él posteriormente declarara que no era así. Derrotados, los compradores presentaron enseguida en California infinidad de demandas donde denunciaban el fraude y reclamaban colectivamente la devolución de sus 22 millones de dólares, más las costas judiciales y demás gastos.

Las tres personas que dispusieron de un margen de cinco minutos para firmar la compra o marcharse decían en su reclamación judicial de 2010 que siguieron adelante solo porque Trump era el constructor y había depositado su propio dinero en el negocio, una opinión reforzada por las afirmaciones de que Ivanka y Donald hijo también iban a comprar. Las demandas situaron a la Trump Organization en el primer puesto de las trece partes acusadas de fraude en inversiones, fraude civil, negligencia y distorsión, fraude contable y prácticas comerciales ilícitas en el estado de California.

Con el tiempo, la mayoría de las demandas se unificaron en Los Ángeles y se fueron revisando y actualizando a medida que fueron apareciendo nuevos datos, hasta que la cuarta versión corregida de la reclamación adquirió una extensión superior a 640 folios. Se presentó en nombre de bastante más de cien compradores. La demanda detallaba con nombres, fechas y momentos determinados todos y cada uno de los actos concretos del presunto engaño empleado para hacer que la gente invirtiera; una táctica con la que el abogado Daniel King dijo que venía a garantizar que no había ninguna duda de lo generalizados que habían sido los actos de engaño.

En los documentos judiciales, Trump se desvinculaba del proyecto de construcción de Baja. Insistía en todas partes en que jamás adquirió ninguna obligación con los compradores de Baja y que no había hecho nada

incorrecto. También declaró bajo juramento en esos litigios que «yo, personalmente, no tengo ningún empleado en el estado de California, no poseo ninguna propiedad inmobiliaria en California, ni tengo oficina en California».[280]

En realidad, Trump sí tenía propiedades inmobiliarias en California, gente contratada en California y oficinas allí.[281] Durante años había sido propietario y había gestionado su campo de golf en la península de Palos Verdes del condado de Los Ángeles. Cuando declaraba en un caso federal de Florida donde otros compradores le acusaron de fraude en un proyecto similar de viviendas frente al mar, se pidió a Trump que enumerara todas y cada una de las propiedades que poseía. «El Trump National Golf Club de Los Ángeles, eso es lo que tengo», declaró.

La palabra fundamental de aquella declaración jurada de California era «personalmente». Trump no era el titular de sus propiedades en California «personalmente» como es el caso de la mayor parte de propietarios, que han impreso su nombre en las escrituras. Trump poseía el campo de golf y contrataba a gente a través de una gran empresa, una corporación sobre la que ejercía el control absoluto. En la lista de personas citadas en los documentos del litigio de Baja aparecía el abogado de Trump para el Trump National Golf Club de Los Ángeles.

Daniel King, Bart Ring y otros abogados de más de un centenar de los compradores llegaron finalmente a un acuerdo con una de las partes ajenas a Trump para que devolviera más de 7 millones de dólares, un tercio de los depósitos de los compradores. La parte de Trump alegó que el acuerdo era injusto para ellos y que les «cargaba con la culpa» de los otros 15 millones de dólares de depósitos, más las costas.

Los abogados de Trump dijeron al juez que su familia y sus empresas jamás tocaron esos depósitos. El problema, decían, era que los *verdaderos* constructores no disponían del capital suficiente para llevar a término el proyecto. Los abogados de Trump también acusaron a los constructores reales de malversar los depósitos para lucro personal al permitir que se extinguieran las garantías de deuda personal referentes al proyecto del Trump Ocean Resort. La licencia para utilizar el nombre de Trump, señalaba la parte de Trump, prohibía expresamente que Trump y su organización realizaran cualquier tipo de obra de construcción. Les impedía

«inspeccionar siquiera la propiedad sin previa notificación con veinticuatro horas de antelación» y les exigía no «interferir en las actuaciones de la propiedad».

«La gente que se siente atraída por los productos de marca y de lujo acude porque espera encontrar una calidad y un diseño superiores —escribió el abogado de Trump—. Sin embargo, no creen que los diseñadores estén haciendo el "trabajo sucio"». Además, escribieron los abogados, aunque los compradores afirmaban que los habían engañado para hacerles creer «que la parte de Trump era la constructora del proyecto», los compradores «no podrían haber creído que Donald Trump estuviera en México supervisando la construcción sobre el terreno, ni recaudando sus depósitos...».

«Y lo más importante», proseguían los abogados de Trump, la licencia que autorizaba a utilizar el nombre de Trump «fue revelada a los demandantes cuando suscribieron el contrato» y en la declaración de cómo se administraría la comunidad de apartamentos.[282]

Los abogados de Trump no hacían mención alguna del testimonio de los compradores de que solo les habían dado unos minutos para firmar la compra y otros documentos, sin dejarles tiempo para leerlos o formular preguntas acerca de las páginas de abstrusos detalles legales. La única obligación que la parte de Trump tenía era, según manifestaron los abogados, «garantizar que se cumplían los criterios de diseño y calidad de la marca "Trump", y no aplanar el suelo, cavar zanjas, ni recaudar depósitos».[283]

Trump, su organización y sus dos hijos llegaron a un acuerdo con los compradores. El tribunal aprobó el acuerdo y dictó el secreto de las condiciones.[284]

Trump ya había pasado por todo esto en otra ocasión. Una nota de prensa de 2006 describía a Trump como «copromotor» del Trump International Hotel and Tower de Waikiki Beach Walk y «socio» del proyecto. Se dijo a los periodistas que el ganador de *The Apprentice*, el programa de televisión de Trump, sería «el director del proyecto que supervisara la construcción para Trump». Trump alardeaba de que la combinación de su nombre con el de Waikiki «establecería un nuevo criterio del lujo».[285] A finales de 2006,

se jactaba de haber realizado «la mayor venta en un solo día de toda la historia del mundo» cuando los compradores suscribieron contratos por una suma total superior a los 700 millones de dólares para 464 apartamentos.

Casi tres años después de su exitosa venta en un único día, cuando llegó el momento de que los compradores hicieran el último depósito por sus apartamentos, recibieron un folleto titulado *Trump Waikiki Life, Owners Edition 2009*. En la página 23 de ese folleto, en lo que una demanda describiría con posterioridad como «una micro-letra que apenas se podía leer sin lupa», la gente que ya tenía contrato de compra recibía noticias inquietantes: la torre Waikiki con el nombre de Trump, en la que muchos habían invertido los ahorros de toda su vida, «no es propiedad, ni está gestionada, ni construida, ni vendida por Donald J. Trump, la Trump Organization», ni ninguna otra empresa filial.[286] Trump se había limitado a autorizar el uso de su nombre.

La legislación del estado de Hawái (al igual que la de California y las leyes de garantías de inversión federales) protege a los compradores frente a las charlas de venta falsas y engañosas. La legislación de Hawái requiere revelar a los compradores todos los datos materiales. La condición de Trump como mero cedente de su nombre era, obviamente, material para tomar una decisión de inversión basada en el supuesto valor que el nombre de Trump añadiría al edificio.

Pero la cesión y autorización del uso del nombre no era el dato más desconcertante de todos los que se habían ocultado. Mucho después de que realizaran sus depósitos y firmaran los contratos, los compradores descubrieron cláusulas en el contrato de cesión del nombre de Trump que podrían poner en peligro el valor futuro de sus apartamentos. Trump se reservaba el derecho de retirar su nombre del edificio. Según las propias declaraciones de Trump, era su nombre en el edificio lo que confería tanto valor a los apartamentos; sin él, los apartamentos valdrían mucho menos. Además, si Trump retiraba su nombre en algún momento, era libre de asignárselo a otro edificio..., incluso a uno contiguo. Esta era una información crucial para los compradores que pretendían realizar una inversión inteligente.

La demanda calificaba esta conducta de inadmisible y citaba más de veinte datos materiales que caracterizaba como inadecuadamente ocultos a

los compradores. Como en el caso de la demanda por fraude de Baja, se llegó a un acuerdo que, después, aprobó y mantuvo en secreto un juez.

Y en otro caso en Florida (por un bloque de apartamentos de Tampa que jamás se construyó), los compradores obtuvieron por orden judicial en última instancia una copia del contrato de cesión y uso del nombre de Trump.[287] Dicho contrato estipulaba que su existencia debía mantenerse en secreto; no solo las condiciones específicas del mismo, sino la mera existencia de un contrato de cesión y uso del nombre de Trump. El contrato señalaba que se pagaba por adelantado a una empresa de Trump una tarifa de dos millones de dólares por el uso de su nombre.

En las declaraciones, Trump ha nombrado catorce propiedades que son consecuencia directa de acuerdos de este tipo y otras tres de las que también obtiene algunos beneficios o es propietario parcial. En el caso de Tampa, se preguntó a Trump por la revelación de otros contratos de cesión y uso de su nombre:[288]

—Señor, ¿revela usted o su empresa a los compradores que usted solo se limita a ceder su nombre? —preguntó un abogado.

—Creo que en algunos casos lo hacemos —respondió Trump—. No estoy seguro.

Se presentó otra demanda por un proyecto de hotel y apartamentos en Fort Lauderdale que, con sus cincuenta y dos plantas, iba a ser el más alto de la costa atlántica de Florida. Aquellos compradores recibieron un folleto de ventas con una fotografía de Trump y la siguiente declaración: «Es un gran placer para mí presentar mi más reciente proyecto inmobiliario, el Trump International Hotel and Tower de Lauderdale».[289] Los compradores también recibieron libros encuadernados en tapa dura en cuya primera página se anunciaba: «Una construcción con la firma de Donald J. Trump». El proyecto fracasó y los compradores quisieron recuperar su dinero.[290] En un juicio celebrado en 2014, Trump declaró que jamás había afirmado ser el constructor y que no tenía ninguna responsabilidad. «La palabra *construir* no quiere decir que nosotros seamos el constructor», apostilló Trump. El jurado asintió. Uno de los compradores todavía estaba a la espera de la resolución de un recurso de apelación cuando se concluyó este libro.

274 Michael Finnegan, «Trump's Failed Baja Condo Resort Left Buyers Feeling Betrayed and Angry», *Los Angeles Times*, 27 de junio de 2016. Las promesas, circulares y demás detalles proceden del caso O'Brien v. Trump y otros casos unificados como Procedimiento judicial coordinado nº 4642 (Judicial Coordinating Coordination Proceeding No. 4642).

275 Michael Finnegan, «Trump's Failed Baja Condo Resort Left Buyers Feeling Betrayed and Angry».

276 Kaitlin Ugolik, «Developer Pays $7M to Settle Suit Over Trump Mexico Resort». LAW360.com. 4 de octubre de 2012. www.law360.com/articles/384254/developer-pays-7m-to-settle-suit-over-trump-mexico-resort.

277 Michael Finnegan, «Trump's Failed Baja Condo Resort Left Buyers Feeling Betrayed and Angry».

278 David K. Randall, «Trouble for Donald Trump: The Money for a Condo Project Didn't Come Through», *Forbes*, 29 de octubre de 2008.

279 Stuart Pfeifer, «Donald Trump Settles Lawsuit over Baja Condo Resort That Went Bust», *Los Angeles Times*, 27 de noviembre de 2013.

280 Declaración de Donald J. Trump. CASO n.º BC409651, Tribunal Superior de California. Condado de Los Ángeles, Distrito Central.

281 Steve Aaron, *et al* v. The Trump Organization, *et al*. Tribunal del Distrito de Estados Unidos. Distrito Medio de Florida, División de Tampa. N.º 8:09-CV-2493.

282 Oposición a la Petición de Determinación de Acuerdo de «Buena Fe». Procedimiento de coordinación del consejo judicial n.º 4642. Tribunal Superior de California. Condado de Los Ángeles, Central Civil West Courthouse.

283 *Ibid*.

284 Pfeifer, «Donald Trump Settles Lawsuit over Baja Condo Resort That Went Bust».

285 «Donald J. Trump and Irongate Announce Plans for Luxury Hotel-Condominiums at Waikiki Beach Walk; Trump Tower Waikiki Includes Hotel-Condos, Retail and Dining», *Business Wire*, 31 de mayo de 2006. www.businesswire.com/news/home/20060531006182/en/Donald-J.-Trump-Irongate-Announce-Plans-Luxury.

286 «Trump Tower Might Not Really Be a Trump», *Star Bulletin* (Honolulu), 14 de julio de 2009. archives.starbulletin.com/content/20090714_Trump_Tower_might_not_really_be_a_Trump.

287 Natalie Rodriguez, «Condole Buyers Want Previous Trump Testimony On Record». LAW360.com. 10 de diciembre de 2013. www.law360.com/articles/494613/condotel-buyers-want-previous-trump-testimony-on-record.

288 Steve Aaron, *et al* v. The Trump Organization, *et al*. Tribunal del Distrito de Estados Unidos. Distrito Medio de Florida, División de Tampa. N.º 8:09-CV-2493.

289 Drew Griffin, Nelli Black y Curt Devine, «Buying a Trump? Better Read the Fine Print», CNN, 22 de febrero de 2016. www.cnn.com/2016/02/22/politics/trump-properties-investigation/.

290 Shaun Bevan, «Jury Sides with Donald Trump in Fort Lauderdale Condo Lawsuit», *South Florida Business Journal*, 14 de mayo de 2014. www.bizjournals.com/southflorida/blog/2014/03/jury-sides-with-donald-trump-in-fort-lauderdale.html.

23

Trump hace varar a una ballena

Eran casi las cuatro en punto de la madrugada y Donald Trump no podía dormir. Se había dedicado durante horas a pasear inquieto por su apartamento de la Trump Tower, llamando a un mismo número de teléfono cada treinta minutos para que le actualizaran la situación de una mesa de bacarrá de su primer casino de Atlantic City.

Lo que mantuvo a Trump despierto toda la noche fue un jugador de sonrisa serena que llevaba una camisa blanca abierta y un pantalón de punto blanco con unos bolsillos tan grandes como cámaras acorazadas de un banco. Akio Kashiwagi era uno de los cinco mayores jugadores del mundo, literalmente un cliente entre un millón, que a esas horas de aquella noche de mayo de 1990 estaba sentado ante el tapete de una mesa del Trump Plaza Hotel & Casino, aspostando con sosiego 14 millones de dólares en una hora. Llevaba allí casi una semana.

Al Glasgow, un proveedor de hormigón con voz aguardentosa que antes de convertirse en uno de los más íntimos asesores de Trump solía beber clandestinamente con abogados de mafiosos, llamaba a Kashiwagi «el Guerrero». Cuando la manecilla larga del reloj de pulsera de Glasgow cumplió otra hora en punto, se retiró tras el murete de mármol negro que separaba las mesas de los grandes apostadores del resto de la zona de juego y telefoneó al jefe a Nueva York.

«Lleva ganados 4,2», dijo Glasgow sin necesitar añadir la palabra *millones*.

La angustia de Trump no sorprendería a quienes participaban del mundo del juego. A la competencia (e incluso a los directivos que trabajaban para

Trump) le encantaba intercambiar chismes sobre lo que él no sabía del negocio del juego, desde las probabilidades de apuestas concretas hasta los controles internos necesarios para asegurar que no se sisara nada de efectivo cuando se contaban las ganancias del día. Y le encantaba cotillear sobre la torpe y poco halagüeña conducta de Trump ante los jugadores.

El contraste entre Trump y su rival, Steve Wynn, del imperio turístico Mirage, era marcadísimo. Wynn, un hombre con un ego tan monumental como el de Trump, había amasado una fortuna como jugador de cartas imbuido de un profundo conocimiento de todos los juegos de casino. Sus habilidades sociales exquisitamente abrillantadas encajaban con su condición de empresario de casino de fama mundial.

Wynn recorría sus casinos y restaurantes con una reducida pero muy bien informada comitiva que le proporcionaba los detalles específicos sobre el siguiente jugador al que iban a ver. Se acercaba al jugador, le llamaba por su nombre y, con un sutil ademán le entregaba personalmente las llaves de una *suite* por cortesía de la casa. Esos pocos momentos de elegancia reportaban al empresario de Indiana o al ama de casa de Georgia que había acudido al casino de Wynn un valioso regalo, del que presumía cuando regresaba a casa: *Steve Wynn me entregó en persona la llave de mi* suite. Wynn había perfeccionado el arte de hacer que los buenos clientes se sintieran especiales, de alimentar la fidelidad del cliente y atraer nuevos jugadores con un coste muy inferior al de los anuncios en televisión o el pago a agencias de viaje, aunque también los utilizaba.

En cambio, Trump solía mostrar torpeza con los grandes clientes. Su misofobia le impedía estrechar la mano a nadie y, en lugar de halagar al cliente, solía reorientar la conversación desde los intereses del jugador hacia su propia grandeza.

Lo que a Trump le gustaba del negocio del juego era el dinero fácil, y en grandes cantidades. Atraer a grandes apostadores era uno de los caminos para engrosar los beneficios. Pero también era arriesgado. Sus antiguos socios del casino Trump Plaza, la empresa nacida de la cadena de hoteles Holiday Inn que era propietaria de los casinos Harrah's, prefería dirigirse a los jugadores de nivel medio, en especial a quienes les gustaban las máquinas tragaperras, que acudían, perdían y, después, regresaban una y otra vez. Este modelo generaba unos beneficios más regulares, pero

inferiores. Cuando una cliente de Harrah's introducía en una máquina tragaperras su tarjeta de jugadora habitual de la casa, un mensaje automatizado indicaba a un camarero que preparara la bebida favorita de la jugadora. Enseguida llegaba un camarero con el refresco y llamaba a la cliente por su nombre. Un año, cuando Holiday Corporation poseía o tenía en franquicia a 1.589 Holiday Inn y otros alojamientos, seguía obteniendo de su único casino en Atlantic City veintiocho centavos por cada dólar de beneficios globales.

Trump estaba más interesado en los tanteos llamativos de jugadores renombrados que en los beneficios seguros que se pudieran obtener con una gestión seria. Definitivamente quería sacar al Guerrero de su mansión próxima al pie del monte Fuji (una casa conocida en el lugar como «el Palacio de Kashiwagi») y llevarlo a Atlantic City. Cuando Trump voló a Japón en su avejentado Boeing 727 para asistir al campeonato mundial de boxeo de los pesos pesados entre Mike Tyson y Buster Douglas celebrado en febrero de 1990, tuvo un breve encuentro con el Guerrero. Trump regaló a su compañero especulador inmobiliario un ejemplar dedicado de su legendaria autobiografía *El arte de la negociación*.

Los directivos de casino de Londres, Las Vegas y Darwin, en Australia, iban todos detrás de Kashiwagi, uno de esos jugadores de la rara variedad conocida como «ballenas» porque se jugaban un millón de dólares o más en cada visita a un casino. Con sus maratonianas y multimillonarias sesiones de juego, Kashiwagi sigue siendo, con diferencia, la mayor ballena que hubiera varado jamás en Atlantic City. Al igual que el resto de las ballenas de casino, Kashiwagi llevaba una vida financiera tan misteriosa como los verdaderos moradores de las profundidades. La envergadura y la fuente original de su fortuna eran insondables.

Kashiwagi contó a Ernie Cheung, el especialista de Trump en *marketing* asiático, que se estaba pensando correrse una juerga de apuestas por todo el mundo durante la cual esperaba jugarse 50 millones de dólares. Otros casinos querían atraerlo desesperadamente hacia sus mesas de juego. El Caesars Atlantic City Hotel and Casino (que en aquel entonces rivalizaba con el Trump Plaza por ser el casino que más dinero ganaba en el paseo marítimo de Atlantic City) había invitado a Kashiwagi a dejarse caer por allí. Steve Wynn, el chico de oro del juego en Las Vegas, quería que

Kashiwagi visitara el Strip y probara suerte en su flamante Mirage, una gigantesca caja ribeteada de marfil en cuya puerta había un volcán, cuya zona de juego estaba adornada con tigres blancos y tras cuyo mostrador de recepción había un enorme acuario lleno de tiburones para que nadie olvidara su propósito fundamental. En este mercado altamente competitivo, Trump se ganó la voluntad de Kashiwagi… aunque no de un modo que le sirviera para dar lustre a su imagen de artista de la negociación.

El Guerrero había visitado ya una vez el Trump Plaza, hacía doce semanas, cuando ganó 5,4 millones de dólares en una larga jornada en las mesas. Dos meses antes de aquello, Kashiwagi había tomado un vuelo a Darwin, donde había ganado el equivalente australiano de 19 millones de dólares en el Diamond Beach Casino y lo había dejado en bancarrota. Los resultados de Darwin pesaban sobre Trump, pero él quería recuperar lo que ya había perdido con el Guerrero y ganar algo más.

Pero, como sabían Wynn y otros directivos de casinos, Trump no comprendía la matemática del juego más de lo que parecía comprender el funcionamiento de un casino y un hotel. Para la segunda visita de Kashiwagi al Trump Plaza, Trump contrató por 5.000 dólares más gastos el asesoramiento de un matemático que sabía tanto sobre los juegos de casino como cualquier otro ser humano sobre la faz de la tierra. Jess Marcum era un hombrecillo solemne que en su juventud había contribuido a inventar el radar, después se convirtió en fundador de la RAND Corporation (el grupo de expertos del ejército del aire) y, a continuación, trabajó en la bomba de neutrones.

Aunque Trump no comprendía los fundamentos matemáticos básicos de los juegos de casino, sí comprendía un elemento fundamental: era vulnerable a las trampas de los jugadores. Trump sospechaba que Kashiwagi había amañado la mesa de bacarrá Febrero. Marcum y Glasgow estudiaron las grabaciones hechas por cámaras ocultas en las bóvedas grisáceas por el humo que punteaban el techo del casino. Marcum concluyó enseguida que Kashiwagi no era ningún tramposo. Lo que fascinaba a Marcum eran los sutiles cambios del rostro de Kashiwagi cuando perdía y que no alteraba nunca la envergadura de sus apuestas. «Apaga esa máquina [de grabaciones]. Sé cómo vencerle —dijo Marcum—. A este tipo le

encantaría enfrentarse a un reto. Reúne todas las cualidades para proponerle un *freeze-out*».

El *freeze-out*, una apuesta a doble o nada, impediría que el Trump Plaza adelantara dinero a crédito a Kashiwagi. Jugar a doble o nada apelaba al gusto del Guerrero por los desafíos, se imaginó Marcum, y a su sentido del honor. Y lo más importante, una apuesta a doble o nada le exigiría seguir jugando hasta que hubiera perdido todos sus fondos. En aquel momento, Nueva Jersey establecía que los casinos cerraran unas cuantas horas cada día y Marcum sabía que Kashiwagi se las arreglaría para no regresar después. Según aconsejaba Marcum, hacía falta un acuerdo en firme para que la propuesta de *freeze-out* funcionara.

El trato tenía dos partes. En primer lugar, todo el dinero que Kashiwagi llevara a la mesa se igualaría mediante una línea de crédito que duplicara en efecto los fondos del jugador. En segundo lugar, una vez que empezara el juego, Kashiwagi tenía que jugar un día detrás de otro, o bien hasta que hubiera duplicado su apuesta (la suma del dinero personal y el dinero prestado), o bien hasta que perdiera su última ficha.

A Marcum le fascinaba el juego desde que en 1953 un amigo le llevó a ver carreras de caballos a Hollywood Park. Marcum abandonó RAND y empezó a apostar en Las Vegas. Al cabo de dos años se había hecho rico. Al final le prohibieron acceder a cualquier tipo de sala de apuestas de la ciudad porque parecía que nunca perdía. Había gestionado incluso un casino, pero aquello sucedió treinta años antes, cuando era lo bastante joven y estúpido para creer que lo que hacía falta para ser un buen director de casino era tener una gran mente matemática. Con Trump cobraba una bonita suma por asesorar al propietario de un casino sobre cómo debía gestionar un juego.

En mayo de 1990, cuando Kashiwagi y su comitiva llegaron a Atlantic City por segunda vez, el casino esperaba que trajera 22 millones de dólares en cheques fáciles de conformar y aceptar en los bancos. En cambio, el único cheque que el casino acabaría aceptando (de toda una cartera llena de cheques) era de 6 millones radicados en un banco de Singapur. Kashiwagi pidió 12 millones de dólares de crédito. Le dieron 6 millones.

La apuesta máxima estaba fijada en 200.000 dólares por mano, el doble de la que se hubiera permitido apostar a cualquier otro en Atlantic City. El Guerrero estaba preparado. Kashiwagi recorrió la llamativa alfombra roja y

oro del Trump Plaza para dirigirse a la zona de grandes apostadores. Un ayudante llevaba bajo el brazo la fortuna de fichas guardadas en cajas. Los vigilantes de seguridad uniformados despejaban el camino y los testigos contemplaban embobados el majestuoso trato que se dispensaba a los grandes jugadores.

En el Trump Plaza, Kashiwagi dispuso ordenadamente su inmensa provisión de discos de arcilla blanca cocida ribeteados de rojo y azul. Las fichas costaban 5.000 dólares cada una y cubrían una gran extensión de la mesa de bacarrá. Colocó veinte por montón, en filas de siete montones. Había diecisiete filas más un montón adicional de fichas, lo que sumaba en total 12 millones de dólares.

Ese día, en la docena de casinos de Atlantic City, todos los demás jugadores juntos perderían solo dos tercios de la suma de dinero depositada en esta única mesa. Los 8 millones de dólares que el casino amasaría representaban las pérdidas de casi cien mil turistas de la chabola junto al mar que se hace llamar Queen of Resorts [«Reina de los Complejos Turísticos»]. Un hombre tenía 12 millones de dólares para apostar en el Trump Plaza.

Los pulcros montones de fichas atraían a multitudes silenciosas al murete de mármol negro que separaba las mesas de grandes apostadores de las de la chusma. La apuesta de Kashiwagi era tan imponente que casi nadie reparó en un anciano empresario de Hong Kong con más de 1 millón de dólares en fichas que había en la mesa de bacarrá justo a la derecha del Guerrero.

Kashiwagi dio una última calada a su Marlboro *light* y lo apagó en un cenicero limpio. A su lado apareció la camarera más voluptuosa del casino. Se inclinó con su minúsculo atuendo de terciopelo negro, diseñado para recordar a una viuda alegre, sustituyó el cenicero por otro limpio y entregó al Guerrero una toallita húmeda caliente extraída de un microondas situado en una mesa auxiliar para su uso exclusivo. El barón inmobiliario de cincuenta y tres años se limpió el rostro, devolvió la toallita y, con un leve gesto, indicó al crupier que comenzara.

Al igual que el James Bond de Ian Fleming, Kashiwagi prefería el bacarrá. El objeto del juego es conseguir nueve puntos con las cartas. No hay ninguna destreza implicada en la tarea. Los jugadores solo toman una

decisión: apostar a favor o en contra de la banca. La fascinación del juego reside en la velocidad con la que el dinero cambia de manos, lo que explica por qué los franceses llaman a su versión del juego *chemin de fer*, o «vía de tren».

Durante seis días, Kashiwagi llenó de humo esa vía apostando 200.000 dólares en cada mano a un ritmo de setenta manos por hora mientras Trump no dejaba de preocuparse. La apuesta de Kashiwagi nunca cambiaba desde que se abría el casino hasta que cerraba cuatro horas a las seis de la mañana. El cierre obligatorio pretendía dar a los jugadores una oportunidad de agarrarse a la billetera antes de que el casino se la limpiara, una oportunidad para abandonar esa vía de tren.

A Kashiwagi no le preocupaban esas minucias. Abandonaba la mesa solo en las horas de las comidas, acompañado de sus ayudantes y de una cuadrilla de vigilantes de seguridad del casino. Se cerró a todos los demás clientes un aseo próximo con un cartel de «AVERIADO» en el mango de un palo de fregona de un cubo que había junto a la puerta.

La mayoría de los jugadores cambian de apuesta. Creen en las rachas. Cuando creen que están de suerte, la duplican; cuando sienten que las cartas se han confabulado contra ellos, la reducen. Marcum pensaba que en el bacarrá eso no eran más que tonterías, pues es la probabilidad y no la habilidad la que determina el resultado.

«No hay rachas de suerte —decía Marcum—, pero todos los jugadores creen en ellas». Casi todos. A Kashiwagi le gustaba hacer la misma apuesta en todas las manos. Llamaba balas a sus fichas y le gustaba disparar todas las posibles cada vez. Marcum sabía que ese era el modo más inteligente de apostar. Era matemática pura.

El juego está revestido de una mitología muy profusa. Desde los primeros tiempos de las sociedades humanas, echar las cosas a suertes (a menudo extrayendo pajitas o lanzando dados hechos con tabas, huesos de cordero) era una forma de buscar respuestas en los dioses. Los sumos sacerdotes que querían influir aprendieron enseguida a ser «más avispados» situando las pajitas justo a la derecha, trucando los dados o, incluso, diseñando unas reglas muy intrincadas para garantizar que el resultado viniera determinado por algo más que el aleatorio azar. En muchas sociedades era un delito muy grave que alguien que no fuera el sumo

sacerdote tocara los instrumentos utilizados para adivinar la voluntad de los dioses. Esto imbuía a los dados de un hálito sagrado. También garantizaba que nadie pudiera decir que estaban trucados.

La mayoría de los jugadores más fervorosos seguían creyendo en esa magnífica y veleidosa dama, la diosa Fortuna. Muchos consideraban que los casinos eran una especie de santuarios religiosos perversos en los que sus ganancias y sus pérdidas les revelaban el juicio del Todopoderoso. Para esos jugadores, un casino era un templo del azar. En ese aspecto, el matemático Marcum era ateo. En un informe confidencial remitido a Trump, Marcum estimaba que aun con el estilo de juego atrevido e inteligente de Kashiwagi, las probabilidades de que aquel gran apostador perdiera el efectivo antes de duplicarlo era de cinco a uno. El truco residía en negociar un acuerdo que mantuviera a Kashiwagi en la mesa de bacarrá hasta que duplicara su dinero o se arruinara.

En cada apuesta individual, las probabilidades favorecían a la casa por un margen minúsculo. Una vez más, la única decisión que hay que tomar cuando se juega al bacarrá es apostar a favor del jugador o a favor de la banca. Las probabilidades a favor de un «jugador» favorecen a la casa en un 1,36 por ciento; la apuesta a favor de la «banca» favorece a la casa en un 1,17 por ciento. Pero la casa también cobra por las apuestas ganadoras a favor de la banca una tarifa de un 5 por ciento que se denomina *vigorish*. Kashiwagi cambiaba aleatoriamente entre el jugador y la banca.

Marcum se había granjeado el cariño de la industria de los casinos inventando una nueva apuesta al bacarrá, el empate, que era mucho más lucrativa incluso de lo que pudieran imaginar las codiciosas ensoñaciones de los propietarios de casino. Los jugadores que apuestan que la banca y el jugador van a obtener la misma puntuación, esto es, un empate, tendrán la oportunidad de ganar siete dólares por cada uno de los dólares que apuesten. Pero las probabilidades de que se produzca un empate son de ocho contra uno. Eso concede al casino un gigantesco 14,4 por ciento de ventaja en cada apuesta por el empate. En el Caesars Palace de Las Vegas, las apuestas por el empate representaban solo el 3 por ciento de las apuestas al baccará, pero el 10 por ciento de lo que la casa ganaba. «Es la apuesta de los incautos», me decía Marcum. Era una apuesta que Kashiwagi nunca hacía.

Aun con la escasa ventaja de la casa en las apuestas a favor del jugador y de la banca que hacía Kashiwagi, el dinero del jugador debería ir menguando. La ventaja de la casa funciona a la inversa del interés compuesto, lo que hace que un dólar ganado aumente con el paso del tiempo. Según mostraban los cálculos de Marcum, al cabo de 10.000 manos Trump podía esperar haber ganado 5.125 apuestas frente a las 4.875 de Kashiwagi. En ese momento, Kashiwagi iría perdiendo 50 millones de dólares. En teoría, los 12 millones de dólares en efectivo que iba a apostar el Guerrero desaparecerían en muchas menos manos.

«La probabilidad es como una ola —explicaba Marcum mientras dibujaba en el aire con la mano un gesto de movimiento continuo ascendente y descendente delante de su pecho para indicar olas infinitas—. Debido a la ventaja de la casa, con el paso del tiempo el jugador va hundiéndose poco a poco hasta que deja de superar el punto medio y, en último término, pierde todo su dinero... a menos que abandone antes».

Las páginas de Marcum con números manuscritos mostraban que tras la primera hora de bacarrá había un 46 por ciento de probabilidades de que Kashiwagi fuera ganando. Pero al cabo de setenta horas de juego la probabilidad de que Kashiwagi fuera ganando habría menguado a solo un 15 por ciento.

Sin embargo, el segundo día del maratón de juego de Kashiwagi de mayo de 1990 su curva serguía muy por encima de la trayectoria esperada. Alarmado, Trump voló al día siguiente desde Manhattan acompañado por el comerciante mundial de armas Adnan Khashoggi, un príncipe árabe y cuatro rubias vivarachas. Khashoggi era muy famoso en los círculos del juego, sobre todo por la gran cantidad de marcadores sin pagar que había dejado en el Sands de Las Vegas, a los que su director ejecutivo culpaba de la quiebra del casino en 1983.

Trump, Khashoggi y los demás se registraron en el hotel Castle de Trump, a pocos kilómetros del paseo marítimo. Aquella noche acudieron en limusina al Trump Plaza. Trump presentó a Khashoggi y Kashiwagi diciendo que debían de conocerse porque frecuentaban los mismos círculos. No se conocían. Si hubiera prestado más atención a la vertiente social que comporta la dirección de un casino (sobre todo la de hacerse sentir cómodos a los grandes clientes), Trump lo habría sabido.

Khashoggi se sentó ante la mesa de *blackjack* de límite alto contigua a la mesa de bacarrá de Kashiwagi y empezó a jugar. Trump aguardaba, agitando las manos y ladeando la cabeza para escuchar todas y cada una de las palabras de adulación que le dirigían los jugadores que había al otro lado del murete de mármol. Su conducta traslucía un mayor nerviosismo que el que era habitual en sus apretones de manos.

Se supone que los propietarios de casino favorecidos por las probabilidades no envidian las ganancias de los jugadores afortunados, se supone que no «sudan». Y si sudan, deberían hacerlo en sus despachos de la dirección, observando una pantalla del circuito cerrado de televisión y ocultando su angustia al jugador. Al cabo de un cuarto de hora, Trump se impacientó y se marchó.

Enseguida, Kashiwagi iba 6,8 millones de dólares por delante. Junto con los 12 millones de dolares en fichas que había adquirido, su cartera ascendía ahora a 18,6 millones de dólares; casi a medio camino de duplicar su dinero y ganar el reto. Sus 3.720 fichas ocupaban más espacio del que ofrecía el tapete de fieltro de la mesa, así que hubo que colocarlas en el suelo, a su lado. La multitud se congregaba a lo largo del murete de mármol negro solo para contemplar todo ese dinero. Kashiwagi, dándoles la espalda, parecía ajeno. Siguió apostando sin cesar.

Esa noche Trump sufrió un ataque de pánico. Quería que se detuviera el juego. Podía pararlo en cualquier momento simplemente reduciendo la apuesta que la casa aceptaba. Glasgow y todos los demás implicados sabían que aquello sería un insulto y una provocación para Kashiwagi. Casi con toda seguridad saldría hecho una furia, con un saldo favorable muy cómodo. Con la esperanza de tranquilizar al propietario del casino (y de evitar que mostrara cobardía) Glasgow puso a Marcum al teléfono con Trump.

—Está en una racha ganadora —insistía Trump haciendo acopio de fuerza en la voz para estallar en una de sus habituales tormentas temperamentales—. ¿Está haciendo trampas Kashiwagi?

—No —le tranquilizó Marcum, Kashiwagi no era un tramposo—. Ten paciencia. Quiere seguir jugando y muy pronto la ola cambiará de sentido. Trump dijo que dejaría seguir el juego un poco más, pero quería saber si los fondos de Kashiwagi iban a seguir aumentando.

Kashiwagi todavía iba por delante a finales de la semana siguiente, pero solo por 4,4 millones de dólares, después de haber alcanzado un pico máximo de 6,8 millones. La ola cambiaba su sentido a favor de Trump. Con el tiempo, advirtió Marcum, Kashiwagi perdería la totalidad de los 12 millones de fichas con los que había empezado a jugar. Aun así, Trump no podía dormir. Pidió que Glasgow le actualizara la información cada media hora. Marcum, que hoy es un hombre viejo y cansado, se sentó un instante en una mesa justo al otro lado del murete de mármol negro, pero un crupier le obligó a levantarse, diciendo que si no iba a jugar tenía que abandonar la mesa, aun cuando no hubiera ningún otro jugador esperando.

Kashiwagi sabía que la tendencia le era adversa. Empezó a decir que debería disponer de más crédito, que le habían prometido más crédito para poder jugar con mucho más que los 12 millones de fichas con los que había empezado, aun cuando la mitad de ellas las hubiera comprado a crédito.

Sin embargo, las matemáticas no eran tan pulcras y Glasgow se marchó a casa y se sumió en un sueño breve e irregular mientras desmenuzaba las cifras. Le di la idea de que los directivos del casino se equivocaban en sus cálculos de cuánto iba Kashiwagi por delante o por detrás. Sus cifras no encajaban con el valor de todas las fichas de bacarrá que había sobre la mesa. Kashiwagi debería haber tenido sobre la mesa unos 480.000 dólares más en fichas.

Glasgow llamó a la jaula del Trump Plaza. «¿Hay alguien que haya estado cambiando cheques de cinco mil dólares?», preguntó utilizando el término de casino para referirse a las fichas de gran valor nominal que llevaban impreso un número de serie.

Bueno, sí, respondió un empleado. El traductor de Kashiwagi y el ayudante habían cambiado 474.000 dólares de ellas a lo largo de la semana. Glasgow quedó estupefacto. Esos cobros significaban que Kashiwagi había convertido en dinero en efectivo casi el 10 por ciento de las fichas obtenidas mediante crédito, un dinero que al Trump Plaza le habría costado mucho tiempo recuperar.

Cuando Kashiwagi despertó esa mañana, propuso a Trump que le extendiera otro crédito de 4 millones de dólares. Necesitaba más balas para disparar a su adversario. Ed Tracy, un directivo refinado que en aquella época dirigía los casinos de Trump, encontró a Kashiwagi en una sala

reservada para grandes apostadores. Tracy, a quien Trump despediría muy pronto, dirigiría después los increíblemente lucrativos casinos que Sheldon Adelson poseía en Macao. Pero Trump tenía una larga historia de despedir a expertos como Tracy y sustituirlos por hombres sumisos menos experimentados.

El Guerrero y Tracy estaban sentados cerca de un gran Buda de bronce que el Trump Plaza había ganado a otro gran apostador, Bob Libutti. Tracy explicó que él era un hombre corriente, no familiarizado con el protocolo social japonés, pero que estaba seguro de que Kashiwagi y él podrían hablar amistosamente como hombres de negocios.

«Obviamente, usted tiene suficiente dinero para quedarse aquí y jugar eternamente —dijo Tracy—. Pero, de verdad, no quiero que lo haga. Discúlpeme si alguien no supo negociar en su totalidad las condiciones del juego, pero nuestro acuerdo sigue en pie». Kashiwagi iba a jugar hasta que hubiera ganado 24 millones de dólares o lo hubiera perdido todo.

Tracy sabía por las páginas de cálculos manuscritos de Marcum que las probabilidades eran de ochenta y siete contra uno en contra de que Kashiwagi se recuperara de su estado actual hasta volver a tener su cantidad de dinero original. Dijo que no al incremento de la línea de crédito. Aunque el mundo sigue pensando que Donald Trump era un moderno rey Midas, Tracy sabía que su jefe había construido un castillo de naipes que podría venirse abajo si Kashiwagi ganaba millones al casino..., exactamente igual que sucedió con el de Australia.

Tracy dijo que aunque la línea de crédito no se incrementaría una vez que terminara este juego, el señor Trump se sentiría muy honrado si su mejor cliente acudía a su flamante casino nuevo, el Trump Taj Mahal, en el paseo marítimo. Si le interesaba, podrían iniciar allí nuevas conversaciones sobre cuánto dinero en efectivo y cuánto dinero a crédito sería necesario para desarrollar allí una partida que mereciera la pena. Con todo, apuntó Tracy, en el Taj la máxima apuesta podría ser de solo 100.000 dólares, la mitad de lo que permitía apostar el Trump Plaza.

Kashiwagi se guardó sus pensamientos. Por un ascensor reservado para él y su séquito, bajó hasta la mesa de bacarrá y reanudó el juego. Las fichas de 5.000 dólares de Kashiwagi habían quedado reducidas a seis filas, un efectivo de 4,2 millones de dólares comprado a crédito en su totalidad.

Justo después de la medianoche, Kashiwagi perdió una apuesta. Después, otra. Y otra, y otra, hasta que perdió once consecutivas. Muy pronto recuperó algo de dinero. Justo antes de la hora de cierre de las seis de la mañana, cuando Kashiwagi se había quedado en 2 millones y pico de dólares, el Guerrero se levantó, hizo una reverencia ante los crupieres y partió hacia la mejor *suite* de la casa.

Glasgow se dio una caminata hasta un teléfono de pared del casino y llamó a Trump con la noticia de la mala suerte de Kashiwagi.

«¿No es fantástico ese hombre? —se congratuló Trump—. Realmente es el mejor».

Kashiwagi estaba furioso. Trump no tenía palabra, dijo Daryl Yong, su asistente, al periodista de casinos Dan Heneghan. Kashiwagi había venido desde Japón porque Trump le había regalado un ejemplar dedicado de *El arte de la negociación* y ahora Trump no cumplía su promesa de concederle más crédito. Pero el ayudante dijo que Kashiwagi se vengaría. «Vamos a quemarla de inmediato», dijo Yong, refiriéndose a la autobiografía de Trump.

Kashiwagi llamó al Caesars, que le proporcionó una limusina para marcharse del Trump Plaza. Trump alardearía después de que propuso a Kashiwagi que regresara, que fuera al casino Trump Taj Mahal el siguiente 7 de diciembre, fecha conmemorativa del bombardeo de Pearl Harbor, pero aquello era pura fanfarronería.

Kashiwagi no tenía la menor intención de pagar sus marcadores. Entre los directivos de casinos corrió la voz de que Kashiwagi estaba profundamente endeudado con el equivalente japonés de la mafia, a la que se conoce como *yakuza*. Siguió buscando acuerdos destacados en otros casinos. Steve Wynn lo acogió en el Mirage, aunque tuvo la precaución de limitar el crédito de Kashiwagi y no poner en riesgo a la casa.

Entonces, el 3 de enero de 1992, en plenas celebraciones del Año Nuevo en Japón, que duran una semana, un agresor entró en el desgarbado Palacio de Kashiwagi. La familia de Kashiwagi regresaba a casa con fresas recién cortadas cuando encontró al Guerrero en el suelo de la cocina en medio de un charco de sangre, con la cara irreconocible por los cortes causados por la espada de un samurái, un arma asesina ritual empleada por la *yakuza* para ajustar cuentas con holgazanes.

Kashiwagi murió debiendo a Trump casi 6 millones de dólares. Esto era además de los 5,4 millones que había ganado con anterioridad, más las fichas que su ayudante había ido cobrando durante la visita del mes de mayo, así como los gastos de trasladar en dos ocasiones al jugador y a su séquito desde Japón. Trump perdió mucho.

Al mismo tiempo, Trump afrontaba problemas muy graves con un cliente aún más importante, uno con una hija casada a la que aquel estaba empeñado en llevar a la cama.[291]

---

291 Para más información sobre la relación de Trump con Kashiwagi, véase mi primer libro, *Temples of Chance* (Doubleday, 1992). Las fuentes para la elaboración de este capítulo se encuentran en esa obra y en los obituarios de Kashiwagi publicados en los periódicos japoneses.

24

El mayor perdedor

Bob Libutti ostentaba un dudoso honor entre los treinta y tres millones de personas que jugaron en Atlantic City durante la época dorada de los casinos de mediados de los años ochenta. Fue el mayor perdedor de todos. También era el mejor cliente de Donald Trump, quien lo trataba como a un amigo. Trump prodigaba regalos a Libutti, era generoso con su tiempo y, con menos refinamiento, trataba de seducir una y otra vez a la hija adulta del jugador.

Libutti, un hombre achaparrado y entrado en la cincuentena, tenía una cabeza redondeada, la nariz grande y el habla acelerada del timador que se sabía que era. Me dijo que comenzó teniendo un trabajo adorable como conductor de camiones en la costa antes de meterse en negocios de caballos de carreras. Libutti decía que algunas personas, entre las que se encontraba George Steinbrenner, propietario del equipo de béisbol de los Yankees, le pagaban nada menos que un cuarto de millón de dólares tan solo por evaluar caballos de carreras. A principios de los años setenta le prohibieron seguir trabajando en el sector de los caballos de carreras tras tres docenas de escándalos en el comercio de caballos a los que se dio mucha publicidad. Según el Tribunal Fiscal de Estados Unidos, los negocios con caballos realizados entre 1968 y 1971 supusieron fraude civil. Contando con las multas y los intereses, Libutti y su esposa fueron condenados a pagar poco menos de un millón de dólares, equivalentes a seis millones de 2016.

Aunque decía que se llamaba Robert Libutti, diversas investigaciones de sus prácticas empresariales llevadas a cabo por el sector de los caballos de carreras y por el Congreso revelaron que había utilizado otros nombres, entre ellos los de Robert Presti y Nicholas Spadea. En su partida de nacimiento ponía Rafaele Robert Libutti.

A principios de los años ochenta, Libutti jugaba sobre todo en el Caesars, donde se alojaba en el Emperor's Penthouse. Allí, en la *suite* más exquisita del hotel, tendría ya preparada a su llegada una mesa que exhibiera montones bien altos de una incongruente mezcla de patatas fritas, langosta y Dom Perignon. El champán estaba frío, a los 6 ºC que a Libutti le gustaba y se servía en las copas de cristal de Lalique que el casino había comprado expresamente para él. Los casinos proporcionan este tipo de comodidades a alguien que esté dispuesto a apostar un día tras otro hasta 20.000 dólares en cada tirada de dados.

Donald Trump quería que esas elevadas apuestas se produjeran en el Trump Plaza y para atraer a esta ballena contrató al vendedor que gestionaba el alojamiento en Caesars. Libutti mordió el anzuelo y recorrió a pie por el paseo marítimo los pocos cientos de metros que le separaban del Trump Plaza, donde lo trataban como a un dignatario. El vendedor, los vigilantes de seguridad y el personal del casino estaban esperando para atender la más nimia de sus necesidades.

Nadie conocía el tamaño de los bolsillos de Libutti, pero nadie creía que él hubiera palpado siquiera las costuras. Trump estaba decidido a llegar a los recovecos más profundos de esos bolsillos, para lo cual ofreció a Libutti mucho más que simples langostas y espumoso enfriado con precisión. Para conservar el lucrativo negocio de Libutti, el Trump Plaza amplió todos los privilegios que pudiera imaginar su mejor cliente. Trump llevó a Libutti a dar paseos en su helicóptero Super Puma negro, lo invitó a los eventos y espectáculos deportivos más exclusivos y le proporcionó un coche con chófer. Cuando Edie Libutti cumplió treinta y cinco años (la única hija de Bob, una divorciada con estilo por quien Trump se sentía muy atraído), el Trump Plaza ofreció una lujosa fiesta que incluyó un homenaje en vídeo profesional. Donald Trump entregó a Edie un Mercedes-Benz convertible de color crema con motivo de la ocasión.

Steve Hyde, el anciano mormón que dirigía el casino Trump Plaza, desalentó el saludable interés que Trump se tomaba por Edie.

—No le dejes salir con ella jamás, Bob, no le dejes nunca —le advertía Hyde.

—¿Por qué? —preguntaba Libutti.

—Acabarás matándole y no volverás aquí jamás —respondía Hyde.

Furioso ante el hecho de que un hombre casado tratara de acostarse con su hija, Libutti se enfrentó a Trump y le ordenó que dejara de pedirle salir. «Donald, te arrancaré las putas pelotas de entre las piernas», le amenazaba. Trump se echó para atrás y este siguió descargando dinero en el Trump Plaza.

Cierto día, Hyde llamó a Libutti, instándole a acudir a toda prisa a Atlantic City desde su casa en Saddle River, un barrio residencial rico de Jersey del Norte, donde a pocas manzanas vivía Richard Nixon. Se suponía que los grandes apostadores estaban superando el buen momento de la casa y venciéndola, que los dioses del azar favorecían a los jugadores en lugar de a Trump, un argumento que atraía a los jugadores más supersticiosos. Aun así, Libutti se excusó, diciendo que su esposa lo mataría. Había perdido demasiado dinero y Joan quería que se quedara en casa. Muy pronto se presentó ante la puerta de Libutti una limusina con dos mujeres venidas del Trump Plaza que dijeron a Joan que habían ido para llevarla a un maratón de compras por Manhattan. Donald estaría encantado de pagar lo que fuera que deseara de corazón. «Harán cualquier cosa para sacarte el dinero —le decía Joan—. Arruinarán tu matrimonio si eso les da dinero».

Libutti jugaba con dinero en efectivo, lo que significaba que el casino no estaba obligado a investigar cuáles eran sus fuentes de financiación. A veces, otros jugadores compraban fichas a crédito y, después, se las entregaban a Libutti en su mesa; apostadores como un entrenador de caballos que tenía una línea de crédito de 200.000 dólares. El Trump Plaza llevaba un registro tan detallado del juego de Libutti que podía determinar que su apuesta media en 1987 había sido exactamente de 13.929,52 dólares; pero nadie sabía cuántos cientos de miles, o incluso millones, había apostado y perdido Libutti con fichas adquiridas a crédito por otros jugadores.

Para seguir jugando, Libutti requería ciertos favores, conocidos como cumplidos o cortesías, pero las cortesías hacia Libutti iban mucho más allá de las habituales *suites* y comidas gratuitas o, para los grandes apostadores más selectos, traslados de ida y vuelta al casino en helicóptero. Todas sus demandas se veían satisfechas, incluida una garantía de 10.000 dólares mensuales para pagar su factura de la luz, o cosas similares: recibía del

Trump Plaza un fajo mensual de entradas para espectáculos, que después vendía a un agente a cambio de 10.000 dólares en efectivo.

El Trump Plaza también compró coches a Libutti. Ferrari. Rolls-Royce. Lo que quisiera. Las normas de los casinos del estado exigían que el casino comprara los coches, pero Libutti era libre de venderlos al instante a un revendedor, que deducía una comisión y, después, le entregaba dinero en efectivo. El Trump Plaza no se molestaba en expedir la documentación de los vehículos; el casino simplemente se limitaba a entregar los cheques a los vendedores de coches. Después, los vendedores descontaban una comisión y entregaban el resto a Libutti. Libutti obtuvo así 1,6 millones de dólares. Como las ventas nunca se registraban, los vendedores podían seguir ofreciendo los coches como si fueran nuevos. Ese era exactamente el tipo de ardid que la Ley de Control de Casinos (Casino Control Act) pretendía impedir. Es ilegal. Y siguió sucediendo durante años.

Cuando los dados acertaban con los números de Bob Libutti, se mostraba generoso y encantador. Cuando llegaba el momento de tomarse las pastillas para el corazón, la camarera que le traía exactamente el agua correcta en el vaso exactamente correcto y le presentaba la bandeja de la forma exactamente correcta podía ser recompensada con una ficha negra de 100 dólares. Libutti me dijo que siempre llevaba al menos 1.000 dólares en el bolsillo para dar una propina a los pilotos de helicóptero y demás personal de Trump al que quisiera recompensar por sus servicios. Decía que empezaba todas las mañanas contando cincuenta billetes nuevos de cien dólares, que sujetaba con una pinza hecha con una moneda de oro de 5 dólares acuñada en 1932, el año en que nació.

Con todo, Cuando a Libutti le iba mal, su superstición se daba cita con su carácter para hacer brotar un magma nauseabundo de acusaciones contra los pobres diablos que ocasionaban sus pérdidas por echar una mala mirada a los dados o hablar en el momento inadecuado. Los crupieres, las camareras y el resto del personal asignado a la mesa de Libutti dejaban de ser empleados, sirvientes o siquiera seres humanos. Se convertían en «zorras» e «hijos de puta», en «cabronazos» y «chupapollas» y en «negros» y «judíos».

«¿Quién coño te crees que eres?», despotricaba Libutti, a veces amenazando con golpear a un crupier o utilizando su influencia para que

despidieran al delincuente. Ninguna acusación era demasiado absurda cuando el temperamento de Libutti se adueñaba de la situación; y nadie dudaba que podía hacer acudir a Trump al instante.

A pesar de lo que saliera de la boca de Libutti, la compostura exigía que los empleados permanecieran allí sonrientes, diciendo: «Sí, señor, señor Libutti», con el fin de que se quedara en la mesa de dados hasta que el dinero en efectivo que llevara ese día acabara perteneciendo a Trump. Nada debía interferir en la compulsión de Libutti para apostar. Si Libutti insistía en que algún estúpido #@!% crupier había equivocado el resultado que arrojaba un dado inclinado, que en realidad eran dos treses y no un tres y un cuatro, la dirección interrogaba a todo el equipo de trabajo de la mesa y dejaba que Libutti volviera a lanzar los dados.

La cultura de casino enormemente regulada de Atlantic City prohibía que las camareras acompañaran a los jugadores a sus habitaciones, pero si Libutti quería que cinco o seis de ellas fueran con él y probaran el mejor champán, nadie se lo impedía.

En Duke Mack's, en Graybel's y en otros tugurios donde los crupieres se relajaban bebiendo *whisky* y cerveza, la forma de superar cualquier relato sobre la extravagancia de algún jugador era referir el último chascarrillo sobre Libutti. Los crupieres le llamaban Bob el Monstruo.

Bob Libutti decía y hacía lo que se le antojaba, llegando incluso a pedir que Jim Gwathney, un inspector de la Comisión de Control de Casinos, se largara de allí un viernes por la noche. La labor de Gwathney consistía en asegurar que se cumplía la normativa del estado en las zonas de juego del casino. Estaba al tanto de la fama de Libutti de maltratar a los crupieres y demás trabajadores. Libutti tenía la sensación de que Gwathney estaba plantado demasiado cerca de él, pero Gwathney se quedó donde estaba. Al final, Libutti lanzó al aire varias docenas de fichas negras mientras gritaba «fichas gratis». Después, los jefes de Gwathney le dijeron que dejara de supervisar el juego. Le dijeron que no fuera tan agresivo con las inspecciones. En realidad, le dijeron que no hiciera su trabajo.

Cuando Libutti ganaba y decidía marcharse con las ganancias (cosa que no sucedía a menudo), decía que marcharse siempre representaba un problema. «El helicóptero siempre tenía algún problema mecánico y no estaría arreglado hasta pasadas unas horas, o cualquier otra mentira que

pudieran contarme para mantenerme allí. Pero si me quedaba sin dinero, recurría a Rollo, mi chófer, y le decía que llevara el helicóptero a la puerta de mi casa para buscar el maletín de los setenta mil dólares para poder seguir jugando». Siempre había un helicóptero preparado.

«Soy un jugador turbio y degenerado», me soltó Libutti en 1991 mientras disfrutaba de su cuarto puro de veinticinco dólares del día. Su esqueleto menudo se hundía en el sofá de plumas de su hija Edie, uno de los seis elementos del mobiliario de su salón del tamaño de muchas casas, cada una de cuyas paredes medía más de diez metros. Había estatuas de bronce de caballos famosos por todas partes: Man o' War, Seattle Slew, Secretariat.

Sentados junto a él estaban su esposa Joan y su hermano, el cantante Jimmy Roselli, que se crio a una manzana de Frank Sinatra. Libutti abrió otra botella de 200 dólares, un vino tinto tan suave como los cigarros puros. La casa era propiedad de su hija, decía él. También lo era, decía, Buck Chance Farm [«la Granja del dólar de la suerte»], un nombre magnífico para las cuadras de caballos de carreras de un jugador, aun cuando solo existieran sobre el papel.

Libutti decía que Trump y su personal de los casinos explotaban su enfermedad, su obsesión compulsiva por apostar.

«Me tenían tan embelesado que me llevaron hasta el extremo de que empecé a sacar objetos y antigüedades de la casa para llevarlos allí y apostar —confesaba Libutti mientras Joan contemplaba cada palabra que decía con los ojos encendidos—. El Buda de jade que hay en la *suite* presidencial del Trump Plaza me costó 185.000 dólares. Hay otro Buda, el de bronce, que me costó 45.000 dólares.» El Trump Plaza consiguió que un distribuidor de bebidas alcohólicas adquiriera los Budas y después se los vendiera al casino, decía Libutti. «Recibí cincuenta y tantos mil dólares por ellos. Fui a la mesa, hice dos apuestas y perdí».

Libutti decía que no guarda ningún rencor a ningún grupo, que el lenguaje que empleaba era el lenguaje de las calles en las que se crio y que detesta la discriminación racial. «Mi forma de hablar es vulgar, en el sentido de que es común», decía. Además, añadía que si él fuera racista, ¿por qué iba a haberle regalado Mike Tyson los guantes que llevó en uno de sus combates para ganar el campeonato del mundo celebrado en el Trump Plaza? Libutti decía que jamás pidió que apartaran de la mesa a un crupier o

una crupier negros y que el registro oficial del estado respalda esa afirmación. De hecho, Libutti decía que estalló en uno de sus ataques de ira cuando le contaron que Trump había dado la orden de que en sus mesas de juego solo trabajaran hombres blancos con el fin de agradar a su cliente más importante. Libutti decía que empleaba un lenguaje canalla, pero que las conductas racistas provenían de Trump.

Libutti decía que unos cuantos años antes se había dado cuenta de que si alguna vez se quedaba sin dinero para apostar, las autoridades de casinos del estado irían a buscarlo, pero que mientras fuera perdiendo, miraban a otra parte, hacia cualquier otro lugar que mantuviera contento a Trump para seguir recaudando el 9,2 por ciento de impuestos del dinero que él perdía en el casino. Cuando a finales de 1990 se quedó sin dinero, el estado hizo exactamente eso, pero disfrazándolo de que había prohibido el juego a Libutti debido a su lenguaje sexista y racista. Era la primera vez que se prohibía a alguien la entrada en un casino de Nueva Jersey o Nevada por algo distinto de ser un mafioso.

El nuevo presidente de la Comisión de Control de Casinos, el político de Atlantic Cyty, Steve Perskie, pidió al Departamento de Regulación del Juego (DGE) que elevara una solicitud para que se prohibiera a Libutti el acceso a los casinos. La comisionada Valerie Armstrong protestó en solitario, diciendo que el enfoque de Perskie era inadecuado. Decía que si había que tomar alguna medida disciplinaria debería ser contra el Trump Plaza y otros casinos por no haber expulsado a un cliente revoltoso. Pero se impuso la idea de Perskie por cuatro votos contra uno.

Mitch Schwefel, el fiscal del departamento encargado de convertir a Libutti en la persona número 152 a la que se impedía el acceso a los casinos de Atlantic City, sabía que le costaría mucho tiempo y esfuerzo defender semejante exclusión ante el tribunal si Libutti la combatía amparándose en la Primera Enmienda. Pero el estado disponía de otra información, casi irrecusable.

Leonard «Leo» Cortellino y Charles Ricciardi padre, ambos socios de la familia del crimen de los Gambino, habían informado a Robert Walker, un detective de la policía del estado que trabajaba de paisano, de una operación con apuestas que iban a llevar a cabo en Atlantic City y beneficiaba al infame padrino de la mafia John Gotti. Los corredores de apuestas dijeron a

Walker que conocían tanto a Libutti como a su cuñado. Dijeron que Donald Trump «tenía a Libutti en el bolsillo» y explicaban que se le había adjudicado un contrato muy lucrativo para que Roselli actuara en el Trump Plaza por «mucho dinero». También dijeron que Libutti era famoso por haber perpetrado una serie de estafas con caballos.

Libutti sí intentó ciertamente obtener una comisión por el siguiente concierto de Roselli en el Trump Plaza durante una reunión de septiembre de 1990 con Ed Tracy, quien en 1990 dirigía los tres casinos de Trump. Libutti tenía la impresión de que Trump era su dueño y quería recibir su comisión inflando el contrato de Roselli. Libutti también preguntó por qué John Gotti iba a jugar al Trump Plaza. Como Gotti no era uno de los 150 mafiosos a los que el estado había prohibido el acceso a los casinos de Atlantic City, Libutti preguntó si aquel sofisticado padrino sería bienvenido en el de Trump.

Tracy pidió a la policía que colocara escuchas en la sala antes de que volviera a reunirse con Libutti el 31 de julio. Yo era la otra persona que tenía cita con Tracy aquel día, pero no vi a Libutti por unos segundos.

—El problema que sigue habiendo es el, eehhh..., la cifra de doscientos cincuenta —dijo Tracy.

—Exacto —respondió Libutti.

—No puedo conseguirlo, en modo alguno... Mi problema es sencillo. Es que los bancos van a verlo todo. Donald no estornuda sin que ellos le sujeten un pañuelo... No podemos hacer un trato que sobre el papel no tenga sentido económico. Sencillamente, nos lo devolverán y nos dirán: «¿Qué es esto?» —explicaba Tracy.

La conversación se desvió hacia otros temas hasta que Tracy la recondujo con habilidad al asunto del pago que Libutti quería recibir.

—Bueno, dime otra vez cómo quieres organizar esto —planteó Tracy.

—Sacaremos el dinero del contrato de Roselli —dijo Libutti—. Escucha, diremos que quería un aumento de 30.000 dólares por espectáculo..., así que tú te ocupas de que haga el espectáculo por los mismos 56.500 dólares, con una bonificación si firmaba por un año... y yo me llevo la bonificación de un cuarto de millón de dólares.

Libutti insistía después en que él estaba «solo exagerando» y que nunca había visto a Gotti, aunque añadía que «es de esa clase de tipos al que me

gustaría tener cerca. Admiro a ese tipo».

En 1991, Trump me dijo que solo conocía vagamente a Libutti y que no podría identificarlo si estaba al lado de otra persona. Es una estrategia de defensa habitual de Trump que ha utilizado una y otra vez. Trump presume de que tiene «la mejor memoria del mundo», pero cuando una conexión resulta ser problemática, afirmará que no puede recordar a alguien o que le conocía de forma tan tangencial que no podría identificarlo entre dos personas. En este caso había fotografías, registros del casino y ese vídeo del cumpleaños para Edie donde se veía que Trump conocía a Libutti bastante bien.

«Es un mentiroso», dijo Libutti, profiriendo insultos de seis, siete y diez letras contra Trump cuando se enteró de esta toma de distancia.

Libutti añadía que estaba al tanto de todos los graves quebrantamientos de las normas del Trump Plaza que los reguladores de casinos tendrían mucho interés en conocer. Contó la historia de que Donald Trump se le acercó en la zona de juego del casino y le entregó en persona un cheque de 250.000 dólares. «Cuando estoy marchándome... llaman a Donald. Se mete la mano en el bolsillo y saca el puto cheque y dice: "quisiera regalarte esto yo mismo"».

Este incidente habría quedado reflejado en las cámaras de vigilancia de las bóvedas agrisadas que puntean los techos del casino.

«Ahora cuéntale eso a Sweeney —decía Libutti, refiriéndose a Jack Sweeney, a quien el presidente Perskie había escogido como director del DGE—. Y cuando Sweeney lo oiga ya sabes lo que va a decir. Va a decir: "Bob Libutti no tiene ninguna credibilidad y no vamos a investigarlo". Bueno, no necesita a Bob Libutti porque cuando Donald me dio ese cheque había todo un casino lleno de testigos».

En febrero de 1991 advertí a Sweeney de la afirmación de Libutti de que Trump le había entregado un cheque en persona.

«Bueno, si fuera cierto sería muy grave —me dijo Sweeney—, pero Libutti no tiene ninguna credibilidad».

Entonces dijeron a Sweeney que Libutti había predicho que la respuesta sería esa y le hablaron de los otros testigos.

«Bien, se investigará con meticulosidad», añadió Sweeney.

La investigación sobre el cheque señaló la primera ocasión en que Donald Trump había sido objeto personalmente de una investigación del departamento de juego. No duró mucho tiempo. Algunos testigos a los que Libutti nombró dijeron que jamás se pusieron en contacto con ellos, ni los interrogaron. La oficina de Sweeney sí llamó a un testigo y le preguntó bajo juramento por aquellas acusaciones. El testigo era Donald Trump. Negó las acusaciones. Trump dijo que el cheque en cuestión había sido cobrado, pero de forma absolutamente legítima. Sweeney se fio de su palabra. Eso dejaba a Trump limpio por completo. No se inició ningún procedimiento.

La comisión votó enseguida vetar a Libutti, no por sus repugnantes comentarios, sino por decir que conocía a John Gotti.

En última instancia, la Comisión de Control de Casinos multó al Trump Palace por discriminación de sus trabajadores y por engañar a la comisión con falsos coches de regalo que se utilizaban para canalizar fondos en efectivo a Libutti. La comisión también dejó claro lo que pensaba sobre el delito de blanqueo de dinero frente a la discriminación contra las mujeres y los empleados pertenecientes a minorías étnicas. El Trump Plaza fue multado con 200.000 dólares por discriminación racial y de género y con 450.000 dólares por simulación de compra de vehículos.

Con mucha destreza, el estado evitaba investigar las infracciones más generalizadas de las que Libutti decía tener conocimiento. Si se demostraran, esas afirmaciones le habrían costado sin duda la licencia a Trump. La conducta de Trump con Libutti, incluida su afirmación de que apenas lo conocía, no era más que una parte de una larga historia de incumplimiento de la normativa supuestamente estricta de los casinos de Nueva Jersey. Pero hasta las normas más estrictas solo importan si se hacen cumplir.

Como demuestran los muchos episodios referidos en estas páginas, Trump es extraordinariamente ágil para hacer lo que se le antoja y librarse del castigo.[292]

---

292 Para más información sobre las fuentes y la compleja y, en cierto momento, leve relación de Trump y Libutti, véase mi libro de 1992 *Temples of Chance* (Doubleday).

Epílogo

Ningún libro puede recoger la vida entera de alguien que haya hecho la mitad de cosas que Donald John Trump a sus setenta años. A base de pura fuerza de voluntad se ha labrado un nombre famoso y ha dejado tanto una huella espectacular en la ciudad más grande de Estados Unidos como otra mucho más reducida en la costa de Nueva Jersey. Ha disfrutado de todo ello.

Como expuse en la introducción, yo estaría escribiendo un libro sobre Hillary Clinton de no ser por el simple hecho de que en 1998 mi carrera no me llevó a Little Rock, en Arkansas, sino a Atlantic City, en Nueva Jersey. Otros han escrito libros sobre la señora Clinton y animo a la gente a leerlos.

Lo que he tratado de hacer aquí ha sido llevar mi conocimiento directo de Trump y de los muchos miles de páginas de documentos de Trump que he ido acumulando en el casi medio siglo que he sido periodista de investigación, y centrarme en los aspectos de la conducta de Trump que consideraba más importantes para que los votantes sopesaran antes de introducir su papeleta de voto en noviembre de 2016. A la hora de separar el grano de la paja de todo lo que me proponía transmitir sobre Trump tuve en mente dos enseñanzas fundamentales para los escritores, más una tercera para los periodistas de investigación en particular:

En primer lugar, y siempre, es preferible la brevedad mediante el uso de detalles y acontecimientos reveladores a ofrecer todos los detalles y todos los acontecimientos.

En segundo lugar, una enseñanza de F. Scott Fitzgerald, uno de los comentaristas estadounidenses más sagaces: los actos marcan el carácter. A lo largo de todo este libro he hecho alusión a la conducta de Trump. Nunca podremos conocer con certeza su carácter, pero podemos examinarlo y valorarlo en función de sus actos.

Esta es la razón por la que me centré en la obsesión de Donald Trump por el dinero y los adornos de la riqueza, así como sus muchos comentarios

acerca de que las mujeres no son iguales a los hombres, sino objetos cuyo valor se mide concretamente por el tamaño de sus pechos y la longitud de sus piernas.

Esa es también la razón por la que buena parte de este libro se ocupa de las muchas, complejas y poco conocidas relaciones de Trump con delincuentes: un inmenso surtido de estafadores, defraudadores, mafiosos y socios de mafiosos, un gran narcotraficante en cuya defensa salió y otros personajes despreciables. El mero hecho de conocer a personas que son delincuentes no es fundamento para condenar a nadie. He dedicado muchas horas de mi vida a tratar con policías deshonestos, traficantes de drogas, proxenetas, prostitutas, informantes de la policía, agentes extranjeros y otros canallas. Todos ellos se encuentran entre mis mejores fuentes. Cuando se ajusta a sus intereses, los granujas pueden ser algunos de los aliados más fiables. En una ocasión se sentó en mi cocina el hombre de quien el FBI dijo que era el sicario número 2 al oeste de Chicago, y mecía en sus rodillas a mi hija, pequeña entonces, mientras yo preparaba café. No representaba ninguna amenaza para mí; yo estaba al margen de la subcultura que le daba trabajo como garante de sus normas.

Como dejan claro estas páginas, las relaciones de Trump con delincuentes han sido a menudo muy lucrativas, en ocasiones innecesarias y nunca examinadas de la forma adecuada por aquellos cuya obligación era investigar.

En tercer lugar, vayamos con el credo escéptico de los periodistas de investigación: si tu madre dice que te quiere, verifícalo. Después, compruébalo y vuelve a comprobarlo una y otra vez hasta que tengas los hechos clavados y remachados en el lugar correcto dentro del universo de lo verificable. El periodismo de investigación busca hechos que no se proclaman en conferencias de prensa, ni se pronuncian en discursos presidenciales, sino que acechan entre las grietas sombrías de los gobiernos, los negocios y las relaciones humanas. Es un oficio cuya vocación consiste en llevar luz resplandeciente y bien orientada a lugares inoportunos por el bien de la sociedad.

No sorprende, al menos a mí, que Trump siempre esté atacando a los periodistas y acusándolos de ser injustos, o prohibiendo la presencia de determinadas instancias informativas en sus actos y concentraciones por

haber informado de algo o por el modo de haberlo hecho. No me sorprendió que amenazara (otra vez) con demandarme. Sus amenazas contribuyen a despuntar y volver roma a la mayoría de la cobertura periodística que se ocupa de él. Donald Trump no es un hombre que trate de comprender cómo le perciben los demás. Más bien, desprecia a quienes no le ven tal como él se ve a sí mismo. En este aspecto, es un narcisista redomado.

Mientras trabajaba en este libro, Steve Weinberg, el ex director ejecutivo de la organización educativa Investigative Reporters & Editors, escribió que me consideraba uno de los seis mejores periodistas de investigación que había conocido en su vida, una apreciación que estoy seguro de que muchos otros discutirían. También escribió que ve cierto paralelismo entre Trump y yo, por cuanto ambos hemos llevado una vida extravagante. Nadie que me conozca y que sepa algo de Trump lo pondría en duda.

Trump y yo nos parecemos también en otro aspecto, que es una de las razones por las que me intrigó desde el momento en que lo conocí, en junio de 1988: los dos hacemos las cosas a nuestro modo y no tenemos a nadie por jefe, como más de un editor que ha trabajado conmigo puede atestiguar.

En lo que diferimos es en lo que valoramos. A Donald Trump lo único que le interesa es el dinero, una querencia que su conducta manifiesta con profusión, sin necesidad de que él recuerde una y otra vez que es muy muy muy rico. O eso dice. Yo valoro el honor. Ante la posibilidad de elegir entre ambos, Trump se decanta por el dinero y yo me decanto por el honor. Una vez perdido el honor, podría ser imposible recuperarlo; pero siempre se puede ganar más dinero.

El amor de Trump por el dinero es uno de los muchos rasgos que confío en que los lectores comprendan mejor después de haber leído estas páginas. Confío en que valoren la perspectiva de que Trump sea presidente.

A base de hacer lo que se le antoja sin atender a las normas que restringen la conducta de los demás, Trump ha hecho de sí mismo un héroe para algunos y un apestado para otros. Tanto si uno adora a Trump como si le espanta, su comportamiento público debería hacernos pensar a todos cuáles son las cualidades que queremos en nuestros dirigentes políticos y por qué ha habido tantas oportunidades para que alguien como Trump obtenga decenas de millones de votos. Deberíamos preguntarnos por qué tantos estadounidenses muestran tanto entusiasmo ante la perspectiva de

que alguien cuyas declaraciones públicas manifiestan un desprecio absoluto por el sistema de controles y contrapesos que apuntalan nuestro sistema de autogobierno; un sistema que ha hecho de Estados Unidos, pese a sus defectos, un faro para el mundo durante más de dos siglos.

Muchas de las cosas que Trump dijo que haría si resultaba elegido no se encuentran entre las competencias limitadas que otorgamos a los presidentes. Los presidentes no pueden gastar unilateralmente el dinero del contribuyente, no pueden imponer aranceles a los artículos extranjeros y no pueden dictar a las empresas dónde deben invertir. Tampoco pueden esperar que los soldados cumplan órdenes ilegales, como Trump ha dicho que va a exigir, desde el uso de la tortura (prohibida en nuestra Constitución y en los tratados que son *lex terrae*) hasta el asesinato de civiles inocentes, sobre todo los hijos de terroristas que él califica de islámicos (terroristas a quienes yo considero apóstatas musulmanes, que se califican a sí mismos en sus propias publicaciones como creyentes en el apocalipsis y que confían en que el mundo termine pronto).

Los empresarios, como a menudo hace Trump, pueden despreciar a las personas y continuar con su vida. Los presidentes no gozan de esa prerrogativa. Deben lidiar con fuerzas siempre presentes que no están sometidas a su control. Un presidente no puede desestimar a un jefe de Estado extranjero provocador, no puede pedir al Congreso que apruebe leyes y no puede desacatar las sentencias de los jueces; no si queremos ser un pueblo libre que viva sujeto al imperio de la ley que preserva nuestras libertades individuales. Sin embargo, Trump deja claro que es capaz de hacer todas estas cosas. En muchos aspectos, su concepción no es la de un presidente, sino la de un dictador, como han señalado muchos, tanto en partidos políticos como más allá de las fronteras de Estados Unidos.

También confío en que el lector haya comprendido los motivos por los que me he centrado en las palabras y declaraciones públicas del propio Trump acerca de la venganza. Su lema personal, expresado con claridad y reiteración, es apropiarse de eso que Jesús dijo que solo corresponde a Dios: la venganza. No hace falta ser creyente para apreciar hasta qué punto las numerosas declaraciones de Trump sobre la religión contradicen las enseñanzas de la Biblia, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento y, por tanto, su afirmación de que es cristiano.

Trump dice que no encuentra ninguna razón para buscar el perdón divino porque no ha hecho nada malo en toda su vida, un comentario que ha hecho muchas veces y tan contradictorio también con las enseñanzas más elementales de Jesús que sería incapaz de explicar que haya algún dirigente religioso que le apoye. Las propias palabras de Trump constituyen una agresiva antítesis de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Su interpretación de la única frase del Viejo Testamento que conoce es, en el mejor de los casos, retorcida. Ahora tenga en cuenta las declaraciones donde denigra la comunión («Bebo mi vino, me como mi tostada») y la balbuciente recitación de la segunda carta de Pablo a los Corintios y contrástelas con su afirmación de que lee la Biblia más que nadie. Todo esto apunta a un embustero.

El éxito de Trump entre los votantes revela una historia importante sobre el profundo problema en que Estados Unidos se ve inmerso. Su auge ilustra el creciente abismo existente entre los dirigentes políticos estadounidenses y el resto del país. También el éxito de Bernie Sanders, que a menudo atrajo mayores multitudes que Trump en las elecciones primarias de 2016.

Ambos beben de una frustración colectiva por la desigualdad, de la que llevo décadas siendo cronista y escribiendo por extenso desde muchos años antes de que se convirtiera en una preocupación nacional. Aunque tanto Trump como Sanders pueden concentrar a muchas personas, ninguno de los dos ha presentado propuestas políticas reales capaces de sacar a Estados Unidos de la situación en la que está para convertirla en una sociedad más honesta, más justa y más próspera en términos generales. Nada en el pasado de ninguno de los dos hacía pensar que tuvieran la habilidad política para ofrecer alternativas al sistema si resultaban elegidos presidentes. Hillary Clinton tiene esa habilidad política, pero a pesar de haber dedicado décadas a actuar en representación de los menos afortunados, no está claro en modo alguno que eso ocupe un lugar central en su programa político.

Cualesquiera que sean sus opiniones, infórmese con detalle. Los Padres Fundadores de Estados Unidos creían que el conocimiento y la razón debían conformar las piedras angulares de nuestra democracia representativa si queremos gobernarnos a nosotros mismos. Así que dedique algún tiempo a enterarse y, después, cumpla con su deber como ciudadano. Vote.

David Cay Johnston

4 de julio de 2016
Rochester, Nueva York

Agradecimientos

Nadie ejerce el periodismo de investigación en solitario. Durante casi medio siglo, mi trabajo se ha beneficiado de la generosidad de un asombroso número de personas. Policías, empleados de archivos, camareras, vendedores de droga, proxenetas, prostitutas y espías, además de profesionales de todo tipo, profesores y directivos de empresas, oficinas gubernamentales y organizaciones sin ánimo de lucro. Unos cuantos eran propietarios de empresas de éxito. Muchas de estas fuentes asumieron riesgos para conseguirme información con la confianza en que yo haría buen uso de ella por el bien público.

Este libro se ha valido de la ayuda de muchas personas durante las casi tres décadas en que he estado observando a Donald Trump y recopilando documentos sobre él. Mi opinión sobre él procede en parte de haber dedicado toda una vida a realizar estudios rigurosos de economía y dirección de empresas, así como de legislación fiscal y normativa reguladora, unos principios y una teoría sobre la que he tenido el privilegio de impartir clases desde el año 2009 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Syracuse y en la Escuela de Gestión Whitman. No soy abogado, ni contable, ni tampoco tengo un máster en administración de empresas. En realidad, no tengo ninguna licenciatura universitaria, tan solo siete años de estudio a tiempo completo, muy valorado en los últimos cursos de licenciatura y también en cursos de doctorado.

La primera persona a la que debo dar gracias entre las muchas aportaciones es mi tercera hija, Amy Boyle Johnston, artista y autora de *Unknown Serling*, el primer volumen de su desmitificador estudio sobre las imperecederas contribuciones de Rod Serling a la cultura estadounidense. Las habilidades de Amy para la investigación y su comprensión, tanto de la teoría jurídica como de los matices del lenguaje, constituyeron una ayuda tremenda. Agradezco todo el tiempo que me entregó. Su hermano gemelo, Andy, me proporcionó recordatorios de nuestras comunicaciones con Trump.

Mi octava hija adulta, la guionista cómica Kate Leonard, aportó valiosas investigaciones y críticas aplicando las destrezas lingüísticas que sirvieron para que nada más salir de la universidad la contrataran como coordinadora de guionistas de la serie de Netflix *House of Cards*. Mi cuarta hija, Molly Leonard, abogada canadiense, volcó su aguda vista sobre algunas partes del manuscrito. Mi hijo mayor, Marke, un empresario hostelero cuyas intuiciones han servido de inspiración a docenas de importantes artículos de noticias redactados por mí y por otros en periódicos importantes, desempeñó un papel técnico crucial a la hora de digitalizar miles de páginas de documentos pertenecientes a Wayne Barrett y a mí.

Barrett, quien podría ser el mejor reportero de la ciudad de Nueva York de todos los tiempos y a quien adoro como si fuera un hermano mayor, puso generosamente sus archivos digitalizados a disposición de muchos periodistas que realizaban la importante labor de indagar sobre el candidato. También me benefició el consejo profundamente informado, inclemente y sabio de Wayne.

Libby Handross, con su documental *Trump: What's the Deal?*, que Donald Trump eliminó con amenazas de litigio en 1991, me brindó con toda amabilidad acceso fácil a la película y el consejo de fijar algunos datos clave. De no haber sido por una extensa propuesta cinematográfica para cuya redacción me contrató el cineasta Tim Burton hace muchos años, no habría pensado en muchas de las conexiones que confío en que los lectores de este libro encuentren valiosas para comprender a Trump.

En California, la novelista y cuentista Cindy Santos escarbó con diligencia en expedientes judiciales, como hizo también para otro de mis libros anteriores. Las periodistas Dana Kennedy y Danelle Morton ofrecieron sabios consejos sobre el tono que debía emplear y lo que debía dejar al margen.

Dennis Johnson, cofundador junto a Valerie Merians de Melville House Publishing, y Alice Fried Martell, mi agente literaria desde hace años, fueron los artistas del acuerdo para la publicación de este libro. Los editores Ryan Harrington y Taylor Sperry ayudaron a centrar mis palabras y pulirlas en el muy acelerado proceso de producción de este manuscrito. Zachary Gresham realizó la esencial y a menudo desagradecida labor de corregir las pruebas, mientras que Holly Knowles elaboró el índice y David Chesanow

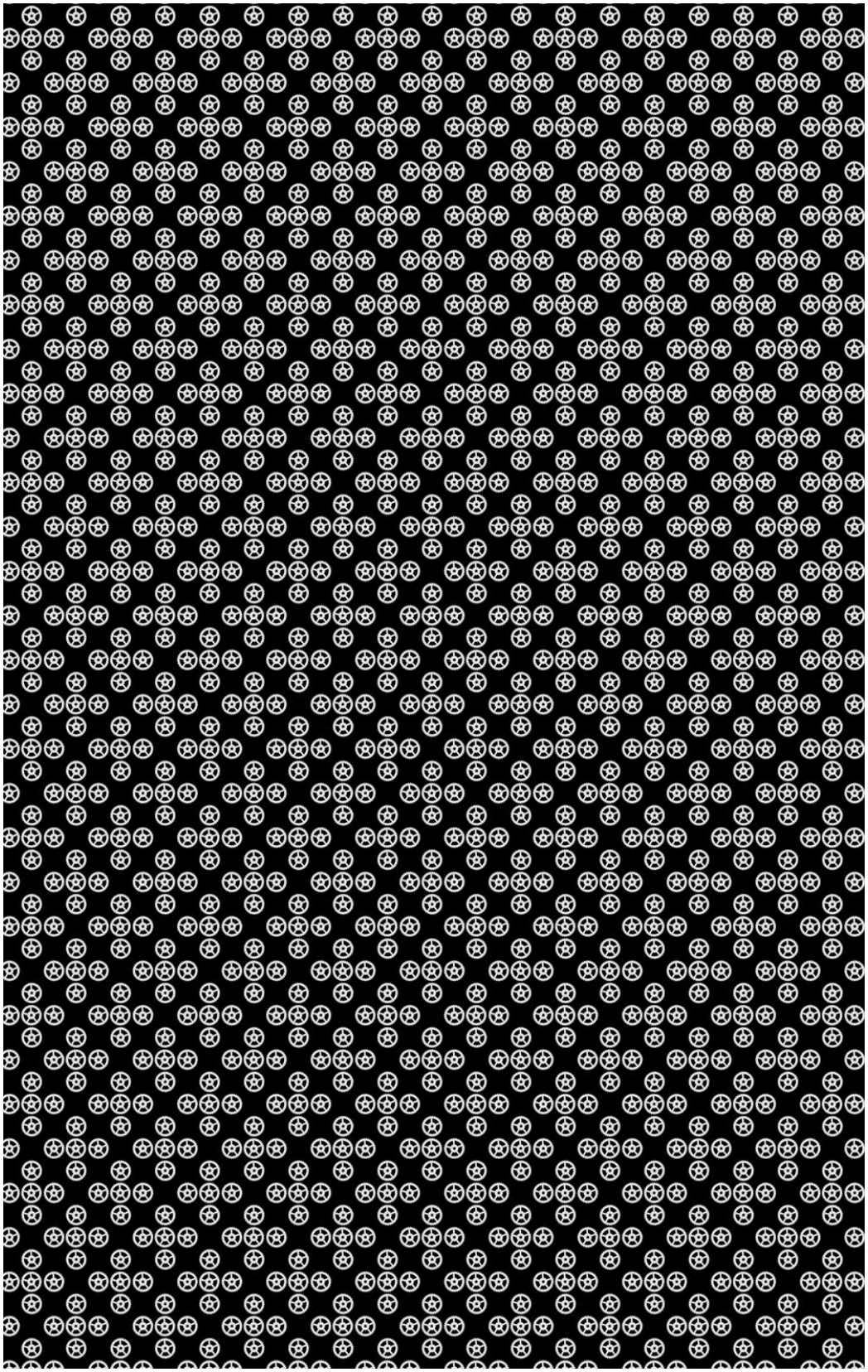
revisó todo el material. Alan Kaufman revisó mi obra desde el punto de vista legal. Fritz Metsch diseñó el interior del libro y Archie Ferguson diseñó la cubierta con una sencilla elegancia que adoro, mientras la directora artística Marina Drukman supervisó la tarea de ambos. Simon Reichley contribuyó a que se respetara la agenda de producción conforme había sido planeada. Supervisándolo todo estaba el editor jefe Wah-Ming Chang.

Este libro y el primero que escribí, la revelación de 1992 sobre el sector de los casinos titulada *Temples of Chance*, no habrían sido posibles sin la generosidad del desaparecido Al Glasgow, un asesor de Trump a quien menciono en estas páginas; sin el abogado David Arrajj; sin los periodistas Bill Marimow, George Anastasia, Mike Schurman y Bill Sokolic, de *The Philadelphia Inquirer*, así como sin Dan Heneghan, entonces periodista de *The Press of Atlantic City*; ni de los médicos Marvin Hoffman y Clive Zent. Muchas otras personas que pidieron no ser nombradas me proporcionaron documentos y explicaciones e ideas impagables.

Estoy muy agradecido a los editores que mejoraron las dos docenas de columnas y artículos que escribí para diferentes publicaciones nacionales desde pocos días después de que Donald Trump anunciara su candidatura a la presidencia: Joe Conason de *The National Memo*, Michael Hirsh de *Politico*, Jim Impoco de *Newsweek*, David Johnson de la hoy desaparecida *Al Jazeera America*, Jill Lawrence de *USA Today*, Harry Shearer y John Avalon de *The Daily Beast* y Caleb Silver y Julia Kagan de *Investopedia*.

Mi mejor amigo, el innovador exdirector de *The Wall Street Journal* y *Los Angeles Times*, David Crook, y su esposa, la ingeniosa escritora Lauren Lipton, me brindaron su apoyo y consejo.

Como siempre, pese a las obligaciones de mi esposa Jennifer Leonard como consejera delegada de la Rochester Area Community Foundation y a su incansable defensa de quienes han nacido en circunstancias muy rigurosas, me ofreció sus críticas sin adornos, como ha hecho siempre durante un maravilloso matrimonio que después de treinta y cuatro años todavía no ha sido lo bastante largo.

«El concepto de calentamiento
global fue creado por y para los
chinos, para hacer que la industria
manufacturera estadounidense
no sea competitiva»

Donald Trump